

PERDERTE PARA VOLVER A ENCONTRARTE

Dana Darius



PERDERTE PARA VOLVER A ENCONTRARTE

Dana Darius



PERDERTE PARA VOLVER
A ENCONTRARTE

Dana Darius



1ª edición: diciembre 2019

Célebre Editorial

Av. Martí Pujol, 280, local

08911 - Badalona

www.celebreeditorial.es

ISBN: 978-84-121214-9-0

© Dana Darius

© De la presente edición: Célebre Editorial

Diseño de cubierta: Carolina Bensler

IBIC: FR 2ADS

La editorial no es responsable de la historia, ideas y opiniones vertidas en este libro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

EMMA

EVAN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Esta novela se la dedico, primero, a mi marido, que es el que soporta mis buenos y mis malos días, el que me apoya incondicionalmente y el que va a compartir conmigo esta aventura.

A mi hijo, al que quiero con toda mi alma. Aunque me desespere millones de veces, es quien me hace ser quien soy.

A mi familia, porque todos y cada uno de los miembros que la componen lo son todo para mí.

A mi gran amiga Elena Montón, la que ha conseguido que me arriesgue, la que puedo considerar mi lectora más acérrima y a la que agradezco infinitamente que me convenciera para lanzarme de cabeza a lograr mi sueño.

A todos mis excompañeros de Setdart, que me han aguantado escribiendo, han estado ahí para animarme y a los que puedo considerar amigos.

Y, por último, a quienes me lean, a todos los lectores que se enamoren con mis palabras y de mis historias. Aunque esta sea mi primera novela, les aseguro que no será la última.

EMMA

Emma es de Barcelona, tiene veinticinco años y es una chica del montón. Morena, alta, delgada, simpática y alocada. Es amiga de sus amigas y la peor enemiga que puedas imaginar.

Su vida no ha sido nada fácil, ya que se crio en un hogar en el que eran cuatro hermanos y apenas tenían de nada. Su padre falleció al tener ella doce años y su madre tuvo que sacar a su familia adelante, así que desde pequeña aprendió lo que era el sentido de la responsabilidad y que, si quería algo, mejor que pudiera conseguirlo por sí misma, porque nadie vendría a regalarle nada.

Es por esto que, cuando cumplió los dieciséis años, comenzó a trabajar para pagarse los estudios. Quería ser periodista, era uno de los sueños que tenía. Ese y encontrar a su príncipe de cuento. Porque otra cosa no, pero romántica era y mucho. No concebía una vida sin amor.

Era una fanática de Disney y de los cuentos de hadas. Creía que existía ese amor de película y ella no estaba dispuesta a aceptar menos, tardara lo que tardara en llegar.

Su primer trabajo fue en una tienda de ropa, de dependienta. Trabajaba los fines de semana y ahorraba para ir a la universidad. Ahí hizo grandes amistades, como su amiga Laura, que estaba igual o más loca que ella. Pero, a diferencia de Emma, Laura no creía en el amor. Decía que era una patraña, que el hombre era mentiroso por naturaleza y que los detalles no existían. Que siempre vendrían acompañados de algún pretexto.

Cuando Emma empezó la facultad, conoció a Sergio. Ella se enamoró locamente y estuvieron cinco años juntos. Creía que no había otro chico igual. Era maravilloso con ella; detallista, cariñoso, romántico... Pero Emma no sabía que con otras chicas también lo era.

Tras esa relación de cinco años, él le propuso matrimonio y ella, encantada, aceptó. Ya llevaban viviendo juntos un año y todo les iba perfecto. ¿Qué podía ir mal?

Pero, el día anterior a la boda, Emma salió antes de la revista donde trabajaba. Se llevaba genial con Silvia, su jefa, y esta le había dado la tarde libre para que se preparara bien para su gran día. Cuál fue su sorpresa cuando, al llegar a casa, se encontró a Sergio en la cama con su compañera de trabajo, Jessica.

Emma se hundió. Tuvo una enorme pelea con Sergio y lo echó del piso que compartían. Se prometió a sí misma que nunca más dejaría que nadie la dañase.

No entendía cómo había podido ser tan tonta, cómo había estado tan ciega. Ella siempre había hecho lo que Sergio le había pedido y él se lo había pagado engañándola.

Se sintió estafada. Ella, que siempre había creído en el amor ciegamente, se sintió tan traicionada que decidió no dejar que ningún chico entrara de nuevo en su vida y le partiera el corazón.

Decidió cerrar las puertas definitivamente al amor y dejar de soñar con cuentos de hadas. Ya le había quedado claro que esos cuentos no existían más que en las películas de cine.

A partir de entonces, empezó a salir con sus amigas y a divertirse haciendo lo que a ella le gustaba, pero nunca dejaba que ningún chico se acercara a ella más de lo necesario. Cuando le interesaba alguno, pasaban la noche juntos y al día siguiente lo echaba rápido de su casa.

Continuó trabajando en la revista con Silvia, haciendo reportajes de moda y tendencias e intentaba ocupar todo su tiempo como podía, a pesar de que ya no se sentía muy a gusto en su trabajo, viendo a Jessica cada día. Pero, por otra parte, estar ocupada la distraía y le hacía no pensar en Sergio, porque, aunque en compañía de sus amigos lo pasaba bien e intentaba ser feliz, cuando estaba sola y recordaba momentos vividos con él se derrumbaba completamente. Lloraba desconsolada porque se sentía mal consigo misma, por haber dejado que Sergio le calase tan hondo, por creer que ese amor de cuento maravilloso en el que vivían era de verdad.

Por más que su amiga Laura ya le hubiera dicho que Sergio tenía una actitud muy cariñosa con otras chicas, que no podía ser tan perfecto y que, algún día, se daría cuenta de sus mentiras.

Una noche en la que estaba muy mal llamó a Laura para que se quedara a dormir a su casa. No le apetecía salir. Solo necesitaba *pizza* y a su mejor amiga.

Laura no dudó ni un segundo en acudir corriendo a su llamada. Estaba claro que tenía uno de esos días malos y fue a su casa sin pensar en nada más que en animarla, aunque cuando Emma abrió la puerta no podía creer lo que sus ojos veían.

Emma tenía los ojos rojos de tanto llorar.

—Emma, cielo, vaya cara... ¿Por qué no me has llamado antes? Tienes una pinta horrible. Es como si llevaras un año sin arreglarte —dijo Laura con cariño.

—Ya lo sé, pero es que no me apetece nada. Hoy he estado dándole vueltas a mi cabeza. No sé cómo he sido tan tonta de creer que Sergio me quería. Parecía todo tan bonito...

—Ya, siempre te lo he dicho, demasiado bonito para ser verdad. Tú nunca me has escuchado... Aunque no es momento de lamentaciones. Lo hecho, hecho está. Han pasado cuatro meses y no dejas de pensar en él. Y, no es por nada, pero el otro día te acostaste con un chico bien guapo... Víctor, ¿no?

—Sí, pero ya no me interesan las historias de amor, aunque un caramelo no se puede desperdiciar. No todos los días me da por ponerme ñoña con el imbécil de Sergio. Es solo que hoy estaba haciendo limpieza y he encontrado una caja con las fotos de nuestros viajes... Y, ya sabes, me he puesto a llorar como una tonta...

—Bueno, vamos a dejar de hablar de chicos que no nos interesan. ¿Cómo te va en la revista? ¿Aún está trabajando ahí la insulsa de Jessica? ¡Qué asquerosa! ¡Mira que acostarse con Sergio! ¡Y el día de antes de tu boda! Casi mejor, así no te casaste con él.

—Sí, sigue trabajando ahí, y lo peor de todo es que la van a hacer editora jefe de mi departamento. He hablado con Silvia y le he comentado que no me podía hacer eso, pero, por lo visto, es la hija de uno de los inversores de la revista. Silvia está atada de pies y manos.

—Pues vaya putada. ¿Qué vas a hacer? —Laura no sabía que decir.

—Silvia me ha comentado que tiene un amigo que es dueño de una revista muy importante. Dice que necesita una directora en la sección de moda, y que si quiero me puede recomendar, aunque eso significaría que me tendría que mudar... Y, claro, aunque es una mejora económica muy grande y es un puesto muy interesante, no sé yo qué haría sola en Palma de Mallorca, que es donde está la revista.

—¡Anda, no seas tonta! Ese puesto es mejor que editora jefe y el cambio te vendría genial. Es el mismo puesto que tiene Silvia, ¿no?

—Sí. Oye, si yo aceptara ese trabajo, ¿vendrías tú de fotógrafa? Es que yo sin ti no soy nada...

No quería irse sola y sabía que a Laura también le vendría muy bien la oportunidad.

—Oye, pues sería ideal, porque estoy un poco cansada de hacer reportajes de bodas y comuniones. Trabajar en una revista y hacer fotos en pasarelas... ¡Me encantaría!

Laura se alegró mucho y por un momento deseó que eso pudiera suceder. El

cambio les iría genial a ambas.

—Entonces, el lunes hablaré con Silvia y le comentaré que únicamente aceptaré ese puesto si es contigo.

Después, se pusieron a ver una película de terror y se quedaron dormidas.

Ese fin de semana solo hablaron de la posibilidad de cambiar de trabajo y de aires.

Ambas ansiaban un cambio en sus vidas. Emma, porque necesitaba alejarse de Sergio y de cualquier cosa que le recordara a él, y Laura, porque estaba estancada profesionalmente y no quería desaprovechar la oportunidad que se le presentaba.

Silvia habló con su amigo Pierre. Le comentó que tenía a la persona perfecta para llevar con él la revista. Le habló de Emma y de lo trabajadora que era, y lo convenció de que no encontraría a nadie mejor para aquel puesto.

—Pierre, en cuanto la tengas ahí, me lo agradecerás. —Silvia se lo decía muy en serio—. Te lo aseguro.

—Me fío de tu criterio y sé que, si me la recomiendas, es buena. Me gusta que quiera venir con su fotografía y creo que puede funcionar, pero me has comentado que necesita el cambio por motivos personales y... No sé. Mira, Silvia, ya tengo bastante lidiando con Evan. —Pierre ya lo tenía difícil con su amigo—. Si esta chica es como él...

—No, no es como él. Para nada, ya lo verás. Hazme caso y no te arrepentirás. Ella es lo mejor que podéis tener en este momento —dijo muy segura de sí misma.

—De acuerdo. Hablaré con Evan, a ver qué dice.

—¡Genial! Gracias, Pierre.

Silvia se alegró mucho. Sabía que Evan no pondría muchas pegas, sobre todo si era una chica tan profesional como Emma.

A la semana siguiente, Silvia citó a Emma en su despacho y le dio la buena noticia. En un mes partiría a Palma de Mallorca con su amiga Laura. Tendrían una casa alquilada, si así lo querían, propiedad de uno de los socios de la revista, y su nueva vida estaría a punto de empezar.

—Te echaré mucho de menos, porque no hay muchas editoras como tú. Pero sé que Pierre quedará encantado —le comentó Silvia.

—¿Quién es Pierre? —preguntó Emma con un aire desconfiado.

—Pierre es uno de los directores de la revista. Él y Evan, el otro director, crearon un imperio de la nada. Con él trabajarás muy bien. Evan, en cambio, es algo gruñón, pero no te preocupes, seguro que te llevarás genial con los dos. Son muy profesionales, como tú. Os parecéis mucho y Pierre está encantado con tu propuesta de llevar a tu propia fotografía. Dice que se nota que sabes lo que quieres. Y eso le ha gustado.

No podía decirle otra cosa, ya que, de lo contrario, desaprovecharía esa oportunidad.

—Bueno, espero que vengas a vernos de vez en cuando. Y muchas gracias por la oportunidad.

—De nada, tonta.

Se despidieron con un fuerte abrazo y prometiéndose que se verían muy pronto.

Cuando Jessica se enteró de los planes de Emma, se enfadó, pues sabía que era la mejor editora que tenían en la revista y no quería que se fuera.

—Emma, sé que quizá sea la última persona en el mundo con la que quieras hablar, pero me gustaría que te quedaras. Me han dicho que te vas de la revista y, sinceramente, creo que te debo una disculpa. Tal vez podamos solucionar nuestras diferencias. Sé que no me porté bien acostándome con Sergio, pero te juro que no sé por qué lo hice. Él me gustaba mucho y supongo que no lo pensé.

—Mira, Jessica, no voy a discutir contigo ni a decirte lo que pienso, porque terminaríamos muy mal. Solo sé que me tengo que ir de aquí. En cuanto a lo de Sergio, en el fondo, te lo agradezco, porque me hubiera casado engañada, con un capullo que se enrolla con cualquiera que se le abre de piernas.

Jessica se quedó sorprendida de que fuera tan sincera, pero no se lo recriminó. Sabía que se lo merecía. Lo que quería era que Emma se quedara.

—Siento que lo personal haya enturbiado lo laboral, pero creo que aquí tienes futuro. Podemos ser las mejores y llevar esta revista a otro nivel.

Emma estaba cansada de escuchar tantas tonterías, así que decidió finalizar la conversación dejándole las cosas muy claras.

—Tú sabes muy bien que me he esforzado al máximo por tener lo que a ti te han dado, bajo mi punto de vista, sin merecerlo. Pero ahí lo tienes, es tuyo. A mí, ahora, me han ofrecido la oportunidad de dirigir mi propio equipo y publicar lo que realmente me gusta, no lo que me mandan. Y no voy a desaprovechar la oportunidad, además de que así me alejaré de todo.

—Bueno, si es tu última decisión, la aceptaré. Aunque quiero que sepas que, a pesar de nuestras diferencias, aquí siempre tendrás un puesto de trabajo.

—Gracias.

Emma se marchó y, sin creerlo, hizo algo que en meses no había conseguido. Salió con una amplia sonrisa en su cara.

Le esperaban unas semanas de vacaciones antes de embarcarse en su nuevo propósito, y decidió no desperdiciar ni un solo segundo. Llamó a su amiga Laura y acordaron irse de viaje a Palma de Mallorca cuanto antes. Así podrían instalarse

tranquilamente y disfrutar de unos días de calma, antes de ponerse al día con sus nuevos trabajos. Ahora Emma podría estar unos días sin pensar en nada ni en nadie. Solo disfrutando de la compañía de su amiga, esa que siempre estaba ahí cuando la necesitaba.

EVAN

Evan es un chico de treinta años, de Palma de Mallorca. Es rubio, alto, fuerte, guapo, estiloso, divertido e independiente.

Lo que más le gusta es viajar. Es un romántico empedernido, aunque lo niegue. Es un chico detallista y cree que el amor es pura magia, que cuando conoces a esa persona que hace girar tu mundo tienes que darlo todo cada día y enamorarte una y otra vez.

Su familia es una de las más adineradas de Palma de Mallorca. Su madre, de origen inglés, es una empresaria importante. Nació en Cambridge, y en una ocasión que viajó a España conoció al padre de Evan, un abogado de alta reputación. Se instalaron en Palma de Mallorca. Él abrió su propio despacho de abogados y ella fundó una de las mejores bodegas de la isla.

En una familia de tres hermanos, Evan era el mediano y siempre supo lo que quería hacer con su vida. Se licenció en Derecho y en Empresariales. Siempre se le dio bien estudiar y siempre conseguía lo que se proponía.

Trabajó durante dos años en el despacho de su padre y era un tiburón. En menos de un año consiguió ser uno de los socios mayoritarios, comprándole a su padre una parte del despacho con su propio dinero. Él nunca quiso privilegios por ser su hijo y a los dos años ya tenía su propio equipo de abogados expertos. Además, decidió asociarse con Pierre, su amigo de la infancia, que quería montar una revista de moda. Y así nació *P&E Glam*.

Él llevaba toda la parte administrativa, y Pierre, lo referente a reportajes, moda y contenido.

Entre ellos nunca había disputas. Cada uno era bueno en lo suyo y nadie interfería en sus caminos. Así que, con veinticinco años, se convirtió en el chico más deseado

de Palma de Mallorca. Era un gran partido para cualquier chica. En poco tiempo amasó una fortuna, entre su despacho y la revista.

Gracias a los contactos que tenía en el despacho podía conseguir grandes reportajes, y muchas de las modelos con las que trabajaban o muchas marcas con las que colaboraban en la revista también le pedían ayuda sobre temas legales.

En su mundo existían grandes cosas, aunque para él lo más importante eran sus amigos. Pero esos amigos que son de verdad, los que siempre que necesitó estuvieron ahí para él. Y entre ellos podía destacar a su inseparable Pierre, a quien conocía desde la infancia, y a Silvia, con la que Pierre había estudiado y que se había convertido en una de sus mejores amigas.

Cuando Pierre y Silvia estudiaban Periodismo, salían juntos. Ambos sentían un cariño profundo el uno por el otro, pero siempre hubo algo que no terminaba de enamorarlos del todo, aunque se llevaban estupendamente. Nunca discutían y, a ojos de los demás, eran la pareja perfecta. Pero tanta perfección era imposible de considerar. Se querían como hermanos y, así, decidieron dar por finalizada su relación, quedando de ella una estupenda amistad a la que se unió Evan. Eran el trío perfecto. Amigos hasta el final.

En esos años de universidad, en los que Evan ya trabajaba en el despacho de su padre, Giselle entró en su vida. Era una chica guapa y explosiva, de esas que quitan el hipo con solo mirarlas. Evan no podía creer que quisiera estar con él, aunque ella, en realidad, lo que quería era su dinero. A pesar de que él era muy guapo, deportista y el chico con el que cualquier chica hubiera soñado, ella solo quería pasarlo bien y no quería ataduras con nadie. Pero Evan se enamoró perdidamente. Le daba todo lo que ella le pedía. Le compraba joyas, ropa... Y ella le engañó muchas veces. Fueron tantas que le destrozó el corazón y, aunque sus amigos se lo consiguieron sanar, juró no enamorarse nunca más, porque su relación había sido una trama de mentiras.

Giselle, siempre que quería salir con alguien, le mentía y lo hacía. Le decía que estaba con alguna amiga y se iba con otros chicos. Evan nunca quiso creerlo. A pesar de que Silvia y Pierre le habían comentado que la habían visto en alguna ocasión, él decía que era imposible porque no estaba en la isla, porque se había ido de viaje con alguna amiga... Hasta que un día lo vio con sus propios ojos. Entonces, contrató a un detective para cerciorarse de que aquello no era casual. Quizá si hubiera sido una sola vez, él la habría perdonado...

Pero se dio cuenta de que ella le engañaba con chicos diferentes cuando quería, así que puso fin a aquella relación de cuatro años. Solo le quedaron sus amigos, Pierre y Silvia.

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¡Si se lo he dado todo!

Evan no entendía cómo Giselle le había podido engañar.

—A veces las personas no tienen un motivo concreto —le dijo Pierre—. Pero te diré algo. No tienes que sufrir por ella. Ella se lo pierde. No encontrará a ningún chico como tú.

—En eso tienes razón. Así de tonto, no. Eso está claro. Pero es que, por más que lo pienso, no logro entenderlo. Qué fácil ha sido para ella mentir y qué ingenuo he sido yo, que siempre la he creído.

—No te castigues más. La creías porque la querías, es así de simple. Pero ahora ya has descubierto sus mentiras. Ya encontrarás una chica que valga la pena.

—No, amigo. El amor no está hecho para mí. Ya no. —Evan estaba muy desanimado—. No quiero que nadie me rompa el corazón como lo ha hecho Giselle. No quiero darle a alguien tanto para nada.

—Nunca digas nunca. El día menos pensado esa chica llegará a tu vida y entonces lo sabrás. Volverás a darlo todo, porque tú eres así. Solo te aconsejo que, cuando lo hagas, sea porque esa chica lo merezca de verdad.

—No voy a pensar en eso en mucho tiempo. Ahora lo único que me interesa es concentrarme en el trabajo, que es lo único sincero que tengo. Trabajaré mucho para no pensar. Eso es lo que haré.

Un día, Silvia les comentó que había encontrado una oportunidad de trabajar en una revista de moda de Barcelona y que se marchaba. Necesitaba un cambio en su vida y le encantaba la ciudad condal. Ella pensaba que era su oportunidad de triunfar por sí sola. Con ellos estaba bien, pero necesitaba algo suyo para construirse su propio lugar en el mundo. Los chicos aceptaron ese cambio, prometiéndose visitarse un mínimo de seis veces al año. Y así lo estuvieron haciendo siempre que les fue posible.

El verano siguiente a su fin de carrera, Pierre propuso a Evan abrir su propio negocio. Y así lo hicieron. Inicialmente, Evan contaba con ayuda de clientes del despacho, ya que había llevado divorcios y otro tipo de demandas de famosos diseñadores. Así pudo firmar suculentos contratos con modistos italianos, parisinos y con grandes marcas que les reportarían noticias frescas durante mucho tiempo.

Pierre estaba muy contento de tener un socio como él, porque, gracias a todos esos contactos, llevaron su revista a lo más alto. No paraba de viajar, tenían muchos redactores y la revista nunca dejaba de innovar.

Evan estaba por las mañanas en la revista y por las tardes en el despacho. Nunca descansaba. Cuando tenía algún juicio importante, iba él personalmente. Si no,

derivaba el caso en alguno de sus abogados, que eran tan buenos como él, ya que no se conformaba con cualquier cosa. Siempre esperaba lo mejor de sus trabajadores. Si no cumplían con sus expectativas, no tenía miramientos y los despedía rápidamente.

Su vida había llegado a un punto en el que ya no esperaba nada de nadie. Giselle lo había cambiado. De ser una persona alegre y cariñosa, a ser un chico serio y exigente. Pierre, que lo conocía bien, no quería decírselo. Hasta que, un día, tuvieron una fuerte discusión. Necesitaban a alguien para la revista que estuviera mano a mano con Pierre, pero Evan no quería que ese alguien asumiera responsabilidades. No se fiaba de nadie.

—Evan, tenemos que hablar, no podemos seguir así. Necesito a alguien que dirija a los redactores, y tú careces de ese don. Eres muy estricto. Siempre que vuelvo de algún desfile, hay alguien despedido. Sé que te gustan las cosas bien hechas, pero a veces hay que dar una segunda oportunidad a la gente...

Evan le cortó. Estaba cansado de oír siempre lo mismo.

—No empieces otra vez, Pierre... Mira, yo no nací para tener una revista, pero conseguí tenerla. Además, no es culpa mía que la gente sea torpe en su trabajo. Sabes que no aguanto que se hagan mal las cosas.

—Ya, pero para que la gente sepa hacer su trabajo, hay que enseñarles y, obviamente, tú no puedes. Yo no te diría nada si se tratara del mundo del Derecho. Tienes en tu despacho a algunos abogados muy buenos, pero esto es diferente. Necesitamos buenos redactores, que aprendan, y tú no puedes enseñarles. Y si yo tengo que viajar, no hay nadie para hacerlo.

—Pues dile a Silvia que venga. —Evan pensó en un camino fácil—. De ella sí me fío y además es muy buena en su trabajo. Es directora de la revista en la que trabaja en Barcelona, ¿no?

—Sí, y precisamente por eso no se lo diré. No puedo cortarle las alas. Ella siempre ha querido crecer por sí misma y no puedo hacerle eso. Quiere algo suyo y donde no esté con amigos. Es absolutamente respetable.

Pierre no quería hacer nada que la pudiera perjudicar.

—Uff... Pues no sé, Pierre. Ya sabes que yo no quiero a cualquiera...

En esa ocasión, fue Pierre quien le cortó.

—He hablado con ella. Verás, tiene una redactora en su equipo que es lo más, pero a la que los directivos no valoran mucho. Me ha explicado que no lo está pasando bien, que necesita un cambio de aires y vendría con su propia fotografía. Es muy profesional y creo que nos puede ir bien con ella.

—No sé, no sé... Bueno, habla con Silvia. Si ella responde por esa chica, adelante,

me fío. Pero ya te digo que conmigo no lo va a tener fácil...

—Tranquilo, titán. Contigo no lo tiene fácil nadie.

Así, decidieron hablar con Silvia y proponerle a Emma que trabajara con ellos. Pierre ya conocía su historia y, en cierto modo, estaba enternecido. Así que quiso darle una oportunidad.

—¡Silvia! ¡Ha aceptado! Me parece raro y aún no me lo creo, pero dice que adelante, que si tú respondes por ella, se fía de ti, y yo también —le comentó Pierre a Silvia por teléfono.

—¡Perfecto! Mañana le daré la noticia. ¿Le has contado a Evan que va con su fotógrafa? Es su mejor amiga y creo que te puede venir bien. He pensado que así quizá puede ser ella la que viaje algunas veces, y así no tienes que cubrirlo todo tú...

—Ya te dije que me encanta la idea. Hace falta un fotógrafo más, por lo que no tengo problema. Y creo que a *Don Tiquismiquis* le ha parecido bien, porque no me ha dicho que no. Creo que así Evan podrá ver que ella no se conforma con cualquier cosa.

—Por favor, os pido una cosa. Cuidádmela bien, ¿de acuerdo? Vale un montón, como trabajadora y como persona, y ha sufrido mucho.

—Creo que, en ese aspecto, Evan quizá la entienda. Pero sabes que él se ha convertido en una especie de *Hulk*, y esa barrera que pone delante de todo el mundo, en el fondo, me asusta un poco.

Pierre era consciente de que no le había explicado a Silvia los cambios que había experimentado Evan en el último año, aunque esta los intuía ya que de ella también se había alejado un poco.

—Sé que Evan ha cambiado, no hace falta que me lo ocultes. Sé que Giselle lo destrozó y que le ha costado reponerse. Y que para hacerlo se ha centrado al máximo en los negocios.

—Sí, es verdad. Ya no sabe lo que es divertirse. Se ha encerrado en sí mismo.

Pierre lo dijo con tristeza. Le dolía ver así a su amigo.

—Pues aprovecha ahora. —Silvia quiso animar un poco a Pierre—. Con la excusa de sacar a Laura y a Emma de visita por la isla...

—¡Qué va! ¡No querrá salir! Pero bueno, cuando vengas aquí, lo convencemos. Estoy deseando verte de nuevo.

—¡Hecho! —Silvia también lo estaba deseando—. El mes que viene me planto ahí para ver a Emma y nos vamos todos a bailar.

—Perfecto. Me parece un buen plan. ¡Un beso!

—¡Otro para ti!

Pierre se despidió y Silvia le colgó, muy contenta. Siempre habían tenido una relación muy buena, a pesar de que no estuvieran juntos. Tal vez fuera porque ninguno tenía claros sus sentimientos, o porque en aquella época universitaria no les apetecía tener nada demasiado serio. Pero el cariño que se profesaban estaba por encima de todo. Y así seguiría por mucho tiempo.

CAPÍTULO 1

El aeropuerto de Palma de Mallorca estaba abarrotado de gente. Hacía un calor de mil demonios y ahí estaban ellas, Laura y Emma, embarcadas en una aventura sin retorno. Habían ido dos semanas antes para conocer la isla y habían alquilado un pequeño apartamento costero en el que podrían descansar un poco antes de instalarse en el que les había cedido la revista. Por lo visto, era el apartamento de los fines de semana de uno de los propietarios, muy amigo de Silvia, y como no lo utilizaba se lo había cedido a las chicas mientras encontraban algo definitivo.

Al salir del aeropuerto, cogieron un taxi y fueron directas al apartamento, situado en una zona llamada Playa de Palma. Ese sería su lugar de desconexión total.

—Emma, esto es una pasada. Mira cuántos bares y cuántas discotecas. Aquí seguro que te olvidas de ese imbécil de Sergio —dijo Laura con una sonrisa pícaro.

—Lo primero que necesito de verdad para olvidarme de él es que no me lo nombres. Después de todo lo que me ha hecho y aún me sigue llamando.

—Pero, ¿qué me estás contando? ¿Cuándo te ha llamado? Sé que te quieres olvidar de él, pero esto no me lo habías dicho... Yo creía que después de lo de Jessica había ido de flor en flor y estaba disfrutando de su soltería...

—Sí, pero dice que se ha dado cuenta de que la vida que teníamos juntos le gustaba más. Claramente, prefiere tener una tonta que se lo haga todo y a otras para cuando le apetezca... Ya sabes.

—Bueno, míralo por el lado bueno. Tú te has dado cuenta y has acabado con todo, y además lo has hecho a tiempo, porque imagínate que te hubieras casado...

—Quita, quita, no me lo recuerdes... Con mi precioso vestido de Rosa Clará... ¡Qué

pena no haberlo estrenado!

—Ya lo estrenarás algún día, tonta. Ya lo verás.

—No, no lo veré, porque para mí el amor ya no existe. Es una patraña que dura muy poco. Es una mentira tras otra. Yo ya no creo en los cuentos de princesas.

—No me creo lo que dices. Tú, *Doña Romántica Empedernida*. ¡Pero si tu película favorita es *Romeo y Julieta*!

—¡Pues ya no! Se acabaron las ilusiones vanas. Se acabó eso de darlo todo y no recibir nada. Quiero disfrutar de la vida sin pensar en el mañana y sin buscar príncipes azules, que está claro que no existen. Me niego a vivir esperando a conocer a alguien especial que nunca va a llegar a mi vida. Ahora quiero centrarme en la oportunidad que se nos ha presentado; viajar, conocer mundo... A corto plazo, lo que quiero es playa, sol y diversión.

—Anda, *Doña Diversión*, que ya hemos llegado al apartamento.

Laura bajó del taxi y se quedó maravillada con lo que veía. El apartamento era grande y pintaba muy bien. Estaban a diez minutos de la playa y de las calles más concurridas. Había mucho movimiento y decidieron dejar el equipaje, cambiarse e irse a la playa a tomar el sol.

En la playa, encontraron un lugar tranquilo cerca de un chiringuito. Se pidieron unos mojitos y pasaron la tarde entre cotilleos y risas. A Emma le resultaba raro estar así. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Normalmente solía estar en casa trabajando o viendo películas románticas, sin parar de llorar. Aunque Laura cada día le animaba, no se olvidaba de Sergio. Ahora que parecía que lo estaba superando, él había aparecido de nuevo en su vida y sin intenciones de querer marcharse. Le hacía mil promesas. Ella tenía un lío tremendo, por eso había decidido aceptar la oportunidad que Silvia le había conseguido. Necesitaba alejarse de todo —y más de él— para saber lo que quería. Y estaba descubriendo que podía vivir sin Sergio. Y muy bien.

—¿Te apetece un helado? —preguntó Emma a Laura.

—Sí, pero no veo ninguna heladería por aquí.

—Pues vayamos a inspeccionar... O también podemos ir al apartamento, cambiarnos e irnos a cenar. Ya nos comeremos el helado después.

—Me parece buena idea.

Y se marcharon de aquel hermoso lugar, aunque prometieron volver en los siguientes días.

Aquel apartamento no estaba nada mal. Tenía dos habitaciones con dos camas de matrimonio, un baño muy grande y una cocina maravillosa, aunque decidieron que

no la usarían. El comedor era muy espacioso y también había una pequeña terraza.

Deshicieron las maletas, se cambiaron rápidamente y salieron a conocer aquella parte de la isla, llamada El Arenal.

Descubrieron muchos restaurantes que les gustaron, muchas playas preciosas y algunas discotecas de moda. No pararon en las dos semanas que pasaron allí.

Una tarde, Emma recibió la llamada de Pierre, quien le informó que en dos días las esperaba en el centro comercial de Palma de Mallorca para llevarlas al apartamento en el que vivirían los siguientes meses.

—Hola, buenas tardes. ¿Emma? —preguntó Pierre.

—Sí, soy yo. ¿Eres Pierre? —respondió Emma.

—Sí, perdona. Silvia me dio tu teléfono. Como vi que no me llamabas, pensé en llamarte yo, para que cuando llegues a la isla no estés perdida, aunque me ha comentado Silvia que ya estás aquí.

—Sí, llevo casi dos semanas. Bueno, Laura y yo. Ya sabes, mi amiga, la fotógrafa.

—Sí. Por cierto, gracias por traerla. Tenemos que hablar de negocios, pero eso lo haremos cuando te incorpores con nosotros. De momento, fuera del trabajo, seremos amigos. ¿De acuerdo?

—Me parece genial. No me gusta hablar de trabajo en mi tiempo libre. No sé si me entiendes...

—Perfectamente. A mí me pasa lo mismo —rio—. Bueno, a lo que iba. ¿Os lo habéis pasado bien estos días?

—Sí. Es todo precioso, tan distinto de Barcelona... Estamos encantadas.

—Y más que vais a estar. La casa donde viviréis es una maravilla. Está en primera línea de mar, en una zona de playa de arena blanca... Es como si la playa formara parte de la casa. Está genial. Así, cuando llegues cansada, si te apetece darte un baño por la noche, no lo tienes ni que pensar.

—¿En serio? Eso es un sueño... ¡Qué suerte!

—Si las cosas nos han ido bien estos años, es porque mi socio es un chico muy listo. Claro que tú y yo no lo somos menos, pero él tiene una magia especial para los negocios. Ya lo conocerás. Eso sí, no os asustéis. Es un pelín gruñón. Ya te contaré más cuando nos veamos.

—Perfecto, no te preocupes, lo tendré en cuenta. Gracias por todo y, lo dicho, nos vemos en dos días.

Emma finalizó la llamada y le explicó a Laura lo que le había dicho Pierre. Esta alucinó, aunque no tanto como cuando llegaron a la casa.

Al entrar ya creían que todo eso no podía ser cierto. Tenía una entrada

independiente, con un pequeño jardín y un gran porche con *parking* para dos vehículos. La puerta era grande, escoltada por dos columnas de estilo precolombino blancas, y daba paso a un recibidor de madera de palisandro y suelos de parqué. El salón estaba lleno de cuadros de arte abstracto y de portadas de revista en gran formato. De su revista.

Una de las portadas que más impactó a Emma fue una en la que aparecía un fondo negro con un zapato de tacón de aguja color rosa y en el que resaltaba el nombre de la revista, *P&E Glam*, en color dorado. Ella había leído esa revista en numerosas ocasiones y los reportajes eran muy interesantes, nada que ver con los de su anterior empleo, que solo cubría noticias de moda de España. *P&E Glam* ofrecía información de cualquier pasarela del mundo, de cualquier nueva tendencia, ya fuera en Londres, Nueva York, París o Milán. No importaba el destino, sino la novedad. Silvia no le había dicho en qué revista iba a trabajar, solo que era de un amigo. Nunca pensó que fuera a ser en *P&E Glam*. Sinceramente, se llevó la mayor sorpresa de su vida.

Pierre continuó enseñándoles la casa. La cocina era de estilo americano, con una isla central muy grande. Una puerta corredera daba a una terraza trasera, en la cual había un cercado que comunicaba directamente con una pequeña cala de ensueño.

La planta superior era bastante luminosa. En ella había cuatro dormitorios y dos baños. Se instalaron en dos de las habitaciones de invitados, dejando libre la de Pierre. Aunque a él no le hubiera importado que la ocuparan, ellas prefirieron otras habitaciones. Todas eran muy espaciaosas, con grandes armarios y amplias ventanas con unas buenas vistas al mar.

Una vez instaladas, se fueron los tres a cenar. Pierre les contó cómo surgió su revista y cómo había cambiado su vida en los años que llevaban con ella. Les habló de Evan y de lo ocupado que siempre estaba. Les contó que, además de ser dueño de la revista, también tenía un despacho de abogados y que pasaba en él mucho tiempo, de ahí que necesitara una persona de confianza al mando, porque él viajaba y no podía estar en todo.

Entre ellos fluyó todo muy bien. Congeniaron enseguida. Pierre pensó que Silvia no se había equivocado, y lo agradeció.

Laura estaba bastante cansada y los dejó solos para que pudieran ponerse al día de las cosas que tendrían que hacer en su nuevo trabajo.

—Necesitáis hablar de negocios y ya sabes que a mí eso no me va. Estoy cansada, así que, si no os importa, me voy a ir a dormir.

—No, claro que no. Estás en tu casa —comentó Pierre, que en el fondo agradecía quedarse a solas con Emma para ponerla un poco al día acerca de Evan.

—Vale, no te preocupes. No haremos mucho ruido. Saldremos a hablar a la terraza y así podrás estar tranquila.

—Gracias, buenas noches. Nos vemos mañana.

Laura se marchó a dormir y Pierre y Emma empezaron con su conversación.

—Bueno, no sé si Silvia te ha contado muchas cosas de nosotros, aunque miedo me da preguntar...

—No, la verdad es que no. Me comentó que sois sus dos mejores amigos y poco más. Yo necesitaba un cambio de aires, porque donde trabajaba no iba a estar muy cómoda. Vosotros necesitabais a alguien que os echara una mano y supongo que creyó que así nos ayudaba a ambos.

—No entiendo nada. Eres una estupenda redactora. He leído algunos de tus artículos y son realmente buenos. En el fondo, es una suerte contar contigo, pero no entiendo por qué no ibas a estar cómoda en tu antigua revista.

—Bueno, digamos que hay personas allí con las que no quiero trabajar. Han ascendido a jefa de redacción a la chica con la que me engañó mi ex. Aparte de que no creo que sea la persona idónea para el puesto, no quiero estar bajo su mando. Cada vez que la veo, me vienen a la mente momentos malos de mi vida y necesitaba cambiar de aires.

—Te entiendo. No lo digo por mí, porque yo no me puedo quejar, pero Evan, al cual conocerás pronto, también tuvo sus problemas amorosos y eso le ha hecho cambiar mucho. Quizá si hubiera hecho como tú, cambiar de aires, ahora seguiría siendo el de siempre. Pero no lo hizo y su carácter se ha endurecido mucho. Antes era una persona abierta, divertida, y ahora es bastante duro con todos, muy exigente... ¡Ah! Y olvidémonos de diversión...

—¿También pilló a su ex con otro el día antes de casarse?

—¿Qué? No me digas que te hizo eso. ¡Qué cabrón! No, Evan no tuvo que pasar por una cosa así, pero también de infidelidades va el asunto. ¡Cómo está el mundo!

—Bueno, mira, ahora estoy aquí. Y tú, ¿no tienes pareja?

—No. De momento, estoy bien como estoy. Aunque, si te soy sincero, he de decirte que mi gran amor es Silvia. Fuimos novios en la universidad, pero como en aquella época no pensábamos en el futuro, sino en vivir el día a día, terminamos rompiendo. Nos queríamos mucho, pero era más una amistad que un romance. Sin embargo, con los años y el hecho de no tenerla aquí... No sé. La echo de menos. Creo que si tuviera la oportunidad de estar con ella todo sería perfecto. Ella no está con nadie. Dice que no quiere líos... y no sé si será porque le pasa como a mí.

—La verdad es que me habló de un novio que tuvo y de que había sido una historia

especial. Supongo que me hablaba de ti.

—Me alegra saber eso.

—Creo que tendríais que aclararos, porque tal vez vosotros seáis la única pareja que esté destinada a estar junta.

—¿Por qué dices *la única*? Seguro que hay alguien en el mundo esperando a que tú aparezcas en su vida.

—No, no... Los romances ya no son para mí. Mira, yo era una romántica empedernida, que creía en el amor para siempre, con boda, niños y felicidad para toda la vida... Y cuanto más enamorada estás, más grande es el palo. Quitá, quitá... Ahora quiero vivir la vida y prosperar en el trabajo. Y el futuro, ya se verá. Mejor no pensar en él.

—Conozco ese pensamiento muy bien. Creo que Evan y tú os llevaréis de maravilla.

Así, siguieron hablando de sus vidas durante dos horas y luego Pierre se marchó. Cuando Emma se quedó sola, se puso a pensar en todo lo que estaba cambiando en su vida. Pierre le había parecido un chico encantador y no entendía por qué Silvia no le había dicho que era su ex, con el que tan buenos momentos había pasado.

No le había querido decir a Pierre que Silvia sentía lo mismo que él, pues su amiga en Barcelona siempre había envidiado la relación que tenía con Sergio, que se casará, que hicieran esos planes de futuro... Siempre le había dicho que en su momento fue una tonta con su ex, porque nunca hablaron de futuro y terminaron la relación sin hablar tan siquiera de sentimientos. Ella lo propuso para avanzar en sus vidas laborales y él aceptó, sin más. Claro que Pierre no sabía que le pasaría factura con el tiempo.

Ninguno había rehecho su vida con nadie y cuando se veían siempre se quedaban con las ganas de retomar su relación, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el paso.

Ambos tenían miedo a perder la amistad. Si algo salía mal, ya no podrían volver atrás. Eso los asustaba. Por ello, ninguno daba el paso.

Emma estuvo pensando en Silvia un buen rato y, como no era muy tarde, decidió llamarla.

—¡Hola, hola! ¿Qué tal todo por mi isla querida?

—Bien, muy bien. Aunque... ¡te voy a matar!

—Has conocido a Evan, ¿no? Sé que te tendría que haber explicado que tiene un carácter difícil, pero es que no quería que por su culpa te negaras la oportunidad de este trabajo.

—¿Eh? No, no es eso. Aunque me estáis asustando. ¡Joder! ¿Tan ogro es?

—No, ¡qué va! Si antes era un chico encantador... Pero la guarra de Giselle...

Bueno, mejor no te hablo de eso. ¿Por qué me has llamado entonces?

—Porque no me habías dicho que con quien voy a trabajar es con tu ex, el que te vuelve loquita.

—Mmm... Bueno... es que... no sé. Oye, ¿qué te ha dicho? —dijo Silvia, interesada.

—Pues eso, que salisteis juntos. Y como sé que solo has tenido un gran amor en tu vida, pues me he dicho, ¡este es!

Emma no se cortaba un pelo.

—¡Jajaja! Oye, que no es que no te lo quisiera decir. Es que tampoco quería que te sintieras rara, o que dijeras que no...

—¡Qué va, tonta! Si me ha parecido un chico genial. ¡Hemos congeniado muy bien! Pasado mañana voy a la redacción a conocer a la gente. Me ha estado explicando un poco por encima en qué consiste mi trabajo y hemos decidido hacer una reunión para ver cómo nos organizaremos.

—Ah, perfecto. Seguro que estarás muy bien. Por cierto, ¿a que no sabes quién vino ayer a la redacción? —dijo Silvia con un tono bastante interesante.

Emma no tuvo que pensar mucho.

—No, pero me lo imagino... Sergio.

—Sí, y se peleó con Jessica. Yo aluciné un poco. La acusó de que tú te hubieras ido. Vino buscándote. ¿No sabe que te has ido? —preguntó Silvia, extrañada.

—No. La última vez que hablamos me rogó que volviera con él. Me dijo que me casara con él, que olvidáramos todo y que empezáramos de cero. Que me quería y que se había equivocado. Yo no quise escucharlo, porque bastante daño me ha hecho ya. Le dije que me iba, que podía volver al piso si quería, pero que no pensaba volver con él.

—Vaya... Me dejas sin palabras. Creo que se ha dado cuenta de lo que ha perdido. Ayer vino con un ramo de rosas y pensé que eran para Jessica, porque como era su primer día de redactora jefe... También pensé que era un mamón que no tenía vergüenza. Creo que Jessica pensó lo mismo, porque salió con una sonrisa de oreja a oreja. Pero la cara de él cambió cuando te buscó y no te vio.

—Y, ¿qué pasó? —Quiso saber Emma.

—Me preguntó por ti y le dije que no estabas. Ella vino hecha una furia y le dijo que ya no trabajabas ahí.

—No esperaba menos de ella —dijo Emma, rabiosa.

—Sí, pero es que ahí no queda todo. ¡Él la acusó de haberte despedido! Le dijo, gritando delante de todos, que era una arpía sin corazón, que no le había bastado con camelárselo para que te engañara, que además te había robado el puesto de redactora

jefe y que encima te había despedido.

—Y ella, ¿qué le dijo? —preguntó, cada vez más interesada.

—Le dijo que ella no te había despedido... Y eso me dio qué pensar sobre el puesto. Luego él le dijo delante de todos que lo peor que había hecho en la vida era engañarte con ella, porque a tu lado ella no es nada, solo un mal polvo.

Emma rio.

—Se lo tiene bien merecido. Me alegro de que le haya dicho eso, pero no cambia nada. Me ha hecho mucho daño. Yo ya no quiero nada con nadie.

—Te entiendo, porque sé que, aunque ella le engañara o le camelara de alguna manera, dos no hacen algo si uno no quiere.

—Exacto. Y en lo referente a Pierre, ¿cuándo vas a decirle lo que sientes?

—Cuando me aclare yo misma. Te juro que hablo con él, pero de momento prefiero seguir con nuestra amistad. Por cierto, dentro de una semana iré a Mallorca y pasaremos juntas el fin de semana. Así podrás contarme qué tal todo con mis chicos.

—Perfecto. Te dejo, que voy a dormir un poco.

—Muy bien. Descansa.

Emma se fue a dormir y, aunque su cabeza se puso a dar vueltas por todo lo que había descubierto de Sergio, se negó a seguir pensando y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, le contó todo a Laura y esta se sorprendió.

Lo tuvo claro desde el primer momento. Se había dado cuenta de que no sería fácil superar la ruptura con su amiga. Ahora él veía que con ella tenía todo lo que podía necesitar, y ella, que conocía muy bien a los dos, supo que las cosas se pondrían muy difíciles. No quería perder ese nuevo trabajo que tenía por delante, un sueño cumplido para ambas, así que decidió poner fin a sus dudas.

—Emma, no sé cómo decirte esto sin que te moleste, pero, ¿no estarás pensando en volver a Barcelona?

—Mira, sé que todo lo que te he dicho te puede hacer tener estas dudas. Y lo entiendo, también las tengo yo. Anoche no paraba de pensar, hasta que llegó un momento en el que me dije: Seguro que Sergio, cuando se acostó con Jessica, las veces que lo hiciera, no pensaba en mí, ni se martirizaba. Así que, ¿por qué ahora yo tengo que volverme loca?

—¿Dónde está mi amiga? ¿Qué has hecho con ella?

Laura sabía que su amiga estaba enamorada de Sergio y que, aunque su mente fría le hiciera sentirse así en su interior, algo cambiaría en algún momento. Porque Sergio había sido su primer amor y sabía que lo acabaría perdonando. Le impresionaba mucho su nueva manera de pensar y tenía la pequeña esperanza de que lo dijera de

verdad.

—Laura, la verdad es que quise mucho a Sergio, hasta el límite de hacer lo que fuera por él. Pero eso ya pasó y no dejaré que estropee mi vida de nuevo. Tengo lo que siempre he deseado: dirigir una revista de éxito. ¿Por qué voy a querer tirar eso por la borda?

—Porque tú siempre has pensado que el amor es lo más importante. Y, en su momento, Sergio era lo más importante. No sé.

—Tú lo has dicho. *En su momento*. Pero ahora es un momento diferente. Mira, Laura, si me quiere y tan arrepentido está, que me busque, que me encuentre, y entonces y solo entonces yo valoraré lo que quiero.

—No puedo creerte. ¿Cómo has cambiado tanto? No te entiendo. Bueno, sí, porque yo soy así. Ya sabes que no creo en el amor, pero tú...

—Yo siempre he sido una tonta enamorada, y siempre he sido yo la que ha ido detrás de Sergio, pero ya me he cansado. Porque, ¿para qué me sirvió? Para que me la pegara justo antes de casarnos. No. Esa tonta ya se fue y la nueva Emma es una mujer independiente y emprendedora.

—Me gusta esta nueva Emma, aunque comienza a darme un poco de miedo, la verdad.

Ambas rieron durante un buen rato, si bien Emma se sentía un poco rara. Era la primera vez que iba a mirar por ella y por nadie más, y en el fondo le gustaba.

Pensó que quizá Jessica atrajera a Sergio hasta que consiguió separarlos, y que él no midió lo que le podía acarrear ese engaño. No pensó en la pérdida de Emma, sino en su propia diversión. Pero ahora todo era diferente. Ella, que siempre había estado ahí para él, ya no estaba. Se había ido y lo había abandonado definitivamente.

Pensó hasta dónde sería capaz de llegar por ella, y decidió dejar que las cosas pasaran. Si él decidía ir a buscarla, ya pensaría qué haría. Pero tenía claro que no dejaría la revista. Si quería estar con ella, sería donde ella quisiera.

CAPÍTULO 2

A las 10.00 a.m., las dos estaban listas para entrar en la oficina. Habían quedado con Pierre en la cafetería vecina a la revista. Emma estaba nerviosa. No sabía qué experimentaría al entrar, ni cómo reaccionaría la gente.

—¡Buenos días, chicas! ¿Preparadas para comeros el mundo?

—¡Dios, Pierre! ¡Qué enérgico, ya por la mañana! —dijo Laura, contenta.

—Sí, la verdad es que estoy contento y deseando que llegue el fin de semana, porque viene Silvia y tengo ganas de verla.

—Ya... Oye, ahora, cuando entremos, ¿qué haremos? —preguntó Emma, algo nerviosa.

—Te cuento. Le dije a Evan que ordenara preparar un despacho para ti. Instálate y luego haremos una reunión con todo el personal para presentaros.

—¿Con todo el personal?

—Sí, claro. Eres su jefa y tienen que saberlo. Después, nos organizaremos el trabajo, porque esta semana Evan no estará. Tiene unos juicios en Madrid.

—Bueno, por una parte, estaré un poco más tranquila. Así cuando nos conozcamos ya llevaré unos días y me verá más desenvuelta en el trabajo.

—Sí, eso es verdad. Un punto a tu favor. Pero no te preocupes, que te pondrás al día enseguida.

Sin más demora, subieron a la redacción. Era un espacio muy agradable y acogedor. En la recepción había una chica alta, rubia y muy bien vestida, que sonrió alegremente al ver a Pierre.

—Buenos días, señor Dupont. ¿Le traigo un café?

—Sí, gracias, Susana. Mira, te presento a Emma Fernández. Ella es la nueva directora de redacción. Y su acompañante es Laura Reyes, la nueva fotógrafa.

—Encantada de conocerlas. Señora Fernández, ¿quiere usted otro café?

—Sí, por favor. Y llámame Emma. Me sentiré más cómoda.

—Como quiera. Ahora mismo se los llevo a su despacho, señor Dupont.

—Susana, avisa a Helena y coméntale que en media hora haremos una reunión general en el salón de juntas. Gracias.

—Ahora mismo.

—Helena es mi secretaria —le comentó a Emma mientras caminaban hacia un ascensor—. La conocerás ahora, cuando vayamos a mi despacho.

Emma iba mirando hacia todos lados. La redacción era muy amplia y estaba muy bien iluminada. Tenía unos grandes ventanales a través de los cuales se veía el centro comercial que tenían justo delante. Pierre le iba contando cómo trabajaban. En la planta principal estaban la recepción y dos salas muy grandes en las que hacían las fotos para los reportajes de moda. Le contó que, aparte de hacer los reportajes de la revista, también colaboraban con grandes firmas haciendo sus catálogos, y que así ellos también podían publicar las últimas tendencias en moda antes de que salieran.

En la primera planta se encontraba la redacción. En ella trabajaban doce periodistas que se encargaban de escribir los artículos. También había un comedor, tres baños y dos salas de reuniones, mientras en la última planta quedaban los despachos y un amplio salón dedicado a reuniones de personal o a fiestas de empresa.

En esta última planta había tres mesas con dos chicas. Una de ellas era Helena y la otra era Marta, la secretaria de Evan. La última mesa estaba vacía, y detrás de cada una, el despacho de sus jefes.

—Buenos días, chicas. Os presento a la señorita Fernández y a la señorita Reyes. La señorita Reyes se incorpora con nosotros como fotógrafa y la señorita Fernández es la nueva directora de redacción.

—Encantada, yo soy Marta. Puede pedirme lo que quiera.

—Yo soy Helena. Lo mismo digo.

—Gracias, chicas. Ya nos iremos conociendo.

—Ven, Emma, que te enseñaré tu despacho.

Su despacho era enorme. En realidad, los tres eran iguales, pero a ella le pareció muy grande. No estaba acostumbrada a tener su propio despacho. La ventana tenía vistas al mar y eso le encantó. Pensó que podría relajarse mucho mirando el oleaje y a la gente paseando por la playa. Tenía una mesa en roble rojizo y una silla de piel, muy

cómoda. En un rincón había un sofá negro, muy confortable, con unos cojines rojos. Y las paredes estaban llenas de cuadros con las portadas más exitosas de la revista.

—Pierre, esto es increíble. Es precioso.

—Si hay algo que no te guste, cámbialo. No te preocupes por nada.

—Pero ¿qué dices? ¡Si todo me encanta!

—Me alegro. Y a ti, Laura, ¿qué te parece?

—Creo que, por un tiempo, no va a querer salir de aquí.

—Bueno, tú te instalarás en una de las mesas de abajo. Espero que no sea un problema para vosotras, pero creo que estarás más cómoda. Le diré a Pedro que te enseñe el departamento de producción, que es en el que estarás.

—Perfecto, no hay problema. Además, creo que si estuviéramos juntas todo el día nos mataríamos. No me malinterpretes, pero, por muy buenas amigas que seamos, cada una necesita su propio espacio.

—Os entiendo perfectamente. A mí me pasa igual con Evan.

—Y... ¿cuándo conoceremos a Evan? —preguntó Laura, interesada.

Emma no parecía querer conocerlo. Sabía de buena tinta que no sería muy agradable. Cuanto más pospusieran el encuentro, mejor para ambos, porque ella no estaba preparada para lidiar con su carácter rudo. No sabía quién de los dos ganaría la batalla, si tenían la oportunidad de presentar una. Solo sabía que ella no se quedaría atrás.

—Pues la próxima semana, creo. La verdad es que no tiene un horario establecido, por eso te necesito tanto, Emma. Y el hecho de que seas mujer también me ayuda, porque Evan no hace más que despedir a la gente sin darle oportunidad de reparar los errores. Eso me saca de mis casillas. Yo no puedo estar aquí siempre, pues viajo mucho. Cuando se presentan nuevas temporadas de moda hay desfiles, fiestas... y todo eso hay que cubrirlo. No tengo personal que lleve el suficiente tiempo como para que lo puedan hacer ellos, ni suficientemente experimentados... Así que, cuando vuelvo, siempre me encuentro con algún altercado.

—Vaya, no sé qué decir. No creas que Emma es todo corazón, porque en ese aspecto se parece bastante a tu amigo.

—¡Oye! Tampoco es eso. Pero, si alguien no vale, no vale. Por muchas oportunidades que le des. ¿Para qué vas a aguantar a alguien mucho tiempo, si quizá el resultado siga siendo el mismo?

—Emma, mujer, todo el mundo tiene que aprender...

—Aprender, sí. Pero una oportunidad y no más. Con una buena formación es suficiente.

—Qué difícil me lo vais a poner... —rio Pierre. Y todos acabaron riendo en el despacho.

Poco después, Pablo subió a por Laura y se la llevó a enseñarle dónde se instalaría y cuál sería su puesto de trabajo. Pablo llevaba tres años trabajando con Pierre y congeniaban muy bien. Siempre se iban de viaje juntos y era un gran profesional de la fotografía. Tenía una técnica muy buena y rápidamente puso a Laura al día.

Mientras, Pierre y Emma entraron en su despacho y él comenzó a exponerle todo lo que harían. Le comentó que en dos semanas tendría que ir a Milán. Debía cubrir la pasarela de otoño y necesitaba que ella se quedara al mando y controlara todo, para que Evan no tuviera que estar encima del personal y así ellos pudieran hacer su trabajo.

Ella aceptó de buen grado y pensó que dos semanas eran más que suficientes para ponerse al día en sus métodos de trabajo.

Pierre le explicó que el lunes hacían una reunión en la que el personal podía aportar temas para publicar esa semana. Él les daba las pautas y todos se ponían manos a la obra. Si surgía algún viaje, se iba. Y cuando no tenía ningún viaje, se dedicaba a hacer estadísticas.

Evan manejaba todo el tema económico y contractual. Ella se encargaría de la formación de los empleados y, dentro de un tiempo, también viajaría.

Así podrían turnarse con las formaciones y demás.

Le dijo que podría buscar su propia secretaria, porque la necesitaría. Le comentó que la revista colaboraba con muchas asociaciones sin ánimo de lucro, de ayuda a diversas enfermedades, y que en muchas ocasiones asistían a galas benéficas. Y que ella, en un futuro no muy lejano, también lo haría.

Al fondo del pasillo ya aguardaban todos los empleados, así que, sin hacerlos esperar más, se presentaron en la reunión. Emma fue acogida de buen grado por todos. En ella veían la salvación, y pronto se dieron cuenta de que Emma era una gran periodista y una excelente persona, además de ser una buena jefa. Aunque en ocasiones fuera inflexible con algunas cosas, lo era porque quería que todo saliera bien. Y así fue.

En cuatro días, ya lo tenía todo por la mano. Pierre se sorprendió muchísimo. No entendía cómo podía hacer tantas cosas a la vez y no equivocarse. Ni siquiera él podía.

Al día siguiente, había convocado a siete chicas para entrevistarlas. Aunque en un primer momento se negó a tener una secretaria, vio que tanto Helena como Marta tenían mucho trabajo, por lo que decidió entrevistar a unas cuantas chicas.

La primera se llamaba Lidia. Era muy soberbia y creía que lo sabía todo. No le gustó nada, por lo que la descartó rápidamente.

La segunda era pasable, pero a los dos minutos de entrevista ya se le había olvidado todo lo que Emma le había explicado. También la descartó.

La tercera, María, era una buena chica, pero muy miedosa. Pensó que Evan se la comería con patatas. Aun sin conocerlo, preveía que era mucho peor que ella. Emma quería una candidata que estuviera a la altura, pero estaba segura de que Evan enseguida dudaría de las capacidades de la tal María, así que también la descartó.

La cuarta candidata entró decidida al despacho. Estuvo hablando con Emma un buen rato acerca de todo lo que sabía hacer. En un momento de la entrevista, Emma que decidió que aquella sería la candidata perfecta.

La interrogó.

—Marlene, ¿tú qué pensarías si tuvieras un jefe que fuera un ogro?

Marlene se quedó extrañada. Primero, porque sabía que, si la contrataban, su jefa sería ella. Y segundo, porque no era la típica pregunta de una entrevista.

—Pues la verdad, Emma, es que mientras me pagara a final de mes me daría igual. Pero, entre tú y yo, si fuera mi caso, intentaría calmar la fiera interna. Estoy segura de que para que alguien se convierta en ese tipo de persona algo le ha tenido que pasar. Así que intentaría ganarme su confianza para que al menos conmigo no fuera un ogro.

—Me ha gustado tu respuesta. Sé que no es una pregunta que se suela hacer en una entrevista, ni tiene nada que ver contigo, pero quería ver si ante cualquier adversidad sabrías hacerle frente, y así ha sido. Estaré encantada de darte este trabajo, si aún lo quieres.

—Claro que lo quiero. Y estoy segura de que nos llevaremos estupendamente.

A partir de ese momento, Marlene pasó a ser su secretaria y su nueva amiga.

Ella y Laura serían las personas que la apoyarían en todo.

CAPÍTULO 3

El día a día se había convertido en algo llevadero para las chicas. Ya llevaban una semana trabajando en la revista y les iba muy bien. Por las noches, a veces, salían con gente de la redacción y Emma, a pesar de ser la jefa, era como una compañera más. Todos la habían acogido muy bien y ella se había dado cuenta que la gente de la revista eran periodistas de nivel. Algunos necesitaban mejorar, pero ya habría tiempo. Este era su momento. Ella estaba muy feliz con la gente que la rodeaba, con la relación tan buena que había entablado con Pierre y con Marlene. Sin duda, había experimentado una gran mejora en su vida.

El viernes, al salir de la redacción, recibió una llamada de Silvia.

—¡Hola! ¿Qué tal? Estoy ahora mismo esperando a Laura. Ya he salido de la redacción.

—Yo acabo de llegar al aeropuerto y quiero cambiarme de ropa. ¿Te parece bien que nos veamos directamente en casa de Pierre?

—Me parece perfecto. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, muy bien. Tengo muchas ganas de veros. ¿Has conocido a Evan? —se interesó.

—No. Volverá de viaje el lunes o el martes. Estaba en un juicio, o algo así.

—Ah, bueno. Qué pena que no pueda verlo para decirle que te cuide. Aunque tú te cuidas muy bien sola.

—Sí, la verdad es que sí que me cuido sola. Pero bueno, ya te contaré qué tal, porque con lo mal que me lo habéis pintado...

—Vale. Te dejo, que viene un taxi. ¡Nos vemos en casa!

La llamada se cortó y, de repente, volvió a sonar el móvil de Emma. Ella, pensando que era Silvia, lo cogió sin mirar.

—¡Emma! ¡Por fin, cariño! No me cuelgues, por favor. Escúchame, necesito que hablemos.

—Sergio... ¿Qué quieres? Estoy saliendo del trabajo y no puedo hablar. Estoy muy ocupada.

—Por favor, Emma, escúchame. No me dejaste que te diera ninguna explicación y creo que te la debo. Te echo de menos.

—¿Sí? ¡Oh, qué sorpresa! Porque el día que te vi acostándote con Jessica no lo parecía. Ah, perdona, que estabas demasiado ocupado.

—Nena, por favor. Eso fue un error y créeme que lo estoy pagando muy caro.

—No lo estarías pagando tan caro si hubieras sido sincero. Mira, Sergio, de verdad, no me apetece hablar contigo ahora mismo.

—Si necesitas más tiempo, te lo daré. Pero no me voy a dar por vencido. Sé que la cagué y que fui un idiota, pero te quiero.

—Tanto no me querrías cuando me engañaste...

—Me entró pánico. Nos casábamos y no pensaba con lucidez... No sé qué decirte...

—Yo ya sé en qué pensabas. Ahora no quiero hablar.

—Nena, ¿dónde estás?

—Lejos, muy lejos. Adiós, Sergio.

Emma colgó, muy enfadada. Parecía que toda la felicidad que había acumulado en esos días se había esfumado en dos minutos. Su carácter se agrió y Laura, que la conocía muy bien, no se lo tuvo en cuenta. En cambio, Marlene, que se iba con ellas a tomar un café, se sorprendió bastante, y pensó que había mucho de lo que tendrían que hablar.

Así que Laura mandó un mensaje a Silvia y quedaron en la cafetería.

Esta llegó a la cita al cabo de treinta minutos y se encontró a una Emma muy enfadada, al borde del llanto.

—¡Hola, chicas! ¡Vaya cara tienes, Emma! ¡Si estabas la mar de feliz hace media hora!

—Hace media hora, tú lo has dicho. Por cierto, te presentamos a Marlene. Es la secretaria de Emma —comentó Laura.

—Encantada, Silvia.

—Igualmente, Marlene. Pero vamos a ver, ¿qué ha pasado aquí?

—El imbécil de Sergio, que la ha llamado después de que tú le colgaras.

—¿Qué te ha dicho?

—Que necesita darme explicaciones. ¡A mí! ¡Tú te crees! ¿Qué explicación quiere darle a acostarse con mi compañera de trabajo un día antes de nuestra boda?

—Vamos, Emma, que esto ya lo teníamos superado —comentó Laura, intentando animarla.

—Ahora lo entiendo todo —dijo Marlene, que no sabía qué pensar.

—Pero, claro, luego está lo que me contaste tú el otro día. Y no sé qué pensar, porque, chicas, yo aún le quiero. Pero, por otra parte, sé que si le escucho me entrarán dudas. Y no quiero sufrir más por él.

—Mira, Emma, solo tú puedes decidir qué quieres, pero siempre te he dicho que el chico que engaña una vez, lo vuelve a hacer. Sabes que no soy una romántica, pero creo que por ahí hay alguien mejor para ti.

—Laura, eso ya lo sé. ¡Pero nos íbamos a casar!

—Emma, yo no te digo nada, porque te conozco y sabes que en el fondo soy como tú, o peor, porque yo no me atrevo a dar el paso. Tú, en cambio, lo das aunque te equivoques. Solo te puedo decir que dejes pasar un tiempo, que lo pienses, que hables con Sergio y, si te quiere como dice, que mueva ficha, que te busque y que sea él quien lo dé todo por ti.

Silvia, a su manera, tenía razón. Quería que su amiga fuese feliz de verdad con alguien que la mereciera.

—Emma, yo te conozco de poco tiempo, pero, por lo que explicas, has sufrido mucho. Yo, en tu lugar, le haría sufrir tanto como él te ha hecho sufrir a ti, y luego decidiría qué quiero. Hay mucho mundo por ver y mucha gente por conocer. Date la oportunidad de cumplir tus sueños, pero a tu manera.

—Está bien, chicas. Creo que me habéis animado. No hay mejor medicina que unas buenas amigas.

Todas rieron. Sabían que era cierto. Las amigas curan todos los males.

Una vez más animadas, decidieron ir a cenar unas *pizzas* y salir a bailar, desconectar y pasarlo bien.

En el transcurso de la noche, se pusieron al día de sus vidas. Aunque hacía solo tres semanas que no se veían, para Emma y Laura todo había cambiado de repente. Silvia seguía con lo de siempre. Ahora, ella y Emma tenían el mismo puesto y podían aconsejarse mutuamente.

Emma le estaba muy agradecida y no entendía por qué ella no había querido volver y ocupar ese cargo.

Así que, en un momento de la noche en el que Laura y Marlene se fueron a la pista

a bailar, aprovechó para aclarar esa duda.

—Silvia, hay una cosa que no deja de rondarme la cabeza y te la tengo que preguntar.

—A ver, dime. Pero ya te aviso que, si es algo acerca de Sergio, mejor olvídate por esta noche.

—No, no es eso. Aunque no te negaré que estoy dándole vueltas al tema. Simplemente es que no entiendo por qué si Pierre y Evan, que son tus mejores amigos, necesitaban a alguien, no has venido tú.

—Me lo propusieron a mí, pero yo estoy bien como estoy. No quiero complicaciones, y tú eras ideal para el puesto. Primero, porque te lo merecías, y segundo, porque necesitabas ese cambio en tu vida.

—Yo te lo agradezco, de verdad. Pero no entiendo qué es tan complicado para ti, si es el mismo puesto. Incluso, aquí puedes tomar más decisiones...

—Ya, pero lo complicado no es el trabajo, es estar con Pierre cada día. Por eso me fui a Barcelona. Verás, él no lo sabe y tampoco quiero que se lo cuentes, pero cuando lo dejamos en la universidad, aunque fue de mutuo acuerdo porque ninguno de los dos quería una relación seria, lo pasé muy mal. Ser amigos es muy difícil cuando quieres tanto a alguien. Yo creía que no estaba tan enamorada de él y, con el tiempo, el ser amigos y estar juntos sin estar como pareja me pasó factura. Empecé a obsesionarme con él y a martirizarme por haberlo dejado. Por eso puse tierra de por medio. Necesitaba cambiar de aires para olvidarme un poco de él, porque, si no, no podría haber seguido siendo su amiga. No sé si me entiendes.

—Te entiendo y creo que hiciste bien. Pero pienso que deberíais hablar de vuestros sentimientos, porque creo que él siente lo mismo por ti.

—Ya, yo también lo creo. Pero me aterra la idea de que nos hagamos daño, porque yo no voy a dejarlo todo por él ni quiero que él lo haga por mí. Quiero que cada uno siga teniendo su vida, porque si las cosas nos salieran mal...

—¡Pero qué tonterías dices, Silvia! Mira, yo ya no creo en el amor verdadero y quizá no te tendría que estar diciendo esto, pero si no lo intentas, no lo sabes. Podéis tener una relación, aunque sea a distancia al principio, y luego ya iréis viendo con el tiempo lo que queréis. ¿No crees?

—Bueno, ya lo pensaré. De momento, no quiero hablar con él de esto, ni quiero que sepa nada.

—Tranquila, mis labios están sellados. Pero piénsalo.

—Oye, y tú deja de darle vueltas a lo de Sergio. Lo que tenga que ser, será. Ahora es tu momento, el de disfrutar y el de vivir tu vida. Lleváis separados cinco meses. Es

difícil porque todo es muy reciente. Además, él sabe cómo actuar contigo para que vuelvas con él. No seas tonta. Yo no creo que haya cambiado de la noche a la mañana.

—Yo tampoco, por eso no quiero hablar con él. Pero en mi mente está esa pequeña duda de si de verdad se habrá arrepentido.

—Pues deja que se arrepienta más. ¿Cuánto tiempo estuviste llorando en tu casa?

—Un mes entero. Bueno, hasta que me vine aquí. Aunque no te negaré que también tuve mis noches locas, pero cuando estaba sola me daba el bajón.

—Pues yo creo que él no lo ha hecho, así que no te sigas martirizando. Diviértete, que la vida solo se vive una vez y, lo que tenga que ser, será.

—Muy bien. ¡Pues vámonos a la pista!

Las dos fueron junto a Laura y Marlene, que lo estaban pasando muy bien con dos chicos que habían conocido en la discoteca. Todos juntos bailaron durante tres horas, sin parar. Las chicas, ya cansadas, decidieron despedirse de la fiesta y se fueron a dormir. Habían pensado ir a la mañana siguiente a la playa a tomar el sol y por la tarde habían quedado con Pierre para ir al centro comercial a dar un paseo y a tomar algo.

Disfrutaron mucho del día siguiente. Las horas pasaban muy rápido mientras Laura, Emma y Silvia estaban juntas. Por la tarde, fueron, tal y como habían quedado, al centro comercial. Emma quiso dejar solos a Pierre y a Silvia, así que pasó la tarde de compras con Laura para que ellos tuvieran intimidad. Quería ver si así lograba algo, porque, aunque no creyera en el amor, si creía en el de su amiga. Y quería verla feliz como lo había sido ella antes. No creía que Pierre fuera un chico del estilo de Sergio, ya que en el poco tiempo que hacía que se conocían se había creado entre ellos un vínculo magnífico y podía notar que, cada vez que hablaban de Silvia, le brillaban los ojos de una manera especial.

Por la noche, cuando Silvia volvió al apartamento de Pierre donde estaban las chicas instaladas, le echó una mirada mortal a Emma. Aunque, en el fondo, estaba contenta. Se habían puesto al día de muchas cosas, pero no habían hablado de sentimientos, aunque sí habían hablado de su amigo Evan. Silvia pudo entender por qué se había agriado tanto su carácter. En ese aspecto, se parecía mucho a Emma. Pese a que la situación no había sido la misma, pues la de Emma había sido peor, era muy similar.

Pierre le explicó que después de que Evan dejara a Giselle, hacía ya un año, esta había hecho y deshecho a su antojo. Luego habían tenido una fuerte discusión, en la que a Evan le quedó claro que ella solo lo quería por su dinero, y no había querido fijarse en ninguna otra chica. Pensaba que todas estaban cortadas por el mismo

patrón.

A pesar de que ella le engañara muchas veces, él estaba enamorado, y cuando ella le decía que nunca más lo haría, volvía con ella sin pensarlo. Pero ya se había cansado de ser el perro que iba detrás del hueso y, en ese momento, puso fin a tener relaciones con nadie. Dejó de salir con sus amigos, dejó de divertirse. Solo se dedicaba a sus negocios. En lugar de tener treinta años, parecía que tuviera sesenta.

Silvia se quedó preocupada. Sus amigos no lo estaban pasando bien. Por un lado tenía a Emma, que estaba empezando a vivir la vida. Aunque preveía que podría conseguir lo que quisiera, sabía que, con el tiempo, si Sergio seguía llamándola, seguramente torcería su camino y volvería con él. Y por otro estaba Evan, que se había olvidado de lo que era vivir la vida. Y no sabía qué hacer para que la enderezara de nuevo.

Sin embargo, en su corazón albergó una esperanza, y era que quizá el destino fuera muy caprichoso y que aquellos dos en breve arreglarían sus vidas.

El fin de semana pasó y Silvia se marchó a Barcelona. Emma quedó en visitarla en breve y las chicas volvieron a casa.

Por la noche, Emma recibió un mensaje en su móvil. Era de Sergio.

Nena, te echo mucho de menos. Sé que no quieres hablar conmigo y te entiendo. Lo que hice estuvo mal, muy mal. No sé por qué lo hice. Supongo que pensar que nos casábamos y que nunca podría estar con otra persona me hizo caer en la tentación, pero te juro que jamás volvería a hacerlo. Si me das una oportunidad, te lo demostraré. Solo déjame quererte como te mereces. Lo siento de verdad, y si tú quieres volver aquí conmigo, prometo hacerte feliz cada momento del día.

Por favor, piénsalo. Perdóname.

Te quiere.

Sergio.

A la mañana siguiente, Emma se preparó. Tenía un día bastante ocupado y llegaba tarde. Laura se había dormido y compartían el coche. Además, no quería causar una mala impresión a Evan. Se había propuesto apaciguarlo, ya que ella no creía que fuera tan malo como lo pintaban. De repente, vio una luz parpadeando en su móvil. Y fue entonces cuando vio el mensaje de Sergio. Pensó: *Esto no puede pasarme hoy*. Así que lo leyó dos veces y, muy enfadada, guardó su móvil en el bolso.

En ese momento, bajaba Laura, por fin preparada.

—¿Lista para afrontar el día de hoy?

—No, pero lo haré.

Su cara era un poema. Estaba muy enfadada, por lo que Laura pensó que seguramente Evan lo tendría muy difícil con ella.

CAPÍTULO 4

Al llegar al despacho, Emma estaba como una moto. Subió muy enfadada y todos se extrañaron, pero no dijeron nada. Pierre y Evan estaban reunidos.

Estaban hablando de Marcos, un fotógrafo que llevaba cuatro meses y que no había tenido una buena formación, pero en la última semana había mejorado mucho con la ayuda de Laura. Era un chico muy trabajador, con familia, y no quería perder su trabajo. Pero Evan estaba decidido a despedirlo. Decía que no estaba a la altura de lo que ellos pedían. No había visto su trabajo de la última semana y no dejaba que Pierre le comentase los avances que había hecho.

Emma encontró una nota en la mesa que indicaba que, cuando llegara, por favor, fuera al despacho de Pierre. Así que fue directa, picó a la puerta y entró.

—Perdón. Pierre, tenía una nota en la mesa que decía que entrara.

De repente, Evan la miró enfurecido por la interrupción, pero ella no bajó la mirada, sino que lo miró de la misma manera. No sabía quién era, pero notaba familiaridad entre ellos, por lo que pudo intuir que se trataba de Emma. Pierre ya le había hablado de ella y se la quedó mirando embobado. Aunque no era la típica modelo de pasarela de la que cualquier chico se quedaría prendado, era muy guapa, y le sorprendió que no parecía tenerle miedo, como el resto de personal que trabajaba con él, algo que admiró desde el primer momento y que le hizo querer saber más de aquella chica.

Sin embargo, él no pareció causar el mismo efecto en Emma, que, cuando vio su mirada, decidió que no le apetecía entrar en un duelo de a ver quién mira peor a quién. Decidió presentarse ella misma.

—Tú debes ser Evan. Encantada, soy Emma.

—Sí, lo soy. Igualmente.

Se quedó sin palabras. Nunca nadie en el despacho se había dirigido a él de esa forma, sin inmutarse. Parecía muy segura de sí misma, tanto como él, y pensó por un momento que sería un buen fichaje.

—Perdona, Emma —dijo Pierre—. Estábamos discutiendo el despido de un empleado.

—¿De quién? Por si puedo dar mi opinión...

—Puedes y debes —dijo Pierre, un poco malhumorado.

—De Marcos Pacheco, el fotógrafo —dijo Evan con aire despreocupado.

—No creo que debas despedirlo, Evan. Ya te he dicho que ha mejorado y...

Evan no le dejó terminar.

—Tú siempre quieres salvar a todos. Te quedarías aquí con cualquiera y esta revista no sería la que es. Sabes que yo solo trabajo con los mejores.

—¿Quién lo contrató? —dijo Emma, interrumpiéndolos. Preveía que aquella discusión terminaría mal, y aquel chico le caía bien.

—Fui yo —admitió Evan—. Pero que lo contrate no significa que lo tenga que tener aquí si no es bueno.

—No, pero tendría unas referencias cuando vino a pedir trabajo. ¿Las contestaste?

—Claro, pero no ha mejorado en cuatro meses. Y yo creo que todo el mundo tiene que mejorar o no puede continuar con nosotros.

—Estoy de acuerdo. Entonces, ¿le has puesto a alguien para que lo forme?

—No tengo ningún especialista para ello. El más antiguo es Pedro y casi siempre viaja.

—Entonces, ¿cómo puedes despedir a alguien por no aprender si nadie le enseña? ¿Has visto su trabajo de esta última semana?

—No, pero no creo que haya cambiado.

Emma descolgó el teléfono y llamó a Marlene. Le pidió las últimas fotos de Marcos y esta se las entregó. Se las enseñó a Evan y este se quedó muy parado.

—¿Esto es de Marcos? Si no lo veo, no lo creo... ¿Cómo ha mejorado tanto en una semana?

—Porque ha tenido quien le enseñe. Verás, cuando llegué aquí, Pierre me comentó que había muchas carencias porque él viajaba mucho y tú, perdona que te lo diga así, sabes mucho de negocios pero poco de periodismo. Por ello, el personal no tiene una buena formación, así que pedí los últimos artículos de los editores y las fotos de los fotógrafos para poder tomar decisiones meditadas y no a la ligera. Entrevisté a todo el

personal para conocerlo y saber quién merecía más su puesto, así que decidí dar una formación de un día a los fotógrafos y también les pedí a los editores unas notas. Y aquí tienes el resultado de las fotos.

En ese momento, Pierre se quedó atónito. Vio que Emma no se asustaba de nada y que estaba poniendo a su amigo en su sitio. Por un momento, temió que Evan no la quisiera ahí. Nadie le había plantado cara hasta la fecha. Sin embargo, Evan estaba alucinado. Jamás una mujer le había hablado así y, en el fondo, le había gustado. No sabía por qué, pero no podía dejar de mirarla.

—Tienes toda la razón. Pierre, hoy no habrán despidos. A partir de ahora, Emma y yo valoraremos los casos juntos. ¿Te parece bien?

—¡Me parece estupendo! ¡Gracias, Emma! —Pierre, contento, la abrazó—. ¡Cuánta falta nos hacías!

—Es de sentido común. No puedes despedir a alguien cuando tú mismo le impides avanzar. Pierre, perdóname, pero ahora que ya nos hemos conocido, tengo trabajo en el despacho.

—Emma, no quiero interrumpirte y seguro que estarás muy ocupada, pero, ¿podríamos comer juntos? Necesitaría que me aconsejaras con unos temas de la revista. Veo que eres muy analítica con todo y me vendría bien tu punto de vista.

—Claro, cómo no. —Y sin decir nada más, se retiró a su despacho enfadada.

Evan se fijó en ella cuando se marchaba. Le inquietaba la frialdad que había demostrado al hablarle. No sabía si era porque tenía un mal día o porque era así. Quería saber más de ella. No sabía por qué, pero algo de ella le había cautivado. Pensó que en toda su vida no había conocido a una mujer como aquella, tan tenaz, tan fuerte y a la vez con una mirada tan triste, tan molesta... Necesitaba saber por qué estaba así. Lo que tenía claro era que no quería preguntárselo a Silvia, ni a nadie. Quería descubrirlo por sí mismo, así que se propuso un reto: conocerla de verdad. No sabía dónde le llevaría ese reto, pero sí sabía que nada lo pararía.

De repente, Pierre lo sacó de sus pensamientos.

—No sé qué le pasa hoy. Te juro que esta semana ha sido una chica muy amable con todo el mundo... Aunque no te viene mal una lección de humildad. Me gusta cómo ha sabido reconducir la reunión. Ha conseguido lo que yo llevo tiempo intentando.

—Si te he de ser sincero, no me la esperaba así. Se nota que tiene las cosas claras, y eso me gusta. Y que sabe dirigir. Eso también me gusta, porque para este puesto hay que saber hacerlo. Pero ella no ha hablado de no despedir. Solo ha dicho que hay que ser más metódicos, y le doy la razón. Quizá yo no he sabido decidir correctamente.

Por eso quiero comer con ella. Creo que tiene buenas ideas y quiero escucharlas.

—La verdad es que me has sorprendido. No comes ni siquiera conmigo, desde hace... Bueno, ya sabes, algo así como un año. Desde que cambiaste tanto.

—Sé que he cambiado, pero es que no me apetece ser el tonto de antes. Hay cosas más importantes en la vida que divertirse.

—Y también hay cosas más importantes que estar todo el día detrás de una mesa de despacho. Existe vida en el exterior.

—Lo sé, pero tengo una vida muy ocupada, Pierre, ya lo sabes. Está la revista, que sé que puedo dejarla en tus manos, y ahora en las de Emma, y también mi despacho. Y luego están mis padres. Contra eso sí que no puedo hacer nada.

—¿Qué es lo que pasa con tus padres? Sé que algo pasa y no me lo estas contando. Estás muy raro desde hace meses, y no es solo porque te hayas convertido en *Míster Borde*. Sé que no te gusta hablar del tema, pero desde lo de Giselle no hay quien te aguante... Y algo tiene que haberte pasado.

En ese momento, Evan pensó que no tenía escapatoria. Conocía a Pierre y no dejaría de interrogarlo, como buen periodista que era, hasta sonsacarle aquello que le inquietaba.

—Está bien, te lo diré. Sabes que mi padre tiene una parte del despacho y yo otra. Pues bien, hace poco tiempo ha contratado al padre de Giselle y le ha ofrecido unas participaciones del despacho. Él no sabía que Giselle había sido mi novia, pero ellos son amigos desde hace muchos años y el despacho donde trabajaba el padre de Giselle ha tenido que cerrar. Así que, para que no se quedara sin trabajo, le ofreció trabajar con nosotros. A mí no me pareció mal. El problema es que ahora mi padre quiere que salga con Giselle. Dice que estar juntos favorecería los intereses del despacho, pero ya le dejé claro que mi vida la elijo yo. Y con quién la pase, también. El problema es que no deja de insistir. Y el padre de Giselle, lo mismo. Ella se hace la tonta, como si yo no hubiera salido con ella. Ya sabes que cuando salía con ella nunca se lo dije a mis padres, y creo que ella, como no pensaba que yo fuera importante en su vida, tampoco lo hizo. Pero ahora que ve el dinero que puede generar nuestra unión, está bastante pesada. Por eso apenas salgo. No quiero encontrármela y que me vuelva a convencer. No quiero una *cazafortunas* en mi vida. Estoy cansado. Quiero estar tranquilo con mis negocios. Mi padre, de momento, no me insiste, pero quiere organizar una comida en unos meses y creo que lo que quiere es que nos juntemos. Ya me entiendes.

—Ahora puedo entenderte más. Y, ¿por qué no le dices que tienes novia, o algo así?

—Porque no quiero mentirle, a no ser que sea estrictamente necesario. Tienen que

entender que no todo en la vida son los negocios. Quiero que el día que esté con alguien sea porque me enamore, como lo estuve en su día de Giselle. Y ahora eso no es lo que más me interesa.

—¿Sabes qué creo? Que debajo de ese caparazón que te has creado está mi amigo de siempre, ese loco y divertido que se moría de amor por su chica. ¿Y sabes qué más creo? Que encontrarás a una chica de verdad cuando menos te lo esperes.

—Pues sigue creyéndotelo, pero ahora vamos a trabajar un poco.

—Bueno, voy a hablar con Emma. Necesito saber qué le pasa.

—Claro, ve, amigo. Ahora voy a repasar estos presupuestos de publicidad que tengo en mi mesa para ver con quién trabajaremos el próximo mes.

Mientras, en su despacho, Emma estaba hecha una furia. Por una parte, pensaba en cómo Evan podía despedir a personas sin conocerlas, sin enseñarles, sin valorarlas. Eso le molestaba mucho, y se dio cuenta de que nadie le mintió al decirle cómo era. Era una persona sin corazón. Pero ella no le dejaría jugar con el trabajo de nadie. Ella era una persona muy justa, y ya que Pierre había confiado en ella para que los empleados pudieran tener un futuro en su empresa, no lo defraudaría.

Por otra parte, no se quitaba a Sergio de la cabeza. Ella lo quería, pero lo había pasado tan mal... Quería salir de dudas, quería hablar con él, pero algo en su interior se lo impedía. Era la rabia que había sentido al encontrarlo en la cama con otra, y no otra cualquiera, sino una compañera suya. No culpaba a Jessica, aunque se lo mereciera. Ella era soltera y con su vida podía hacer lo que quisiera, pero el caso de Sergio era diferente. Se casaban al día siguiente y le mintió durante mucho tiempo, haciéndola sentir especial, para luego engañarla de esa manera.

Su cabeza iba a explotar, hasta que oyó que llamaban a la puerta.

—¿Sí? —contestó, dejando a un lado sus pensamientos.

Pierre asomó la cabeza por la puerta.

—Perdona, Emma. ¿Puedo entrar?

—Claro, pasa. ¿Qué necesitas? Iba a ponerme ahora con las notas de los editores y a hacer un análisis para presentárselo a Evan y que podamos decidir dónde ubicar a cada editor. He pensado que quizá no haya que despedirlos, sino cambiarlos de departamento. Ya sabes que no a todos se nos da bien escribir cualquier cosa.

—Es buena idea, pero antes quería hablar contigo. ¿Te pasa algo? Hoy estás diferente. Bueno, de peor humor que otros días. Sé que no te conozco de hace años, pero creo que en estos días que hemos estado juntos me has demostrado que tienes un carácter dulce. Y esa dulzura, no sé... Hoy se ha esfumado. Pareces Evan... No me malinterpretes, que el duelo de titanes del despacho ha estado muy bien. Pero, no sé,

me parece que esa no eres tú.

—Perdona, Pierre, pero hoy no tengo un buen día. No es nada laboral, te lo aseguro, aunque reconozco que la guinda del pastel la ha puesto tu amigo con lo de Marcos.

—Ya. Él es así. No me escucha. Pero a ti te ha escuchado. No me preguntes por qué, pero lo ha hecho. Y has conseguido algo que yo jamás he logrado.

—¿Se lo habías dicho como yo? Porque creo que él es bastante analítico. Demostrándole las cosas con fundamentos se ha dado cuenta de que no tiene razón. Es abogado, ¿no?

—Sí.

—Pues ahí lo tienes. Yo, en el fondo, soy igual. Me gusta que me demuestren el porqué de las cosas. Laura se pasó años diciéndome que el hombre de mi vida no era Sergio, y yo no la creí hasta que lo vi con mis propios ojos.

De repente, su mirada se entristeció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eh, ¿qué te pasa? Esto no es normal en ti. Estos días has estado feliz. ¿Es porque Evan te ha incomodado?

—No, no tiene nada que ver con él. Es Sergio. Anoche me mandó un mensaje en el que me pide que lo perdone y no sé qué hacer. Laura no me puede aconsejar, porque ella no lo soporta. Quiere que me tome mi tiempo, pero yo... No sé, por una parte estáis vosotros, que me habéis brindado la oportunidad de cumplir mi sueño y esto que estoy haciendo me hace muy feliz, pero me encuentro vacía. Creo que quizá debería escucharle... Y, por otra parte, me da miedo que me esté mintiendo.

—¿Sabes cómo lo sabrías? Hablando con él. Mira, te voy a dar un consejo de amigo. Cuando quieres a alguien, es difícil dejar de hacerlo a no ser que te enfrentes a tus miedos. Puede ser que eso sea peor, porque te llesves el mayor desengaño de tu vida. Pero, si no lo intentas, no lo sabes. Yo nunca he engañado a nadie, y dudo que lo haga, porque cuando yo estoy con alguien lo estoy de verdad. Pero, en tu caso, y por lo que me has explicado, quizá esté arrepentido.

—¿Crees que debería hablar con él?

—Sí, lo creo. Pero solo si tú lo tienes claro. Decidas lo que decidas, piensa primero en ti.

—Creo que te haré caso, aunque aún tengo que darle vueltas porque me hizo mucho daño. Y tampoco quiero ponérselo tan fácil.

—Veo que tienes mucho en común con Evan. Ambos sois unos cabezones. Por cierto, ¿qué te ha parecido? Aparte de no tener sentimientos...

—Bueno, creo que será interesante conocerle. Preveo que tiene los mismos

cambios de humor que yo.

La mañana pasó rápidamente entre notas y llamadas. Laura la llamó un par de veces para ver cómo estaba. Pudo ver que se había calmado un poco.

Por la tarde, había organizado una formación para los editores. A las dos de la tarde, su puerta se abrió y delante de ella estaba Evan, mirándola a los ojos. Pudo ver que aquello que la perturbaba ya no estaba. Ella levantó la mirada y se quedó analizándolo con la vista. Por la mañana estaba tan enfadada que no había reparado en mirarlo bien. Era un chico muy guapo y alto. Se notaba que le gustaba el deporte. Era musculoso y el traje que llevaba le sentaba de miedo. Parecía el novio de una tarta. Su mirada, sus ojos azules, le penetraban hasta el alma. De repente, sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

—¿Qué necesitas?

—Comer. Las personas necesitan alimentarse, y creo que habíamos quedado para hablar de los cambios que podemos llevar a cabo.

—Ah, perdona. No sabía que fuera hoy, y la verdad es que tengo muchas notas por analizar...

—Puedo ir a por algo de comer y comemos aquí, si te parece bien.

No sabía por qué, pero no quería aceptar una negativa. Es más, necesitaba comer con ella.

—Bueno, si te empeñas. Tú eres el jefe.

—Por favor, no me veas como el jefe. Todo el mundo aquí me teme y no quiero que tú también lo hagas —se sinceró con ella.

—Entiendo que lo hagan. Tu política está basada en que, si no son perfectos, se van a la calle. Y eso no es muy normal.

Seguía un poco molesta con su carácter.

—Pero has venido tú para cambiarlo, ¿no?

Quiso suavizar las cosas entre ellos y no se le ocurrió nada mejor que decirle.

—Sí, eso espero. A mí no me asusta tu mirada de tener un mal día, porque yo también la tengo.

—Lo he notado. Pero, por favor, enterremos el hacha de guerra.

—Está bien.

Emma pensó que sería lo mejor, ya que iban a trabajar juntos y pasarían mucho tiempo así.

—¿De dónde eres? Sé que trabajabas con Silvia en Barcelona, pero, ¿siempre has vivido ahí?

—Sí. La verdad es que nunca había visitado nada fuera de la península, y estas islas

son preciosas.

Emma se calmó y apartó un poco el trabajo para hablar con Evan. No sabía el qué, pero algo de él la inquietaba y quiso conocerlo un poco mejor.

—Sí, lo son, aunque comparando estas playas con cualquier playa de América, nada que ver. Para relajarse, el Caribe es especial.

—Nunca he tenido la oportunidad de ir. Bueno, ni tampoco el dinero.

—Eso se puede arreglar. Aquí te ganarás muy bien la vida. En poco tiempo, si las cosas van bien, podrás permitirte eso y más.

—Gracias. La verdad es que siempre había soñado con tener un trabajo así.

—A veces los sueños se cumplen. Los laborales, sobre todo. Porque el esfuerzo de uno mismo hace que se cumplan.

La miró mientras se recogía el pelo en un moño, dejando a la vista su cara y su cuello. No podía apartar sus ojos de ella.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, porque el resto de sueños se esfuman con el tiempo.

Evan sabía muy bien a qué se refería, y en ese preciso momento supo que quería conocer todo de ella. Estaba muy a gusto en su compañía y no se la veía la típica chica interesada, sino que más bien se preocupaba por la gente. Eso le gustó, y estar ahí con ella, hablando simplemente de viajar, le pareció lo mejor que había hecho en meses.

Siguieron hablando durante una hora sobre sus vidas, sobre los estudios que tenían, sobre los trabajos que habían realizado, sobre sus intereses y aficiones, y se dieron cuenta de que coincidían en muchas cosas. No llegaron a hablar de temas amorosos, algo que a los dos les dolía.

De repente, el móvil de Emma empezó a sonar. Ella, al ver la pantalla, dudó entre cogerlo o no. Quería descolgar, pero no sabía si hacía bien. Pensando en el consejo de Pierre, decidió hacerlo.

—Sergio, estoy ocupada, pero dime qué quieres.

—¿Has recibido mi mensaje? No me has contestado.

—Sí, lo he recibido, pero es que no sé qué quieres que te diga. De verdad, necesito tiempo. Me has hecho mucho daño.

Vio que Evan la miraba atónito. No quería que él se fuera, así que se levantó de la mesa y se fue hacia la ventana para ver el mar mientras contestaba.

—Mira, Sergio. Lo que hiciste, no lo puedo olvidar. Y lo que me dices, no sé si es sincero.

—Sí que lo es, te lo juro. ¿Dónde estás? Necesito verte.

—Lo tienes difícil. Estoy lejos y estoy trabajando. De momento, tengo que

pensarlo... Sergio, por favor, no me agobies. Dame tiempo.

—Voy a demostrarte que te quiero. Y no me voy a dar por vencido.

—Ya hablaremos, ¿vale? Ahora tengo trabajo.

—Muy bien, nena. Lo que tú digas. Pero te demostraré todos los días que te quiero, como no lo he hecho antes, para que vuelvas conmigo.

Emma colgó y se disculpó con Evan. Él la miró con tristeza. Le recordó a las veces que él había llamado a Giselle y le había pedido que volvieran, y en las mentiras que ella le había dicho después. Por eso no creía en el amor. Pero ella tenía algo especial. De repente, quiso protegerla.

—¿Tu novio?

—No, es mi ex. Lo dejamos hace cinco meses y parece que ahora es él quien no lo lleva bien.

—No quiero que creas que soy un entrometido, pero, ¿qué tienes pensado hacer? Creo que aquí estás haciendo un buen trabajo y me dolería que te fueras. Nos acabamos de conocer, pero creo que aquí te aguarda un buen futuro.

—No lo sé. Lo que sí sé es que ahora tengo algo que siempre he querido y no quiero perderlo por amor, porque la vida se vive una vez. Si me quiere de verdad, lo entenderá.

—No sabe dónde estás, ¿verdad?

—No, de momento no lo sabe. Tengo que hablar con él. Es solo que estoy muy dolida porque me engañó y necesito tiempo para ver qué es lo que quiero. Tengo miedo de que me la juegue otra vez. No quiero sufrir más.

En ese momento, Evan se sintió más identificado con ella que nunca. No quería que se marchara, porque, sin proponérselo, ya le había cambiado un poco y presentía que aquella chica tenía algo especial. Quería protegerla.

Él pensó que si volvía con Sergio no le saldría bien. Pero sabía que, si le decía que no volviera con él, ella podría enfadarse o pensarse lo que no era. ¿O sí? No lo tenía claro, pero sí sabía que no quería que sufriera, aunque no lo podría impedir. Algo tendría que pensar, y quería estar informado de todo, así que tendría que ganarse su confianza. Decidió contarle su experiencia. Tal vez así ella recapacitara.

—Emma, te invito a tomar un café. Necesitas que te dé el aire.

CAPÍTULO 5

Bajaron a la cafetería de al lado de la redacción. Un sitio curioso. Era un establecimiento pequeño, pero con un gran abanico de posibilidades. Tenía una barra central llena de fabulosos pastelitos y unas mesas muy bien ubicadas, alrededor de las ventanas que daban a la playa. Al fondo había una terracita muy bien distribuida y, cómo no, con vistas al paseo marítimo. Decidieron sentarse en el interior, en una mesa que hacía esquina y que estaba bastante apartada. Así estarían un poco más alejados de la redacción. Evan no quería que los empleados vieran así a Emma.

—¿Te gusta el *capuccino*?

—Sí, gracias.

Evan fue rápidamente a pedirlos y él mismo los llevó a la mesa para que nadie les molestara.

—Gracias por traerme aquí, necesitaba respirar. Me estaba agobiando un poco. Perdona por ponerme así delante tuyo, entre otras cosas, porque eres mi jefe y no nos conocemos de nada, pero hace muy poco tiempo que no estamos juntos y aún me duele mucho.

Emma estaba bastante desanimada.

—¿Puedo preguntar? Sé por lo que estás pasando y a veces hablar ayuda. Además, no quiero que me veas como el jefe, sino como un amigo más.

Evan quería saber qué les había pasado.

—La verdad es que no creo que lo sepas. No creo que pillaras a tu ex con otro el día antes de tu boda.

—No, pero descubrí que mi ex me engañaba con otros en muchas ocasiones. Por

eso sé por lo que estás pasando. Imagino que el dolor no solo es por el engaño, sino por quitarte la posibilidad de cumplir el sueño de casarte. Pero, te digo una cosa: seguro que ese día llegará y quizá sea con alguien mucho más especial. Emma, las cosas en la vida pasan por algo. Mírame a mí. Soy un hombre de éxito, pero mi vida, sin ese éxito en los negocios, está vacía.

Sonaba triste.

—Pero eso es porque tú quieres. La vida continúa aunque nos hayan engañado. El problema es que no sé qué hacer. No sé si tengo que darle la oportunidad de ver si ha cambiado o no.

No dejaba de dudar y necesitaba aclararse.

—Mira, Emma, te daré un consejo. Las personas son como son y nunca cambian. Yo lo aprendí a base de palos, pero eso tienes que verlo tú. Si tú crees que él puede cambiar, inténtalo. Quizá sea la excepción que confirma la regla. Me tendrás aquí si necesitas un hombro para llorar.

Evan no sabía por qué se sentía tan protector con ella, pero por más que la miraba solo quería arrancarle una sonrisa. No la había visto sonreír en todo el día y quería comprobar si su sonrisa era tan bonita como él creía. Aunque no fuera una chica explosiva, tenía algo especial. Y, aunque no quisiera admitirlo, le gustaba un poco.

—¿Tú volviste con tu ex después de que te engañara?

—Sí. Además, unas cuantas veces. Tú lo has dicho. Sé mucho de negocios, pero de amor no sé nada. Estaba enamorado y me dejé llevar, pero a veces las cosas no salen como uno quiere. Por eso prefiero estar solo.

—Yo no he estado nunca sola y no sé qué hacer, porque hay una parte de mí que sigue enamorada... Y no sé si es mejor apartarla de mi mente o no.

—Creo que lo mejor es que continúes con tu vida y que el futuro hable por sí solo.

Una vez terminaron el café, regresaron al trabajo y no volvieron a hablar de sentimientos ni de amores. Se centraron en los negocios. Evan estuvo todo el día en la redacción, algo que extrañó a Pierre, pero este pensó que querría supervisar lo que hacía Emma. Cuando salieron del trabajo, Pierre le propuso ir a tomar algo con Emma y Laura. Evan, como siempre, decidió irse a casa. Aunque en el fondo le apetecía ir, declinó la oferta. No quería encariñarse demasiado con Emma. Sabía que no debía.

Cuando llegó a su casa, encendió su equipo de música. Puso un disco de Conor Maynard y se relajó en su carísimo sofá de diseño. Su casa era muy grande, pero a la vez muy vacía. Todo era de estilo minimalista. El salón comedor tenía una chimenea central, una gran alfombra persa y su sofá. En un lateral, la mesa, y al otro lado, el equipo de música. Al fondo tenía un piano de cola negro, que solía tocar de vez en

cuando.

La cocina era enorme, con una nevera americana y una isla central en la que comía normalmente. El mármol era de color arena. La cocina conducía a una terraza de la que bajaban unas escaleras que daban al jardín. Allí había una gran piscina rectangular, unas tumbonas que estaban junto a una pérgola y un mueble bar. En el otro extremo había un *jacuzzi* y un pequeño gimnasio que había construido el año anterior.

Evan estaba relajado en su sofá cuando de repente comenzó a pensar cómo sería su vida si no estuviera tan amargado. Pensó que Pierre y los demás se lo estaban pasando bien, mientras que él estaba solo, y no entendió como había llegado a esa situación. Se dio cuenta de que cada día se había sumergido más en esa soledad, que él mismo había apartado a sus amigos y había dejado pasar muchas cosas importantes, así que decidió cambiar y luchar de nuevo por la vida. Decidió no dejar que le manipulara nadie más y así crear su propio mundo, en el que solo estuvieran las personas que se lo merecieran y, si tenía que plantar cara a su familia, lo haría. Pero lo primero sería lo primero y, aunque sabía que el reto sería muy difícil, se propuso conquistar el corazón de Emma.

No había dejado de pensar en ella ni un solo momento. Algo en Emma le despertaba una cierta ternura, y también una calidez que hasta aquel momento había tenido encerrada bajo llave en su corazón. No sabía cómo, pero esa chica le había trastocado la vida. Había entrado como un huracán en su despacho, le había plantado cara y le había hecho ver la vida de otra manera. Le gustaba su carácter, porque eran muy parecidos. Le gustaba que fuese tan seria en su trabajo y que soñara con la oportunidad de llegar lejos, al igual que le pasaba a él. En tema de amor era otra cosa, porque ella tenía el corazón dividido y él sabía que no podría avanzar hasta que no se aclarara. ¿Cómo podía ayudar? No lo sabía. Pero tenía claro que no desaprovecharía ninguna oportunidad y que, le costara lo que le costase, conseguiría su propósito. Era muy cabezota y cuando quería algo no paraba hasta conseguirlo.

Además, algo le decía que esa magia en la que siempre había creído estaba en ella. Y necesitaba comprobarlo.

Mientras Evan estaba pensando en cómo llegar hasta ella y en cómo cambiar y volver a ser el de siempre, Emma también estaba dándole vueltas a su cabeza. Había tomado una decisión: hacer caso a Evan y poner punto y final a esa tortura. Hablaría con Sergio para aclararse, pero no podía hacerlo por teléfono. Iría a Barcelona el fin de semana. Así que habló con su amiga Silvia. Esta le confirmó que, por lo que sabía, Sergio estaba en su casa. Decidió no decirle nada y darle una sorpresa. Escucharía lo

que tuviera que decirle y, mirándolo a los ojos, tomaría decisiones. Sabía que seguramente la convencería, pero tenía claro que no cambiaría su vida. Si él quería estar con ella, comenzarían una relación desde cero y en la distancia, pues ella no quería dejar ese trabajo. Además, había conocido a personas estupendas y quería seguir haciéndolo y, sin saber por qué, en ese momento pensó fugazmente en Evan, quien sin apenas conocerla la había salvado de su profunda tristeza ese día y le había sabido aconsejar muy bien.

La semana pasó rápidamente para todos. En el trabajo, estuvieron bastante ajetreados. Se hicieron varias formaciones, en las que participó Evan como asistente, quien pudo ver las grandes cualidades profesionales que tenía Emma. De vez en cuando se reunían para analizar algún reportaje. Hablaron de trabajar de otra manera y reestructurar a algunas personas, pero no se despidió a nadie, hecho que tranquilizó a Pierre. Emma no había hablado con ellos de viajar a Barcelona y el viernes, al finalizar una reunión, se lo comentó.

Ninguno se sorprendió, porque intuían que finalmente ella volvería con Sergio. Por una parte, Pierre pensaba que quizá él se había arrepentido de verdad, ya que al conocerla se había dado cuenta de que era una chica maravillosa. Pero, por otra parte, Evan sabía que cometía un grave error, aunque le dejaría cometerlo y no se inmiscuiría, ya que él también lo había pasado y pensaba que de los errores es mejor darse cuenta por uno mismo. Algo le decía que Sergio no era sincero con ella y que ella lo pasaría muy mal, así que le propuso acompañarla en ese viaje con el pretexto de que también tenía que viajar a Barcelona a ver a unos clientes de su bufete.

—¿No me digas que tienes pensado ir este fin de semana? —comentó Evan como si nada.

—Sí, cuanto antes vaya mejor. Quiero dejar de darle vueltas a todo esto y aclararlo cuanto antes. Además, Sergio no ha parado de llamarme y de mandarme mensajes esta semana. Necesito hablar con él.

—No, si te lo digo porque, casualmente, yo también tengo que viajar a Barcelona. Tengo un cliente con el que me tengo que reunir.

Pierre no se extrañó, ya que era habitual que en los fines de semana se reuniera con clientes. Creía que lo hacía para estar ocupado y no pensar en nada más que no fuera trabajo.

—Pues podría apuntarme yo también, porque así voy a ver a Silvia. —comentó Pierre.

—Bueno... —Evan, por un momento, se quedó pensando que, si Pierre iba también, tendría que inventarse esa reunión. Pero no sabía qué decirle para que diera

marcha atrás. Pensó que, si las cosas iban mal para Emma, quizá estuviera más cómoda con Pierre, ya que tenían más confianza —Sí, ven. Nos alojaremos juntos. Buscaré un hotel.

—¿Llamamos a Silvia y que nos aconseje?

—No, no la llaméis. Dadle una sorpresa, le gustará más. Además, a Evan no lo ve desde hace mucho, ¿no? —comentó Emma, ilusionada con la idea de que fueran a ver a su amiga.

¡Qué coincidencia!

—Sí, es verdad. Lo dicho, buscaremos un hotel.

Enseguida, Evan organizó el viaje. Se irían los tres solos. Laura había quedado ese fin de semana en salir con las chicas de la redacción y, aunque le supo mal no acompañar a su amiga, pensó que iba bien escoltada. Además, no quería verle la cara a Sergio, y no entendía cómo su amiga era tan tonta de caer de nuevo rendida a sus pies. Aunque tenía la esperanza de que esta vez fuera él quien fuera detrás de ella.

El sábado a las 5.00 a.m. estaban todos en el aeropuerto, ya que el avión con destino a Barcelona salía a las 6.00 a.m. y, con suerte, a las diez ya habría llegado a Barcelona y aún estaría Sergio dormido. Pensó en todos los mensajes que él le había mandado esa semana y en que no había contestado a ninguno de ellos.

Nena, estoy en casa y tú no estás. Se me cae el mundo encima sin ti. Por favor, vuelve conmigo. Me he enterado de que tienes un trabajo mejor y entiendo que quieras conservarlo, pero, por favor, llámame. Vamos a hablar. Te quiero.

Hola, cariño. Son las once de la noche y no paro de pensar en ti. Sé que me has dicho que necesitas tiempo, pero no puedo soportar no saber qué pasará con nosotros. Necesito tenerte en mi vida. Te quiero.

Espero que tu día haya ido bien. Te he llamado, pero sigues sin contestar. Sé que estas ocupada, pero necesito que hablemos.

Si tengo que ir a la otra punta del mundo por ti, lo haré. Dime dónde estás para que pueda ir a que aclaremos las cosas. Necesito arreglarlo contigo ya. Si no, me volveré loco.

Loca se iba a volver Emma. No sabía qué quería Sergio, pero, en todos los años que habían estado juntos, nunca había sido así. Algo en ella necesitaba saber por qué era tan insistente y si realmente había cambiado... o cerrar la puerta al amor de una vez. Así que, una vez que acompañó a los chicos al hotel, ella se fue a su casa.

Cuando entró en su piso, a primera vista lo encontró como siempre, pues era un piso más bien pequeño. Entró en el recibidor y se miró al espejo. Tenía buena cara, a pesar de las noches que estaba pasando sin dormir. Pasó al comedor y, al ir hacia el sofá a dejar el bolso, vio algo que no le gustó nada. Al parecer, Sergio había tenido una fiestecita privada. Había restos de *pizza*, cerveza y ropa tirada por el suelo. Lo que más le sorprendió fue que había ropa de mujer, así que, furiosa como solo ella podía estarlo, se fue directa a su habitación. Y ahí se lo encontró, de nuevo, durmiendo al lado de otra chica. ¿Es que nunca iba a aprender?

Pensó en despertarlo y encararse con él por mentirle, pero entonces lo vio claro. Seguro que él le diría algo que la haría cambiar de nuevo de opinión, así que decidió dejarle una nota.

Querido Sergio,

Veo que te arrepientes tanto de que te haya dejado y que me quieras tanto que estás con otra en la cama, para llenar mi hueco vacío.

La verdad es que venía decidida a perdonarte. Pensé que realmente te habías dado cuenta de lo que habías perdido, pero veo que no ha sido así. Veo que te falta tiempo para estar con otras y, sinceramente, ya no tengo más ganas ni más tiempo de estar contigo. Me has demostrado que todo lo que hemos tenido en todos estos años ha sido una mentira y que tú eres un gran mentiroso.

No quiero volver contigo, ni quiero que me llames más. No me escribas y no me busques, porque de ahora en adelante lo que haré es seguir con mi vida, cumplir mis sueños y olvidarme de ti.

Cuando leas esta carta, espero estar muy lejos de aquí, pero solo te diré una cosa: en la vida, las personas reciben lo que dan. Es por eso que supongo que a mí ahora me está empezando a ir bien sin ti, y voy a aprovechar todas y cada una de las oportunidades que me brinde la vida. Espero que te vaya bien. Te dejo mi llave del piso. Puedes hacer con él lo que quieras. Quédate en él o déjalo, a mí no me importa. Ya te apañarás con el casero. No quiero nada del piso y ya le diré a Silvia que venga a recoger las pocas cosas que queden mías.

Emma.

Al salir de la casa, sin hacer ruido, se sentó en el rellano de la planta inferior y se echó a llorar. No sabía qué hacer. Silvia había salido con Pierre y no quería molestarlos, Laura no había ido con ella y tampoco quería molestar a los pocos amigos que le quedaban en Barcelona.

No dejaba de culparse por estar así, por haberse convencido de que Sergio le decía la verdad. En ese momento, pensó en Evan, que le dijo que la gente nunca cambia. Y supo que Sergio nunca la había querido de verdad, que no había estado enamorado de ella. Le dolía tanto el corazón que decidió que nunca más dejaría que nadie entrara en él de esa manera. A partir de ese instante, no dejaría que nadie la dañara ni la engañara. Había blindado su corazón y no pensaba liberarlo en mucho tiempo.

Decidió irse al hotel donde se habían hospedado los chicos y reservar una habitación. Ya les escribiría un mensaje y quedaría con ellos más tarde.

Pero no sabía que Evan la esperaba cerca de su casa. La había seguido. No sabía por qué, pero necesitaba ver que estaba bien y, de repente, la vio salir llorando. No supo qué hacer, ya que no quería ser descubierto, así que atajó por un callejón para encontrarse frente a ella, como por casualidad.

Iba leyendo un mapa cuando de repente chocó con ella.

—Oiga, ¡mire usted por donde va! —contestó Emma, malhumorada, sin darse cuenta de que era Evan.

—Perdone, señorita... ¿Emma? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás aquí y no con Sergio? —le dijo haciéndose el sorprendido. Pero suavizó su tono de voz al verla con los ojos rojos de llorar.

—Pues las cosas no han salido como yo creía y... Bueno, ya me ves... Iba a hospedarme en el hotel. ¿No tenías una reunión?

—Sí, pero no te preocupes por ella. Ahora llamo a mi cliente y quedo con él en otro momento.

—No, no te preocupes. No quiero que te pierdas la reunión por mí.

—La reunión no es importante. Puedo tenerla en cualquier momento. Ahora lo que importa es que tú no estés sola. Sé lo que se siente... y es mejor estar con amigos.

—Gracias, Evan, te lo agradezco de verdad. Es bueno tener amigos cerca cuando los necesitas y, aunque nosotros no nos conocemos mucho todavía, creo que podemos ser buenos amigos.

—¿Vamos a tomar un café? Dicen que con dulces las penas son menos penas.

Además, estoy totalmente convencido de que él pierde mucho más que tú.

—Sí, estoy segura. Pero me ha hecho mucho daño y creo que por su culpa ya no podré confiar más en ningún chico.

Evan se preocupó. Sabía lo que Emma sentía porque así se había sentido él después de los engaños de Giselle, pero también sabía que si se encerraba en ella acabaría como él, agriando su carácter, y no quería eso para ella. No acababa de entenderlo, pero algo en ella despertaba sentimientos que hacía mucho tiempo estaban dormidos. En el tiempo que Emma había estado en el piso que compartía con Sergio, no había parado de pensar en la posibilidad de que hubieran hecho las paces, y eso lo reconcomía por dentro. Hasta que la vio salir sola. Sabía que algo en ella le había llamado la atención. En realidad, todo de ella le llamaba la atención, pero no quería aceptar que quizá se estaba enamorando de esa chica, que sin apenas conocerla le había cautivado.

Mientras ellos estaban en una cafetería cercana al hotel, en su casa, Sergio despertó y de camino a la cocina se encontró en la mesa un sobre con su nombre y las llaves de su casa al lado. Por un momento creyó que no podía ser, pero volvió a mirar y se dio cuenta de que eran las llaves de Emma. Se puso pálido por momentos, solo de pensar que había vuelto a pillarlo con otra chica. Sabía que lo que hacía no estaba bien. Él quería volver con ella, pero, por otra parte, ella no le contestaba los mensajes. Así que pensó que ella no quería volver con él y no quiso perder la oportunidad de divertirse.

Abrió el sobre y leyó el contenido de su carta. De repente, se sentó en el sofá, hundido. Se dio cuenta de que la había perdido y de que nunca podría volver con ella, que ya no importaría lo que hiciera porque ella jamás le perdonaría. Entonces, decidió conquistarla como cuando la conoció. Sabía que ella le había pedido que no la buscara, pero no quería darse por vencido. En ese momento se dio cuenta de lo egoísta que había sido al pensar únicamente en su propio placer, y decidió cambiar. Ella había estado dispuesta a volver con él y eso significaba que lo quería. Entonces, si él cambiaba y le demostraba que la quería, quizá, solo quizá, podría conquistarla de nuevo.

No sabía muy bien por dónde empezar, pero sí sabía lo que tenía que hacer, y era echar a Claudia de su casa y de su cama. Así que la despertó y le dijo que se marchara, que lo que sucedió la noche anterior había sido un error y que lo sentía. Le contó que no lo estaba pasando bien a causa de una separación y que estaba intentando volver con su novia, que no sabía por qué se habían acostado. Ella lo único que quería era pasar la noche con él. No quería nada serio con nadie, por lo que no se molestó. Así que cogió sus cosas y se marchó.

Después se puso a pensar en lo que podía hacer. Él no sabía dónde estaba Emma, pero quien sí que podría saberlo era el hermano de Laura, ya que las dos se habían ido de Barcelona. Decidió hablar con él. Nunca hablaba con él de las chicas. Respetaba su intimidad y, en alguna ocasión, Eloy, el hermano de Laura, había tapado a Sergio en alguna de sus juergas. Así que pensó que, seguramente, le ayudaría. Además, él le había ayudado con problemas que había tenido antes y le debía algún favor.

Eloy contestó al segundo tono de llamada.

—¡Hombre, Sergio! ¿Qué pasa?

—Nada. Sé que te tengo un poco olvidado, pero necesito tu ayuda. La he cagado pero bien con Emma.

—Hombre, no iba a ser yo quien te lo dijera, pero sí, porque para que se haya ido tan lejos...

—Dime dónde está. Tú lo sabes y necesito arreglar las cosas con ella.

—Pues creo que estas de suerte, porque justamente ayer hablé con mi hermana y me dijo que venía a Barcelona a hacer las paces contigo.

—Ya. Venir, ha venido. El problema es que yo estaba durmiendo con Claudia, una chica que conocí anoche en *Pachá*. Y se ha ido, tío. Me ha dejado las llaves de casa y me ha dicho que no quiere saber nada más de mí, que soy un mentiroso y... Bueno, tiene razón. Hasta ahora no me he dado cuenta de lo mucho que me importa. Necesito hacer algo sincero, o al menos intentarlo.

—Pues sí. Me da que la has cagado y mucho. Ella no lo tenía muy claro y si te ha visto así... Pero, como te debo algún favor, te ayudaré. Eso sí, solo puedo decirte dónde están. Si me dejas darte un consejo, yo no la agobiaría.

—No sé qué hacer, pero ella siempre ha sido muy romántica y creo que si voy por ese camino... puedo conseguir conquistarla de nuevo.

—Mira, Sergio. Eres mi amigo, pero ella también, y sé que le has hecho mucho daño y que te va a costar mucho que te perdone. Te voy a decir dónde trabaja ahora y tú verás lo que haces, pero no hagas locuras.

Su hermana nunca le había prohibido dar la dirección de su nuevo trabajo a quien se la pidiera y no creyó que se fuera a molestar. No sabía lo dolida que estaba Emma, así que, sin pensarlo, dio esa información a Sergio.

—Muchas gracias. Oye, nos vemos esta tarde. Quiero comprarle a Emma algo especial y creo que tú me podrás ayudar.

Sergio finalizó la llamada y quedó con Eloy en que se verían más tarde.

El fin de semana pasó. Todos los amigos de Emma la apoyaron mucho y, aunque

estuvieron muy a gusto en Barcelona, tenían que volver a Mallorca. Prometieron verse en dos semanas. Silvia estaba muy contenta de ver a Evan y de ver lo bien que había encajado con Emma y lo que se preocupaba por ella. No quiso darle muchas vueltas porque su amiga no estaba para tonterías, pero en los ojos de él pudo ver un brillo que no veía en mucho tiempo y supo que algo escondía. Esperaba no equivocarse. Al verlos juntos, supo que estaban hechos el uno para el otro, aunque ellos no lo supieran.

Emma, Pierre y Evan volvieron a estar envueltos en trabajo durante la semana. Mientras, Sergio había solicitado unos días de vacaciones y le había pedido a su amigo que se fuera con él a Palma de Mallorca. Pensó que si iba con el hermano de Laura le sería más sencillo quedar con Emma.

Después de pensarlo varias veces, Eloy decidió viajar con él para que no se metiera en ningún lío y habló con su hermana.

—Hola, Eloy, ¿qué tal? ¿Pasa algo, que me llamas cuando estoy trabajando?

Laura se extrañó. No era muy normal que la llamara cuando sabía que estaba en el trabajo.

—Pues, verás... Es que voy a Palma de Mallorca... y voy con Sergio. Quería decírtelo porque no quiero que os enfadéis conmigo, pero vino casi suplicándome que le dijera dónde estaba Emma. Y ya sabes que le debo algún que otro favor. Así que se lo dije, y quiere verla...

Laura no le dejó terminar la frase. Se enfadó, y mucho.

—¿Estás loco? Emma se enfadará todavía más. No quiere saber nada más de él. Está muy jodida. Además, está muy liada con el trabajo y no te garantizo que quiera salir. Ya te lo adelanto.

Laura empezó a preocuparse. Tendría que contárselo a su amiga y no le resultaría fácil.

—Ya lo sé, por eso llamo antes. Mira, sabes que soy amigo de los dos y, si te soy sincero, él necesita una lección. No se ha portado bien con ella y dudo que cambie, aunque dice que si la recupera lo hará. Pero no se...

Laura le cortó en seco. Cada vez estaba más enfadada.

—No lo hará, porque eso mismo le prometió en mensajes que le estuvo mandando cada día durante una semana. Y cuando ella quiso darle la oportunidad de que se explicara, ya estaba con otra en su cama. Si es por mí, no se verán.

—Pues yo creo que es mejor que ella le diga a la cara que no quiere verlo más. Así se dará cuenta de que no la va a recuperar. Si no, seguirá intentándolo.

Laura lo pensó por un instante y se dio cuenta de que su hermano tenía razón.

—Hablaré con ella, pero no te prometo nada.

—Vale, hermanita. Ah, por cierto, llegaremos a la hora de comer. ¿Comemos juntos?

—Yo contigo cuando quieras. Con tu amigo... Prefiero no tener que verlo.

—Bueno, hablamos luego, cuando llegue.

Colgó el teléfono.

Laura, rápidamente, subió al despacho de Emma. Al llegar, le dijo a Marlene que necesitaba hablar con ella urgentemente, pero Emma estaba reunida con Pierre. Estaban discutiendo acerca de quién iría a cubrir la pasarela de Milán. En un principio, Pierre le había dicho que iría él, pero sabía que su amiga lo estaba pasando mal. Seguro que le iría bien ver cómo trabajaban los italianos y disfrutar de las fiestas. En definitiva, cambiar de aires y pasar unos días especiales. Era el próximo fin de semana y Pierre le propuso a Emma que lo acompañara para que se distrajera. Le comentó que podía ir con Laura para que hiciera las fotografías, si se sentía más cómoda. Aceptó encantada.

En ese momento, Marlene le informó de que Laura quería hablar con ella y la hizo pasar.

—Justamente ahora te iba a llamar. ¿Te apetece venir con nosotros a Milán?

—¿Qué? ¿Qué vamos a hacer en Milán?

—Vamos a cubrir la pasarela que celebran este fin de semana. Es la Fashion Week —le comentó Pierre.

—Pues sí, me gustaría. Pero tenemos un pequeño problema, que por eso venía... Es que justamente este mediodía llegan Eloy y —Laura dudó antes de terminar la frase— ... Sergio.

—¿¡Sergio!?! Pero, ¿qué es lo que no le quedó claro de que no quiero saber nada de él? ¡Ya me ha arruinado la vida lo suficiente!

—Sí, pero se ve que, cuando leyó tu carta, se dio cuenta de lo mal que se ha portado contigo y necesita disculparse cara a cara. Y ya sabes cómo es Eloy. Al final, le ha dicho dónde estás.

—Pues no voy a desaprovechar la oportunidad de ir a cubrir este reportaje tan importante para la revista. Y menos por él.

—No te reconozco. Hace poco hubieras renunciado a cualquier cosa...

—Tú lo has dicho: hace poco. Cuando estaba enamorada hasta las trancas y creía cualquier cosa que Sergio me contara. Ahora me he despertado de ese tonto trance llamado amor y no quiero pensar en nada más que no sea en mí. Aunque reconozco que, cuando quiere, es muy persistente. Así que hablaré con él. Cuanto antes me lo

quite de encima, mejor.

Pierre, que estuvo presente en toda la conversación, supo que esa chica era un volcán en erupción y ya no habría quién la parase. Le gustaba el coraje que demostraba ante cualquier adversidad. Otra chica se habría puesto a llorar a moco tendido, pero ella ya había gastado suficientes lágrimas por Sergio y se había decidido a cerrar ese capítulo de su vida fuera como fuera. Y, sobre todo, había decidido no sufrir más por amor.

CAPÍTULO 6

A la hora de comer, y tal y como habían quedado con Eloy, Laura y Emma se verían con ellos en el café que había dos calles más abajo de la redacción. En el momento en que las chicas salían, Evan llegaba a la redacción y decidió ver a dónde iban. Descubrió que iban a comer con dos chicos. No sabía quiénes eran, pero necesitaba saber más. No entendía por qué, pero los celos comenzaron a aflorar en su interior.

Entró en el café y se sentó de espaldas a ellas, dos mesas atrás. Desde ahí podía escuchar perfectamente y sin llamar demasiado la atención.

Sergio fue al baño, dejando a Eloy para que pidiera a Emma que lo escuchara y que no se fuera.

—Emma, lo siento, pero Sergio me convenció de que le dijera dónde estabais. Estaba bastante arrepentido y creo que tenéis una conversación pendiente.

En ese momento, Evan miró de reojo al chico que se acercaba a la mesa. Era alto, aunque no tanto como él, moreno, musculoso, bastante guapo y con pinta de ligón. Vio cómo miraba a Emma y no le gustó en absoluto. Entonces imaginó que aquel sería Sergio.

—Está bien. Me quedaré porque, ya que habéis hecho el viaje, al menos os merecéis vernos. Pero ya os adelanto que no pienso separarme de Laura. Lo que tengamos que hablar, lo haremos los cuatro.

Muy bien dicho —pensaron tanto Laura como Evan, que no quitaba oído a la conversación.

—Bueno, no me importa pedirte perdón delante de todo el mundo —comenzó a decir Sergio.

—Ya sé que no te cuesta contar mentiras delante de cualquiera, pero te diré que la época para pedir perdón ya pasó. La oportunidad la tuviste el sábado pasado y la perdiste.

—Emma, por favor, sé que me he portado mal contigo, pero quiero cambiar. Quiero quererte como te mereces. Te juro que nunca te volveré a engañar.

—No te creo. Eso lo has prometido muchas veces y me has mentido muchas más. No estoy dispuesta a que me sigas engañando, a que cortes mis alas para cualquier cosa. Ahora, por una vez en la vida, yo decido lo que quiero. Aquí estoy feliz, tengo amigos, tengo sueños que puedo cumplir. A tu lado, eso no lo tendré nunca.

—Pero yo puedo sacrificarme por ti, nena. Yo sé que has hecho muchas cosas por mí y que nunca las he valorado, pero déjame demostrarte que puedo cambiar.

Evan se empezó a preocupar. O era muy buen actor, o de verdad se había propuesto cambiar. Pero, en ese momento, vio que Emma se levantaba.

—Lo siento, Eloy. Sé que te he dicho que me quedaría, pero no quiero escuchar más. Mira, Sergio, lo nuestro para mí fue especial. Para ti no lo fue, cuando estabas con otras. Me engañaste muchas veces que no me enteré y, aun así, casi me caso contigo. No me quito la imagen de verte con Jessica en mi cama el día antes de nuestra boda. Lo siento, pero no puedo. ¿Y ahora quieres prometerme que vas a cambiar? No, no quiero tenerte en mi vida. Me has hecho daño, mucho daño. ¿Quieres que te perdone? Vale, te perdono, pero no volveré contigo nunca más. Y ahora, si me disculpáis, voy al baño y después me iré a la redacción. Y espero, de verdad, que no me molestes más.

—Pero, Emma...

Eloy cogió a Sergio para que no la siguiera y miró a Laura, que ni se había inmutado. Se había quedado tan sorprendida que no se podía mover.

—¿No vas detrás de ella? —preguntó Sergio.

—No, necesita estar sola, pero, cuando venga, nos iremos. Y, por tu bien, te diré que mejor no la llames ni la molestes más, porque si no te la verás conmigo.

Evan, que la vio muy alterada, quería hacer algo. Y no se le ocurrió nada, salvo una locura. Así que, sin pensarlo dos veces, se fue hacia el baño de mujeres, entró y cerró con pestillo.

Ella lo miró sorprendida, pero no dijo nada. Estaba cansada, abatida, necesitaba consuelo y en ese momento no le importó que Evan estuviera ahí.

Al verla con los ojos rojos de rabia y de tristeza, solo pudo abrazarla. Fue un abrazo lento y tierno, un abrazo protector.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Emma, sorprendida a la par que agradecida.

—Lo siento, pero estaba aquí tomando un café cuando habéis venido tú y tus amigos. Lo he oído todo y he pensado que necesitabas un abrazo. No sé por qué.

Emma lo agradeció. Parecía que Evan le hubiera leído la mente. En verdad necesitaba ese abrazo y en sus brazos estaba muy a gusto. Los dos se observaron mutuamente y en sus miradas hubo calidez y mucha complicidad. Evan comenzó a sentir algo que llevaba muchísimo tiempo sin sentir. En ese abrazo notó un profundo cariño por ella. Estaban aún abrazados y Evan, de repente, la dejó ir, porque sabía que, si no lo hubiera hecho, la habría besado.

—Perdona, no quería incomodarte. Es que te he visto mal y...

—Tranquilo, no me ha molestado. Lo necesitaba, pero creo que debemos salir de aquí. Si no, la gente pensará cosas raras. Ya sabes, un chico y una chica en un baño de una cafetería...

—Sí, ya. Bueno, saldré yo primero. Si quieres, hablamos luego.

—Vale, gracias.

Emma salió del baño sin mirar a nadie, cogió su bolso y se marchó. Laura la siguió y le propuso ir de compras. Lo necesitaba. Quería comprar algo para el fin de semana, ya que después del desfile había una gran fiesta donde irían con Pierre, que al ser amigo de algún diseñador estaba invitado.

Así, Emma cerró el capítulo de Sergio, y él no la volvió a molestar. Se dio por vencido y decidió volver a Barcelona y continuar su vida sin ella.

En el viaje de vuelta a Barcelona no podía dejar de pensar en las duras palabras que Emma le había dedicado. Sabía que se las merecía, porque desde los inicios de su relación siempre la había engañado. Cuando había salido con sus amigos, nunca se había privado de estar con alguna chica si la ocasión lo permitía. Si se presentaba alguna chica lo suficientemente explosiva, no pensaba en Emma. Siempre había sido muy mujeriego. Por ello, era muy detallista con Emma. Así esta pensaba que la quería solo a ella y no le daba vueltas a que él la pudiera engañar.

Aunque había veces que sus amigas le habían podido decir cosas de Sergio, nunca lo había pillado con otra, por lo que siempre había creído que las chicas le decían esas cosas por envidia. Porque cuando Sergio no le regalaba flores, le escribía poesías o le dejaba notas románticas. Y eso era lo que más la enamoraba. Con el tiempo, Sergio se había sabido aprovechar de todo eso, y cuando la engañaba con alguna chica, siempre le mandaba flores al trabajo o la invitaba a cenar. Estuvo haciendo eso mucho tiempo, sin que Emma se diera cuenta, y se habrían casado sin que ella

supiera nada.

Sergio comenzó a sentirse mal consigo mismo por haberse portado así con ella. Había perdido a alguien que, sin pedir nada a cambio, se lo había dado todo. Se había ido a vivir con él y siempre lo recibía con una sonrisa, no importaba cómo le hubiera ido el día. Nunca se enfadaba cuando salía con sus amigos. Ella había perdido casi todas sus amistades por él, había sacrificado buenas oportunidades laborales por él, y él lo único que había hecho era defraudarla.

Sabía que con ella ya no podría volver. Sabía que ella se merecía algo mejor y por eso decidió no insistir más y dejar pasar el tiempo. Algún día le volvería a pedir perdón para, al menos, tener su amistad.

—Lo he hecho todo mal con Emma, ¿no crees? —preguntó de repente Sergio a Eloy mientras el avión aterrizaba en Barcelona.

—Hombre, no te lo voy a negar. Siempre has sido un alma libre y tenías pareja. Yo nunca entenderé cómo, teniendo una chica como ella en tu vida, la has dejado escapar así.

—Yo tampoco lo entenderé. Me he dado cuenta demasiado tarde. Cuando uno tiene todas las chicas que quiere, no ve lo que realmente tiene hasta que lo pierde.

—Bueno, ya hay un refrán que dice eso. No es nuevo, pero quizá deberías haberlo pensado hace mucho tiempo.

—Sí, tienes razón, pero, lo hecho, hecho está. Ahora ya no hay marcha atrás. Tengo que aprender a vivir sin ella y tengo que intentar que algún día me perdone.

—Estaba muy enfadada, pero quizá con el tiempo podáis ser amigos de nuevo. No sé, tener una relación, no. Pero ser amigos...

—Ya sé que no volverá conmigo nunca más, pero ella es una magnífica persona. La pena es que no me haya dado cuenta antes...

Cogieron el coche y fueron a casa de Sergio. Este, al entrar, supo que comenzaba una nueva etapa en la que tendría que aprender a estar solo.

CAPÍTULO 7

Todo para Emma había cambiado. Después de tener la discusión que tuvo con Sergio, se había sentido más liberada, y había decidido tomar las riendas de su vida. No dejaría que ningún chico se entrometiera en cualquier meta que se fijara, y ahora estaba en un dulce momento profesional. Por ello, esa mañana en la que salían de viaje a Milán estaba contenta. Habían hecho las maletas y se dirigían al aeropuerto con Pierre.

—¿Solo vienes tú? —preguntó Emma, extrañada de que Evan no fuera al desfile, ni a la fiesta.

—Sí, verás, hace mucho que Evan no viene a ninguna fiesta. Así que no le he insistido.

—Pues él se lo pierde. Nosotras lo vamos a pasar genial —dijo Laura.

Está miró a Emma de reojo para ver su reacción. Tenía la impresión de que Evan la intimidaba de alguna manera. No sabía muy bien qué sentimientos albergaba por él. Si solo era amistad, o había algo más. Con lo bien que conocía a su amiga, no sabía qué era lo que sentía en esos momentos. Alguna vez, había querido sonsacarle si le gustaba, pero Emma siempre decía que ahora no quería nada con nadie y mucho menos con Evan, que era su jefe. Pero Laura no terminaba de creerla. Sabía que, aunque fuera un poco, le gustaba y no quería admitirlo.

Una vez que llegaron a Milán, se dirigieron al hotel y se cambiaron para ir a cubrir el reportaje. Luego volverían para ir a la fiesta de Alessandro Michele.

En la pasarela disfrutaron viendo los nuevos modelos de Gucci, Dolce&Gabbana, Alberto Ferretti, Moschino, Max Mara, Luisa Beccaria, Prada, Blumarine, Roberto

Cavalli y Salvatore Ferragamo, entre otros. Cuando terminó el pase en pasarela, Emma pudo disfrutar entrevistando a numerosos diseñadores. Algunos, muy amigos de Pierre, se empeñaron en regalarle a Emma alguno de los nuevos vestidos que habían llevado para la pasarela, y ella estaba feliz. Muy feliz. Sintió que, por una vez en la vida, estaba donde quería y con las personas que quería estar.

Más tarde, se fue al hotel para cambiarse para la fiesta. Se puso un vestido largo en color plata con la espalda descubierta. Era sencillo, pero muy elegante. La estilizaba muchísimo. Recogió su larga melena en un moño trenzado y se calzó unos tacones de infarto. Parecía otra.

Cuando Pierre la vio, se puso a silbarle. Estaba preciosa. Laura no estaba mal. También llevaba un vestido, pero este era corto, color negro, con falda de tubo y con un poco de escote. Las dos estaban guapísimas y Pierre pensó que no les quitarían ojo.

Lo que no se podía imaginar era que, desde ese mismo instante, ya no le quitaron el ojo de encima a Emma.

Hacía mucho tiempo que Evan se había encerrado en sí mismo y en el trabajo, pero desde que había conocido a Emma había comenzado a replantearse muchas cosas y, sin saber por qué, había cogido un vuelo hacia Milán para asistir a esa fiesta. A él también le habían invitado como director de *P&E Glam*, y no quiso perderse la oportunidad de ver a Emma olvidarse de sus problemas. Quería conocer a esa Emma que no conocía, la que se desenvolvía de maravilla en las fiestas y la que disfrutaba de lo que la hiciera feliz. Cuando la vio salir del hotel con ese vestido que le hacía una figura magnífica, ya no quiso dejar de mirarla, así que cogió el coche que había alquilado y se dirigió a la fiesta.

Una vez dentro, la vio hablar con diferentes diseñadores. Estaba radiante de felicidad. Se la veía suelta y, sobre todo, se la veía feliz. Laura se había ido con otros fotógrafos de otras revistas y estaba bailando y riendo. Le había dejado el camino libre y Pierre estaba rodeado de modelos, mientras él observaba todo lo que pasaba desde una esquina del salón donde estaba toda la multitud divirtiéndose.

En un momento dado de la noche, cuando vio que Emma estaba relajada, se acercó por detrás y la sacó a la pista a bailar. Ella no se dio cuenta de quién era hasta que llegaron a la pista.

—Pero, ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —le preguntó muy sorprendida.

—Pues, si te he de ser sincero, llevo toda la noche mirándote.

Evan la miró y no pudo apartar la vista de sus ojos. Nunca los había visto brillar como esa noche. Se notaba que estaba feliz.

—¿Nadie sabe que estás aquí? Porque Pierre no me ha dicho que venías. Dice que no te gustan estas fiestas.

—Bueno, en parte es cierto. No es que no me gusten, es que hasta ahora no tenía un motivo por el que me apeteciera asistir. No sé qué es lo que tienes, pero no quería dejarte sola.

—Bueno, en realidad no estoy sola. Estoy con Laura y Pierre.

—Sí, ya los veo. Creo que ambos se han olvidado de ti un poco, aunque eso me ha permitido acercarme a ti.

Evan le acarició un hombro, la cogió de la cintura y comenzó a bailar con ella. La canción que sonaba era *Thinking out Loud*, de Ed Sheeran, una romántica balada que hizo que ambos se miraran como hipnotizados. Él acercó sus labios a los de ella y le dio un dulce beso en los labios. Ella, de repente, sintió arder todo su cuerpo, Evan era muy apetecible, su prototipo de chico: atento, cariñoso... Pero algo en ese beso le hizo saltar la alarma anti chicos y se apartó.

—Perdona, no quería incomodarte. Supongo que ha sido el momento. No quiero que creas que voy besando a cualquiera.

En ese mismo instante, Evan se arrepintió de aquel beso, aunque lo cierto era que había sido maravilloso.

—No te preocupes. Perdóname. Es que no estoy preparada para estar con nadie. Lo siento.

De repente, Emma se marchó y él se quedó solo en la pista. Tardó unos minutos en reaccionar, cuando notó que alguien le llamaba.

—Evan, ¿eres tú? —dijo Pierre—. No me lo creo, pero, ¿qué haces aquí?

—Eh... Bueno... Al final me he decidido a venir, ya ves. —No sabía qué decirle. Nunca le había ocultado cosas a Pierre. Era su mejor amigo y necesitaba contarle lo que pasaba—. ¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo?

—Claro, hombre. ¿Qué te pasa?

—Salgamos fuera, mejor. Necesito hablar contigo y aquí, con tanto ruido, no puedo.

Los dos se dirigieron a una terraza trasera y bajaron por unas escaleras que llevaban a un jardín. Era un sitio tranquilo, ya que la mayoría de la gente estaba dentro de la casa, en la fiesta.

—No sé qué me pasa, pero desde que vi a Emma entrar en mi despacho el primer día, retándome con la mirada, no me la quito de la cabeza. Ella es la razón de que haya venido. No podía dejar de pensar en que algún chico intentaría ligar con ella...

—Yo lo intuía. No soy ciego y veo cómo la miras en las reuniones. Eso que te pasa

se llama amor. Te has enamorado de ella y estás celoso.

—La verdad es que no me había sentido así desde hace mucho tiempo...

—Sí, desde Giselle —le cortó Pierre—. No hace falta que lo digas. Pero déjame decirte algo: ella no es como Giselle, y lo sabes muy bien. Igual que te digo que tú no eres como Sergio y eso también lo sabes. Pero no creo que Emma esté ahora mismo preparada para tus romanticismos. Sé cómo eres cuando algo se te mete en la cabeza... y por nuestro bien te pido que no la presiones. Es muy buena trabajadora y no quiero que tus sentimientos afecten a la empresa.

—Por favor, sabes como soy. Y, sobre todo, con los negocios.

Evan se molestó. Aunque por una parte pensaba que Pierre tenía razón, por otra parte necesitaba demostrarle a Emma que no todos los chicos eran como Sergio.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? Porque cuando te he visto estabas solo y con cara de pasmarote...

—La he besado —dijo sin pensarlo y mirando al suelo.

—¿Cómo que la has besado? ¿Sin venir a cuento la has besado? Dime que no se ha enfadado.

Pierre comenzó a ponerse nervioso.

—No, no. He llegado a la fiesta y no podía hacer otra cosa que mirarla. Os he visto a ti y a Laura ir a la vuestra y ella estaba sola. Me he acercado a ella, la he sacado a bailar y, de repente, nos hemos mirado. Ella parecía feliz y estaba tan bonita que no he podido contenerme y la he besado... Parecía que ella estaba bien, pero, de pronto, se ha apartado, me ha dicho que no estaba preparada para eso y se ha ido.

—Bueno, no es tan grave como pensaba. —Pierre parecía aliviado—. Mira, Evan. Si no se ha enfadado, quizá es que a ella también le gustas, pero piensa en cómo te sentiste tú cuando Giselle te engañó. Y lo de ella es peor, porque Giselle, aunque le fastidió que rompierais, no se comportó como Sergio. Ahora ella está dolida todavía y es normal que no quiera nada con nadie. Dale tiempo.

—¿No crees que esté todo perdido?

—No, para nada, pero sí creo que con ella debes ir poco a poco, porque ahora su corazón tiene una gran barrera y para poder traspasarla debes esforzarte mucho y, sobre todo, tener paciencia, algo que, desgraciadamente, amigo, no sueles tener.

De repente, Pierre comenzó a reírse. Sabía que aquello sería todo un reto para su amigo, pero también sabía que, si lo conseguía, lograría ser muy feliz.

—Bueno, no pierdo nada por intentarlo. Y si no lo intento, pierdo mucho, así que lo intentaré.

En otra parte del jardín, Emma se debatía en una discusión consigo misma. No

dejaba de pensar en ese beso, en esas manos que la habían acariciado, en que necesitaba ese cariño, pero también pensaba en lo mal que lo había pasado y no quería sufrir más. Entonces, llegó Laura, que llevaba bastante rato buscándola y se preocupó al verla tan inquieta.

—Llevo rato buscándote. ¿Dónde te metes? —comentó Laura, intentando que le contara qué le pasaba.

—Estoy aquí, pensando en mis cosas.

No quería contarle todavía lo que le había pasado, pues sabía que Laura se preocuparía y no quería que eso sucediera.

—Pues no estamos en esta fiesta para pensar, sino para divertirnos. Te preocupa algo. Tú no me la das con queso. Estás pensando en Evan, ¿no?

Emma la miró muy sorprendida, porque estaba segura de que no los había visto bailar y mucho menos besarse. ¿Cómo podía saber que estaba pensando en él?

—¿Por qué dices eso?

—Sé que te gusta, no lo niegues. Serías tonta si no te gustara. La verdad es que es un bombón de tío, y he visto como lo miras a veces. Y, bueno, no ha venido a la fiesta. Supongo que por eso estarás pensando en él. En por qué no está aquí. Además, he visto tu cara de desilusión cuando nos hemos encontrado con Pierre esta mañana y has visto que él no estaba. No creo que sean imaginaciones mías, más bien creo que no quieres pensar en que te pueda gustar. No te culpo, después de lo que te ha pasado con Sergio estos días, pero, si te soy sincera, Evan y Sergio son tan distintos como la noche y el día. Eso se nota.

—Bueno, quizá un poco sí. No sé cómo puede querer siempre estar solo.

—Porque no todo el mundo cuando está mal quiere estar con gente. Por lo que me han dicho compañeros de la redacción, cuando lo dejó con su ex no lo pasó muy bien, y se volvió así de agradable —dijo con ironía. Parecía que con la única que había cambiado su actitud era con Emma—. Lo que saco en conclusión es que sufrir por amor es un asco. Te veo a ti, cómo has sufrido, y lo que escucho de él y... Bueno, quizá estéis predestinados a estar juntos.

—Anda, ¿qué dices? Creo que has bebido más de la cuenta. Cuando bebes, dices tonterías.

—Mira, Emma. Sabes que yo no creo en el amor, pero sí creo que hay personas que merecen estar juntas y creo que en vuestro caso los dos os merecéis tener al lado una persona que lo dé todo cada día. En eso sois iguales. Silvia me explicó que él era como tú eras con Sergio, que nunca ha estado con nadie más, como tú... Llámame loca, o borracha, como me acabas de llamar, pero creo que sois tal para cual. Otra

cosa es que tú no lo quieras ver.

—Yo ahora mismo lo único que sé es que no quiero complicaciones, Laura. Lo he pasado muy mal y ahora me estoy reponiendo poco a poco. No voy a dejar que me hagan daño.

—Tú misma. Niégate a ser feliz y, como veo que no vamos a cambiar nada, vamos a la fiesta, que hay un modelo de Calvin Klein esperándome.

La fiesta terminó muy tarde y llegaron muy cansadas al hotel. Nada más tumbarse en sus camas, cayeron en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, llamaron a la puerta. Eran del servicio de habitaciones. Llegaron con unas bandejas repletas de comida; un buen desayuno y un ramo de rosas rojas de tallo largo en las que había un sobre dirigido a Emma.

Siento mucho lo de anoche, pero la canción y lo que siento cuando te tengo cerca fueron detonadores para mí. Entiendo que necesites tiempo y te daré todo el que necesites, porque de verdad creo que tú estás hecha para mí.

Cuando leyó la nota, se quedó helada. Nunca habían hecho algo así por ella. Sergio, siempre que le había enviado flores, no se había molestado en escribirle nada, ni tampoco le había mandado un ramo como aquel. Pensó en lo que su amiga le había dicho la noche anterior. Tenía razón. Evan le gustaba, y mucho. No podía dejar de pensar en ese beso, pero no se lo pondría fácil. Estaba decidida a no sufrir, y así sería.

Cuando Laura despertó, alucinó al ver la comida y las rosas. Había algo que su amiga no le había explicado. Pensó en la posibilidad de que fueran de Sergio y, ni corta ni perezosa, le preguntó a su amiga.

—No me digas que esto es de Sergio. ¿Hasta dónde va a llegar? ¿Cómo sabe dónde estás?

Emma, que estaba pensando en Evan y en ese beso, de repente, bajó de su nube y miró a Laura, sonriendo. Sabía que le debía una explicación.

—No, no son de Sergio. El desayuno para las dos es de Evan, y las rosas, para mí.

—¿Qué? —dijo Laura, sorprendida—. Pero, ¿qué diablos me he perdido?

—Lo siento, pero ayer no te conté toda la verdad. Lo cierto es que Evan sí que vino a la fiesta. Bailamos juntos y me besó.

—¿Y no me lo cuentas? Ya te vale... —le dijo Laura, un poco resignada a la par que divertida.

—Es que salí corriendo... Lo dejé tirado ahí, en medio de la pista. Me disculpé, le dije que no estaba preparada y me fui.

—Bueno, creo que, con todo lo que te ha pasado con Sergio, lo entenderá.

—Sí. Y me dice que me dará tiempo, que estoy hecha para él...

—¿Qué te dije ayer?!

Laura comenzó a reír como una loca.

—Ya, pero necesito ver que de verdad le importo. No quiero lanzarme a sus brazos así, sin más, para que luego me haga daño. No estoy preparada.

—Bueno. Tiempo al tiempo. Ahora, a la ducha y queda con él. Creo que se lo ha ganado. Conoceos mejor y ya veremos qué pasa. Y no seas tan negativa.

—Sí, creo que es buena idea. Lo de conocernos, de momento.

Emma se duchó, se puso un tejano y una camiseta de tirantes y bajó a la cafetería del hotel a ver si lo veía. No quería llamarle por teléfono, prefería sorprenderlo. Aunque tenía muchas dudas, sí que quería conocerlo más a fondo, pero tenía una gran lucha entre su mente y su corazón. Uno le decía que se alejara de los hombres, que ya había sufrido bastante, pero el otro le decía que con él todo sería diferente. No sabía qué hacer, y estaba tan inmersa en sus pensamientos que no se dio cuenta de que, desde el fondo del restaurante, Evan la miraba fijamente, junto a Pierre.

En ese momento, Pierre se levantó y se marchó.

—Creo que necesitáis hablar de lo de anoche. Por favor, no la cagues.

—Gracias por tener tanta confianza en mí, amigo.

Evan fue en busca de Emma.

—Buenos días, dormilona. ¿Qué tal terminaste la noche?

Evan quiso hacer como si nada. Lo que realmente sentía es que necesitaba locamente que lo perdonara.

—Cansada... Oye, Evan, perdóname por lo de ayer. No sé qué me pasó. No suelo huir de nadie. ¡Ah! Y gracias por el detalle que has tenido invitándonos a desayunar a Laura y a mí... Y por las flores. Son preciosas —le dijo tímidamente.

—Bueno, no tiene importancia. Necesitaba que me disculparas por ser tan lanzado, pero la canción, el baile, tu cercanía... Todo me invitaba a besarte... Pero no pensemos más en eso. Estás muy guapa, así, tan informal.

—Sí. Así es como se viste la gente normal cuando no tiene nada importante que hacer. Veo que tú sigues con traje... ¿Nunca vas sin él? Porque yo no te he visto con otra ropa...

Evan iba con un traje chaqueta color azul marino, camisa blanca y zapatos negros. La única diferencia que Emma podía apreciar era que no llevaba puesta una corbata.

—Bueno, supongo que cuando siempre estás trabajando se te olvida el resto de cosas, y yo hace bastante tiempo que no voy con otra ropa. Eso lo tendré que cambiar, también. ¿Te apetece ir a dar un paseo? —le propuso, esperanzado.

—Claro, ¿por qué no? Podríamos ir a comer una verdadera *pizza* italiana, o pasta... Suena a tópico, pero es que jamás había estado en Italia.

—Pues eso tiene fácil solución. Cuando tengamos días libres, no solo un fin de semana, te invito a conocer Italia. Te va a encantar. Hay tantos sitios para visitar...

—Sería fantástico. Siempre he soñado con hacer un *tour* por Venecia, Sicilia, Verona, Roma... Hay tanto que ver...

—Pues dicho y hecho. Aunque, de momento, confórmate con Milán, porque mañana volvemos. Y en un día no se puede hacer gran cosa. Espera, que iré a por el coche.

Evan pidió al botones que trajera el coche. De repente, apareció por la puerta del hotel con un Mazda *MX-5* color rojo brillante. Era descapotable. Un coche impresionante que dejó a Emma sin respiración. Evan abrió la puerta del copiloto, Emma tomó asiento y él fue a su sitio y la miró de reojo. Ella parecía una niña pequeña ilusionada en su primera Navidad. No dejaba de acariciar el salpicadero de aquel coche. A Evan le resultó divertida aquella reacción y decidió que tendría que comprarse un coche como aquel. Quería impresionarla en todo lo que pudiera.

—¿Te gusta el coche? —dijo riendo.

—¿Eh? ¿Estás loco? ¡Cómo no me va a gustar! ¿Tú lo has visto? ¡Es precioso!

—La verdad es que, si te he de ser sincero, creo que ahora mismo tengo algo mucho más precioso a mi lado. Para mí, el coche no está mal, pero ante todo tiene que ser funcional y seguro, y este cumple mis expectativas.

Emma se puso roja como un tomate. No sabía cómo reaccionar ante un cumplido así. No esperaba que fuera tan directo con los comentarios, aunque, a decir verdad, le gustaba que fuera tan natural. Con el resto del mundo, nunca lo era.

—Bueno, y... ¿dónde vamos a ir? Porque yo aquí no conozco nada...

Evan se tranquilizó al ver que Emma estaba tan natural y que no se había ofendido por el piropo. Pensó dónde llevarla. Quería enseñarle lo que pudiera de Milán, así que decidió llevarla a la Piazza del Duomo. Pasearían por las galerías, visitarían Vía Dante y la Piazza della Scala, y comerían por ahí. Por la tarde, la llevaría al parque Sempione y, para finalizar ese día tan especial, irían a ver el lago de Garda.

—Déjame que te sorprenda. Así, si te gusta la jornada que pasaremos juntos, cuando la terminemos, te dejo elegir qué hacer.

—Me parece buena idea.

Emma estaba muy emocionada. Estaba muy a gusto con Evan. Le estaba empezando a gustar de verdad. No se había fijado en lo feliz que parecía cuando estaba con ella, lo despreocupado que se sentía. Y eso era algo que a ella le gustaba. La verdad es que con ella siempre había sido diferente, amable y cariñoso, cosa que no solía ser con el resto del mundo, así que se dijo a sí misma que tendría que cambiar eso. Aunque, de momento, no sabía cómo.

Evan puso el coche en marcha y se dirigió a la Piazza del Duomo. Una vez que llegaron, pudieron ver a un guía, que gustosamente les enseñó todo lo que les rodeaba. Les explicó que la plaza era uno de los lugares más importantes de la ciudad. En ella se encontraba la catedral de Milán. Para poder entrar, Emma tuvo que cubrirse los hombros y Evan le dejó la americana. Una vez dentro, les explicó toda la historia de las diferentes esculturas que podían encontrar, de las criptas y, finalmente, los condujo a una terraza panorámica. Emma quedó maravillada con las vistas. Aquello era impresionante, nunca había visto tanta belleza junta. Todo era muy antiguo, pero estaba muy bien conservado.

Evan había ganado un punto con ella. Estaba bastante claro, aunque no pensaba decírselo. Luego se dirigieron a las galerías, donde pudieron pasear por las tiendas más elegantes de la ciudad. Evan se ofreció a comprarle lo que ella quisiera, pero ella no quiso aceptar nada. Todo le parecía demasiado caro y no quería que se gastara dinero en ella.

Al entrar en la tienda Louis Vuitton, Emma no pudo evitar enamorarse de un bolso precioso. Era negro y grande, de esos que a ella tanto le gustaban. En un momento que se despistó, Evan lo compró, fingiendo que iba a comprar unas cosas para llevarle a su madre. Pidió que se lo mandaran a la redacción para que le llegara por sorpresa.

Como se hacía tarde, Emma propuso comer allí mismo, algo que desbarató un poco los planes de Evan, pues le habría gustado enseñarle más cosas. Pero lo cierto era que lo estaban pasando muy bien y no quiso decirle que no.

Decidieron ir a comer a uno de los restaurantes de la galería. Mientras comían, aprovecharon para conocerse un poco mejor. Entablaron una conversación acerca de sus vidas y de sus gustos, que fue muy entretenida.

—Me alegra que finalmente te hayas pensado lo de pasar el día conmigo. La verdad es que está resultando sorprendente. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien con alguien. Bueno, en realidad hacía mucho tiempo que no pasaba el día con alguien, en general.

Evan comenzó a abrirle un poco su corazón.

—La verdad es que no entiendo cómo puedes vivir así, tan aislado de la gente. Hoy

estoy viendo un Evan diferente, y, si te he de ser sincera, me gusta mucho más que el que veo en el trabajo todos los días. No sé por qué eres tan serio con todo el mundo. Conmigo no eres así. Podrías esforzarte y ser así con todo el mundo. Te darías cuenta de que la gente lo agradece.

—Quizá tengas razón, pero llevo tanto tiempo encerrado en mí mismo que me cuesta volver a ser como era hace unos años.

—¿Cómo eras hace unos años? —quiso interesarse Emma.

—Pues lo cierto es que era mucho más desenvuelto, más amable, más alocado... En definitiva, más feliz. Pero, cuando dejé a Giselle, me encerré en mí mismo, me volqué en mi trabajo y me volví más exigente con la gente. Vi que eso me daba resultado, que así no confraternizaba con nadie y nadie podría hacerme daño. Y así he seguido.

—No acabo de entenderlo. Si fuiste tú quien la dejó, ¿no debería ser al revés? ¿No debería haberlo pasado mal ella?

Emma sabía que le había engañado, pero no sabía la historia completa, por lo que no podía entender de lo que hablaba.

—La dejé yo, porque un día desperté de mi propio sueño, que se había convertido en pesadilla. Yo nunca quise privarla de libertad, de que saliera con sus amigas, y ella siempre parecía muy agradecida. Luego, con el tiempo, me enteré de que, cuando se iba con sus amigas, no se iba exactamente con amigas. Y lo que resultaba ser agradecimiento, en realidad era su manera de cegarme más. Ella me engañaba siempre que le apetecía. Estaba conmigo porque siempre le daba todo lo que quería. Parecía querer más a mi bolsillo que a mí. Nunca quise escuchar ni a Pierre ni a Silvia, que mira que me advirtieron... Pero yo estaba tan enamorado que no quise creerlo, hasta que lo vi con mis propios ojos.

—¿Cómo lo descubriste?

Emma estaba muy interesada. Ahora entendía muy bien a Evan. Se sentía tan identificada con él... Lo que no entendía era cómo se había encerrado en sí mismo tanto tiempo. Si ella no hubiera tenido a sus amigas, se habría vuelto loca.

—Contraté a un detective. Suena un poco cínico, pero preferí que me lo asegurara un profesional que me ofreciera pruebas que yo pudiera presentarle. Y cuando reuní las suficientes, la dejé. Aun así, ella luego prometió que nunca más me engañaría. Al igual que Sergio contigo, me prometió que cambiaría, pero no lo hizo. Por eso te dije en su momento que tú misma tenías que valorar lo que querías y darte cuenta de si te equivocabas.

—Te entiendo muy bien. Lo que no comprendo es por qué has cambiado, por qué siempre quieres estar solo. Tienes a Pierre, que es un gran amigo, y estoy segura de

que te hubiera ayudado mucho.

—Y lo hizo. Me dejó mi espacio porque yo se lo pedí. En esos momentos estaba decepcionado conmigo mismo por no escucharle, por dejarme engañar y por no haber parado el daño a tiempo. Pero, con el tiempo, he aprendido mucho. Y tú, sobre todo, me has enseñado mucho más.

—¿Yo? Pues no sé qué te he podido enseñar...

—A ser fuerte. Nunca en la vida había visto a nadie que después de sufrir como has sufrido tú fuera capaz de salir a la calle con la cabeza bien alta, de parecer que en su vida no hay ningún problema, de estar tan bien frente a los demás.

—Sí, pero el problema de esto es que cuando te quedas sola lloras a mares. La suerte es que no tengo mucho tiempo para estar sola.

—Y, cambiando de tema, ¿qué te llevó a ser periodista?

—Pues la verdad es que siempre me ha gustado relacionarme con gente de las altas esferas —rio—. Siempre me ha gustado entrevistar a personas, interesarme por sus cosas, dar consejos... Me encanta la moda. Soy una apasionada de todo lo que tenga que ver con zapatos, bolsos, vestidos, complementos, pasarelas, eventos... Y así podría seguir todo el día.

—Ya veo, ya.

Le gustaba ver cómo sonreía cuando hablaba de algo que le gustaba y lo suelta que se la veía.

—¿Y a ti? ¿Qué te llevó a estudiar Derecho y a montar una revista de moda? Porque de Periodismo tienes poco...

—Sí, bueno, eso fue Pierre. Quería tener su propio negocio y no tenía dinero suficiente, así que pensé que no sería una mala inversión, ya que conocía cómo trabajaba y sabía que le iría bien. Además, yo tenía muchos contactos, así que me lancé a la piscina.

—¿Y lo de ser abogado?

—Pues viene de familia. Mi padre tenía un despacho y yo quería ser como él o mejor. Y al final conseguí ser mejor. Empecé trabajando con él y luego me hice socio del despacho. Hubo clientes que solo querían trabajar conmigo, y la verdad es que no me va mal.

—¿Cómo llevas estar en dos sitios tan diferentes?

—Bien, ahora lo llevo mejor. Cuando estaba solo con Pierre y él no estaba... Ya sabes, no me gustaba tener empleados que no supieran hacer las cosas y me desesperaba. Pero, de repente, llegaste tú con tu carácter e implantaste tus normas, y he de decir que me gustó. Me gusta que me reten.

—Está claro que el primer día no era un buen día para mí, pero si surtió efecto en que dejaras de despedir a gente sin motivo, me alegro de haber tenido ese día. A veces tienes que pensar más en la gente, ser más humano. Los empleados no son máquinas, son personas y, como tales, hay que enseñarles a hacer bien su trabajo.

—Sí, la verdad es que poco a poco voy recobrando la humanidad. No me di cuenta de que me había convertido en una persona así, sin sentimientos.

—Bueno, rectificar es de sabios.

—¿Y qué música te gusta? —preguntó de repente Evan.

Hacía unos meses, uno de sus clientes le había regalado unas entradas para un concierto que celebraba en Madrid y no se había planteado el ir hasta ese momento. Quería ir con ella.

—Pues me gustan las baladas románticas. Cantantes estadounidenses como Ed Sheeran, que, por cierto, bailamos anoche, James Bay, Bruno Mars, Charlie Puth, entre otros.

—Pues mira, tengo dos entradas para un concierto. Es dentro de un mes y creo que te podría gustar. El grupo se llama Reik. No sé si lo conoces, pero también tiene canciones románticas. Es una banda mexicana que hace canciones de *pop* latino. Está muy bien.

—Sí, lo conozco, y también me gusta mucho. ¿De dónde has sacado las entradas? Yo quise comprar para ir con Laura y estaban agotadísimas.

—Su representante es cliente de mi despacho. Les llevo temas legales de los contratos que tienen con su discográfica. Como venían a Madrid, me las regaló. Puedo pedirle más, si quieres, y así puede venir Laura, o quien quieras.

—No, tranquilo. Laura viene más por acompañarme que por el cantante. Si me invitas, vamos solos.

Evan se quedó bastante aliviado, ya que, en realidad, quería estar solo con ella.

—Bueno, señorita, es hora de que sigamos con la visita por esta increíble ciudad. ¿No cree?

—Es cierto. No me había dado cuenta de la hora que era.

El tiempo se le había pasado volando. Cada vez que lo miraba, pensaba en lo mismo. *No quiero que este día termine*. Estaba muy a gusto con él. Había descubierto que tenían muchas cosas en común y le daba miedo sentir lo que estaba comenzando a sentir, pero algo en ella le hacía creer que él no era como el resto de los chicos, así que decidió dejarse llevar, pero sin lanzarse demasiado.

Por la tarde, fueron a un lugar mágico para Emma. Era el lago de Garda. Estuvieron paseando durante toda la tarde por Sempione, que era el centro turístico. Allí Evan le

enseñó un castillo medieval y las ruinas de una antigua villa romana. Cuando se fue acercando la noche, y después de hablar de muchas cosas y ponerse al día de sus vidas y de sus familias, decidieron cenar en un restaurante de la zona, antes de volver al hotel. En la cena estuvieron muy animados, bromeando con cosas de su infancia. Habían pasado juntos solo un día, pero era como si se conocieran de siempre. No se daban cuenta de que se estaban enamorando como nunca lo habían hecho. Porque, aunque habían estado enamorados antes de otras personas, nunca habían sido correspondidos en ese sentimiento. Entre ellos se estaba creando un vínculo muy especial. Compartir ciertas vivencias y ver lo parecidos que eran les sorprendía. Hasta para comer eran muy parecidos, y eso les hacía gracia.

Al terminar la cena, montaron en el coche y volvieron al hotel. Tenían un largo camino, pero Emma estaba tan cansada que, sin darse cuenta, se durmió. Evan la observaba embelesado. Quiso dejarla descansar durante el trayecto, aunque, cuando podía, sin desviar mucho la vista de la carretera, la miraba fugazmente y se quedaba prendado de su dulce cara.

—Bella durmiente, despierta. Ya hemos llegado al hotel.

—Eh... ¡Ostras, Evan, perdona! Me he dormido sin querer.

No se percató de la dulzura con la que la miraba ni con la que le hablaba.

—No, tranquila, me has dado un viaje tranquilo. Me ha gustado verte dormir.

—No habré babeado, ¿no? Qué vergüenza... Pero, ¿cómo me dejas dormir?

Emma estaba muy avergonzada, y Evan comenzó a reírse sin parar.

—Oye, ¿qué es lo que tiene tanta gracia? —dijo Emma, un poco alterada.

—Tranquila, mujer, no te enfades. Me hace gracia que llevas hora y media dormida, que he conducido de noche y solo te preocupa si te he visto babear.

Volvió a reírse y, de repente, a ella se le esfumó todo el enfado y comenzó a reír con él. Parecía que los dos tuvieran un ataque de risa.

—Tranquila. No, no has babeado. Eres toda una princesita durmiendo. Tampoco has roncado.

—Claro, yo no ronco.

Emma empezó a reír de nuevo. Se lo estaba pasando genial y no quería separarse de él, pero sabía que debía hacerlo. Así que comenzó a despedirse.

—Bueno... Tengo que subir a mi habitación ya. Es muy tarde y Laura quizá esté preocupada. Además, mañana hay que volver y no quiero llegar cansada.

—Sí, tienes razón. Además, el lunes hay que estar al pie del cañón y yo tengo un juicio importante.

—Entonces, tendrás que descansar. Qué pena... Había pensado que mañana,

cuando lleguemos, podríamos ir todos a tomar algo. Así te relacionas con los demás.

—Pues, ¿sabes qué? Creo que me apunto.

Evan solo podía pensar en estar más tiempo en su compañía, así que no le importó y pensó que quizá podría descubrir más cosas de ella.

—Entonces, mañana por la mañana nos vemos. Que descanses.

Emma le dio un beso en la mejilla y se fue corriendo.

No fue el beso que Evan hubiera querido. Pero, de momento, se conformaba. Sabía que le costaría que confiara en él y le dejara entrar en su vida. Pero no se iba a dar por vencido.

CAPÍTULO 8

Después de disfrutar en Milán, volvieron a la vida diaria. La noche del regreso salieron todos juntos a tomar algo y Laura pudo ver que debajo de la faceta de chico duro había un chico divertido. Emma estaba cambiando a Evan a pasos agigantados. Pierre estaba feliz de ver a su amigo de vuelta, y a partir de ese momento cambiaron muchas cosas. Evan volvió a ser el de siempre. Cuando llegaba a la oficina, intentaba dejar sus problemas en la puerta, saludaba a las chicas con una sonrisa y ellas agradecieron ese cambio. Comenzaron a trabajar más a gusto. En general, todos los empleados estaban más tranquilos y Evan, poco a poco, intentó tener algunos detalles con Emma. La invitaba a comer o a cenar, pero nunca pasaban de ahí. Se ponían al día de sus respectivas vidas, de lo que habían hecho ese día. Y nada más. Mantenían una muy buena relación, como una pareja, pero sin ser nada. Ambos se atraían, y estaba claro que Evan sentía muchas cosas por Emma, pero a ella todavía le costaba dar un paso más.

Pasó un mes en el que cada día se veían, iban a comer o a cenar, salían al cine o a tomar algo, pero siempre acompañados de Laura y de Pierre.

Evan pensó que quizá tenía que empezar a hacer algo especial para que ella comenzara a confiar en él y cambiara de actitud. No entendía cómo habían estado tan bien en Milán, solos, y sin embargo ella parecía no querer quedarse a solas con él. De repente, recordó que en unos días tenían el concierto de Reik, y como ella había aceptado ir con él, ahí tendría una oportunidad de intentar intimar algo más.

El ansiado día del concierto llegó. Emma estaba muy nerviosa, porque en ese mes que había pasado había descubierto muchas cosas de Evan que le encantaban y, poco

a poco, se había ido enamorando de él, aunque le costara admitirlo. Y esa noche prometía. Buena música y el chico perfecto. Pero tenía miedo y no quería sufrir de nuevo, así que empezó a tener dudas, muchas dudas. Cuando estaba a punto de salir de casa, se plantó en la puerta, paralizada.

—Laura, no puedo. Ve tú al concierto con Evan. Yo me quedo aquí —dijo muy seria.

—¿Qué? ¡Ni loca! No quiero ni escucharte. Ya puedes coger tu bolso e irte con ese guaperas. ¿Tú estás tonta o qué te pasa?

Laura no entendía qué le pasaba. Era guapo y no parecía mal chico. Encima, tenía dinero. ¿Qué más podía pedir su amiga? Nada, pero ella seguía con sus dudas.

—Es que no quiero estar sola con él, porque sé que me embrujará con sus bonitas palabras y yo caeré como una tonta. Y no quiero sufrir otra vez.

—Vamos a ver. Tú no te has planteado que quizá él tenga tanto miedo como tú, pero él lucha por lo que quiere. Mira, te voy a explicar cómo lo veo yo. Tú le has enseñado a superar los desamores con valentía y no eres capaz de aprender de él a luchar por quien de verdad vale la pena.

—Tal vez tengas razón, pero es que me gusta demasiado, y trabajamos juntos, y me da miedo perderlo todo.

—Mira, Emma, quien no arriesga, no gana. Y yo creo que de verdad merece la pena que te arriesgues. No creo que Evan sea el típico tío que va a lo que va.

—Ni yo... Pero me cuesta confiar en los hombres.

—Creo que eso lo sabe y me consta que no le importa esperar. Ve, disfruta del concierto y que pase lo que tenga que pasar.

—Vale, gracias por tus consejos.

—Que sepas que lo hago por ti, porque si no estuvierais enamorados y os hiciera falta ese empujón, al concierto me iba yo, a ver si me encontraba a algún *guaperas* como el que se va contigo esta noche.

Las dos rieron durante un rato. De repente, el timbre sonó. Evan estaba en la puerta. Como tardaba, la había ido a recoger, ya que tenían que irse a Madrid y el avión salía en una hora. Iban muy justos de tiempo.

Una vez que llegaron al concierto, ella se puso muy contenta. Estaban en el mejor lugar de todos. Se notaban las influencias que tenía Evan.

Mientras la música les deleitaba los oídos y todos estaban disfrutando del concierto, Evan aprovechó para abrazarla. Ella no lo esquivó y aceptó ese abrazo. La verdad es que le gustaba, y mucho. No quería despegarse de él. A decir verdad, quería que estuviera así mucho tiempo, y así estuvieron hasta el final del concierto. En ese

momento, él la cogió de la mano y la llevó entre bambalinas al camerino del cantante, donde pudo conocerlo en persona. Emma se quedó sin palabras. Era un detalle impresionante. Ese cantante le gustaba mucho y ella no esperaba que pudieran conocerlo.

Al rato de estar con el cantante y con los músicos, decidieron marcharse. Era tarde y estaban bastante cansados. Evan le explicó que tenía un apartamento cerca de la Puerta de Alcalá, en el que se podían quedar y regresar al día siguiente. Aunque, si ella no se sentía cómoda, podían ir a un hotel. Emma aceptó quedarse en su apartamento. No quería que se gastara dinero en ningún hotel y seguro que podía dormir en la habitación de invitados.

Al llegar al apartamento, vio que era un dúplex en pleno centro. Era muy amplio y estaba decorado con gusto. Para ser el piso de un chico, estaba todo muy ordenado. Él le contó que no lo utilizaba mucho, que únicamente se instalaba allí cuando tenía juicios en Madrid, ya que en muchas ocasiones tenía que pasar varios días en la capital.

En la planta de arriba había dos habitaciones. Le comentó a Emma que podía ocupar la que quisiera y que él dormiría en la otra.

—Qué bonito es el apartamento, me encanta —comentó Emma de repente.

—No es nada del otro mundo, pero está bien situado. Puedes ver y hacer lo que quieras, como si estuvieras en tu propia casa.

—Gracias. ¿No tienes hambre? Podemos bajar a comprar y cocino algo, si quieres.

—¿Cocinas? Me encanta la idea, pero creo que estamos cansados. Será mejor que pidamos a algún restaurante que nos traiga la comida. No te preocupes. ¿Te gusta la comida china?

—Sí, claro. Aunque a mí no me importa cocinar.

—Tranquila, ya me mostrarás tus dotes culinarias otro día.

La cena llegó y comieron entre chistes y risas. Luego, como estaban cansados, decidieron irse a dormir.

Aunque ambos estaban en sus respectivas camas, no podían dejar de pensar el uno en el otro, pero aun así, ninguno de los dos se atrevía a hacer nada de lo que se pudiera arrepentir.

De madrugada, Emma se desveló y se despertó. Vio abierta la puerta de la habitación de Evan y se asomó. Lo vio dormir, tranquilo, calmado y tan perfecto que se quedó embobada mirándolo, sin saber que horas antes él había hecho lo mismo.

Pensó en lo bien que podrían estar juntos y en que quizá Laura tuviera razón en que debía dejar de tener tanto miedo. También pensó en la posibilidad de que

realmente sus vidas se unieran y las cosas salieran bien, en lo felices que podrían llegar a ser, y se fue a dormir de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, estaba sola en la casa. En la cocina había una nota:

Buenos días, princesa dormilona. Como estabas tan dormida, no te he querido molestar y he ido a comprar algo para desayunar. Hay café preparado, por si quieres una taza mientras llego con algo de comer.

Emma pensó en lo detallista que era Evan, siempre pensando en todo. Era sábado y sabía que tenían que regresar a casa, pero estaba en Madrid y no quería volver todavía. Así que pensó en proponerle a Evan pasar el fin de semana en su casa y volver al día siguiente. No había por qué desaprovechar esa oportunidad tan buena de estar juntos y así seguir conociéndose. Le gustaba cómo se comportaba con ella y que fuera tan cariñoso, a pesar de que ella se le resistía siempre. Sus defensas poco a poco iban cediendo, pero de momento seguía sin querer eliminarlas por completo, porque sabía que si las bajaba del todo, estaría totalmente perdida.

Solo pensar en él, en su cuerpo, en sus labios... En ese beso que no la dejaba dormir, con el que solo podía soñar con repetirlo mil y una veces más... Pero, por esa misma razón, intentaba no pensar mucho, aunque cada vez se sentía más enganchada a él.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la puerta se abría.

—¿Qué haces ahí en medio plantada? —preguntó Evan al verla en mitad del salón con la mirada fija en el frente.

—Perdona, no te había escuchado. Estaba pensando en mis cosas... —Intentó disimular.

—En tu cabecita me gustaría estar a mí y ver en qué piensas tanto... —le dijo de repente y sin pensarlo dos veces.

Los dos se miraron y ella se puso roja como un tomate.

—Si tú supieras... Pero bueno, ¿qué has traído de desayunar? Huele bien...

—He traído tortitas, y *donuts*. No sé si te gustan, pero es que no había mucho más para elegir.

—Tranquilo, eso está bien. Por cierto, he estado pensando que es una pena que nos

tengamos que ir hoy... Bueno, quería decir que estamos en Madrid, tienes un piso y quizá podríamos quedarnos hasta mañana y visitar sitios interesantes...

Emma volvió a sonrojarse. Le parecía muy atrevido lo que le estaba pidiendo, aunque a Evan le encantó que fuera ella la que tomara la iniciativa.

—Pues si tengo que ser sincero, venía pensando justamente en eso. No sabía si te tomarías a mal el quedarnos un día más, aunque no pensaba exactamente en visitar muchos sitios...

—¿Qué es lo que tenías pensado?

Emma se sorprendió. Pensó en la posibilidad de lanzarse a su cuello y no despejarse de él en todo el fin de semana. Pero, aunque le habría gustado, no estaba preparada.

—Hace mucho tiempo que no me divierto de verdad y tú estás consiguiendo verdaderas locuras, así que he pensado que... ¿por qué no vamos al parque de atracciones?

—¿En serio? —Emma no sabía si sentirse aliviada o decepcionada, pero le gustaba mucho la idea—. ¡Me encantan los parques de atracciones!

Emma saltaba de alegría. Nunca había ido a ese parque de atracciones y se moría de ganas por ir. Y a él se lo veía igual de contento.

Media hora más tarde, ya se habían preparado. Como la ropa que llevaba Emma era bastante *casual*, no tuvo problemas. Llevaba un tejano, camiseta de tirantes y unas bambas. Evan sí se cambió y, por primera vez en mucho tiempo, salió a la calle de *sport*.

Cogieron un taxi que los dejó en la puerta del parque de atracciones y entraron. Una vez recorrieron todo el parque y vieron donde estaba todo, comenzaron a montarse en atracciones, a cual más loca y divertida, todas de riesgo. A ambos les gustaban las más peligrosas. Después de comer, fueron más relajados y, en un momento en el que Emma no se lo esperaba, Evan la cogió de la mano y disfrutaron juntos del paseo. Siguieron de atracción en atracción, pero ya no se soltaron en toda la tarde. Cuando empezó a anochecer, el parque todavía se veía más bonito con las luces. Se quedaron hasta que cerraron. Estuvieron viendo espectáculos, comiendo, montando en todas las atracciones que pudieron y fueron de compras a las tiendas típicas del parque. En una de ellas, Evan le compró un peluche de *Bugs* y *Lola Bunny* con un corazón que a Emma le encantó. También le compró algo de ropa para que se pudiera cambiar al día siguiente. Emma no quería que se gastara dinero en ella, por lo que cogió un vestido playero y él se conformó. No quería discutir.

Mientras estuvieron juntos divirtiéndose, Emma no pudo dejar de pensar en lo

bien que estaba con él. Era distinto a cualquier chico que hubiera conocido, tan atento y tan encantador. Lo tenía todo. No entendía cómo Giselle lo había desaprovechado y no se había dado cuenta de lo bueno que era Evan. Era un chico guapo, trabajador, cariñoso... ¿Qué más podía pedir? Y Evan pensó lo mismo de ella. Como Emma no había dos. Era atenta, cariñosa, no era nada interesada, era muy agradecida, guapísima, trabajadora... En ese momento supo que no querría estar sin ella.

Cuando la noche en el parque llegó a su fin, se marcharon en un taxi a casa de Evan. De camino al portal, iban hablando de las atracciones que más les habían gustado. Evan abrió la puerta y, cuando Emma la cerró tras él, se giró y la besó.

Ya no aguantaba más. Llevaba todo el día deseando besarla y ella aceptó el beso de buen grado. También llevaba todo el día queriendo un beso suyo. En ese momento, todos los muros que Emma se había construido para no enamorarse perdidamente habían sido derribados. Ya eran polvo. El beso comenzó siendo lento y suave, pero en tan solo unos segundos se volvió exigente y ardiente. Así que Evan cogió a Emma en brazos y, sin pensarlo dos veces, la llevó al sofá, donde la sentó a horcajadas sobre él. Continuaron besándose sin separarse el uno del otro. Emma empezó a respirar agitadamente y fue directa a quitarle la camiseta. Él, acto seguido, hizo lo mismo. De repente, dejó de besarla y se la quedó mirando, embelesado.

—Eres preciosa.

Ella no cabía en sí de gozo. No se creía que pudieran estar así.

—Me alegra que pienses eso. Tú tampoco estás nada mal.

Y comenzó a besarle el cuello, bajó hasta su pecho y siguieron besándose sin pensar en nada más.

Siguieron con los besos y las caricias durante un rato, hasta que Evan comenzó a quitarle toda la ropa. Estaba maravillado con ella. Empezó a besar todos los lugares de su cuerpo y ella no podía dejar de mirarlo como una tonta, pidiendo más. De repente, ella se levantó, lo cogió de la mano y lo llevó al dormitorio. Emma comenzó a acariciarle el abdomen y bajó la mano hacia su sexo. Apreció lo bien dotado que estaba, y él se sorprendió del atrevimiento de ella. A Evan aquello le gustó, pero sabía que si seguía por ese camino no durarían mucho. Llevaba demasiado tiempo sin acostarse con nadie, así que, con cariño, le apartó la mano.

—Princesa, si sigues por ahí terminaremos rápido. Y tengo demasiadas ganas de ti como para eso...

—Me encanta que me llames princesa, y lo siento, pero es que no puedo resistirme más a tus encantos. Además, tenemos toda la noche para repetir, si quieres.

—No me cansaré de ti nunca, ¿lo sabes? Eres preciosa. Lo único que quiero es que no te apartes de mí lado.

Evan la besó suavemente. Tenía miedo de que se le escapara. No creía que aquello estuviera sucediendo de verdad. Llevaba semanas esperando tenerla así entre sus brazos, y ese momento que estaba viviendo quería que durara para siempre.

Emma correspondió a sus besos. Los dos estaban extasiados, deseándose el uno al otro y reclamando más de ese momento. Emma comenzó a besarle el torso hasta llegar a su abdomen. Evan no podía dejar de mirarla. Estaba maravillado de tenerla encima, dándole placer, algo a lo que él, muy gustosamente, correspondía. De repente, él se puso arriba y comenzó a hacer lo mismo. Lamió su cuello y con un reguero de besos bajó hasta su pecho, que comenzó a masajear con las manos. A Emma se le erizó todo el vello de su cuerpo. Evan comenzó a lamerle los pezones y bajó la mano hasta su húmedo sexo, donde empezó a acariciarle el clítoris. Ella gimió de placer. Evan la tocaba como nunca antes la habían tocado. Emma pensó que Sergio jamás le había dado tanto placer. Estaba encantada, y cada vez gemía más y buscaba más la mano de Evan. Él ya no pudo controlarse más y abrió el cajón de la mesita de noche. Cogió un preservativo que Emma muy gustosa le puso, colocó su duro miembro entre las piernas de ella y la penetró con tal intensidad que ella se dejó ir sin más.

Comenzaron un duelo de movimientos certeros y profundos con los que ambos gemían sin parar. Ella quiso ponerse encima de él, y él accedió. Emma comenzó a cabalgar como si de un caballo se tratara y lo volvió loco de placer. Se mostraba absolutamente desinhibida y aquello lo excitó por completo. Ella ya de por sí lo excitaba, pero verla de esa posición era toda una delicia. No tardó mucho en llegar al límite de su placer y se dejó ir con ella.

Acto seguido, cansado y sudoroso, Evan la cogió de la mano y la llevó a la ducha. Entraron y, entre besos y abrazos, volvieron a hacer el amor, pero esta vez más tranquilos.

Cuando terminaron de ducharse, se acostaron abrazados y decidieron dormir. Estaban muy cansados por todo el día que habían pasado juntos. Evan estaba en una nube, no quería soltarla. Creía que ella era la respuesta a todas sus preguntas, una chica que sabía exactamente lo que quería, todo lo que él siempre había deseado, y no estaba dispuesto a perderla. Por eso, decidió en ese mismo instante que pasara lo que pasara haría todo por ella. Quería ser ese chico que ella siempre había soñado, quería darle ese amor tan romántico de cuento de hadas que ella siempre había anhelado y nunca había tenido y, aunque sabía que le costaría, no estaba dispuesto a

aceptar un no como respuesta, al igual que no estaba dispuesto a perder un buen caso en el tribunal.

Emma se acostó llena de ilusión. Creyó que por fin había encontrado a su Príncipe Azul. A Evan se le veía igual de perdido que a ella, pero cuando la miraba notaba en sus ojos ese brillo que solo se ve cuando estás enamorado de verdad. Ella quería que él estuviera enamorado, porque, sin querer, Evan había derribado ese muro que ella se había creado para que aquello no pasara. Y no había servido de nada. Estaba dispuesta a intentarlo. Estaba dispuesta a ir un poco más allá en esa relación, porque él valía la pena.

Y así, pensando el uno en el otro, abrazados, se durmieron.

A la mañana siguiente, cuando Emma despertó, se encontró a Evan mirándola, embobado.

—¿Qué haces? Me has asustado... —le dijo Emma, roja de vergüenza.

—Solo te miraba. Me daba pena despertarte. Parecía que estabas tan cansada, pero a la vez tan tranquila, y se te veía tan feliz... Espero que esa felicidad fuera por soñar conmigo.

Evan no podía dejar de mirarla.

—Pues la verdad es que un poco sí que tienes que ver con esa felicidad, aunque ahora me gustaría más que me besaras.

Dicho y hecho. Evan la besó con ímpetu. Lo había deseado desde que abrió los ojos, pero no quería despertarla. Y también temía que lo de la noche anterior hubiera sido un calentón, y no quería estropearlo. Estuvieron rato besándose y terminaron haciendo el amor de nuevo. Cuando terminaron, decidieron recoger la casa y sus cosas y volver a Palma de Mallorca.

Entonces, Emma recordó que había dejado el móvil en la entrada. Cuando bajó a buscarlo, vio que tenía diez llamadas perdidas y diez mensajes, todos de Laura.

¿Qué tal el concierto? ¿A qué hora volverás? Marlene quiere ir de copas mañana por la noche. Dime algo para poder organizarnos. ¡Disfruta!

Vuelves hoy al final, ¿no? Dime la hora. ¡Ah! Y no te olvides de lo que te dije. ¡Aprovecha lo que tienes!

Hola, petarda. Te he llamado varias veces y no me lo coges. ¿No volvíais hoy del concierto? ¿Dónde andas? ¡Cuéntamelo todo!

¿Estás ahí? Supongo que estarás muy ocupada. Al final, ¿volvéis hoy? No me has dicho nada.

Me estoy empezando a preocupar. ¡Llámame!

Ahora ya no estoy preocupada. ¡Estoy enfadada! No me has contado nada. Me ha dicho Pierre que, al final, volvéis mañana. ¿Qué pasa? Vas a tener que contarme muchas cosas.

Espero que, ya que no me dices nada, te lo estés pasando en grande, porque a mí me tienes en vilo. Por cierto, ha venido Silvia y me ha dicho que se quedará una semana, así que ya nos contarás.

Por cierto, que sepas que Evan es mucho mejor amigo que tú. Al menos él le ha dicho a Pierre que volvéis mañana. ¡Para no preocuparnos!

Oye, boba. Era broma, no me he enfadado. Perdóname. Seguramente te habrás olvidado el móvil en el hotel o donde estéis. Ya te conozco. En serio, sé que estarás bien, pero llámame, porque necesito saber qué pasa.

Ya es domingo. ¡Llámame, por favor!

Emma no sabía si reír o llorar con sus mensajes. Qué loca estaba su amiga y qué bien la conocía. Sabía que Emma llegaba a un sitio y se olvidaba del móvil. Le debía una explicación, así que decidió llamarla.

—¡Emma! ¡Por fin, hija! ¿Dónde te metes? Te he llamado mil veces...

—No seas exagerada, que solo han sido diez. Ya he leído todos los mensajes. Perdona, pero es que, cuando el viernes llegamos a la casa que tiene Evan en Madrid, dejé el móvil en la entrada y me olvidé de él.

—Ya me imaginaba. ¿Evan tiene una casa en Madrid? Qué guay, ¿no? Y, ¿qué tal? ¿Qué hicisteis ayer? Porque ibais a volver... ¿no?

—Sí, pero decidimos que era una pena. Y como no teníamos nada mejor que hacer, fuimos a pasar el día al Parque Warner.

—¿En serio? No creía que a Evan le gustaran los parques de atracciones...

—Pues le gustan incluso más que a mí, que ya es decir. Si lo hubieras visto, Laura. Era peor que un niño chico.

Laura empezó a reír. Se imaginaba a los dos, emocionados, de una atracción a otra.

—Vamos, que era para veros. Y, ¿qué tal terminasteis la noche?

—¡Oiga, usted! ¡Qué indiscreta eres, ¿no?! Pues he de decir que muy pero que muy bien.

Laura comenzó a aplaudir.

—Menos mal, ya era hora. Lleváis mirándoos semanas, y yo ya sabía que algo estaba a punto de suceder. ¡No lo estropees, eh! Que este chico no es como los demás...

—Lo sé, y no te negaré que sigo teniendo miedo, pero algo me dice que está hecho para mí.

—Eso ya te lo dije yo, y sabes que no me suelo equivocar. Por cierto, ¿cuándo vuelves?

—Ya salimos. Estamos terminando de recoger las cosas y vamos al aeropuerto.

—Bueno, pues a la llegada me cuentas.

—Sí, tranquila, que la entrevista en exclusiva la tienes tú. ¡Besitos!

Laura se quedó muy contenta. Intuía que su amiga volvía a ser feliz y eso le alegraba muchísimo. No había estado tan contenta desde hacía mucho tiempo, y deseaba que aquella relación que empezaba le saliera bien. Porque se lo merecía.

Cuando entraron en el taxi con todas las cosas, camino al aeropuerto, Emma le preguntó a Evan si le había contado algo a Pierre. Tenía sus dudas. No se enfadaría si lo había hecho porque ella se lo acababa de contar a Laura, pero solo quería comprobar si podía confiar en él plenamente.

—Evan, ¿tú le has dicho algo a Pierre? Sobre nosotros, quiero decir.

Evan no entendía muy bien la pregunta. Pensó que quizá ella creyera que lo de la noche anterior había sido por la lujuria del momento y él no quería eso. Así que se

sinceró, porque para él la confianza era muy importante si quería tener con ella una relación de pareja.

—Emma, no sé a qué viene la pregunta. No sé si es porque no confías en mí o porque piensas que anoche me dejé llevar por la pasión, pero te diré que lo de anoche sucedió porque me gustas mucho, desde el momento en que te vi. Ya te lo he dicho varias veces: no tengas miedo, porque no tienes por qué. Tú me importas demasiado y no haría nada que te pudiera molestar. No le he contado nada a Pierre. Solo le dije que no volveríamos hasta hoy, que aprovecharíamos el fin de semana para estar en Madrid.

—Lo siento. No quería ofenderte ni que pensaras eso. Claro que confío en ti. Es solo que no quiero que nos mire de una manera diferente.

—Mira, Emma, cuando se lo contemos, se alegrará por los dos, te lo aseguro. Sabe lo que siento por ti, porque es mi mejor amigo y la única persona con la que hablo de mis sentimientos. Te aprecia muchísimo, por todas las cualidades que tienes y las que sabe que me puedes aportar. No le des más vueltas. Se alegrará por nosotros.

—¿No crees que pueda pensar que a nivel laboral nos afectará?

—¿Por qué? En todo caso nos beneficiará, porque cuando una persona es feliz rinde más, ¿no crees? Y yo estos últimos meses, o en el último año, no he sido un jefe muy amable. Quizá ahora todos lo agradezcan.

—Sí, eso seguro.

Evan la besó en la punta de la nariz, le revolvió el pelo y los dos rieron mirándose a los ojos.

—Pero ese Evan ya no está. Tú me has cambiado, me has devuelto la felicidad y quiero estar contigo. No quiero que pienses que eres un polvo de fin de semana, porque no lo eres. Eres y serás lo más importante que tenga en la vida. No lo olvides, por favor.

Emma no podía dejar de mirar sus ojos. En ellos no veía un ápice de mentira, solo veía sinceridad y amor. Así que lo besó dulcemente y prometieron contárselo a sus amigos a la vuelta.

CAPÍTULO 9

La noticia de la relación entre Evan y Emma emocionó a muchos de sus amigos. Todos creían que estaba hecho el uno para el otro, y los que conocían a Evan sabían que no se enamoraba a la ligera.

Las semanas pasaron y su relación iba viento en popa, pero a Evan se le complicaron mucho las cosas en el despacho. Había discutido con su padre recientemente porque quería que Evan se casara con la hija de uno de sus amigos, y no era otra que Giselle, y él le había dejado claro a su padre que no se casaría con nadie que no hubiera elegido él.

Su padre desconocía que habían tenido una relación y que ella le había engañado. Claro que a él le habría dado igual, ya que lo único que le importaba era el dinero y que aquel matrimonio podría beneficiar mucho a su despacho.

A Evan no le quedó otra que explicarle que tenía una relación y que no dejaría a su pareja por nada ni por nadie, algo que enfadó de tal manera a su padre que le llenó la agenda para que no pudiera estar con Emma.

Evan sabía que tenía que hablar con ella y comentarle aquella situación, porque no quería que se enterara por nadie y se pudiera enfadar.

Una tarde que salían de la redacción, fueron a tomar un café los dos solos. Pierre y Laura, que ya sabían que él tenía que hablar con Emma, se fueron a dar un paseo. Quedaron en llamarse después del café para ir a cenar todos juntos.

Emma estaba nerviosa. Sabía que algo le preocupaba y quería que se lo contara, aunque no quería agobiarlo preguntándole ella. Prefería que fuera él quien se lo dijera y así comprobar si de verdad podía confiar en él. No se sorprendió cuando se dio

cuenta de que él no le ocultaba nada en absoluto.

—Princesa, tengo que contarte algo importante, y quiero hablarlo contigo porque no quiero que nada ni nadie nos estropee lo que tenemos.

—¿Qué pasa, Evan? Llevas unos días serio. No te he querido preguntar porque creo que ya somos mayorcitos como para confiar el uno en el otro, pero estoy un poco preocupada.

—Verás, mi familia no es como la tuya, y no se han tomado muy bien nuestra relación.

—¿Ya se lo has dicho? ¡Pero si apenas llevamos juntos un par de meses! Bueno, no es que me moleste, al contrario. Imagino que si se lo has dicho es porque me consideras importante, pero...

Evan no la dejó acabar. De repente, no podía ver la cara de preocupación y la besó.

—Cariño, eres lo más importante que tengo y no te cambiaría por nada ni por nadie, pero mi padre no piensa igual. Él quiere una chica que provenga de buena familia y, en concreto, la que quiere es hija de uno de sus mejores amigos.

—¿Ya ha elegido por ti? ¡Pues vaya con tu padre! Y eso, ¿en qué lugar me pone a mí? —dijo preocupada.

—En el primero de todos, Emma. Que te quede claro que en mi vida decido yo. Y yo te elegí a ti.

Emma suspiró aliviada.

—Entonces, no entiendo esta conversación. Vale, a tu padre no le caeré bien nunca, pero es que yo no necesito caerle bien a él.

—Ya lo sé, pero es que esa chica con la que mi padre quiere que tenga un futuro es Giselle.

—¿Qué? ¿Por qué quiere para ti a alguien que te ha hecho tanto daño?

Emma comenzó a enfadarse un poco.

—Porque en mi casa nunca han sabido de su existencia. Yo siempre he sido muy cuidadoso y, aunque estaba muy enamorado de ella, nunca conoció a mis padres. Sabían que tenía novia, pero no sabían quién era.

—Bueno, está bien. Has hablado con tu padre y le has comentado que ya estás con alguien. ¿Qué problema hay para que estés así de preocupado?

—El problema es que mi padre me ha llenado la agenda de casos y voy a estar mucho tiempo ocupado con juicios y vistas, en reuniones del despacho, y no me va a quedar tiempo para la redacción, ni para mucho más.

—Ahora te entiendo un poco. Vamos, que no vamos a tener mucho tiempo para vernos... Bueno, a mí no me importa no verte entre semana. El fin de semana es

nuestro y los juzgados están cerrados, así que podremos estar juntos. Además, podemos hacer otra cosa. Como sabes, estoy buscando un apartamento para mí y para Laura. Ahora que llevamos aquí tiempo y las cosas me van bien, puedo permitírmelo. Quizá podría intentar mirar alguno cerca de donde vives tú.

A Evan se le iluminó la cara.

—O aún mejor ¿Por qué no vienes a vivir conmigo?

Emma no se creía que le estuviera proponiendo irse a vivir juntos.

—¿Qué? ¿Estás loco? Evan, estamos muy bien juntos, pero por ahora no estoy preparada para vivir contigo. No es que no quiera, es que no quiero que nos precipitemos.

—Bueno, ya lo iremos viendo. Entonces, ¿estamos bien? ¿De verdad que no te importa que tenga que dejar de estar en la redacción? Porque eso significa que tendrás que tener más responsabilidades...

—Evan, por favor... La mayoría de las decisiones ya las estamos tomando juntos. No creo que cambie nada. Y te tendré al teléfono si necesito algo, ¿no?

—Claro. Aunque he pensado que podrías ser la directora general. Lo he hablado con Pierre y le parece una idea estupenda. Y, claro está, ganarías más dinero. Que conste que no solo es porque seas mi novia, sino porque si vas a hacer mis funciones te lo mereces. Además, ambos coincidimos en que ese puesto es ideal para ti.

Emma no daba crédito a lo que oía. En poco rato, Evan le había comentado que su padre quería liarlo con su exnovia, que le había dado un trabajo infinito para que no tuviera tiempo de estar con ella, le había ofrecido ser directora general de la revista y le había propuesto vivir con él. No sabía si enfadarse o ser la mujer más feliz del mundo.

Emma no se preocupó en exceso, porque pensó que, aunque ahora no fuera a ver a Evan tan a menudo, tendría más trabajo, por lo que se le pasaría el rato más rápido y se añorarían más. Así, cuando estuvieran juntos, probablemente se desearían mucho más, aunque era difícil desearse más de lo que ya lo hacían.

Por la noche fueron a cenar a un restaurante nuevo que habían abierto en la zona portuaria. Evan anunció a Laura y a Pierre que había ofrecido a Emma el puesto de directora general y que esta había aceptado. Todos brindaron por esa nueva oportunidad para su amiga, que tanto merecía.

Evan los puso al tanto de la que a partir de ahora sería su nueva vida, y decidió que aprovecharía todo el tiempo que pudiera para estar con sus amigos, aunque no dispusiera de muchas horas libres.

Tenía un plan y él nunca se rendía ante las adversidades.

Sabía que le sería difícil que su padre aprobara su relación con Emma, pero lo tendría que hacer, ya que, de lo contrario, él saldría perdiendo, porque no estaba dispuesto a renunciar a ella, ni por su padre, ni por un negocio. Gracias a Dios, Evan nunca había tenido problemas económicos, porque desde que empezó a trabajar como abogado había ganado mucho dinero, se había comprado varias viviendas, había montado la revista con Pierre que también les iba muy bien y no necesitaba a su padre para nada. Más bien su padre lo necesitaba a él, puesto que era el mejor abogado de su bufete, y si no aceptaba a Emma tendría que hacer algo al respecto.

A la mañana siguiente, cuando Emma entró en su despacho, tenía sobre la mesa un hermoso ramo de rosas rojas de tallo largo. Al llegar, vio que tenía una tarjeta.

Buenos días, señorita Fernández.

Enhorabuena por su ascenso. Lo siento mucho, pero al llegar al despacho he tenido que salir corriendo a un juicio en Barcelona. Espero volver mañana. Ya te estoy echando de menos.

Te quiero.

Evan.

Emma pudo sentir que en ese momento todo se hacía realidad. Empezarían a no verse y a estar juntos cada vez menos tiempo. Comenzó a inundarla una tristeza extraña. En ese momento, apareció Laura por la puerta.

—¡Vaya ramo! ¡Qué suerte tienes, chica! —le comentó con cara de felicidad. Pero, de repente, vio que Emma no estaba muy contenta.

—¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado el ramo o la nota? ¿Qué dice?

—Bueno, no es eso. El ramo me ha encantado. Evan es muy detallista, pero me dice que se ha tenido que ir a Barcelona y que hasta mañana no volverá.

—No te preocupes, estará bien. Igualmente, no os ibais a ver, ¿no?

—No, pero bueno, no sé. Es raro no tenerlo aquí. Lo echo de menos.

—Pues piénsate lo de vivir con él. Yo no creo que sea mala idea.

—No te creo. ¿Qué has hecho con mi amiga, la que no creía en el amor? Además, lo encuentro un poco precipitado.

—Bueno, no creo que el amor, pero la excepción confirma la regla, y creo que los dos estáis muy bien juntos. ¿Por qué no lo vas a intentar? Casi no os vais a ver y quizá así su padre deje de joderos. Además, lo del tiempo no es tan importante.

—Bueno, ese es otro tema. No sé qué se le ocurrirá con tal de separarnos, y tampoco sé qué puede tener en mi contra, porque no me conoce. Para ser abogado, juzgar a alguien sin conocerlo está muy mal.

—Pues no lo sé, pero ya sabes cómo son los padres. Siempre quieren lo mejor para sus hijos, ¿no? Aunque debería conocerte solo para ver que tú eres lo mejor para Evan. Y se nota porque, desde que te conoce, es otra persona. Todo el mundo lo dice. Vamos a hablar con Pierre. Seguro que puede ayudarte a que te sientas mejor o te puede decir algo al respecto.

Laura fue a buscar a Pierre, que estaba con los redactores nuevos, impartiendo un curso de formación. Le comentó que necesitaba que subiera a aclarar unos temas con Emma y se disculpó.

Pierre entró en el despacho y, al ver las rosas, sonrió.

—¿Qué necesitas, Emma? Estaba con los nuevos redactores.

—Oh, perdona. No quería molestarte. No importa, Pierre, puede esperar. Es una tontería.

—No, de eso nada, no es una tontería. Emma quiere saber qué tiene el padre de Evan contra ella para que haya hecho esto. Lo de separarlos, quiero decir. Y ahora ha mandado a Evan a un juicio a Barcelona. ¿Por qué quiere que salga con Giselle?

—Pues verás, el padre de Evan es de los que piensa que nadie es suficiente bueno para su familia si no tiene dinero. Probablemente, lo que no le guste es que no hayas estudiado en los mejores colegios o que no tengas una mansión. No te preocupes, yo nunca le caí bien, y aquí sigo, siendo amigo de Evan. Y mira por dónde, tenemos juntos una empresa. Cuando montamos la revista y vio que me iba bien, empezó a respetarme un poco, pero es de esas personas a las que le tienes que demostrar tu valía constantemente. Con respecto a Giselle, supongo que le gusta porque es abogada y es buena en su trabajo. Además, es una niña pija y eso es lo que busca para su hijo, una chica con una familia como la suya. Debe de pensar que, si salen juntos, sus negocios prosperarán, aunque no entiendo por qué. Por lo que sé, el padre de Giselle trabaja con ellos porque su despacho cerró, así que no sé qué intereses le pueden mover a hacer lo que hace, pero ten por seguro que algún interés hay de por medio, porque es un clasista. A mí nunca me ha parecido un buen padre, pero, claro, eso no se lo iba a decir a Evan.

—Pues qué pena, tener padre y que sea así. Me hace pensar en la suerte que he tenido yo no teniéndolo, porque para tener un padre así...

—Con respecto a Giselle, si quieres un consejo, yo no bajaría la guardia. Es muy mala persona, muy caprichosa y siempre quiere lo que no puede tener. Si sabe que

Evan ha rehecho su vida y que está feliz sin ella, hará todo lo posible por fastidiaros. Yo iría con cuidado.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Que es un *ni contigo ni sin ti*. Ella no le quiere, solo quiere su dinero. Pero si sabe que sus atenciones van hacia otra chica, puede traerte problemas, por lo que no descartes que quiera trabajar con su padre. De todos modos, no debes preocuparte, porque Evan solo tiene ojos para ti.

—No me preocupa que él vuelva con ella. Sé muy bien que no lo haría, pero no quiero que ella intente nada con él.

—Tranquila. Creo que él le dejaría las cosas muy claritas.

Emma se tranquilizó. A pesar de no conocer al padre de Evan, intuía que no jugaría limpio. Y no se equivocaba. Había engañado a Evan, fingiendo que no se encontraba muy bien, para que fuera a Barcelona a llevar un caso de malversación de fondos de una empresa hostelera. Un socio demandaba a otro, y la abogada del contrario era Giselle.

Una vez que Evan llegó al juzgado y la vio, entendió la jugada de su padre. Pero, como buen profesional que era, pasó por delante de ella sin decir nada más que *buenos días* y entró a la sala para tomar asiento.

El juicio duró unas horas y quedó visto para sentencia. Al finalizar, Evan se marchaba, pero Giselle interceptó su paso.

—Evan, no huyas de mí. ¿Qué te pasa? Ni siquiera me has mirado —comentó ella, extrañada.

—Es que no he venido aquí para eso. He venido a un juicio, se ha celebrado y, si me disculpas, tengo que volver a mi hotel.

No sabía con quién estaba más enfadado, si con su padre o con ella. Probablemente ella y su padre ya habían hablado y entre ambos habían tramado aquel encuentro.

—Había pensado que podíamos cenar juntos. Tengo que hablar contigo.

—Pues yo no tengo nada de qué hablar contigo.

Evan sacó su móvil del bolsillo y se dispuso a llamar a su padre para decirle de todo. Estaba muy enfadado por haberle tendido aquella encerrona.

A los dos tonos, su padre descolgó el teléfono y tuvieron una buena discusión.

—Hijo, no te enfades. Pensé que te vendría bien conocerla. Quiero que trabaje con nosotros. Es una buena abogada y creo que haríais buena pareja. Además, vuestra unión nos beneficiaría mucho. Sabes que tienen buenos clientes, que nos pueden aportar grandes ingresos. Además, es una chica de muy buena familia.

—Mira, papá, te lo he dicho muchas veces. En mi vida, mando yo, y no necesitamos más de lo que tenemos. Ya tenemos muchos clientes buenos que nos aportan innumerables beneficios, y yo estoy muy contento con mi vida. Además, ya conocía a Giselle y no quiero saber nada de ella.

—Pues no me habías dicho nada. Sabía que habíais estudiado juntos, pero nada más.

—Pues fue algo más durante unos años y me traicionó, así que no quiero nada de ella. Si tú quieres que trabaje con nosotros, me parece perfecto, pero lo hará únicamente para ti. Yo no quiero que se me acerque, ni quiero que me perjudique.

—No te pongas así, hombre. Con el tiempo, seguro que lo verás de otra manera... y quizá podáis limar esas asperezas. Además, es un bombón de chica.

—Mira, para bombón ya tengo a Emma, y no necesito ninguna más.

—Pero Emma no es nadie. ¿De qué familia viene? Esa chica no es buena para ti.

—Papá, las buenas personas no se miden por sus bolsillos llenos, sino por su tenacidad y su confianza. Emma es muy trabajadora y estoy seguro de que laboralmente conseguirá lo que se proponga en la vida. No necesita mi dinero. Giselle está donde está por ser hija de quien es. Ella no ha luchado por nada en la vida, siempre ha tenido lo que ha querido, mientras Emma se lo ha ganado por sí misma. ¿Cuándo aprenderás a valorar esas aptitudes?

—Bueno, hijo, no me encuentro muy bien. Ya hablaremos cuando vuelvas.

Acto seguido, colgó el teléfono, dejando a Evan alucinado. No podía creer que su padre le hiciera eso. Odiaba su carácter y su manera de ser, pero, al fin y al cabo, era su padre.

Enfadado, se fue directo al hotel. Cuando llegó, tenía una nota en recepción. Era de Giselle.

Cena conmigo, por favor. Sabes que no aceptaré un no por respuesta. Tenemos que hablar. Siento todo lo que te hice, de verdad. Solo quiero aclarar las cosas. Te espero en la cafetería del hotel a las 20.00h.

Giselle.

Tiró la nota en la papellera más cercana. No estaba dispuesto a perder a Emma. Subió a su habitación pensando en lo mucho que la echaba de menos y la llamó. Esta no tardó ni cinco segundos en contestar a la llamada.

—Hola, cariño. ¿Cómo te ha ido el juicio? Estaba esperando que me llamaras.

—Bueno, no me ha ido mal, aunque mi padre me ha tendido una encerrona. La abogada de la parte contraria es Giselle. He llamado a mi padre y lo he puesto de vuelta y media.

—No veas con tu padre, cómo se las gasta... Bueno, demuéstrole que eres un gran profesional y que no te importa. —Intentó parecer despreocupada, aunque por dentro hervía de celos—. Y... ¿qué ha pasado?

—Nada, la he ignorado. Me he sorprendido y todo, porque siempre me ha tenido donde ha querido. Pero tú me has cambiado. No sé qué me has hecho, pero no quiero saber nada de ella. Aunque me temo que no desaparecerá de mi vida así como así.

—Tu padre está dispuesto a todo para que estés con ella, ¿no? Me estoy empezando a preocupar...

Evan la cortó rápidamente.

—Pues no debes, Emma. En mi corazón solo hay lugar para una chica, y esa eres tú. A Giselle le perteneció mucho tiempo y no lo supo cuidar, por eso se terminó nuestra historia. Es pasado, y no volveré a caer en sus redes. Ahora mi corazón es tuyo y de nadie más. No quiero que lo dudes nunca. Soy muy sincero contigo y no quiero que tengamos secretos.

—Yo tampoco.

Emma se emocionó. Nunca había tenido una relación así. Con Evan todo era sencillo. Se lo contaban todo y lo resolvían siempre hablando civilizadamente.

—Me ha invitado a cenar. Dice que quiere hablar conmigo. Creo que mi padre le ha propuesto trabajar en el despacho y creo que quiere que todo vuelva a ser como antes...

—¿Qué vas a hacer?

Emma pensó en los pros y en los contras, pero confiaba plenamente en él. Pensó que quizá fuera bueno que hablaran. A ella, en su momento, le funcionó con Sergio.

—No quiero tener ninguna conversación con ella. Si quiere trabajar para mi padre, perfecto. Será con él con quien trabaje. Ya se lo he dejado claro.

—Evan, cariño, sé que te sonará raro, pero creo que deberíais hablar. Dile que has rehecho tu vida y que no quieres nada con ella, que te deje en paz y ya está. A mí me vino bien hablar con Sergio, aunque, claro, tú me ayudaste bastante.

—¿En serio quieres que vaya a verla? Si lo hago, no me quedará a cenar. Le diré lo que pienso y me iré, porque, si no, sé que no terminaremos con esto... No sé qué hacer. Tendrías que haberte venido conmigo.

—¿Y faltar al trabajo? Ni hablar. Además, tengo un jefe que es bastante exigente y si

falto para acompañar a mi novio a su trabajo no sé lo que pensará de mí... Y más cuando me acaba de ascender.

—Pues pensará que eran causas de fuerza mayor. Creo que no se enfadaría. Es más, creo que le gustaría... Además, te echo mucho de menos.

—Yo a ti también. Ve a hablar con ella antes de que me arrepienta. Eso sí, luego llámame, que no me quedaré tranquila...

—No tienes por qué preocuparte, preciosa. Solo te amo a ti.

Escuchar aquellas dos palabras, *te amo*, le supo a gloria. En los dos meses que llevaban juntos, todavía ninguno se había atrevido a decirlas. Era la primera vez que Evan las decía y Emma supo que las decía de verdad, así que se quedó tranquila. En ese momento, sintió que podía confiarle su vida entera. Un miedo seguía recorriendo su interior, aunque confiara en Evan. No sabía qué pasaba por la cabeza de Giselle, pero, si su instinto no le fallaba, apostaba por que querría volver con él.

Evan bajó decidido a terminar con la historia de una vez. Entró en la cafetería y vio a Giselle en la barra. Iba vestida de manera bastante provocativa, pero él ni se inmutó. Se sentó a su lado y comenzó a hablar.

—He venido para aclarar contigo ciertos temas. El primero es que solo vamos a hablar. No me voy a quedar a cenar. El segundo es que, en cuanto termine el juicio, me iré a mi casa. Y el tercero es que no quiero que te metas en mi vida de nuevo.

—Evan, pero, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

Giselle no conocía esa faceta de él. Se lo veía muy enfadado y nunca lo había visto así, ni siquiera cuando le enseñó las fotos de sus infidelidades.

—No, loco no. Estoy cansado de que se metan en mi vida, y de que tú hagas lo que quieras y entres en mi vida cuando te parezca bien. Llevamos un año separados y ahora por fin soy feliz. He recuperado mi vida, a mis amigos, y he conocido a alguien que me ha cambiado para bien. No quiero que me lo estropees.

—Evan, pero eso no puede ser. Sabes que tú y yo hemos estado muy bien. Sé que te engañé, pero era una chica que no sabía lo que quería. Ahora he madurado, me he centrado en el trabajo y ya no salgo tanto... Y sé lo que quiero. Te quiero a ti. Mi padre me ha pedido que trabaje en el bufete de tu padre, lo que significa trabajar contigo... Y he pensado que quizá podríamos volver a estar juntos.

Evan no la dejó seguir hablando.

—Mira, Giselle, has jugado conmigo y me has buscado cuando te ha interesado. Ahora estoy con alguien que me quiere a todas horas, y no por mi dinero, sino por cómo soy. No le importa lo que tenga. Lo único que quiere es ser feliz como yo y por fin he encontrado un equilibrio en la vida. Me da igual que mi padre no lo vea con

buenos ojos y que esté intentando que nos juntemos, pero eso no va a pasar. ¿Quieres trabajar en mi despacho? Muy bien, pues irás a trabajar y ya está. Nos saludaremos cordialmente cuando nos crucemos por ahí y punto final. Seré solo tu jefe. Nada más.

—No te reconozco, has cambiado... Pero no me voy a dar por vencida. Sabes que no encajo bien las derrotas.

—Pues hazte a la idea, porque contra mí siempre se pierde. Perderás mañana en el juicio y a mí ya me perdiste hace un año. Ahora, si me disculpas, voy a subir a mi habitación. Tengo que hacer unas llamadas y quiero descansar.

—Pero, ¿me vas a dejar así? ¿En serio?

Giselle se quedó asombrada. Vio a Evan marcharse y no entendía qué había pasado. Siempre lo había tenido dispuesto para ella. Lo llamaba y él corría, pero desde que él puso punto y final a su relación, ya no había querido volver a saber de ella.

Giselle siempre había tenido lo que quería. Sus padres se lo habían dado todo. Evan, en su día, también. Pero ahora que había vivido sin él, se había dado cuenta de lo que había perdido. Él la había querido de verdad. Otros chicos con los que había estado solo querían sexo y nada más, pero él la quería incluso con sus defectos y nunca había estado así con nadie. Sintió que la furia se apoderaba de ella. La estaba rechazando por una chica cualquiera y eso no podía soportarlo. No tenía muy claro trabajar con él, porque pensó que así no lo recuperaría, pero sí sabía que aquello podría hacer que esa chica se enfadara y lo dejara. Tuvo claro que aprovecharía la ocasión y estaría a su lado cuando su relación se hundiera. Así lo podría recuperar.

Treinta minutos después de abandonar a Giselle, Evan se dispuso a llamar a Emma.

—Princesa, ¿qué haces? Seguro que estabas pegada al teléfono, preocupada.

—¿Cómo lo sabes? Bueno, ¿qué ha pasado?

Durante todo el rato que había estado esperando su llamada, se había prometido que, si las cosas iban como esperaba, haría lo que fuera por él.

—Le he dicho que no me interesa estar con ella, y que si quiere trabajar conmigo solo seré su jefe, nada más. Le he dejado claro que soy feliz y que no quiero que se meta en mi vida, pero la conozco y no acepta un no por respuesta. No quiero que ella sea un problema en nuestra relación. Ya no me interesa en absoluto. Quiero que eso lo entiendas.

Lo decía de corazón.

—Lo sé. En este rato que he estado pegada al teléfono esperando tu llamada, he estado pensando en tu proposición de vivir juntos. Y la respuesta es sí.

—¿En serio?

Se puso a dar saltos de alegría, como un niño chico con su mejor regalo de

cumpleaños.

—Sí. Sé que nos ha dado miedo decírnoslo, pero antes me has dicho que me amas y sé que me lo has dicho de verdad. Yo también te amo y lo que siento es que nos lo tengamos que decir por teléfono. No quiero vivir mi vida sin ti, así que creo que podemos intentarlo.

—Eres lo mejor que tengo en la vida y te juro que no te decepcionaré. Mañana, en cuanto vuelva, te vienes a mi casa y te instalas.

Evan se fue a dormir muy contento. La decisión de Emma le había pillado por sorpresa, pero era la mejor sorpresa que le había podido dar. No quiso pensar en Giselle. Ya vería cómo llevaba trabajar con ella y lidiar con su padre. Solo esperaba que no se metieran más en su vida.

Al día siguiente, el juicio fue todo un éxito para él. Ganó el caso y a la salida del juzgado se fue corriendo a coger el avión de vuelta a casa. Giselle lo seguía de cerca. No quiso decirle nada. Solo quería ver qué hacía. Lo vio hablar con Emma al teléfono y comprobó lo cariñoso que era con ella y lo alegre que parecía. No lo veía así desde los inicios de su relación, y una punzada de dolor se instaló en su corazón. Pero seguiría con su plan de fingir que no le importaba.

Al llegar al aeropuerto, pudo ver a Emma. Estaba esperando a Evan en la terminal Dos. Cuando él llegó, se fundieron en un abrazo, como si hiciera un mes que no se veían. Él la cogió en brazos y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, celebrando que vivirían juntos. Ambos reían y no les importaba en absoluto quién les viera. Él le contó su exitoso día y se fueron en el coche de ella. Un Peugeot 206.

Giselle pensó que sería fácil competir con ella, porque, aunque era guapa, no era nada del otro mundo, mientras ella era como una modelo de pasarela. Tenía un cuerpo diez y Emma más bien era un ocho. Giselle era muy superficial. No entendía que a Evan podían gustarle mucho más otras cosas en una persona, como la inteligencia, la fuerza o el coraje. Tendría que pensar bien cómo jugaría al juego de recuperarlo, pero tenía todo el tiempo del mundo, ahora que trabajarían juntos y pasaría muchas horas a su lado.

CAPÍTULO 10

La mudanza se hizo muy rápido. Todos ayudaron a Emma a trasladar sus cosas. La casa de Evan era enorme, en primera línea de playa, como la de Pierre, pero esta tenía piscina y jardín. Más que una casa, era una villa. En los dos meses que llevaban juntos, Emma no la había pisado, pero ahora era distinto. Todo había cambiado. En ocasiones, se iban los fines de semana fuera y habían disfrutado de lugares como Roma, Sicilia, Venecia... Él la había llevado para que cumpliera todos esos sueños que tenía.

Visitar aquellos lugares que a ella tanto le gustaban.

Laura dejó la casa de Pierre. A pesar de que él le había dicho que se podía quedar, prefirió irse a vivir al apartamento de Marlene, ya que se había quedado sola, buscaba una compañera de piso y Laura no quería quedarse sola en una casa tan grande.

Los días de trabajo se les hacían interminables. Ambos estaban sobrepasados. En el despacho, Evan tenía bastantes casos importantes, que requerían mucho de su tiempo. Algunos requerían viajar, pero Evan decidía qué abogados lo acompañaban. Esa era la condición que había puesto a su padre. Era muy profesional y sabía cuáles eran los fuertes de cada abogado del despacho y, por supuesto, sabía que la mejor especialidad de Giselle eran los temas de familia, por lo que intentaba no coger casos de ese ámbito, a no ser que fueran de alguien importante que les reportara grandes beneficios. Como socio, él era el benefactor de los casos que llevaba. Su padre tuvo que aceptar las condiciones, ya que no quería discutir con él. Pero, poco a poco, vio que Giselle estaba muy interesada en Evan. No conocía a Emma, pero sabía que no era de buena familia y eso le bastaba para no interesarle esa unión, así que no se lo

pondría nada fácil a aquella chica. Sin embargo, Giselle era hija de su amigo y la unión de ambos le gustaba mucho más, ya no solo por economía, sino también por confianza.

Emma estaba feliz de vivir con Evan. Su vida se había vuelto tranquila y sencilla. Aunque no se veían durante el día, él siempre le enviaba rosas con notas de amor. Mensajes románticos diciéndole cuánto la añoraba y cuánto la quería. Por la noche, cuando se veían mientras cenaban, se ponían al día de sus trabajos y de las cosas que pasaban tanto en la redacción como en el despacho. A Emma le gustaba que le explicara cómo esquivaba a Giselle. Confiaba en Evan plenamente, y lo que más le gustaba era las noches de amor. Cada noche, cuando cenaban, se ponían una película, pero nunca llegaban a terminar de verla. Siempre sucumbían a la pasión en cualquier lugar de la casa; la piscina, la ducha, la bañera, el sofá, la cama... Cualquier lugar era bueno cuando se tenían tantas ganas el uno del otro.

Había noches en las que ponían música romántica y simplemente bailaban. Y una cosa siempre llevaba a la otra, porque ambos eran unos románticos y les encantaba hacer ese tipo de cosas; relajarse y dejarse llevar por la música.

Los meses pasaron y su relación se fue afianzando cada vez más. En el despacho habían ganado uno de los casos más importantes que habían tenido en años, y el padre de Evan decidió dar una fiesta. Evan no podía faltar como abogado que había conseguido esa exitosa sentencia favorable para su cliente, así que recogió a Emma de la redacción y se fue con ella de compras. Quería que estuviera impresionante. Quería callar bocas y dejar claro que esa era su chica y que lo sería para siempre, le gustara o no a su padre. Así que fueron a una tienda donde encontraron muchos vestidos bonitos, pero hubo uno que dejó a Evan sin respiración. Cuando la vio salir del probador, supo que tenía que ser aquel vestido. Era negro brillante, con un escote trasero hasta donde la espalda pierde su nombre, de finos tirantes, en corte sirena largo, y por detrás asomaba una pequeña cola. Le quedaba perfecto a su cuerpo. Se la veía preciosa, como recién salida de un catálogo de moda. Se soltó el pelo y le cayeron rizos desiguales por la espalda. Estaba perfecta. En ese mismo instante, se volvió a enamorar de ella, como lo hacía cada día que veía su sonrisa.

Emma se sintió como una auténtica princesa con ese vestido. Se veía distinta. Le sentaba muy bien, pero cuando vio el precio se asustó un poco.

—Creo que mi vestido plateado me puede quedar bien. El de la fiesta de Milán. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo me voy a olvidar? Estabas guapísima, pero este vestido es mucho mejor, Emma. Deja de mirar la etiqueta. ¿A ti te gusta?

—Sí, pero... con lo que vale este vestido compro por lo menos diez, o veinte, dependiendo de la marca. Y si vas al mercadillo de mi barrio, te puedes comprar miles de cosas.

Emma no quería que se gastara nada en ella. Ya vivían juntos y Evan no le dejaba pagar nada. Aunque sabía perfectamente que se podía permitir lo que quisiera, ella nunca había abusado de nadie y no lo haría ahora.

—Emma, cielo, estás radiante con ese vestido y te lo quiero comprar. Es una fiesta especial, en la que estarán mis padres. Quiero que se enamoren de ti como lo estoy yo. Sé que si mi padre te conoce, quizá cambie de idea. Por favor.

—Está bien, pero lo hago solo porque te quiero y haría lo que fuera por ti, aunque sea llevar un vestido de cinco mil euros. Ahora, eso sí, ya puedes cuidar de que nadie me lo manche. Lo cuidaré como si fuera un bebé.

Decir aquello a él le resultó muy gracioso. Giselle no hubiera rechazado aquel vestido jamás. Eran tan diferentes que eso era lo que más le enamoraba de ella. Giselle habría escogido uno de diez mil euros, si hubiera podido.

Al salir de la tienda, fueron a casa, se prepararon y se fueron a la fiesta. Se celebraba en la casa de los padres de Evan. Al llegar, Emma se quedó maravillada mirando la zona residencial donde vivían, pero al entrar a su casa alucinó mucho más. La casa era inmensa. Tenían un aparcacoches y estaba todo lleno de camareros. Habían instalado en el enorme jardín unas carpas con farolillos y unas mesas con los canapés. Había mucha gente importante. Evan le iba contando quiénes eran y que muchas de las celebridades que había en la fiesta habían sido o eran clientes del despacho. Había desde actores o cantantes hasta médicos y políticos.

En la entrada de la casa estaban Pierre y Laura, que también habían sido invitados por Evan. Ya que tenía que asistir a aquella fiesta, lo haría con sus amigos. Así podrían aprovechar la oportunidad para conseguir reportajes para la revista. Aunque era de moda, poco a poco se estaba transformando y se iban incluyendo diferentes áreas, en las que se hablaba también de sociedad y, sobre todo, de eventos.

Le presentó a muchos de sus clientes, con los que tenía una muy buena relación, incluso de amistad con algunos. Los había de diferentes países, pues estaba muy bien relacionado. También había clientes de la revista, y pudieron aprovechar aquella fiesta para conseguir artículos muy interesantes.

De repente, apareció Giselle. Iba con un glamuroso vestido rojo, con un escote de infarto. Vio a Evan y se dirigió muy decidida hacia él. En ese momento, Emma estaba hablando con uno de sus clientes.

—Hola, Evan. ¿Estás solo? Pensé que ibas a traer a esa novia tuya —dijo con un

poco de recelo.

No pensó que la chica que tenía a su espalda fuera Emma, ya que la única vez que la había visto iba en tejanos y sin apenas arreglar.

—Pues la verdad es que se llama Emma, y está justo detrás de ti.

Giselle se giró. No daba crédito a lo que veía. Emma estaba ideal, perfecta, y el vestido le sentaba genial, aunque nunca lo admitiría. Era su rival y no pensaba aceptar nunca que pudiera ser mejor que ella.

Evan fue a buscarla. Sabía que, en un momento u otro, se tendrían que conocer. Así que pensó que lo mejor era hacer las presentaciones cuanto antes.

—Richard, perdona que te robe a mi chica unos minutos —se disculpó con su cliente.

—Tranquilo, voy a por unas copas.

—Emma, voy a presentarte a Giselle. Está ahí y sé que no se irá sin conocerte. Lo siento, princesa.

Evan se encontraba en una situación un tanto embarazosa, pero Emma se mostró amable y atenta.

—No te preocupes. Sé a lo que he venido y sé que la noche no va a ser fácil, pero ya te he dicho que por ti haré lo que sea. Cuanto antes me enfrente a estos fantasmas, antes los superaremos. Así que no me importa.

En realidad, sí que le importaba. Sabía que aquella chica quería robarle a su novio y no estaba dispuesta a ponérselo fácil.

Se giraron y caminaron hacia ella, que había ido a coger una copa.

—Giselle, te presento a Emma. Es mi novia. Emma, es Giselle, una de las últimas incorporaciones al despacho.

—Encantada. Tú debes ser la abogada con la que se enfrentó en Barcelona.

Emma quería dejarle claro que sabía de su existencia, pero sin sacar sus sentimientos.

—Sí, bueno, ya nos conocíamos desde hacía años, pero hasta ahora no me había surgido la posibilidad de trabajar con él. Encantada de conocerte.

Giselle quiso ser cordial, aunque no pudo disimular el desagrado al verla. La rabia la consumía por dentro. Vio cómo Evan la cogía de la cintura y no se separaba de ella, dejándole claro que era su novia.

—Evan, cariño, ¿me traes una copa?

Emma quería quedarse a solas con Giselle y ponerle las cartas sobre la mesa. No estaba dispuesta a ver cómo lo miraba y como la despreciaba a ella. Evan la miró, dudando, pero claudicó.

—No sé qué hace con una chica como tú. No tienes clase. Pero te advierto que se cansará de ti. ¿Sabes que hemos sido amantes mucho tiempo? Y estoy segura de que, tarde o temprano, volverá a mí. Tú no puedes ofrecerle tanto como yo. No eres nada para él. Noto cómo me mira y sé que me desea.

Giselle fue directa al grano. Quería que Emma se enfadara, pero no se esperaba su respuesta. Pensó que se pondría a llorar y se iría.

—Pues te recomiendo que vayas al oculista. Mira, te voy a decir solamente dos cosas. Una de ellas es que no tendré el dinero que tienes tú, pero tengo mucha más clase, más vergüenza y mucha más educación, porque el dinero no da ciertas cosas que yo poseo y que quizá son las que Evan valora. Y la segunda es que te apartes de mi novio, zorra, porque si intentas algo soy capaz de cualquier cosa. Ya le has hecho bastante daño en el pasado, por lo que te voy a aconsejar que te acerques lo justo para trabajar, que eso es lo único que os va a unir.

Giselle se quedó sin palabras. Como una furia, se giró y se fue. Se dio cuenta de que Emma no tenía un pelo de tonta. Recuperar a Evan sería más difícil de lo que creía.

Pierre, que estaba detrás de ellas y había escuchado la conversación, fue a buscar a Evan, riéndose a carcajadas.

—Tío, cada día me gusta más Emma. Acaba de dejar a Giselle con la boca abierta. Le ha dicho que como se te acerque más de lo necesario, se las verá con ella. Sabía que tenía mala leche, pero no sabía cuanta.

—¿En serio?

No se sorprendió porque la conocía muy bien, pero lo que le impresionó es que le hubiera dicho aquello. Eso demostraba que él le importaba de verdad y, en ese mismo instante, supo que no habría nada en el mundo que los pudiera separar. Se tranquilizó. Supo que, por muy difíciles que se pusieran las cosas con su familia, ella lo soportaría, y eso le calmó mucho, ya que tenía miedo de que ella no soportara las críticas de su padre y le dejara.

De lejos, vio aparecer a sus padres y supo que había llegado el momento de presentar a su chica.

Se dirigió hacia donde estaba Emma hablando con Laura, y, disculpándose con esta, la cogió de la mano y se dirigió hacia sus padres.

—Mis padres están ahí, vamos a que te conozcan. Sé tú misma. A mí no me importa si no eres lo que ellos quieren para mí. Yo elijo mi vida y con quién la quiero pasar. Y te prefiero mil veces a alguien tan superficial como Giselle.

—Eres un amor. Tranquilo, sabes que soy una persona educada y no me va a ofender lo que me puedan decir. Tengo que vivir contigo, no con ellos.

El padre de Evan los vio aparecer cogidos de la mano. Levantó la vista y vio a Giselle al otro lado de la fiesta, algo que lo tranquilizó, ya que quería que estuviera ahí, por si las moscas. Se fijó en Emma y, a pesar de que sabía que su origen era vulgar, tuvo que reconocer que era muy guapa. Pero la belleza no era lo que él buscaba en una chica, así que no se dejaría deslumbrar por eso. En cambio, la madre de Evan, al verlos juntos, se enamoró de ella sin conocerla. Solo con ver la sonrisa que causaba en su hijo ya la tenía ganada. A diferencia de su padre, ella quería que su hijo fuera feliz y estuviera con alguien que le diera lo mismo que recibía, que lo amara por cómo era, no por quién era. Esa chica le gustó desde el primer momento. Ver cómo se miraban la cautivó totalmente.

—Hola, mamá, papá. Quiero presentaros a Emma, mi novia.

Evan estaba muy nervioso, pero una mirada de su madre lo tranquilizó. Notó aprobación por parte de ella, y eso lo calmó.

—Buenas noches, jovencita. Tú eres la chica que trabaja para Evan, ¿no? Quizá te cueste estar esta noche en nuestra fiesta. Hay gente muy importante y no estarás acostumbrada a estas cosas.

El padre de Evan se había propuesto dejarla en ridículo. No le gustaba que su hijo estuviera con alguien que pudiera traerle problemas o bien robarles dinero. Era lo único que veía cuando miraba a Emma. Alguien que no tenía nada y que, si las cosas se torcían, podía sacar un buen pellizco.

—Pues, la verdad, señor Manzano, es que estoy muy acostumbrada a este tipo de fiestas. Por mi trabajo, el cual llevo desarrollando desde hace bastantes años, he acudido a todo tipo de galas y eventos con muchas personas famosas. Para mí, esto no es nada del otro mundo. Gracias por invitarme.

Dejó al padre de Evan sorprendido y su madre tuvo que girarse para no reírse en su cara. Le pareció una chica ideal, un pelín descarada, pero era lo que se merecía su marido por intentar amargarle la fiesta.

—Me encanta tu vestido, es precioso, y solo puedo deciros que hacéis una pareja perfecta. Espero que mi hijo te trate bien.

La madre de Evan era una mujer fantástica, y Emma pensó lo mismo. La estaba acogiendo muy bien y eso le agradó.

—Gracias, señora Williams. No se preocupe. Evan es un chico encantador. Creo que en eso ha salido a usted. Es muy amable por su parte. Me ha comentado que usted se dedica al mundo de los vinos. Suena interesante.

—Sí, tengo unas bodegas y bastantes viñedos. En mi familia siempre nos hemos dedicado a esto. Pero, por favor, llámame Julieta, querida.

Ambas estuvieron hablando durante gran parte de la velada. Congeniaron muy bien y Julieta no dejó que Pedro, el padre de Evan, se acercara a Emma en toda la noche. No quería que la incomodara.

Pudo ver que Emma era una gran persona. Ella le estuvo contando cosas de su vida; a qué se había dedicado, con qué edad se puso a trabajar, cómo era su familia... y Julieta se sorprendió al ver lo luchadora que había sido y que nunca nadie le había regalado nada. Todo se lo había ganado ella sola, y Julieta supo en ese preciso instante que no estaba con su hijo por dinero, ni mucho menos, sino por amor. Así que los apoyaría en todo. No estaba dispuesta a que su marido rompiera esa relación. Ella ya sufría bastante con su propia historia.

Cuando conoció al padre de Evan, se enamoró y lo dejó todo para casarse. Pero él siempre había sido un hombre muy ambicioso y nunca había dado el amor que él recibía. Desde que tuvieron hijos, la magia del amor les había abandonado. Él siempre estaba trabajando y no era nada cariñoso. Ella nunca quiso dejarle, no por el dinero que ambos tenían, porque ambos generaban sus propios ingresos y podían vivir separados perfectamente, sino por el qué dirán, y se había resignado a vivir una vida infeliz y sin el amor de su marido, aunque lo paliaba con el amor de sus hijos.

Los tres eran distintos, pero ninguno se parecía a su marido. Todos eran cariñosos.

Julieta quería a su marido, pero que él fuera tan frío había hecho que ese amor disminuyera considerablemente.

Al escuchar a Emma contarle cosas de su familia y todo lo que había sufrido, se conmovió. Y ver a Evan mirarla, le hacía estar feliz. Por fin había encontrado a una persona que lo cuidara como se merecía. Ya había sufrido con la anterior relación de Evan y, aunque nunca había conocido a Giselle, sí que había tenido que sufrir la tristeza por sus engaños. Con Evan compartía muchas cosas. A pesar de ser su madre, era también su amiga y sabía que estaba enamorado hasta la médula de aquella chica, al igual que podía intuir que ella también lo estaba de él.

A diferencia de su madre, el padre de Evan no quiso hablar mucho con ella. Se sintió ofendido por la contestación que había recibido y, aunque pensaba que había tenido una defensa inaudita, no estaba dispuesto a dejar que su hijo tuviera un futuro con esa chica que no era nadie.

—¿Has visto qué chicas hay en la fiesta, hijo? Ha venido Giselle. Está muy guapa.

Intentó de nuevo ver si le prestaba algo de atención.

—La he visto, sí, pero me parece más guapa mi acompañante, que, por si no te ha quedado suficientemente claro, es mi novia. Y novia significa que no estás libre, así que no miras a otras chicas. Quizá tú ves con otros ojos el concepto de pareja, pero

yo soy una persona fiel. No le hagas a los demás lo que no te gusta que te hagan a ti. Eso me lo enseñó mamá de pequeño y lo mantengo siempre que puedo.

Evan sabía que alguna vez había ido con otras mujeres, porque en algunas fiestas a las que habían acudido por trabajo lo había visto. Nunca lo había pillado engañando a su madre, pero tampoco nunca lo había visto mirar a su madre como él miraba a Emma. No le habría extrañado nada que la engañara. Él sabía que su madre sufría por amor, pero lo hacía en silencio.

—¿Por qué dices eso? ¿Me estás acusando de algo? Porque creo que nunca me has visto hacer nada con nadie...

—No, tienes razón, no te he visto. Porque, si lo hubiera hecho, no sé qué habría sido de ti. Además, no quiero discutir de esto contigo. Acepta mi relación con Emma. ¿Por qué no te parece buena para mí? Mírala. Es guapa, inteligente, trabajadora... Es perfecta.

—Hijo, en la vida hay cosas más importantes. El trabajo que tiene se lo has dado tú. ¿Qué tiene por ella misma? Estoy convencido de que el vestido que lleva se lo has comprado tú. La belleza, con el tiempo, se evapora. No creo que tenga nada que ofrecerte que me pueda interesar.

—Pero, ¿cómo puedes ser así? ¿Que no tiene nada que ofrecerme? Me ofrece su corazón y sin pedir nada a cambio. El vestido que lleva no lo quería. La he obligado a comprarlo para que te causara buena impresión, pero ni bañada en oro lo habría conseguido. A ti, si no es con una gran chequera o con una cuenta muy abultada, no te interesa nadie. Ah, y el trabajo que tiene no se lo he ofrecido yo. Tú me has obligado a dárselo. Aunque, te diré algo: ella misma podría llevar cualquier negocio por sí sola. Es muy capaz y, desde que trabaja con nosotros, nuestros beneficios se han duplicado. Quizá no provenga de una familia adinerada, pero no te quepa duda de que ella misma amasará su propia fortuna.

—Bueno, eso tendré que verlo. No creo que sea tan buena.

La verdad era que lo que escuchaba de Evan lo estaba dejando bastante sorprendido. No conocía de nada a esa chica, pero, si lo que su hijo decía era verdad, quizá con el tiempo tuviera que morderse la lengua.

—Tampoco tenías fe en mí y, sin mí, tu despacho se habría ido a la quiebra. Si yo no llego a comprar una parte, estaría cerrado, papá. ¿Cuándo aprenderás a ver más allá de las personas? Aunque, déjalo. Perro viejo nunca aprende.

Y se dio media vuelta y se marchó donde estaba su madre con Emma. Se alegró de ver que habían congeniado muy bien. A Emma se la veía contenta y feliz, y eso era lo que él buscaba. Le habría gustado que su padre también la hubiera hecho sentir así,

pero no estaba dispuesto a tirar la toalla. Su padre tendría que cambiar de actitud con ella.

Cuando se acercó a su madre y a Emma, Laura fue a buscarla. Tenía que contarle que habían conseguido unas citas importantes para entrevistar a varios modelos que estaban en la fiesta, y ella se despidió de Julieta y se marchó al ver que llegaba Evan.

—Me alegro de que estés aquí, hijo. Contigo quería hablar, aunque no quería interrumpir a tu padre.

Julieta estaba interesada en saber de qué habían hablado, aunque, conociendo a su marido, no creía que hubiera cambiado de parecer con respecto a Emma.

—Sí, bueno... Ya sabes que él solo quiere lo que le interesa a él, y quiere que salga con Giselle... Y yo no la puedo ni ver... Además, quiero mucho a Emma y no la dejaría por nada del mundo.

En ese momento, se fijó en que, cuando hablaba de ella, sus ojos tenían ese brillo de enamorado tan especial.

—La amas de verdad y no me sorprende. Es una chica encantadora y creo que ella te ama a ti de la misma manera. He notado cómo le brillan los ojos cuando habla de ti, al igual que te pasa a ti en este mismo momento. Me alegro mucho de que hayas encontrado a una chica así. Nunca te he visto así con nadie, ni con esa chica con la que salías en la facultad de Derecho. Al contrario, con ella te vi enamorado, pero también desilusionado muchas veces. No llegaba a ver ese amor mutuo que parecéis tener Emma y tú, y lo que más me gusta de ella es que no le importa en absoluto quién eres, sino cómo eres con ella. Me ha dicho que la has ayudado mucho a superar ciertos momentos duros de su vida y creo que eso os unirá de una manera muy especial.

—Mama, no sé qué decir. La verdad es que la quiero y se lo he dicho, pero no me había planteado hasta este momento si la amaba de verdad. Estoy muy bien con ella y me hace muy feliz, y sé que haría lo que fuera por ella, pero cuando estaba con Giselle, que es la chica de la facultad y la que quiere papa para mí, tenía otros sentimientos y estoy algo confundido. Cuando salía con Giselle, era ella la que siempre pretendía que la invitara, que le comprara cosas. Ella pedía de todo y yo todo se lo daba, pero a veces sentía que nada era suficiente para retenerla a mi lado, porque luego llegaba una fiesta y se iba con sus amigas, me mentía y me engañaba. En cambio, Emma se empeña en pagar muchas veces. No quiere que le haga regalos caros. Nunca pide nada y a veces hasta se enfada si me gasto mucho dinero en ella. Sin embargo, me da mucho más de lo que yo puedo pedir. Siempre está a mi lado y le cuesta salir sin mí. Dice que me añora y que prefiere salir conmigo. Me cuenta todas

sus cosas y es sincera siempre, y eso me hace quererla de otra manera. No sé qué es ese sentimiento. Es nuevo para mí.

—Pues ese sentimiento es amor y pura felicidad, hijo. Emma no es interesada, se desvive por cualquiera. Me ha contado cuánto ha ayudado a su madre y cómo, desde bien jovencita, ha luchado por sus propias cosas. Nunca nadie le ha ayudado y eso tiene mucho mérito. Nosotros siempre os lo hemos dado todo, y tú valoras lo que tienes, pero, por ejemplo, tu hermana Yaiza no valora nada, porque siempre lo ha tenido todo. Le pasa como a Giselle. Su padre es amigo de tu padre de hace mucho tiempo y nunca le ha dicho que no a nada. Le ha dado todo lo que ella pedía y es en ese momento cuando las personas no valoran el esfuerzo que hace uno para obtenerlo.

—Sí, eso es verdad, pero a mí también me habéis dado muchas cosas y no por eso soy interesado. Cada uno decide cómo ser en la vida. Por eso yo preferí tenerlas por mis propios medios, para no tener que estar agradeciendo nada a nadie. ¿Es tan malo eso?

Evan había entrado en un conflicto interno. En el mundo en el que vivía, la gente estaba acostumbrada a tenerlo todo, y él no había querido darse grandes caprichos aunque pudiera hacerlo. Prefería ahorrar para que, cuando de verdad pudiera compartir su vida con una persona especial, nunca les faltara de nada.

—No, para nada, hijo. Todo lo contrario. Precisamente por eso valoras cualquier cosa que tienes, porque sabes lo que te ha costado conseguirla y eso le da mucho más valor. Estoy segura de que Emma no te lo ha puesto fácil y aun así no has desistido. No tiene pinta de ser la típica chica que se enamora de un chico guapo y rico. Creo que ella prefiere otro tipo de persona, pero en ti ha visto lo que hay detrás de esa persona que va con un traje cada día y se sienta en su despacho de jefe. Ella ha mirado en tu corazón y ha visto alguien capaz de dar cariño, de ser romántico, divertido, y eso es lo que le ha gustado de ti. Y es por esto por lo que me gusta para ti. La pena es que tu padre no lo vea. Aunque, si te puedo dar un consejo, no escuches nada de lo que te diga él. Mírame a mí. Nunca me ha hecho feliz realmente. Nos conocimos, nos gustamos, nos casamos muy rápido y tuve a tu hermano Alfred muy pronto. A partir de ahí, todo cambió. Él solo vivía para trabajar y el resto no existíamos. Debe creer que, como me gasto todo el dinero que quiero, soy feliz, pero no es así. A veces hubiera preferido a alguien que llegara a casa pronto, me abrazara, jugara con vosotros... Es muy triste vivir así. Por eso no quiero esa vida para ti.

—¿Por qué no te separas, mamá? Entiendo que cuando éramos pequeños tuvieras dudas, pero ahora somos mayores. Cada uno tiene su vida y creo que lo entenderían.

—Ya lo he pensado muchas veces, pero el problema es que yo quiero a tu padre, y no me resulta tan fácil. Cuando quieres de verdad a alguien, aunque no te haga feliz constantemente, aguantas siempre un poco más, hasta que un día todo se termine. No sé lo que haré en el futuro, pero de momento todavía espero a que tu padre cambie.

—Pues yo no sé si cambiará, mamá. Lleva toda la vida siendo así. Gracias por aceptar a Emma.

—No tienes por qué darlas. Si tú eres feliz, yo también lo soy. Lo que me preocupa es lo que se traiga entre manos tu padre con Mario y con su hija Giselle. ¿De verdad fue tu novia y no lo supimos? ¿Por qué no nos lo dijiste nunca?

Su madre se molestó un poco, ya que había vivido aquella relación muy de cerca y había visto a su hijo sufrir mucho. Nunca creyó que sería con la hija del amigo de su padre.

—Bueno, mamá... Era la primera chica con la que tenía una relación y sabía que, si os enterabais, papá nos organizaría la vida. Ella siempre hacía lo que quería y nos peleábamos. Luego, hacíamos las paces... Bueno, ya sabes más o menos la historia. Hasta que me cansé de ser su perrito y la dejé. Pero ahora trabaja en el despacho. Papá quiere que me case con ella y que así el futuro del despacho, cuando él se jubile, sea nuestro.

—Pero es que eso es diferente. Tu padre montó el despacho porque se negaba a trabajar para nadie. Él le ofreció trabajo a Mario muchas veces, porque eran amigos de toda la vida y él nunca aceptó porque sabía cómo era el carácter de tu padre. Ahora que su despacho ha cerrado, ha aceptado porque sabe que en otros despachos le sería muy difícil trabajar porque, aunque sea un gran abogado, ahora quieren gente joven, con ganas de comerse el mundo. A tu padre le va bien contigo porque eres un abogado excepcional, pero ahora que está Giselle, no sé... Ella tiene la carrera porque se la pagó su padre. Nunca ha sido una abogada que sobresalga entre otros. Se le dan bien los divorcios, pero en cuanto al resto de cosas... deja bastante que desear. No creo que tuviera mucho futuro como socia.

—Yo tampoco lo creo, pero de momento la tengo ahí como una mosca. Todo el día detrás. Voy a dejar que pase el tiempo a ver qué pasa y, si no cambian de parecer, tendré que tomar cartas en el asunto. Aunque papá se enfade, mi vida es mía y quiero vivirla a mi manera.

—Me parece bien, hijo. Sabes que por mí puedes hacer lo que quieras. Voy a atender a los invitados un rato. Ve a bailar con Emma.

—Gracias, mamá.

Evan fue en busca de Emma y pasaron juntos el resto de la noche, sin ningún percance. Tanto Giselle como su padre decidieron estar alejados, ya que habían podido comprobar que ese día tenían la batalla perdida.

CAPÍTULO II

Varios días después, Emma estaba en su despacho repasando las entrevistas que habían conseguido en la fiesta del padre de Evan cuando llamaron a la puerta. Era Pierre. Tenían que discutir el viaje que les había salido para cubrir una pasarela en Nueva York.

Pierre creía que era una buena oportunidad para que ella fuese a cubrir el evento y que comenzara a viajar más, y ella se emocionó. No podía creer que confiara en ella tanto como para ir tan lejos a cubrir esa noticia. Le había propuesto ir con tres fotógrafos y dos redactores. Estarían en Nueva York cerca de una semana y tendrían entrevistas con modelos, con diseñadores y con los presentadores de las galas que se celebraban en esas fechas, por lo que habían decidido cubrirlo todo.

Había una gala que se celebraba para recaudar fondos para un hospital infantil y decidieron que publicarían acerca de eso, ya que subastarían piezas de ropa que habían llevado numerosos cantantes en sus conciertos.

Emma quería prosperar con la revista. No solo quería que fuese la típica revista de moda, sino que también hubiera reportajes de celebridades y eventos que se relacionaran con la moda y que a la vez les dieran más juego. De esta manera, conseguiría poco a poco abrirse a más público. Lo cierto era que les iba muy bien, ya que habían duplicado beneficios en muy poco tiempo y parecía que las nuevas categorías tenían una gran aceptación entre sus lectores. Incluso ella había incluido una sección bimensual de consultas de moda que llevaba personalmente.

Esta sección estaba teniendo mucho éxito, así como otras que también habían implantado, como un apartado para bodas y fiestas.

Estaban tan contentos con estos nuevos resultados de la revista que no se lo creían.

Evan estaba feliz de que la revista funcionara tan bien sin él. Reconocía que Emma hacía un gran trabajo y no porque fuera su novia, sino porque cumplía cualquier objetivo que se propusiera. Le gustaba que fuera tan ambiciosa como lo era él.

Esa tarde, Emma comentó a Evan lo del viaje a Nueva York. Él sabía que la añoraría mucho, pero ella se merecía eso y más. Era su momento y no quería estropeárselo, por lo que le pareció bien y no le dijo nada más. Además, él estaba muy liado en el despacho con unos juicios que habían fijado para esa semana y tenía que estudiarlos en profundidad si los quería ganar. Quiso comentar algunas cosas con Emma, ya que algún juicio era con Giselle y quería que lo supiera.

—Cariño, me parece perfecto que seas tú quien cubra esas noticias. Estás haciendo un trabajo inmejorable en la revista. Le has dado un giro a todo y me gusta.

—A mí también me gusta poder tomar mis propias decisiones y ver que los resultados son muy buenos. Ahora te entiendo cada vez que ganas un juicio, el esfuerzo que pones y la recompensa que obtienes, no solo económicamente.

—Sí, eso es espectacular: ver la cara del contrario cuando pierde —rio—. Verás, la semana que viene tengo un juicio de defensa por violencia de género y Giselle estará conmigo. Quería decírtelo porque eso supone pasar tiempo con ella para preparar el caso, y... bueno, no quiero que esto sea problema para ti.

Evan estaba un poco preocupado.

—Cielo, es tu compañera, nos guste o no, y entiendo que, al ser un tema así, tenga que trabajar contigo. No me molesta. Creo que le dejé claro lo que pienso hacer si se acerca a ti.

—Creo que no la conoces muy bien, Emma. No es buena persona. Si se propone algo, lo lleva a cabo. No quiero decirte con esto que te tengas que preocupar, porque yo sé muy bien lo que quiero, pero no creas que has ganado la batalla, solo has ganado una partida. Para ella, esto es un juego y seguro que idea algún movimiento más. No creo que pare hasta que nos peleemos. Tenemos que ser fuertes.

—Yo confío en ti. Además, poco puede hacer en el despacho... y en casa estoy yo.

—Ya, eso me encanta: que estés tú y solo tú.

Comenzaron a besarse. Llevaban todo el día deseando que llegara ese momento. Desde que trabajaban separados, cada día era un reto para ellos, pero por las noches tenían sus momentos de amor. No importaba dónde y cuándo, siempre terminaban haciendo el amor. Aquella noche, después de tener esa conversación, ambos estaban más deseosos el uno por el otro, así que, en un momento en que Emma quiso jugar y echó a correr, él la cazó como a una pequeña presa y la tumbó en el suelo. Se puso

encima de ella y comenzó a besarla como si no hubiera un mañana. Ella aceptó los besos y comenzó a acariciarle el pecho. Él tenía tantas ganas de ella que le arrancó la camisa y sacó sus pechos del sujetador. Comenzó a lamerlos y a jugar con sus pezones. Ella gemía, extasiada. Quería más. Fue a quitarle la camiseta cuando él interceptó sus manos y las colocó encima de su cabeza.

—Ni lo sueñes, preciosa. Te has puesto a correr para que no te cogiera, y eso es imperdonable. No sabes cuánto te deseo, así que quiero ser yo el que te dé placer. Tienes prohibido tocarme. Tómatelo como un juego.

Ella rio.

—Ardiente juego el que comienzas. Ten cuidado no te quemes, porque igual tú empiezas el juego y yo lo termino. No vayas de listo, porque yo también sé jugar.

Acto seguido, colocó las manos encima de la cabeza y se dejó hacer. Él la besaba por todo el cuello y con una mano acariciaba sus pechos. Cuando vio que ella no bajaría las manos, los acarició con las dos. Poco después, comenzó a besarle el abdomen, bajando hasta su centro del placer, donde comenzó primero a besar y luego a chupar su clítoris. Poco a poco, introdujo un dedo, después dos, y comenzó a darle placer con ellos, mientras la miraba derretirse de goce. Él estaba tan cachondo que iba a explotar. Cuando fue a sacar su miembro para fundirse con ella, esta bajó sus brazos y lo empujó. Él se desestabilizó y cayó hacia un lado, momento que aprovechó Emma para ponerse encima.

—Te he dicho que yo también sé jugar.

Se quitó el sujetador y con él ató las manos de Evan, de manera que él no pudo tocarla.

—Eso no vale, es trampa.

Emma le tapó la boca con un beso y él, gruñendo, acabó dándose por vencido. Ella empezó a besarle el pecho y fue bajando hasta que llegó a su erecto miembro, que comenzó a chupar y a morder suavemente. Él no podía contener sus gemidos. Le encantaba aquella versión loca de su chica.

De repente, comenzó a chupar más y más rápido, arriba y abajo. Él no se podía contener, y cuando notó que estaba a punto de irse, Emma paró, se subió encima y de fundió en él. Comenzó a moverse adelante y atrás, rápidamente y sin darle tregua. Ambos estaban muy excitados y no tardaron en llegar a la cumbre del clímax.

Después, se quedaron uno encima del otro, unos segundos, allí donde habían estado haciendo el amor locamente. A los pocos minutos, Evan cogió a Emma en brazos, como si de una pluma se tratara, y se la llevó al dormitorio.

—¿Te has divertido, princesa? Pues ahora haremos el amor otra vez, pero esta vez

tranquilos... —Y comenzó a reírse de nuevo.

A la mañana siguiente, se despertaron entre abrazos y besos. Sus noches eran inmejorables. Ninguno había sentido tanto por otra persona ni había estado tan bien como cuando estaban juntos. Todo era fácil y sencillo, sin preocupaciones. Tenían una confianza plena el uno en el otro. Cuando se despidieron para irse cada uno a sus respectivos trabajos, se dieron un dulce beso. Evan no quería que se marchara, pues esa misma tarde se iba a Nueva York y sabía que la añoraría mucho.

Cuando Emma llegó al despacho, se encontró con un enorme ramo con cincuenta rosas de tallo largo con una nota:

Repetiría lo de anoche un millón de veces. Eres una caja de sorpresas. Me gustan mucho tus juegos. Añórame tanto como te añoraré yo a ti. Te quiero.

Evan.

Emma notó un cosquilleo en el estómago solo con recordar la noche anterior. Esos besos, esas caricias... No sabía si le gustaba más cuando hacían el amor ardientemente o de manera dulce, pero todo en Evan le encantaba. Y los detalles de mandarle flores... Con esas notas... Eso era lo que más le gustaba, que la sorprendiera constantemente con detalles tan bonitos y románticos.

Sacó su móvil y le mandó un mensaje:

Aún no me he ido y ya te estoy echando de menos. Te quiero con locura.

Siempre tuya.

Emma.

Él no podía hacer otra cosa que mirar el móvil como un tonto. Estaba en su despacho, en plena reunión con Giselle, que se molestó mucho. Nunca lo había visto así de enamorado cuando estaba con ella.

—Vamos a seguir con lo que estamos haciendo o vas a seguir mirando el móvil como un tonto. Porque, no es por nada, pero el juicio es en dos días.

Su tono no era nada amigable.

—Sí, perdona —se disculpó, a pesar de que no le gustaran nada sus formas.

En ese momento, sonó el teléfono de su despacho. Era su madre.

—Evan, querido, qué bien que te encuentro. Verás, mañana organizo una cena en casa. Tu hermano vuelve de Berlín y quiero que cenemos todos juntos. Dile a Emma que venga. Me encantaría tenerla en casa de nuevo y no me importa lo que diga tu padre. En casa siempre será bienvenida.

—Lo siento, mamá, pero Emma se va hoy de viaje a Nueva York y volverá seguramente el próximo martes. Y yo tengo un juicio bastante importante y muy poco tiempo para prepararlo. Nuestra clienta ha cambiado de abogados en el último momento y no tenemos casi nada preparado. Me gustaría ir, de verdad, pero me es imposible.

Mientras, Giselle hacía como que estaba revisando las notas del caso, pero no perdía el hilo de la conversación de Evan. No sabía con quién hablaba, pero lo importante era que Emma no estaba y no estaría estos días, así que era su oportunidad. Tendría que pensar algo y ya se le había ocurrido una idea para atraerlo.

—No te preocupes, hijo. Ya quedaremos la próxima semana, entonces. Quiero que conozcan a Emma. Estoy segura de que les caerá muy bien. Bueno, hijo, no te molesto más. Te quiero.

—Y yo a ti, mamá. Un beso. Ya hablaremos.

Acto seguido, colgó y se disculpó de nuevo con Giselle por la interrupción.

—Tranquilo, lo entiendo. Era tu madre. Me habría gustado haberla conocido. Creo que nos hubiéramos llevado estupendamente.

Evan lo dudó. Sabía de sobra que a su madre no le gustaban las personas interesadas.

—Bueno, ¿seguimos con esto? Resúmeme un poco el caso para que pueda decidir nuestros movimientos. La verdad es que me lo dejó ayer mi padre y no lo he podido ni mirar. No entiendo por qué la clienta ha cambiado de abogado a dos días del juicio.

—Por lo visto, el abogado era conocido de la familia de su expareja, por lo que no creo que fuera a hacer muy bien su trabajo. Según he leído, habían estado juntos durante tres años y ella estuvo aguantando maltrato psicológico mucho tiempo, aunque no demostrable, porque no hay pruebas, solo la palabra de uno contra la del otro. Cuando ella decidió dejarlo, él le dio una paliza, de la que sí hay pruebas. Hay documentos del médico que la atendió en el hospital y notas del forense que la atendió en la vista previa. Tiene una orden de alejamiento de doscientos metros. Las notas de este abogado son muy escasas.

—Muy bien, Giselle. Convoca una cita para esta tarde con la clienta. La

entrevistaremos e intentaremos pedir un receso, porque presentar el caso sin información es muy difícil. Y consigue el teléfono del médico que la atendió o del hospital donde trabaja.

—Muy bien. ¿Tomamos un café?

—Giselle, creo que ya te dejé claro que solo vamos a ser compañeros de trabajo. No me interesa tomar cafés contigo.

—Lo sé, pero digo yo que café tomas, aunque sea en el despacho. Hazte a la idea de que el caso lo llevamos juntos y de que pasaremos tiempo juntos, te guste o no... Además, no haces nada malo por tomarte un café...

Ella puso cara de pena. Siempre le solía funcionar con él, pero Evan la ignoró y, acto seguido, atendió una llamada en su móvil.

Era Emma. Lo llamaba para decirle que ya estaba en el aeropuerto y que le avisaría cuando aterrizara, aunque fuera muy tarde.

Por la tarde, en el despacho, Giselle había cumplido con todo lo que Evan le había pedido. Quería demostrarle que podía ser sumisa con él y estar a su disposición. Creía que así Evan quizá cambiara de opinión con respecto a ella.

Su cliente, Tamara Martínez, había llegado y lo aguardaba sentada en la sala de espera. También tenía el teléfono del doctor Méndez en la mesa del despacho y tenían presentada la solicitud de receso en el juzgado.

—Buenas tardes, ¿señorita Martínez? Soy Evan Manzano, su nuevo abogado, y ella es Giselle Suárez, mi compañera. Ambos la representaremos. Hemos creído que quizá se encuentre más a gusto con una mujer. Además, ella es experta en estos temas.

—Gracias, no se preocupe. Puede llamarme Tamara. Sé que tenemos poco tiempo y quizá sea una locura cambiar de abogados así, pero mi anterior abogado está saliendo con la hermana de mi expareja. Yo no lo sabía, y no creo que mire mucho por mí. Era el que me adjudicaron de oficio, así que prefiero pagar sus honorarios y que le hagan pagar por lo que hizo.

—No se preocupe, haremos todo lo posible. Necesitamos que nos cuente lo que pasó en el momento de los hechos, porque en las notas de su anterior abogado no está nada claro y la transcripción de la vista previa es muy vaga.

—Verá, nos habíamos separado. Me costó mucho, pero finalmente tuve el valor de hacerlo. Cogí mis cosas y me marché. Pero una tarde acordamos vernos en casa para hablar de lo que nos quedaríamos cada uno y, cuando llegó, me encerró. Yo no me di cuenta hasta que me quise ir... Y cuando me fui a marchar, en el momento en el que buscaba las llaves para abrir la puerta, me agarró por el cuello y me tiró al suelo. Luego, comenzó a pegarme... —A Tamara se le saltaron las lágrimas—. Perdón, aún

me duelen los recuerdos... Como pude, fui hasta la cocina, cogí lo primero que encontré, que fue una olla, y le di un golpe en la cabeza. Creo que se desmayó y yo pude huir. Llamé a la policía y fui al hospital. Eso es todo.

—¿Temió por su vida? —preguntó Giselle.

—Sí. Él decía que si no era suya no sería de nadie... Me dio mucho miedo, pero, por suerte, logré escapar.

—Bueno, he tomado notas de su testimonio. También tengo el que nos ha pasado la policía, pero veo que él testificó que había sido una pelea mutua, y eso es difícil de probar. Insistiremos en que usted actuó en defensa propia, ya que probablemente él sea mucho más grande que usted.

Giselle le cortó.

—También indicaremos que temía por su vida. Entienda que es un juicio sin jurado, por lo que aquí a quien tenemos que ganarnos es al juez. Los movimientos que debemos adoptar tienen que basarse en el miedo.

—Él dice que tiene varias personas que testificarán que su relación no era buena y que discutían muchas veces, ¿es cierto? —preguntó Evan. No entendía cómo una relación podía terminar así.

—No, eso es mentira. Le juro que nunca tuvimos ese tipo de discusiones, pero él no era una persona cariñosa. Era posesivo, más que cariñoso.

—No se preocupe. Estudiaremos bien todo y haremos todo lo posible por ganar. He llevado muchos casos de este tipo, y le puedo asegurar que no he perdido ni uno. Sé desmontar muy bien las mentiras, pero sería bueno si aportara alguna persona que pudiera testificar cómo era su relación, alguien que no estuviera en su vínculo de amistades, porque sería mucho más creíble.

—Le anotaré personas con las que podrían hablar, como vecinos, pero no sé si querrán testificar...

—Con que solamente una acceda, tenemos mucho ganado.

Evan parecía seguro de sí mismo y no dudaba de las capacidades de Giselle para este caso. Estaba acostumbrada a todos los temas relacionados con separaciones y con violencia de género.

—Bueno, mañana nos volveremos a reunir. Descanse.

—Muchas gracias, señor Manzano y señora Suárez.

Tamara se marchó y los dejó discutiendo los movimientos que utilizarían en el caso de que no tuvieran ese receso.

Por la noche, Giselle estaba lista para su movimiento. Había dado su teléfono en el juzgado, en lugar del de Evan, para tener una excusa para presentarse en su casa. Les

habían concedido un receso de dos días. No era mucho, pero el juzgado estaba a tope de trabajo y si no se tendría que demorar el juicio más meses. Evan había pedido una semana, y solo pudieron concederle ese plazo. Así que Giselle se puso un vestido informal pero provocativo, con un bikini debajo, y se dirigió a casa de Evan. Sabía que estaría solo, probablemente en su estudio, y que seguramente no habría cenado, por lo que paró a comprar comida china y fue a su casa.

Cuando el timbre de Evan sonó, él se extrañó. No esperaba visitas, pero, aun así, fue a ver quién era. Cuando comprobó que era Giselle y que traía una bolsa con la cena, se enfadó.

—¿Qué haces aquí? —le dijo en tono molesto.

—Perdona, pero te he llamado y no me cogías el teléfono.

A Evan le extrañó aquello, porque esperaba una llamada de Emma y su teléfono no había sonado ni una sola vez.

—Pensé que, como estás solo, no habrías cenado, y... bueno, tenía que comentarte que solo nos han concedido un receso de dos días.

—¿Qué? ¿Solo dos días? Y, ¿por qué no me han llamado a mí directamente?

—Porque, acostumbrada a dar mi teléfono, me he confundido. Lo siento, Evan... —dijo con cara de arrepentimiento.

Evan sabía que tenía que terminar de preparar el caso con ella y el tiempo apremiaba, así que la dejó pasar y cenaron juntos, discutiendo el caso. Habían hecho progresos y tenían algunas personas dispuestas a testificar, que entrevistarían al día siguiente. El caso pintaba bien y tenía muchas probabilidades de éxito.

Cuando terminaron de cenar, Giselle fue a la piscina y, sin que Evan se diera cuenta, se quitó su vestido y se metió en ella, aprovechando que Evan estaba recogiendo lo que quedaba de cena. A pesar de que no le había gustado que Giselle hubiera ido a su casa con el pretexto de cenar con él, tenía que reconocer que solo habían hablado de trabajo y aquello suavizó su carácter. Preparó unos cafés, dispuesto a enterrar el hacha de guerra con ella. En ese momento, su mente comenzó a concederle el beneficio de la duda y, por un pequeño instante, comenzó a creer que ella había entendido que no tendría nada que hacer con él. Mejor ser solo compañeros y, con el tiempo, quizá hasta pudieran ser amigos. Pero cuando Evan volvió con los cafés en la mano, no dio crédito a lo que vio... ¿Qué hacía en la piscina? Estaba agotado de discutir con ella, y lo cierto era que no se lo estaba pasando tan mal. Aun así, no quería nada con ella, y menos que hiciera aquello sin estar Emma en casa. Se habría molestado muchísimo.

En el tiempo que estuvieron juntos, muchas veces habían estado así; cenando en

casa tranquilos y después siempre iban a la piscina. Luego, una cosa siempre llevaba a otra y terminaban en la cama o donde les surgiera. Pero eso era antes, cuando estaban juntos. Evan ahora sabía muy bien a quién quería, y era a Emma, y no estaba dispuesto a perderla por una tontería.

—Giselle, ¿qué haces? ¿Venías con el biquini puesto? Nadie te ha invitado a la piscina. Por favor, sal de ahí. —Lo dijo con un tono de agotamiento y Giselle sonrió. Pensó que había vencido por fin.

—Hace calor, estoy cansada y me apetecía un baño. Además, ¿cuántas veces me he bañado aquí? Miles... No me niegues una más. Sabes que me encanta esta piscina. Si quieres que salga, tendrás que sacarme tú.

—Pues entonces ya te puedes quedar ahí. No voy a entrar en tus juegos, Giselle. Estoy muy bien con Emma. Te lo voy a pedir muy educadamente. Sal de ahí. ¿No te bastó con romperme el corazón que también quieres destrozarme la vida? ¿Tan mal te he tratado yo?

Giselle sabía que él tenía razón. Siempre había sido muy bueno con ella y ella siempre se había portado mal con él. Quizá era momento de aceptar la derrota... Pero no. Ella estaba dispuesta a ganar fuera como fuese.

—Muy bien, tú ganas.

Salió del agua y se secó, pero dejó la parte de abajo del biquini junto a la piscina, con la intención de que Emma lo viera y pensara lo que no había sido. Había ido preparada y llevaba ropa de recambio en su bolso.

Emma llegó a Nueva York y llamó a Evan. En ese momento, Giselle descolgó el teléfono. Evan estaba en el estudio buscando unos papeles que quería que Giselle se repasara.

—¿Sí? ¿Hola? —contestó con una sonrisa en los labios.

—¿Hola? ¿Está Evan? ¿Quién eres?

Laura, a su lado, la miró extrañada.

—Perdona. ¿Eres Emma? Soy Giselle. Evan está en el estudio. Espera, que voy a buscarlo.

Emma no sabía qué pasaba, ni qué hacía Giselle en su casa.

—No, no hace falta. Lo llamo más tarde. Gracias. —Y colgó enfadada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Laura.

—Era Giselle. ¡Estaba en casa de Evan! Pero, ¿qué hace esa zorra ahí y justo cuando yo no estoy?

Laura no la dejó seguir.

—Para, Emma. Seguro que están repasando el caso que llevan juntos. No te

preocupes, Evan no es Sergio. Ni lo pienses.

—Ya lo sé, pero ella quiere estar con él y hará lo que sea.

—No te preocupes.

Laura la tranquilizó. Sabía que Evan era incapaz de engañarla.

Cuando Evan volvió del despacho, vio a Giselle dejar su móvil en la mesa.

—¿Qué haces con mi móvil, Giselle? —preguntó más enfadado todavía.

—Perdona, es que te estaba llamando Emma. Te lo iba a llevar, pero ha colgado de repente... Lo siento.

—Bueno, mañana nos vemos. Gracias por la cena. Y ahora vete, por favor. No compliques más las cosas.

—Vale, perdona...

Se marchó con la esperanza de que al día siguiente seguro que habría discutido con Emma.

Acto seguido, Evan llamó a Emma.

—Emma, ¿me has llamado? Perdona que no lo haya cogido. Estaba en el despacho buscando unos documentos y...

Emma le cortó.

—Tranquilo, ya me lo ha cogido Giselle... ¿Estabais muy ocupados? —dijo en un tono nada amigable.

—Princesa, no es lo que piensas. Perdona, pero se ha presentado en casa sin avisar. Tenía que comentarme que nos han concedido solo dos días de receso y ha traído cena... Lo siento, pero teníamos que repasar el caso porque nos apremia el tiempo y he decidido dejarla pasar. Pero hemos discutido y, supongo que cuando iba a por los documentos que se tenía que llevar, has llamado... No sé por qué te ha cogido el teléfono... Me ha dicho que has colgado antes de que pudiera traerme el teléfono...

—Claro, ¡cómo no! Da igual, Evan. Déjalo, no quiero enfadarme, pero me da mucha rabia irme de viaje y que cuando te llame esté tu ex en casa. ¿Cómo te sentirías tú si te hubieras ido a un juicio y yo invitara a Sergio?

—Emma, no ha sido así y, si me conoces un poco, lo sabes. Yo no soy como Sergio y no quiero que lo pienses ni un segundo. Te quiero solo a ti y lo sabes. No dejes que se meta entre nosotros, por favor.

—No lo haré, solo te pido sinceridad. Ella puede complicarnos las cosas si no eres sincero y, después de cómo sufrí con Sergio, entiende que me enfade. En el fondo, tienes suerte de que esté tan lejos, porque si estuviera ahí no sé lo que sería capaz de hacer.

No quería enterarse de cosas que luego pudiera lamentar, pues se conocía muy

bien. Sus prontos eran muy malos y sabía que quizá le dijera a Evan cosas que no merecía. Pero no estaba dispuesta a sufrir. Ya había sufrido mucho en su vida.

—Emma, la he echado porque, después de estar repasando el caso y de hacerme creer que no se metería en nuestras vidas, ha aprovechado que he ido a la cocina para hacer lo que hacía cuando estábamos juntos. Se ha metido en la piscina y me la he encontrado nadando. No sé en qué estaba pensando, pero me he enfadado y le he dicho que se fuera, que no podía hacer como si no nos hubiéramos separado nunca, que yo tenía una vida y una pareja y que no quería tratar nada más que no fuera estrictamente laboral.

—¿Por qué ha hecho eso? Y, ¿por qué me lo cuentas, Evan? La conversación va mejorando por momentos. Mira, déjalo. Ya hablaremos. No quiero saber nada más de Giselle.

—Por favor, Emma, no te enfades. Simplemente, te estoy siendo sincero. Te lo explico porque no ha pasado nada. De verdad, créeme.

—Mira, Evan, ahora mismo estoy muy enfadada, y no estoy ahí para que me lo cuentes y valorar si me mientes o no. De verdad, estoy cansada y no quiero hablar. Necesito hacer bien mi trabajo, que para eso he venido, y no quiero que nada ni nadie me estropee el momento. Necesito tiempo para pensar, Evan. Me has dicho muchas cosas que me han dolido y quizá tengas razón en que ella lo ha preparado todo, pero yo necesito procesarlo y discutiendo contigo no puedo. Lo siento, pero tengo que dejarte. Ya hablaremos.

—Emma, te quiero. En mi vida he querido a nadie como te quiero a ti. Perdóname por dejarla entrar en casa. Yo no sabía que terminaría todo de esta manera. Para mí es una compañera más. De verdad, cariño, no me hagas esto, por favor.

—Lo siento, Evan, pero ahora no puedo pensar. Solo puedo imaginarme a una Barbie Malibú en bikini delante de mi novio, exhibiéndose y deseándolo, y no sé si creer que no ha pasado nada entre vosotros. Necesito pensar y necesito distraerme. Dame tiempo, solo te pido eso. Ya te llamaré yo. Termina tu juicio y ya hablaremos.

—Emma...

Pero Evan ya no pudo decir nada más. Emma colgó el teléfono y lo apagó. Estaba tan enfadada que se puso a llorar desconsoladamente.

Emma siempre había confiado en Evan, pero sabía que Giselle quería recuperarlo y que haría lo que fuera. Y tenía miedo porque él era un hombre, y sabía por experiencia que los hombres no eran de piedra. Tenía miedo de que Giselle lograra su propósito, y ella estaba muy lejos para tenerla controlada o para poder decirle cuatro cosas.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no vio a Laura y chocó con ella mientras caminaba hacia la parada de taxis.

—¿Qué te pasa, que vas como perdida? ¿Qué ha pasado?

Laura se preocupó al verla con la mirada en otra parte y los ojos rojos de llorar.

—Nada, era Evan. Por lo visto, Giselle ha aparecido en casa por sorpresa, con el pretexto de preparar un caso que llevan juntos, y le ha llevado la cena.

—¿Dónde está el problema? Emma, no imagines cosas que no son, que nos conocemos. Son compañeros de trabajo. Imagino que es normal que a veces queden para estas cosas. Sé que con ella no debe ser fácil, pero, si hubieran hecho algo, no te lo diría. Además, ya te lo he dicho antes; él es un profesional y querrá tener todo bien atado antes del juicio.

—El problema es que él no la ha invitado y ella, ni corta ni perezosa, venía preparada para cenar, darse un baño en la piscina y vete a saber qué más.

—¿Cómo que darse un baño en la piscina? ¡Vaya con la pija! Lo tiene todo estudiado. Y Evan, ¿qué ha hecho?

—La ha echado de casa. Dice que no sabe cómo, pero ella estaba en la piscina... Y se ha enfadado con ella.

—Bueno, *cuqui*, no le des más vueltas. Tienes que pensar que esa pija es muy astuta, y que intentará todo por separaros, pero vosotros sois más fuertes que ella, porque estáis juntos. Su tren ya pasó y no creo que Evan sea tan tonto de dejarse engañar cuando te tiene a ti.

—No sé, Laura, tengo mis dudas. Además, estoy lejos. Vamos a estar aquí una semana y no voy a quedarme tranquila hasta que no le mire a los ojos y me explique cómo ella se toma esas libertades en su casa.

—Emma, fueron novios mucho tiempo. Imagino que debe conocer la casa muy bien. ¿No lo has pensado? Tú, cuando estuviste dispuesta a volver con Sergio, entraste hasta con tu propia llave, y no estabais juntos ya.

—Sí, pero solo porque creía que Sergio quería volver conmigo e iba a darle una sorpresa.

—Bueno, entiendo tu preocupación, pero déjala a un lado. Nos espera una semana cargada de proyectos. No dejes que esa pija te los estropee.

—Es verdad, no vale la pena. Ya arreglaré esto cuando volvamos.

Emma y todo el equipo se dirigieron hacia el hotel donde estarían instalados y se fueron a descansar.

Al día siguiente, al llegar al despacho, Evan se reunió con su padre. Había estado toda la noche pensando en todo lo que le había pasado con Emma y no estaba

dispuesto a perderla por culpa de Giselle, así que tenía muy claro lo que quería y se planteó un cambio drástico en el despacho. O su padre aceptaba o se iría.

—Evan, ¿qué pasa? ¿Hay algún problema con el caso que tenéis que presentar Giselle y tú?

Su padre no entendía la insistencia de la reunión.

—Verás, tengo que hablar contigo muy seriamente. Estoy cansado y muy agotado de esta situación. No quiero a Giselle aquí, papá. Me está arruinando la vida. ¿Sabes que vino a mi casa anoche con el pretexto de avanzar en el caso y luego se puso a coquetear? Sabes que tengo pareja y ella también. Me llamó Emma y atendió ella la llamada para que pareciera lo que no era, y ahora Emma se ha enfadado. No puedo seguir así. No la quiero cerca de mí. Quiero que la despidas. Si no lo haces como socio del despacho, hazlo como padre. ¿No te importa mi felicidad?

—Claro que me importa. ¡Qué tonterías dices! Pero esa chica, lo que está haciendo, lo está haciendo por amor. ¿No lo ves? Además, su padre es mi amigo, no la puedo despedir y ella está haciendo una gran labor.

—No, eso sí que no. Ganamos los casos que ella lleva porque otros abogados le dan las directrices a seguir. Eso lo podría hacer cualquiera del despacho. Los alegatos se los escribe su padre. Ella solo interroga a los testigos. Y para algo que tiene que hacer, cuando pide un receso, que es dar mi teléfono, mira que es sencillo, pues no lo da. Así que no digas que hace una buena labor, porque yo no la veo.

—Bueno, hijo. Mira, si quieres, no os pondré más casos juntos. Haré lo que quieras, pero no la puedo despedir.

—Bueno, en ese caso, implantaremos unos cambios en el despacho. Anoche estuve pensando en todo lo que ha cambiado la revista desde que Emma se encarga de ella y creo que podría aportar muchas cosas en el despacho si tú se lo permitieras. Y así, ya de paso, la conoces mejor.

—Pero, hijo, ¿qué sabe esa chica de Derecho? No es por desmerecerla, pero no creo que pueda aportar nada al despacho.

—Mira, papá, vamos a cambiar. Llevamos meses que nos cuesta ganar casos con muchos de los abogados, y sabes que no son malos, pero están desmotivados. Creo que ella puede hacerlos cambiar. No perdemos nada por intentarlo, y si la cosa va bien, ganamos mucho. ¿No crees? Si no aceptas estas condiciones, quizá me plantee dejar el despacho.

—Pero, ¿qué dices, hijo? Sin ti, este despacho no es nada. Me estas pidiendo mucho. Además, sabes que esa chica no me gusta.

—Pues es mi novia, papá. Te guste o no. Y quizá si le dieras una oportunidad y la

conocieras bien, cambiarías de parecer. Solo déjame demostrártelo. Si luego no te gustan los cambios, te dejaré hacer lo que quieras con el despacho. Pero, ya te aviso, si Giselle se acerca a mí más de lo necesario, ya que no la quieres despedir, me iré yo.

El padre de Evan lo pensó unos minutos. Su hijo tenía razón en que les hacía falta un cambio y una persona positiva que les pudiera enseñar claves para tener éxito. Aunque sabía que la revista había mejorado muchísimo desde que ella había llegado, no sabía si aquello era buena idea. Pero, por otra parte, si estaba en el despacho con Giselle, quizá aquello la incomodara y eso ocasionara problemas con su hijo y le dejara el camino libre a Giselle. Así que, ¿por qué no probarlo? Además, no podía prescindir de Evan. Era el mejor del despacho y el que más ingresos conseguía.

—Está bien, hijo. Tú ganas, como siempre. Arréglalo todo. Me tengo que marchar. Ya me explicarás luego cómo llevaremos a cabo estos cambios.

—Perfecto, papá. Estoy seguro de que no te arrepentirás. Por cierto, cuando acabe el juicio, me voy a Nueva York. Necesito arreglar unos temas ahí.

—Muy bien, hijo. Espero que sean importantes. Ya sabes que aquí te necesito.

—Tranquilo, papá. Te aseguro que lo son.

Pedro se fue pensando que, si las cosas salían como él quería, no se arrepentiría. Evan no quiso darle muchas explicaciones más.

Toda la semana pasó muy rápido, aunque a Evan le pareció eterna.

Evan presentó su caso, a pesar del poco tiempo que habían tenido para prepararlo, y lo ganó. Su clienta quedó muy agradecida. Giselle quiso celebrarlo con él, pero este le dejó claro que, después de la escena que había organizado en su casa, no quería ir con ella ni a la vuelta de la esquina. Así que intentaba evitarla todo el tiempo que podía.

Emma había estado muy ocupada también. No había vuelto a hablar con Evan. Le pidió que, durante la semana que estaría fuera, no la llamara, porque, además de estar enfadada, estaría muy ocupada. Decidió que así podría pensar en lo que había pasado. Estaba decepcionada con Evan por dejarse engañar por Giselle. Si Laura llevaba razón, tenía la esperanza de que Evan no la hubiera engañado. Pero no se podía quitar las dudas de la cabeza. Y lo que más le molestaba era que, en la primera noche que ella no estaba, Giselle se hubiera metido en su casa y hubiera compartido ese tiempo con Evan.

Prefería estar despejada para los eventos que tenía que cubrir que estar pensando en probables discusiones telefónicas.

La pasarela fue muy bien. Quedaron unos artículos fabulosos y las fotos eran estupendas. Aprovecharon que se celebraba una gala de premios de cine para también

hacer un reportaje de los actores que obtendrían algún premio. Aunque no había nada programado, Emma consiguió que uno de los directores de cine que participaban en la gala accediera a que hicieran algún reportaje.

El viernes por la mañana, el móvil de Laura sonó y esta, al ver quién la llamaba, corrió al baño para que Emma no escuchara nada.

—¡Evan! ¡Qué bien que me llames! Oye, estoy muy preocupada. ¿Qué pasa con Emma? No entiendo nada. Sé que te ha pedido que no la llames y me sorprende que no lo hagas... ¿No quieres arreglar las cosas con ella?

Evan espero pacientemente a que Laura hiciera todas esas preguntas antes de contestar y pedirle ayuda.

—Laura, por eso te llamo a ti. Mira, supongo que Giselle ha hecho todo esto con el propósito de alejarnos, pero no quiero que nada ni nadie estropee nuestra historia. Por eso, quiero que me ayudes. En cuanto a no llamarla, no creas que me resulta sencillo. No paro de pensar en ella. Sé que está enfadada, o decepcionada, no sé. Pero necesito arreglarlo y necesito arreglarlo ya. Hoy tengo el juicio del que hablamos el otro día y, en cuanto acabe, vuelo a Nueva York. He conseguido que un amigo que me debe un favor me lleve en su jet privado. Mañana estaré ahí.

—¡Mañana vamos a la gala benéfica!

—Lo sé, quiero asistir. Además, quiero participar y la quiero sorprender.

—Hombre, que vengas, será una sorpresa. Pero, si quieres sorprenderla de verdad, llévala a Disneyland París. Te aseguro que es lo que más quiere en el mundo.

Comenzó a reírse. A Emma lo que más le gustaba en el mundo eran los cuentos de hadas y estar rodeada de un mundo mágico como el que ofrecían Disneyland París o Disneyworld.

—Me has dado una idea, pero la dejo para cuando lo tengamos arreglado. Ahora me preocupa más recuperar su sonrisa, así que, cuando esté allí, te llamo y me dices dónde estáis.

—Perfecto, no te preocupes.

—Oye, Laura. Acerca de lo que me has dicho, ¿qué le gustara más? ¿París u Orlando?

—París, sin lugar a dudas. Es la ciudad del amor.

—Gracias. Si todo sale bien, te deberé lo que quieras.

—Tranquilo, ya lo cobraré.

Laura salió del baño feliz como una perdiz. Su cabeza urdía un plan para que su amiga se reconciliara con su novio.

Al día siguiente, por la noche, se dirigieron a la gala benéfica. Laura ya había

hablado con Evan. Le había dicho en qué coche llegarían y habían acordado que él sería quien las recibiera.

Al llegar a la fiesta, Emma se quedó de piedra al abrir la puerta del coche y ver a Evan al otro lado. No podía creer que estuviera ahí, que hubiera volado tantas horas para estar con ella. Sus miedos, poco a poco, fueron disipándose. Aunque seguía molesta, sabía que él había ganado parte de la batalla con ese detalle. Ahora le quedaba aclarar muchas cosas.

Laura le dijo que ella se ocuparía de todo lo laboral, que disfrutara de la fiesta junto a Evan y arreglaran lo que tuvieran que arreglar, así que se marcharon a hablar a un lugar más apartado de la fiesta.

—Te estoy viendo y no me creo que estés aquí. ¿Cómo has venido? Y, ¿por qué?

Emma quería saber todo de la relación que había tenido con Giselle. Pero primero quería saber por qué había hecho un viaje tan largo para verla.

—Emma, te quiero, y no soporto estar así contigo. Entiendo que te haya molestado lo que te dije y que tengas dudas, pero te juro que no pasó nada. He venido porque no quiero esperar más para arreglar las cosas contigo.

—Lo siento. Sé que no debí haberte dicho que no me llamaras. Quizá te di una impresión que no era... No es que esté enfadada contigo. Bueno, un poco sí, pero necesitaba tiempo para pensar.

Emma no sabía por dónde empezar.

—Pero, ¿pensar en qué? ¿No quieres que estemos juntos? No lo entiendo. Si estábamos muy bien...

Evan no entendía nada.

—No es eso, es solo que tengo miedo. No sé lo que pasó entre ella y tú, solo que ella te engañaba... y que era una persona interesada, nada más. Pero sé que estabas muy enamorado de ella. Me lo dijo Pierre cuando te conocí y... Bueno, supongo que no pensé con claridad. Los celos me cegaron.

—Emma, Giselle tenía un plan y no le salió como ella quería. Verás, cuando estábamos juntos, era muy común que cuando tenía mucho trabajo me trajera la cena. Siempre, después de cenar, se bañaba en la piscina para incitarme a tener relaciones con ella. Eso siempre le había funcionado, e imagino que es lo que intentó el otro día.

—¿No le funcionó?

—No, Emma, estoy contigo y solo puedo pensar en ti. Me da igual que esté en biquini, que esté desnuda o como quiera estar. No volvería a acostarme con ella jamás. Métetelo en esa cabeza que tienes. Si viniera Sergio y te trajera lo que fuera y

fuese cariñoso contigo, ¿me engañarías?

—No, claro que no.

—Pues es lo mismo para mí. Sí, en su momento estuve muy enamorado de ella, como lo pudiste estar tú de Sergio, pero para ambos esas relaciones acabaron y yo por desgracia tengo que trabajar con ella... Pero tú siempre estarás por encima de todo. ¿Lo entiendes?

—Sí, creo que sí. Perdóname por ser tan insegura, pero es que Sergio me hizo tanto daño, que no sé...

Evan la besó y ambos se abrazaron. En el fondo, la entendía muy bien.

—No te preocupes. Estamos aquí, juntos, y estamos bien. Nunca te engañaría. Sé lo que duele y es algo que no me gustaría hacer sentir.

—¿Me perdonas por no haberte llamado y haberte pedido que no me llamaras?

Emma era sincera. Había entendido que Evan no era Sergio y los miedos que se había creado ella misma se habían esfumado.

—Claro que te perdono. Y, por favor, confía en mí siempre, porque yo lo hago en ti y te cuento todo. No me hagas esto más, háblame. ¿Vale?

—Vale, y ahora, vamos a la fiesta, que no quiero perdérmela.

Ambos llegaron a la fiesta, participaron en alguna subasta y, por la noche, al llegar al hotel, Evan alquiló una *suite* para ellos dos.

Al llegar a la habitación, Emma quedó maravillada con lo que veía. El hotel tenía un estilo renacentista, pero la *suite* parecía la habitación de una princesa en un palacio. Había una cama de dos por dos con dosel y un butacón de estilo imperial. El baño tenía una bañera enorme y había una gran terraza con un *jacuzzi*.

Evan comenzó a acariciarla suavemente, mirándola fijamente, y, sin apartar los labios de su piel, comenzó a besarle el cuello. Poco a poco, entre caricias y besos, le quitó el vestido. Ella hizo lo mismo con él. Cuando ambos estaban desnudos, Evan se sentó en la cama y arrastró a Emma. La sentó a horcajadas sobre él y no dejó de contemplarla mientras la acariciaba.

—No sé qué sería de mi vida sin ti. Te quiero tanto...

Emma no dijo nada, solo escuchó. Esas palabras sonaban como una melodía que salía de sus labios. No se cansaba de escucharle decirle cuánto la quería. Y así, en ese momento, mirándola a los ojos, todavía le gustaba mucho más.

Poco a poco, fue penetrándola y haciéndole el amor, de mil formas distintas. No se separaron en toda la noche. Lo hicieron en la cama, en el butacón y en la bañera, hasta que quedaron exhaustos y se durmieron abrazados.

CAPÍTULO 12

Cuando llegaron a casa después del largo viaje, estaban muy cansados. Decidieron no salir, ver una película en el sofá y pedir unas *pizzas*. Así que dejaron las maletas, se pusieron la película *El sexto sentido* mientras comían y, al terminar, optaron por darse un baño y tomar el sol.

Al salir a la piscina, no se dieron cuenta de que debajo de una tumbona estaba la parte de abajo del bikini de Giselle. Pero cuando Emma cogió la tumbona para tomar el sol, se encontró con un tanga rosa que no era suyo. Al principio, la rabia se apoderó de ella y estuvo a punto de irse y dejar a Evan solo, pero, de repente, se dio cuenta de que eso era lo que buscaba Giselle y que probablemente lo había hecho a propósito con la intención de que discutieran y bastante se había enfadado ya con Evan, así que las cogió y se posó en el filo de la piscina con ellas en alto, frente al lugar donde se encontraba sentado Evan.

—El otro día, Giselle no llevaría un bikini rosa, ¿no? Porque creo que nos ha dejado un regalito.

Evan no sabía de qué le estaba hablando hasta que vio a Emma con algo rosa en las manos, aunque no lo distinguió muy bien.

—Pues sí, era rosa. ¿Qué es eso?

—Es su tanga... Estaba muy bien puesto debajo de la tumbona. Creo que quería que pensara que os habíais acostado. Qué maja es, ¿no? —dijo Emma en tono sarcástico.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Yo la mato. Pero, ¿qué es lo que quiere? ¿No se da cuenta de que no me interesa y de que jamás volvería con ella?

A Evan se le empezó a notar rabia en los ojos. Emma pudo ver que no le había mentido en nada y se calmó bastante.

—No, se ve que no, pero déjame arreglarlo a mí. Esta no sabe contra quién está jugando.

—Emma, ¿qué vas a hacer? —dijo preocupado.

—Nada que no se merezca, pero, tranquilo, que no le voy a tocar ni uno de esos bonitos pelos de Barbie que tiene. La venganza es mejor servirla fría. Ya encontraré algo con lo que pueda devolverle esta jugarreta.

Acto seguido, volvió a su tumbona con una pícaro sonrisa en los labios, planeando su venganza. Giselle creía que podía hacer lo que fuera solo porque tenía dinero. No estaba acostumbrada a que en la vida se le negara nada, y siempre tenía a todo el mundo a su favor. Pero eso estaba a punto de cambiar. No conocía a Emma. Y menos a una Emma enfadada.

Evan, sin embargo, se sentía defraudado y muy enfadado. Por una parte, estaba enfadado con Giselle por hacerle aquello. Él nunca le había importado de verdad, y no entendía por qué ahora ella quería estar con él a cualquier precio y había invadido su intimidad de aquella manera, cambiando su tranquila vida por sus impulsos de niña malcriada. Sabía que tendría que hablar con ella y acabar con aquello de una vez por todas, pero lo peor era que estaba decepcionado con su padre porque sabía que parte de culpa era suya.

Al día siguiente, Emma estaba en la revista arreglando uno de los reportajes que irían en las páginas principales de esa semana cuando entró Pierre a recordarle que tenía un desayuno en el despacho de Evan.

—Emma, preciosa, Evan te espera. Lo recuerdas, ¿no?

Pierre estaba contento por ellos. Se los veía felices y, aunque sabía lo que les había pasado en esos días, también sabía que lo habían arreglado y quería que disfrutaran de ese desayuno.

—Pierre, ¿podrás apañártelas solo o necesitas que me quede a ayudarte? No iba a ir, porque tenemos mucho trabajo, pero es la ocasión perfecta para poner las cosas en su sitio.

—Ya me ha contado Evan lo que te encontraste en la piscina. No hagas caso de nada de lo que haga Giselle. Esta chica no sabe qué hacer ya para llamar la atención de Evan. Menos mal que te lo tomaste bien, porque podría haber ardido Troya.

—Sí, ya sé a qué juego está jugando, pero voy a enseñarle que conmigo no se juega.

—Pues puedes cogerte el rato que quieras. Los reportajes que habéis hecho están muy bien. Apenas hay que retocarlos. Así que vete tranquila, que lo que queda por

hacer ya lo termino yo.

—Gracias, Pierre. Te debo una.

Emma cogió su coche y se fue al despacho, que no estaba muy lejos de la redacción. Evan ya la estaba esperando en la puerta. Le presentó a varios de sus compañeros y al padre de Giselle, que la atendió muy cortésmente, y a su secretaria, Erika. Su padre no estaba. Le dijo que no podría asistir al desayuno porque tenía que llevar una documentación a un nuevo cliente. Emma pensó en llevar a cabo su venganza en ese mismo instante. Estaba cansada de Giselle y decidió que, en cuanto tuviera la oportunidad, le devolvería su tanga. No le importaba hacerlo delante de cualquiera que las viera.

En ese momento, Evan subió a la palestra donde habían puesto un micrófono y empezó a dar un pequeño discurso para motivar al personal y así explicarles los cambios que tenían pensados. No había tenido tiempo de comentarlos con Emma y pensó que no le importaría.

—Queridos compañeros, quiero expresaros mi gratitud por formar parte de este despacho. La semana pasada conseguimos ganar muchos juicios importantes. El desayuno de hoy tiene un propósito, y es que he decidido hacer unos cambios en el despacho. Hace poco, hemos tenido unas discrepancias entre socios que me hacen tomar unas decisiones al respecto, y como socio mayoritario he decidido que vamos a dividir el despacho en secciones. Cada una tendrá un responsable que trabajará con su propio equipo.

Emma no sabía de qué hablaba, ni lo que había discutido con su padre. No habían tenido tiempo de hablar de la semana anterior, pero ya se enteraría.

—Perdona, Evan —interrumpió Giselle—. Cada responsable, ¿decidirá a quién quiere en su equipo?

—Sí. De ahora en adelante, vamos a modificar un poco el despacho. Antes éramos dos socios y no teníamos tantos abogados, pero mi padre ha decidido ampliar la plantilla sin consultarme y hay abogados con los que no estamos de acuerdo. Por eso, tenemos que tomar decisiones y ver quién lleva qué. Normalmente, hemos llevado de todo, pero cada abogado tiene sus especialidades, por lo que he decidido hacer grupos, simplemente. —Evan estaba molesto por la interrupción—. También quiero aprovechar la ocasión para presentaros a mi novia, la señorita Emma Fernández, a la que espero que veáis por aquí a menudo. Es una mujer fuerte y que en menos de un año ha dado un giro a mi vida y a mis negocios. Estoy seguro de que será una gran empresaria, y me gustaría que os explicara cuáles son las bases de tanto éxito. Por favor, Emma, ¿quieres compartir con nosotros cómo haces para ser tan importante en

la revista?

Emma se quedó sorprendida. No sabía que Evan le haría explicarles nada. Ella no tenía ni idea de Derecho... Además, había ido con otro propósito. Finalmente, claudicó y subió a la palestra.

—Buenos días, señores. Discúlpenme si mis explicaciones no encajan con sus trabajos, pero entiendan que yo dirijo una revista. No soy abogada. —Emma se disculpó y se dirigió a todas las personas, que la miraban expectantes—. Primero de todo, quiero agradecer a Evan que me haya invitado y que quiera que os explique las claves de mi éxito. Creo que eso no lo hace solo porque sea su novia.

Todos rieron, menos Giselle.

—Claro que no. —Evan la miró y le dio fuerzas para seguir—. Yo siempre quiero lo mejor, y eso es lo que quiero tener. Es por eso que quiero que aprendan de ti, de tu valor.

—La verdad es que yo creo que el éxito no viene acompañado de ningún título universitario, ni viene acompañado de un bolsillo repleto de dinero. El éxito se consigue a base de esfuerzo y de trabajo. Es lo que yo hago en la redacción; trabajar mucho, buscar información, innovar. Creo que las bases de un buen abogado deben ser las mismas; empatizar con el cliente para poder sacar la máxima información posible, al igual que yo empatico con las personas que entrevisto. Luego, tenéis que ser constantes, positivos y no rendiros ante cualquier adversidad que os podáis encontrar. Yo, por ejemplo, afronto la vida de esta manera. Siempre he luchado por conseguir lo que merezco con esfuerzo. No me hacen falta las trampas. Prefiero esforzarme y conseguir las cosas por mi propio pie y sin ayuda de nadie.

—¿Quieres decir que tu puesto de directora se debe a tu esfuerzo? —la desafió Giselle—. Porque siendo novia del dueño de la revista, podrían pensar que has llegado a ese puesto por otros medios.

Todos los compañeros la miraron sorprendidos. No sabían si estaba loca por hablarle así a la novia de su jefe. Incluso su padre se sorprendió.

—Tengo el puesto porque Evan no puede estar en la revista. Aquí tiene mucho trabajo. Él necesita a una persona responsable que vele por sus intereses. Es por eso que la revista, desde que yo la dirijo, casi ha triplicado sus ingresos. Que sea su novia no tiene nada que ver con que sea una persona trabajadora. Ni se debe a mis estudios. Eso, tampoco. Aunque, os diré algo; esa es la muestra del trabajo y de la constancia, llegar a tener un puesto de responsabilidad. Alguno de vosotros, ahora, ocuparéis un puesto de mayor responsabilidad, dirigiendo vuestro propio grupo. ¿He de pensar que esos abogados también tiene algo que ver con Evan? No creo. Creo que Evan es

una persona justa y que a los trabajadores hay que premiarlos de vez en cuando por su esfuerzo. Yo no he necesitado mentir para llegar donde estoy, cosa que no puedo decir de otras personas.

Giselle se puso a la defensiva y pensaba dejarla mal ante cualquier cosa que dijera.

—Pues no creo que los empleados de la revista piensen como tú. Yo, si tuviera una compañera que se lía con el jefe y la ascienden, no creo que pensara que ha sido por su esfuerzo.

—Por suerte, a mí ya me contrataron para dirigir la revista sin conocerme de nada. No me tuvo que contratar ningún familiar o amigo. —Omitió que su amiga había estado por medio. Eso a nadie le importaba—. Ninguno de los empleados parece estar molesto. Al contrario, están mucho más contentos. —Emma pensó que aquel era su momento—. Giselle, sé que en el fondo me envidias, porque tengo lo que tú no puedes tener. Y también en el fondo me compadezco de ti, porque jugar sucio conmigo no funciona.

—No sé a qué te refieres. ¿Qué voy a envidiar de ti? Tú no tienes nada y yo tengo todo lo que quiero.

—No hablo de nada que se compre con dinero y lo sabes muy bien.

En ese momento, pensó en tirarle su tanga a la cara y dejarla mal delante de todos, como estaba intentando hacer ella, pero entonces se dio cuenta de que lo único que demostraría era estar a su altura y quizá ella no hubiera nadado en la abundancia de pequeña, pero su madre la había educado muy bien, así que se contuvo. Prosiguió.

—Solamente te diré que la educación es algo que se aprende y tú no la tienes. Y el amor es algo que se gana sin mentiras. Quizá seas buena abogada, pero tus estratagemas conmigo no funcionan, porque cuando hay amor de verdad, también hay confianza, y es lo que tú no entiendes.

El padre de Giselle miró a Emma y a su hija. No entendía nada, pero veía a Giselle muy enfadada.

—Evan, creo que no es lugar para esto. No entiendo nada —comentó el padre de Giselle.

—Tiene razón, señor Suárez, pero yo quiero escuchar la explicación y, aunque estoy sorprendido porque no es lo que esperaba de cómo explicarle a los abogados en qué consiste el éxito, creo que la representación resultará muy gratificante para todos. Así pueden ver cómo un acusado miente para salir airoso.

El padre de Giselle no daba crédito a lo que veía. Hacía poco que trabajaba con el padre de Evan y él también quería que su hija y él tuvieran un futuro en pareja, pero en ese momento dejó de parecerle tan buena idea. No sabía que habría hecho su hija,

pero la conocía bien y sabía que era capaz de cualquier cosa por conseguir lo que se le antojara.

A Giselle, en ese momento, le daba igual dónde estuvieran. Solo quería que Emma se enfadara, y le dio a entender que ella no había hecho nada de lo que se tuviera que retractar. El padre de Giselle estaba avergonzado. No creía que su hija hubiera podido hacer algo que les hubiera molestado tanto, y le pidió explicaciones.

—Papá, verás, no sé por qué ella me acusa. Yo no he hecho nada.

Giselle no sabía qué decir. En otro momento, habría mentido, pero delante de su padre no podía. Todos la miraban y murmuraban. Conocían a Evan desde hacía mucho y algunos a ella también, y sabían hasta dónde podía llegar si se proponía algo. Así que no le vendría mal una lección de humildad. Y todos disfrutaron mucho.

—Yo se lo explicaré. —Emma se cansó de verla mentir y, aunque había decidido dejarlo pasar, no pudo—. Su hija, que parece una santa, ha aprovechado mi viaje a Nueva York para meterse en mi casa, con el pretexto de ponerse al día para un juicio, y ha querido que Evan se acueste con ella. Como no lo ha conseguido, ha dejado este regalo para mí. —Y sacó de su bolso el bikini de Giselle—. Pretende que lo abandone. Pero, ¿sabes una cosa? —dijo mirando a Giselle—. Quizá yo no tenga dinero, pero tengo algo que se llama inteligencia. Tu juego ya me lo conozco y no te saldrá bien.

—Tú no tienes nada. No es tu casa, es la de Evan. Y Evan era mío antes que tuyo. Él se merece alguien de su misma clase social, alguien con quien tenga un futuro. Contigo no tendrá nada porque tú no eres nada. No eres buena para él.

Giselle estaba roja de furia y ya no le importó quién había en la sala. Estaba dispuesta a echarla del lado de Evan y no permitiría que la dejara en ridículo delante de todos.

—¿Y tú sí? ¿Tú, que lo engañaste millones de veces? Mira, lo que es bueno o no para Evan, lo tiene que decidir él. La casa también es mía, por el momento, porque vivo en ella. Aunque no sea propietaria, la puedo considerar mi casa, y créeme que me basto y me sobro sola para ganar dinero. Yo no dependo de mi papá. Lo siento, señor Suárez, pero es la pura verdad. Quizá, en vez de darle a su hija todo lo que le ha pedido, le tendría que haber enseñado que las personas no pertenecen a nadie y que el dinero no lo es todo en la vida.

—Perdone, pero no le permito que hable así de mi hija. ¡Evan, haz algo! ¿Esta es la chica que quieres para ti? De verdad, no tiene educación alguna.

Sus compañeros cada vez alucinaban más. No entendían cómo, después de lo que habían oído, aquel hombre se ponía del lado de su hija.

—Señor Suárez, creo que está demostrando mucha educación. En otras circunstancias, quizá habría sido peor. Y sí, es la chica que quiero. Si usted tiene algún problema con eso, quizá tendríamos que discutirlo, pero creo que, aunque no era el momento ni el lugar de decirle a Giselle esto, ha hecho bien en decírselo. Su hija no puede hacer lo que hace.

—Evan, por favor, solo quiere lo mejor para ti. Si ha hecho lo que ha hecho, y no es que apoye esa actitud, es porque está enamorada.

El padre de Giselle solo quería disculpar su actitud y no sabía cómo.

—Mire, su hija no ha estado enamorada jamás. Lo único que busca es tener a alguien que la mantenga, que le dé todos los caprichos que quiera para luego ella divertirse con quien quiera. Eso lo pude comprobar durante unos años y ahora tengo lo que siempre he buscado, por lo que no me importa si su poder adquisitivo es tan grande como el mío, no me importa si conduce un Lexus o un Seat, me importa que, cuando llegue a casa, esté ahí y que sienta lo mismo que siento yo. Además, no creo que tenga que discutir esto con usted. Y ahora, si me lo permite, terminaremos con el desayuno. Creo que todos han podido comprobar de dónde proviene el éxito, y es que el éxito es para las personas que lo merecen.

El padre de Giselle se marchó a su despacho. Estaba muy enfadado con los dos. Con Giselle, por haber hecho aquello, y con Evan, porque prefería a una *Doña Nadie* que a su hija, aunque tenía que reconocer que aquella jovencita tenía sus motivos para ponerse así.

Evan se disculpó con todos los empleados y les pidió que olvidaran el incidente y que volvieran a sus trabajos. Por la tarde, les informaría de los cambios, cuando hablara con su padre. Él se dirigió a su despacho con Emma, mientras Giselle se quedaba sola. En el despacho, nadie la soportaba. Era una mala persona con muchos de los que ahí trabajaban. Se creía alguien por ser la hija del amigo del padre de Evan.

Cuando Evan y Emma entraron en el despacho, Evan cerró la puerta y miró a Emma. No sabía si debía reírse o si debía arrancarle la ropa y hacerla suya allí mismo.

—Cariño, cómo te las gastas. No esperaba que hicieras algo así. No sé si estoy feliz o cachondo.

—Lo siento, pero es que ella saca lo peor de mí. Mira que lo iba a dejar pasar, pero al final no he podido.

—Bueno, a ver si deja de meterse entre nosotros. Por cierto, quería comentarte el porqué de estos cambios, pero no he tenido tiempo.

—Ya me lo he imaginado. ¿Qué ha pasado con tu padre?

—El día que discutimos por culpa de Giselle no pude dormir, así que, al día

siguiente, le dije a mi padre que presentaría el caso yo solo, que Giselle no participaría. Él me dijo que ni en broma, que era un caso importante. Lo importante del caso era ganarlo en tan poco tiempo, y él quería que estuviera con ella. Discutí con Giselle en mi despacho y le dije que terminaríamos el caso y que me iría a buscarte. Ella se enfadó mucho. Le pedí que se mantuviera alejada de mí, de nosotros... Me dijo que eso no podría hacerlo porque trabajábamos juntos, que lo aceptara... Así que le dije a mi padre que me iba del despacho.

—¿Qué? —Emma no podía creer lo que oía.

—Cariño, para mí lo más importante eres tú. Creí que podía perderte y eso no es lo que quiero. Sé que puedo abrir mi propio despacho y que muchos de los mejores abogados que hay aquí me seguirían con los ojos cerrados. Es por eso por lo que he decidido hacer estos grupos. Mi padre no quiere que me vaya, pues sabe que se arruinará. Él quiere hacer socio al padre de Giselle en un tiempo, porque es su amigo y piensa que haciéndolo socio todo nos irá bien. Él creía que yo saldría con Giselle y las cosas serían distintas... No contaba con que yo no querría.

—No lo entiendo, Evan. No sé qué pretendes, ni a qué ha venido lo de las claves del éxito...

—Estoy pensando en dejar el despacho, de verdad, y es por esto que quiero que me ayudes. Tú has dado un vuelco de ciento ochenta grados a la revista y ahora va mejor que nunca. Quiero que me ayudes a formar abogados, porque, cuando yo me vaya, no quiero que mi padre tenga que cerrar. Está claro que quien quiera venir conmigo, vendrá, pero quiero que los que se queden sean buenos. Sé que tú no has estudiado Derecho, pero te manejas muy bien y sé que eres capaz de aportar mucho. Dime que me ayudarás.

—¿Quieres que les dé clases de cómo tener éxito? No entiendo muy bien lo que me pides.

—No, cariño. Quiero que me ayudes a decidir quiénes estarán al mando de todos los grupos, basándote en tu instinto, como hiciste en la revista, y ver dónde encajan mejor. También quiero proponerte otra cosa, y es que quiero cederte mi parte de la revista. Yo no tengo ni idea de periodismo. Invertí porque Pierre solo no podía, pero no veo justo obtener beneficios si no estoy en ella. Es por eso que quiero que te quedes tú con mi mitad de la revista.

Emma se quedó en *shock*. ¿Había oído bien? Le estaba regalando la revista. Aquello no lo podría haber imaginado ni en los mejores sueños. Aquello significaba que su mundo cambiaría. Sabía bien cuánto facturaban y el dinero que ganaba Evan, y, aunque ella cobraba un muy buen sueldo, nunca pensó que podría tener todo aquel

dineral.

—Evan, estás loco. ¡¿Cómo voy a ganar todo ese dinero?! Aceptaré solo si me dejas que te compre tu parte de la empresa. No quiero que me la des como si no te hubiera costado nada.

—Cariño, ¿ves?, es por esto por lo que te quiero. Lo he hablado con Pierre y está de acuerdo en que te quedes con mi parte. Le parece una excelente idea. En cuanto a lo de comprármela, te dejo que me la pagues de otras formas. Mi felicidad no tiene precio y tú me la das constantemente, me la has devuelto, y no tendré millones suficientes para pagártelo nunca, así que, créeme, estamos en paz.

En ese momento, Evan, que tenía su cara pegada a la de Emma, le besó, lenta y pausadamente. Quería disfrutar de aquel momento. Sabía que a ella le estaba costando asimilar todo, pero en el fondo lo haría y le ayudaría en todo lo que pudiera, porque se amaban de verdad y él uno haría lo que fuera por el otro.

CAPÍTULO 13

Con todo lo que Evan le había dicho, Emma tenía mil cosas en las que pensar. Acordaron que evaluarían a todos los empleados y que decidirían quiénes formarían los equipos de trabajo. Evan había decidido dar una oportunidad a su padre, pero sería la última.

Después de la discusión que tuvieron por culpa de Giselle, Evan le dijo que, si volvía a meterse en su vida, dejaría el despacho y se iría, y su padre sabía que hablaba en serio y que no se lo podía permitir. Sabía que, si él lo dejaba, muchos de los mejores abogados que tenía se irían detrás de él, porque su padre se llevaba mal con casi todos. Era un ser bastante arrogante y nada agradecido, que exigía más y más. La gente estaba cansada, pero Evan siempre había valorado el buen trabajo, a pesar de tener su época mala. Así que aceptó que Emma tomara parte en los cambios que su hijo quería implantar y decidió ignorarla completamente, aunque en el fondo lo que quería era que discutieran y así Giselle tuviera vía libre con su hijo.

Poco a poco, se fue dando cuenta de que Emma era una gran profesional. En ocasiones, por las tardes, iba al despacho a hacer las evaluaciones de los empleados y llevaba trabajo de la revista, se quedaba con Evan hasta que este terminaba y se iban juntos a casa. Nunca la veía parada. Cuando no hacía cosas de la revista, o estaba al teléfono con redactores y fotógrafos, ayudaba a Evan con detalles que se les pasaban por alto en algunos casos. Eso le dio que pensar. Quizá aquella chica no había nacido rodeada de lujos, pero sabía manejarse bien en los negocios y aquel era un don con el que pocas personas nacen. Era admirable la manera que tenía de cambiar de un tema a otro sin preocuparse por nada, y la facilidad que tenía para solucionar problemas.

Giselle, al verla en el despacho más a menudo, se moría de la rabia. Después del numerito de hacía unos días, pasó a ser la comidilla entre los compañeros y, en lugar de envidiarla, más bien sentían compasión por ella. No era una abogada que sobresaliera entre los demás, pero sabía engañar como nadie.

Emma era mucho más lista que ella y contra ella no podía, pero no estaba dispuesta a tirar la toalla. Solo tenía que esperar una buena oportunidad.

Los cambios comenzaron a llevarse a cabo en el despacho y todo funcionaba mucho mejor. Empezaron a tener todavía más clientes y a ganar más dinero. El padre de Evan estaba muy contento, y un día que Emma estaba en el despacho de Evan, mientras él terminaba de redactar unas notas con otro de sus abogados en la sala de juntas, el padre de Evan fue a hablar con ella. Sabía que debía disculparse. En el tiempo que Emma había estado en el despacho, todo había cambiado a mejor y pensó que su hijo tenía razón, así que decidió aceptarla y olvidarse de Giselle. En ese momento, se dio cuenta que aquella chica era mejor que Giselle en todos los aspectos y, aunque no hubiera nacido en una familia adinerada, aportaría muchos beneficios a su familia, además de ser cariñosa.

—¿Puedo pasar? —preguntó algo nervioso. No se le daba muy bien pedir disculpas.

—Claro, señor Manzano, pero Evan no está aquí. Está en la sala de juntas. Creo que ha ido a firmar unos documentos.

—Lo sé. Perdona, Emma, pero quería hablar contigo. —Emma se sorprendió, porque hasta el momento había sido invisible para él y nunca se había dirigido a ella por su nombre—. Primero de todo, quiero agradecerte el trabajo que has hecho por aquí. Parece que, desde que Evan cuenta con tu ayuda, las cosas nos van mejor. La verdad es que veo cómo trabajas duro para la revista y no sé de dónde sacas el tiempo, chiquilla. —Hizo una breve pausa—. Bueno, lo que realmente quería decirte, y discúlpame porque no se me da muy bien, es que siento cómo te he tratado. Te juzgué mal. Pensé que ibas detrás del dinero de mi hijo y... Bueno, veo que no es así. Yo nunca he sido un romántico, pero veo que los dos sois felices juntos. Y cuando alguien es feliz, trabaja mejor.

—Gracias, señor Manzano. Es todo un cumplido viniendo de usted. Ya le dije cuando nos conocimos que nunca me han regalado nada, y que he llegado donde estoy con esfuerzo y trabajo. No le negaré que estar con su hijo me ha abierto muchas puertas, pero también le diré que esas puertas también se me habrían abierto a mí sola, aunque habría tardado más tiempo.

—Después de ver cómo trabajas, no lo dudo. También querría disculparme por lo de Giselle. Quiero que sepas que yo no sabía que anteriormente había sido novia de

mi hijo y que yo nunca le dije a ella que hiciera lo que hizo. Yo, simplemente, quería una unión entre nuestras familias, porque nos conocemos desde siempre y pensé que sería beneficioso. Pero tras varias conversaciones con Evan y con mi mujer y, sobre todo, después de conocerte un poco más, creo que contigo podrá ser mucho mejor y más feliz.

—Gracias, señor Manzano. Para mí es importante que lo vea así. Por el bien de Evan, no quiero que discuta con usted. La familia es importante y tiene que estar unida.

Emma lo dijo con un poco de tristeza. Tenía a su familia lejos y desde que llegó a la isla no había tenido tiempo de verlos. Estaba muy ocupada con su trabajo, aunque, siempre que podía, los llamaba.

—Bueno, yo no soy muy cariñoso, como has podido comprobar. Nunca lo he sido, pero quizá tengas razón.

—Le puedo asegurar que sí. La vida se vive mucho mejor cuando amas a quien tienes a tu lado y, en su caso, déjeme decirle que tiene una gran mujer, que se merece que la quieran, porque en los tiempos que vivimos, si uno no aprecia lo que tiene, puede perderlo.

—Nunca lo había visto así, pero quizá tengas razón. He dedicado casi toda mi vida a crear este despacho, a tener éxito. Cuanto mejor me iba, más dinero ganaba, a más fiestas asistía, y es cierto que descuidé muchas cosas. Supongo que lo dices porque Evan te ha contado muchas cosas. Siempre me han importado mucho los negocios. Incluso cuando conocí a Julieta, nunca quise que en mi casa faltara de nada y que siempre tuvieran lo mejor. Por eso siempre he trabajado tanto y no me volqué en ellos.

—Pero, señor Manzano, quizá habrían preferido su compañía antes que cualquier cosa material. ¿No lo ha pensado?

El padre de Evan se quedó pensando y lo cierto era que ella tenía mucha razón. Se había perdido tantas cosas de su mujer, de sus hijos... Mientras tuvo éxito, nunca le importó, pero ahora tenía cincuenta y seis años y, cuando llegaba a casa, su esposa no se alegraba de verlo, más bien lo miraba con tristeza. Sus hijos siempre discutían con él por su egoísmo. Y en ese momento lo supo; tenía que cambiar. Si había podido dar el paso como para pedirle perdón a Emma, también podía pedírselo a su familia, pero no sabía cómo, aunque intuyó que aquella jovencita sabría y decidió pedirle ayuda.

—Qué tonto he sido... Y, por favor, llámame Pedro. Tienes toda la razón. No he sabido cuidar a mi familia. Mis hijos han hecho su vida, mi mujer se ha acostumbrado a vivir sin mí y me he perdido tantas cosas... Pero ahora ya no sé qué hacer para

cambiar la situación.

De repente y sin saber por qué, sus ojos comenzaron a inundarse de lágrimas. Aquel hombre que era puro hierro por fin había demostrado que tenía sentimientos. En ese momento, Emma supo que lo ayudaría en lo que fuera. Si le había pedido perdón, merecía una oportunidad.

—Está bien, Pedro, te ayudaré. Creo que tengo una idea que puede funcionar, y, aunque solo sea el principio, creo que a partir de ahora todo saldrá bien.

—Si es la mitad de buena que las que has utilizado para levantar la revista o el despacho, estaré encantado de seguirte donde sea.

Ambos quedaron bastante complacidos. Cuando él se fue a marchar, ella le dio un beso en la mejilla y le dijo que no se preocupara. Él, sin saber por qué, se alegró, y un sentimiento cálido le invadió el corazón. Ella, poco a poco, estaba haciéndose un huequecito y en ese momento supo que no dejaría que se marchara del lado de su hijo y que la querría como a una hija.

Cuando Evan llegó a su despacho, ella estaba retocando uno de los reportajes que le había enviado Pierre y estaba cantando, muy contenta. Evan se extrañó, ya que había tenido un día bastante caótico y no había llegado muy feliz.

—¿Me he perdido algo? ¿Por qué estás tan contenta?

—Creo que tu padre y yo hemos enterrado el hacha de guerra y creo que hasta me ha cogido un poco de cariño y todo.

—¿En serio? —se sorprendió—. Sé que valora positivamente todo lo que me has ayudado a conseguir, porque se refleja en números, pero no te engañes; mi padre solo está contento porque ganamos más dinero y eso significa más para él.

—Evan, no seas así. Quizá tu padre pueda cambiar, quizá nunca se ha dado cuenta de lo que tenía... hasta ahora.

—Siempre lo ha tenido todo y nunca ha valorado nada. ¿Sabes que nunca ha estado en los momentos importantes de ninguno de mis hermanos? Siempre la que estaba era mi madre, sola.

—Lo sé porque él me lo ha dicho, y se arrepiente.

Evan no supo qué decir. No se creía que su padre se hubiera sincerado con ella, con la chica que no le gustaba para él, a la que había estado criticando siempre porque, según él, no era nadie. No sabía si Emma tendría razón, y en el fondo deseaba que la tuviera, porque, aunque siempre había sido afortunado por ser hijo suyo, nunca se sintió como tal. Nunca sintió el amor que tiene que dar un padre y, aunque tuviera treinta años, había veces en las que quería sentir ese afecto, esa complicidad de padre e hijo, hacer cosas juntos. Pero estaba seguro de que Emma jamás le

mentiría, y menos en algo así.

—Bueno, tiempo al tiempo.

Fue lo único que le pudo decir. Y le dio un beso en la punta de la nariz. Cuando Emma terminó de corregir los textos del reportaje, se fueron a casa a descansar.

De camino, Evan le comentó que el fin de semana era el cumpleaños de su padre y que seguramente daría una fiesta en su casa, así que ella pensó que era el momento perfecto e ideó algunas cosas que tendría que hablar con Pedro.

Al día siguiente, llamó al despacho para hablar con el padre de Evan.

—Buenos días, señor Manzano. Soy Emma. Quería hablar con usted acerca de su fiesta de cumpleaños. Si aún sigue queriendo hacer algo por su familia, creo que es el momento perfecto.

—Buenos días, Emma. Y, por favor, ayer te dije que me llamaras Pedro. Sí, claro que quiero. Desde que hablé contigo ayer y me hiciste ver la vida con otros ojos, no he parado de pensar en cómo arreglarlo todo. Sí, yo también creo que es la oportunidad perfecta.

Al padre de Evan se le iluminó la cara.

—Está bien. ¿Cuánta gente asistirá a la fiesta?

—Bueno, amigos y familia. Seremos unas cincuenta personas, más o menos.

—¿Vas a contratar música?

—Sí. Pondremos una tarima en el jardín. ¿En qué estás pensando, Emma?

—Verás, se te da bien hacer alegatos en los juicios y creo que es el momento de hacer uno a tu familia. Es mejor decirles delante de todos lo que sientes. Si haces eso, creo que podrás recuperarlos. No creo que piensen que les mientes delante de todos y, ya que no eres una persona que suela demostrar afecto delante de nadie, creo que eso les sorprenderá muchísimo, aunque también creo que tienes que intentar sacar más tiempo libre, sobre todo para estar con Juliett. Puedes preparar una escapada romántica para los dos y así recuperar el tiempo perdido.

—Sí. Déjame organizarme y te llamo y te cuento lo que he pensado. Gracias por los consejos y por pensar en mí.

—No tienes por qué darlas. Yo solo quiero lo mejor para todos.

—Emma, me estoy dando cuenta de lo afortunado que es mi hijo al tenerte a su lado. Si necesitas lo que sea, no dudes en llamarme. De ahora en adelante, mi puerta siempre estará abierta para ti, estés con mi hijo o no.

—Espero estar toda la vida con su hijo, pero, en caso contrario, lo tendré en cuenta. Que pases un buen día.

—Igualmente, Emma.

Emma se sentía feliz. Por fin había enterrado el hacha de guerra con el padre de Evan y estaba prosperando mucho en su relación con él. Ya no se sentía intimidada. Al contrario, se sentía acogida y querida.

Por un momento, pensó en su familia. Quizá había llegado el momento de presentarles a Evan. Sabía que ellos se llevarían bien con él en cuanto vieran cómo la trataba. No les había dicho que provenía de buena familia, ni les había explicado nada de la revista, solo que trabajaba mucho, aunque sabía que, en un momento dado, tendría que sincerarse con su madre, porque si iba a Barcelona con Evan se darían cuenta de que no era como los demás chicos y no quería que se llevaran una impresión equivocada de él. Así que decidió llamar a su madre y ponerla al día de su vida, ya que en los últimos meses no habían hablado mucho. Cuando su madre la llamaba, ella siempre estaba muy ocupada. Y cuando ella tenía tiempo, ya era tarde. Así que no llamaba a su madre por no molestarla. En ese momento, eran las doce del mediodía y pensó que sería buena hora para hablar con ella.

—¿Sí? ¿Quién es? —contestó, Rocío, la madre de Emma, que no conocía el teléfono desde donde la llamaban.

—Mamá, soy yo, Emma. ¿Qué tal estás?

Emma estaba algo nerviosa, porque no sabía por dónde empezar.

—Emma, hija, ¿qué tal estás? ¿Te ha pasado algo? Hace mucho que no hablamos. Cuando te llamo, siempre estás muy ocupada y no me devuelves las llamadas. Ya me estaba comenzando a preocupar, aunque tus hermanos me han dicho que no me preocupe, que estás bien. Ellos hablan contigo por el internet ese.

Su madre era mayor y no entendía las nuevas tecnologías.

—Sí, mamá, con ellos hablo a veces. Quería pedirte perdón por no atender tus llamadas, pero es que, desde que llegue aquí, la vida me ha cambiado por completo. Verás, he conocido a alguien y quería hablarte de él.

—Qué bien, mi niña. ¿Ese chico es el motivo de que no llames? Bueno, entonces te perdono. Eres joven y tienes que divertirte. Te mereces ser feliz, no como con el tonto de Sergio, que no te supo valorar. Este, al menos, te tratará bien y te cuidará, ¿no?

A veces, su madre era muy burra.

—Sí, mamá. Tranquila, que me cuida muy pero que muy bien. Se llama Evan, y cuando empecé a trabajar en la revista era el director.

—¿Cómo? ¡Ay, nena! ¿Te has liado con tu jefe? ¡Válgame el Señor! Si no os sale bien, te quedarás sin trabajo...

Su madre comenzó a preocuparse.

—Tranquila, mamá. Él ya no trabaja en la revista. Ahora la dirijo yo, con otro socio.

—¿Cómo? ¿Te han hecho jefa? ¡Ay, mi niña, qué alegría me das! Y, ¿cómo es que se fue ese jefe tuyo?

—Él es abogado y ya no tiene tiempo. Además, tenía la revista porque era un buen negocio e invirtió con un amigo, pero ahora quiere hacer otras cosas y dedicarse a su carrera. Es un abogado de primera, mamá. Estoy segura de que te caerá genial, pero, cuando lo conozcáis, necesito que lo tratéis como me tratáis a mí. Es muy especial para mí y, aunque ha vivido una vida diferente a la mía, quiero enseñarle dónde he vivido y quiénes sois vosotros. Y que todos os llevéis bien.

—Claro, hija. ¿Por quiénes nos has tomado? ¡Ni que fuéramos una panda de salvajes! Pero, mujer, si es un hombre importante, tendremos que tratarlo como tal. ¿Cuándo vendréis, hija?

—Mamá, precisamente por eso lo digo. No quiero que lo veáis como mi jefe o como un hombre importante. Quiero que lo veáis como mi novio, que es lo que es; un chico divertido con el que poder compartir muchas cosas, y que lo tratéis como tratáis a cualquiera. No quiero que pongas una alfombra roja cuando llegemos. Quiero que seas tú misma.

—Ya, hija, te entiendo. Pero sabes que tampoco tengo mucho que ofreceros...

—Con lo que tengas, nos bastará.

—¿Cuándo vendréis?

—Si todo va bien, en un par de semanas. Este fin de semana es el cumpleaños del padre de Evan y no podemos faltar, pero la semana siguiente no tenemos planes.

—Estupendo, hija. Pues aquí os esperaré. Pasadlo bien en el cumpleaños y dale un beso a ese niño que te hace tan feliz. Me alegro de que estés tan bien.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Y yo, hija. Muchísimo. Estoy muy orgullosa de ti.

Emma colgó la llamada y se sintió un poco triste. Pensó en su familia y en cómo le había cambiado la vida. Mientras hablaba con su madre, supo que tendría que hacer algo por ella. Quería darle una gran sorpresa.

Su madre siempre se había desvivido por sus hijos. Hizo muchos sacrificios por Emma, pero enviudo joven y no pudo darle todo lo que merecía. Por eso, ella había empezado a trabajar desde muy joven para poder pagarse los estudios. Su madre no tenía dinero y no la podía ayudar, pero ahorró toda la vida para la boda de su hija, una boda que finalmente no se pudo celebrar. Su madre le había comprado el vestido, un vestido que le costó cuatro mil euros. Emma jamás lo habría comprado, pero su madre, aun así, se lo regaló, aunque se quedara sin dinero. Era lo único que le podía dar a su hija y, cuando se lo probó, supo que aquel era su vestido y no admitió

discusión. Ella siempre le decía a Emma que una boda era única en la vida y que, ya que no le había podido dar lo mejor en la infancia, lo haría en su boda.

Ella siempre se sintió culpable por el hecho de que todo le saliera mal y porque su madre hubiera gastado todos sus ahorros en esa boda, así que pensaba devolvérselo con creces. Desde que estaba en la isla, había ahorrado todo lo que ganaba, quitando el alquiler que pagaba a Pierre y lo poco que gastaba en ella misma, así que pensó en comprarle a su madre una casa; una casa en la que estuviera bien, ya que vivía en un piso ubicado en la zona del Eixample. Era un cuarto sin ascensor, y la mujer, que ya tenía sesenta años, no estaba para subir y bajar escaleras. Decidió que lo hablaría con Evan para que le asesorara, ya que él tenía varias viviendas y sabría cómo podría comprarla, o quizá tuviera algún amigo asesor inmobiliario que la pudiera aconsejar.

Cuando por la noche llegó a casa, Evan ya tenía la cena preparada. Había salido pronto del despacho y quiso sorprender a Emma. No sabía por qué, pero había notado un cambio en su padre y creía que ella tenía algo que ver. Desde que hablaron la tarde anterior, su padre estaba más feliz y más amable, algo muy raro en él, y quiso agradecerse preparando una cena romántica, aunque fuera en casa. Quería demostrarle sus habilidades culinarias, ya que nunca tenía tiempo de hacerlo.

—Has llegado pronto hoy. Huele de maravilla. ¿Qué estás haciendo?

—He decidido prepararte la cena. De primero, un cóctel de gambas, y de segundo, entrecot de ternera con salsa de boletus.

—¡Qué bien suena! Y, ¿a qué se debe ese honor?

—Bueno, te resultará extraño, pero, desde que mi padre habló ayer contigo, está... No sé... Diferente. Más amable.

—Sí, lo sé. Hoy he vuelto a hablar con él. Quiere que le ayude a organizar su fiesta de cumpleaños.

—¿En serio? Pues es muy buena idea. Aunque, después de cómo te ha tratado, no sé cómo tú quieres ayudarle.

—Evan, se disculpó conmigo. A veces, las personas se merecen una segunda oportunidad en la vida. ¿No crees?

—Bueno, sí, supongo. ¿Qué tal tu día?

—Bien. He estado hablando con mi madre. Ya sabes que nunca tengo tiempo y, después de lo que hablé ayer con tu padre, me sentía mal. Así que la he llamado y hemos estado hablando de todo lo que me ha pasado desde que estoy aquí.

—¿Le has hablado de mí?

—Claro, y quería hablar contigo para comentarte un par de cosas.

—Pues tú dirás, princesa. Soy todo oídos.

Le guiñó un ojo y siguió vigilando la cena, que todavía no estaba terminada.

—Verás, yo conozco a tus padres y conoceré al resto de la familia el sábado, así que veo justo que tú conozcas a la mía. He pensado que podríamos ir a Barcelona el próximo fin de semana, si no estás muy ocupado.

—Me parece una buena idea. Así puedo agradecerle a tu madre que te trajera al mundo para cambiarme la vida.

—A ella le ha parecido buena idea que vayamos. Quiere conocerte. También quería pedirte otra cosa. Verás, mi madre vive en la zona céntrica de Barcelona, pero es un piso antiguo y ella está mayor. He pensado en comprarle otro que esté mejor acondicionado. Desde que llegué aquí, he ahorrado mucho y creo que puedo pagarlo sin problemas, aunque me lleve un tiempo. Me gustaría poder hacer algo por ella. Cobra una pensión pequeña y no tiene mucho dinero para arreglarse el piso. Además, vive en un cuarto sin ascensor. Quiero mirarle una planta baja o un piso con ascensor. He pensado que, como tú tienes varios pisos, me puedes aconsejar sobre hipotecas y todo eso.

—¿Hipotecas? Emma, yo nunca he pedido ninguna, pero me parece muy bien que quieras comprarle a tu madre un piso, aunque podríamos comprar una casa para nosotros y que ella viva ahí. Así, tú tendrás una casa en la que estar en Barcelona, si algún día no quieres seguir viviendo aquí. Yo puedo trabajar en cualquier despacho. Conozco muchos por ahí.

—¿Me estás diciendo que dejarías todo lo que tienes aquí por mí si yo me quisiera marchar? ¡Estás loco! Aquí estoy muy bien y no creo que me quiera marchar nunca. Además, lo que compre, lo quiero comprar yo, Evan. Ya me has dado bastante con la revista. No necesito que participes en la compra de esa vivienda. Solo quiero saber si podemos mirar pisos desde aquí, sin tener que viajar a menudo a verlos. Además, me gustaría comprarla pronto, para poder darle una sorpresa cuando vayamos.

—Cariño, sé que te hace ilusión, pero dos semanas es muy poco tiempo para comprar una casa.

—Una casa, sí. Pero mi madre no necesita una casa. Se conformará con cualquier piso que sea mejor que el suyo.

—Pues yo tengo una idea mejor. Compramos una casa, la invitamos nosotros a ella y a tu familia y luego que se quede a vivir ahí. ¿No crees que sería mejor? Emma, podemos ponerle personal de servicio y que tu madre apenas tenga que hacer nada. Yo me encargaría de todo y ella viviría como una reina. Y así, podemos viajar a menudo y estar con ella.

—No quiero que inviertas más dinero. Quiero pagarla yo. ¿Es que no lo entiendes?

Emma comenzó a sentirse abrumada. No estaba acostumbrada a poder tener todo lo que se le pasaba por la cabeza. Ella había querido un piso y, de ahí, ya estaban hablando de comprar una casa. No quería ceder ante algo así, pero la idea no le disgustaba, porque, por otro lado, podría ir siempre que quisiera, y en Barcelona tenía muchos amigos.

—Accederé a comprar una casa contigo con una condición.

—Dime cuál es. Aceptaré lo que quieras mientras aceptes que compremos juntos esa casa.

—Pienso pagar mi parte y un poco más, ya que mi madre vivirá ahí.

—Acepto. Podríamos empezar a buscar esta misma noche. Las miramos por internet y, si quieres, podemos comprar una casa con terreno y hacer dos; una para tu madre y otra para nosotros. Así tendremos intimidad cuando estemos ahí y ella quizá no se sienta rara.

—¿Podemos hacer eso? Bueno, quiero decir lo de dos casas en una. No sé cómo es.

—Sí, claro. Mis padres tienen algo así. Ya te lo enseñaré el sábado. Cuando estuvimos en su casa, en la fiesta que celebró mi padre la otra vez, la verdad es que no estuvimos mucho por conocer la casa. Es una casita pequeña que tienen junto a la piscina. Allí me trasladé yo cuando quise ser un poco más independiente. Es pequeña, de apenas cuarenta metros. Tiene un salón pequeño, una cocina, una habitación y un baño.

—Me encantaría verla, pero no sé si mi madre se sentiría cómoda en algo así. Lo veo pequeño.

—Amor, tu madre estaría en la casa grande. Los que estaríamos en la pequeña seríamos nosotros, cuando quisiéramos intimidad.

—Bueno, no sé, podemos mirar casas y ya decidiremos. Si vamos en dos semanas, me gustaría poder tener un sitio mejor para ella.

—Pues podemos coger una de alquiler mientras vemos la que nos guste. Cariño, si piensas comprarla, no hay que precipitarse. El mercado inmobiliario es muy variable. Es mejor comprar lo que realmente te guste y sin prisas.

—Vale, te haré caso porque, obviamente, tú entiendes más. Ahora, vamos a cenar, que al final se te va a quemar la comida.

Ambos se sentaron a la mesa de la cocina y degustaron la cena. Estuvieron hablando de su día en el trabajo.

Cuando terminaron el postre, Evan puso música, un cd de Ed Sheeran, que siempre les hacía recordar su primer baile y su primer beso. Mientras bailaban en el salón, él la miró a los ojos y le dijo que nunca jamás querría a nadie tanto como la quería a

ella, que deseaba tenerla junto a él para siempre, y Emma no pudo hacer otra cosa más que besarle con pasión. Ella sentía lo mismo; un loco amor que la habría llevado a escalar la montaña más alta si él se lo hubiera pedido. Se sentía querida, amada y protegida en todo momento, y nada más le importó en ese instante.

CAPÍTULO 14

Llegó el sábado y Emma estaba muy nerviosa. Sabía que Pedro haría una declaración de amor a su familia y esperaba que realmente le fuera bien y que, desde ese momento, todo cambiara y estuvieran más unidos.

Cuando llegó a casa de los padres de Evan, ayudó a Julieta con los preparativos de la fiesta. Vio a Pedro de reojo y le sonrió para darle fuerzas.

Fueron llegando los invitados, incluidos Giselle y su padre. Entonces, Pedro se acercó a ella y le dijo que no se preocupara por Giselle. Eso la tranquilizó un poco.

—Giselle va a todos lados con su padre. Tranquila, cielo. Espero que Pedro no haya organizado nada que te pueda ofender, aunque, conociéndolo, no sé yo qué pensar — le dijo Julieta.

—Tranquila, no creo que sea eso. Esta noche puede haber muchas sorpresas. Los cumpleaños siempre vienen cargados de ellas, ¿no?

—Espero que sean sorpresas agradables. No me gustaría tener que enfadarme delante de todos, aunque, si no te respetan, lo tendré que hacer.

—Tranquila, Julieta. Creo que eso ya lo hemos superado. Deja que transcurra la noche y veremos lo que pasa. Tengo la conciencia tranquila y la presencia de Giselle no me molesta en absoluto.

Lo cierto era que sí le molestaba un poco.

—Me alegro de que pienses así. Vamos, que comienza la fiesta.

En ese momento, Pedro subió a la tarima que había preparada para los músicos para agradecer a todos su asistencia. Lo hacía cada año en su fiesta de cumpleaños, pero esta vez era diferente.

—Queridos amigos y querida familia. Hoy, como ya sabéis, estamos aquí porque no puedo parar el tiempo y tengo que cumplir un año más, pero me alegro de que estéis

aquí para celebrarlo conmigo. Eso significa que os importo, aunque sea un poco. La verdad es que toda mi vida he luchado como un jabato para conseguir lo que quería, y hasta hace muy poco no me he dado cuenta de cómo he vivido mi vida y de que estoy aún a tiempo de cambiarla. —La gente empezó a sorprenderse. Era típico que siempre diera un discurso, pero no como ese. Los que lo conocían bien, no sabían lo que pasaba por su cabeza—. Veréis, cuando era pequeño, aprendí de mi padre que la vida eran los negocios y que teniendo dinero se podía tener lo que fuera, que sin dinero no eres nadie, así que luché por tener una carrera, mi propio negocio, por llevarlo adelante sin importarme estar todo el día fuera, porque los negocios y el dinero lo eran todo. Pero hace poco conocí a una chica que me ha cambiado la perspectiva del mundo. —En ese momento, miró a Emma y ella le sonrió—. Me ha enseñado que el dinero no da la felicidad y que la vida es para disfrutarla y vivirla, no para estar siempre trabajando. Aunque me ha costado darme cuenta, a mis cincuenta y siete años lo he hecho. Me he dado cuenta de que he descuidado cosas que son muy importantes, como la familia. Mi esposa, esa bella mujer que conocí aquí, en esta maravillosa isla, en una de sus vacaciones, y que se enamoró de mí aunque trabajara sin descanso. La misma que ha permanecido a mi lado, aunque yo no haya estado al suyo. Es por eso que mi primer brindis es para ti, mi bella Juliett. Te juro, cariño, que a partir de ahora te dedicaré todo el tiempo que te he negado y te daré todo lo que te mereces. —Juliett estaba con lágrimas en los ojos. Levantó su copa, sonrió y le tiró un beso—. Mi segundo brindis es por mis hijos, de los que me he perdido muchas cosas, pero espero no perderme ninguna más. Quiero apoyarlos y darles todo el amor que merecen, porque me he dado cuenta de que, seguramente, hubieran preferido más apoyo y más amor en lugar de tanto dinero. Así que brindo por ellos. —Sus hijos, sorprendidos, levantaron sus copas y asintieron, felices—. Y mi último brindis es por esa estrella que ha llegado mágicamente a mi casa y me ha hecho abrir los ojos, la que ha aguantado mis desprecios y no ha tirado la toalla, la que me ha sabido perdonar y me ha dado la energía y la fuerza, la que me ha enseñado las claves del éxito y a no rendirme. Me ha dado incluso mejores clases que mi propio padre y espero que algún día se convierta en mi nuera. Es la señorita Emma Fernández. Por favor, ¿puedes subir para que todos te conozcan?

Emma, más roja que un tomate, subió a la tarima junto a Pedro. Evan no pudo parar de sonreír ni un segundo. Estaba sorprendido, a la par que aliviado y contento.

—La verdad es que esperaba algo bonito, pero no tanto. Muchas gracias por los cumplidos. Y diré a todos los invitados que no ha sido fácil que este señor tan gruñón me aceptara en la familia, pero también me alegra que a día de hoy haya cambiado de

opinión. Gracias por invitarme a tu fiesta y por seguir mis consejos.

—Gracias a ti por hacerme abrir los ojos. Y ahora, queridos invitados, disfruten de la fantástica fiesta. Gracias por venir.

En ese momento, Pedro besó a Emma en la mejilla y le dio las gracias. Giselle, al ver aquello, ardió de rabia y se marchó a tomar una copa a la barra que habían puesto en el jardín.

—Esta *Doña Nadie* no me va a robar a Evan. No entiendo cómo ha llegado aquí y lo ha revuelto todo. Hace que Evan me ignore y encima se gana a su familia, algo que yo jamás conseguí. Esto es el colmo de los colmos. Estoy muy harta de este juegucito y esta niña tonta lo va a pagar bien caro. A mí nadie me quita lo que es mío — murmuró, hablando sola.

De repente, el padre de Evan se le acercó por detrás.

—Giselle, espero que estés disfrutando de la fiesta. No se te ve muy contenta. Quería pedirte algo, aunque no sé si este será el mejor lugar.

Giselle tuvo la esperanza de que lo hubiera fingido todo para agradar a su familia, ya que, meses atrás, él mismo le había pedido que se acercara a Evan y que echara a Emma de su vida.

—Claro, señor Manzano. Por cierto, muy buena actuación la de antes. Qué bien lo tenía todo preparado. Por un momento, he pensado que era verdad. Aquí estaba, descargando mi ira en la barra del bar.

Él la miró, sorprendido.

—Perdona, Giselle, no sé si te he oído bien. ¿Crees que he fingido? Bueno, no te lo puedo recriminar, ya que hace meses te pedí que rompieras la relación de mi hijo para que saliera contigo y que hicieras lo que fuera para que se enamorara de ti. Claro que no esperaba que llegaras donde has llegado. Pero lo que he dicho ahí arriba, lo he dicho de verdad. Me he dado cuenta de cuánto le he fallado a mi familia y quiero enmendar mis errores. Por eso, lo que te quería pedir es que no sigas insistiendo con mi hijo, porque a la vista está que está muy enamorado y no va a dejar a Emma. Te pediría que no los molestaras.

—¿En serio quieres eso para tu hijo? ¿Una *Doña Nadie* que tiene lo que tiene porque se lo ha sacado a él? Ella sin tu hijo no es nadie.

—Bueno, eso es lo que tú crees. Y te pediría que no la llames *esa* ni *eso*, porque no es un animal. Es una persona que a mi hijo lo único que le ha dado ha sido amor, cosa que tú no le supiste dar.

Pedro comenzó a enfadarse y a alzar la voz. Al verlos discutir, Julieta se acercó.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué habláis a gritos? Os van a oír todos.

Juliett se preocupó. Nunca había visto a su marido tan enfadado con nadie.

—Yo le di muchas cosas a tu hijo, y no te negaré que quizá no supe lo que quería en ese momento. Pero yo siempre he sido alguien, no como ella, que si no llega a ser porque tu hijo le ha regalado su empresa, no tendría ni trabajo.

—Perdona, pero yo la he visto trabajar. Tú, no. Así que no creo que la puedas juzgar. Ella ha trabajado muy duro para estar donde está, sea con la ayuda de mi hijo o sin ella. Tú tienes trabajo gracias a tu padre, pero eso va a cambiar, porque a partir del lunes no trabajarás más en mi despacho. Olvidas que si estáis ahí es porque tu padre se quedó sin trabajo y porque es mi amigo.

Giselle sabía que tenía razón y que su padre se enfadaría con ella por lo que estaba haciendo, pero ya no podía parar.

—No me importa que me despidas, ni tampoco lo que me digas. Quiero lo que es mío y nadie me va a impedir tenerlo.

Juliett, de repente, se puso hecha una furia ante esa amenaza a su hijo y a su novia y no se pudo callar.

—Si te atreves a hacerle algo a mi hijo o a su novia, te arrepentirás. Créeme que no habrá lugar donde te puedas esconder. Acepta que no te quiere y búscate a otra persona que te quiera, aunque, si no cambias, lo tendrás muy difícil.

—Eso ya lo veremos.

Giselle se giró con su copa para seguir bebiendo, pero Pedro la agarró del brazo y la llevó hasta la puerta de salida. Una vez fuera, le dijo que no volviera a su casa nunca más.

La fiesta transcurrió sin más incidentes. Todos se divertían ajenos a lo que había pasado con Giselle. Ni siquiera se dieron cuenta de que no estaba en la fiesta, excepto su padre.

—Pedro, ¿has visto a Giselle? Llevo rato buscándola y no la encuentro.

—Verás, la he tenido que echar de mi casa. Lo siento, pero no voy a permitir que nadie venga aquí a faltarme al respeto a mí o a ninguno de los míos.

—No te entiendo. ¿Qué ha pasado?

—Primero creía que estaba mintiendo a mi familia con mi discurso, cosa que le he pasado por alto, ya que quizá yo le he dado pie a pensarlo con las cosas que le pedí hace meses. Ya sabes, acerca de mi hijo.

—Pero eso ya lo aclaramos en su momento. Además, desde que hizo lo que hizo en su casa, ya le dejé claro que no me gustaba su actitud, que parara, porque no lo estaba haciendo bien. El amor no se puede forzar.

—Ya, pero ella no lo ve igual. Cree que como tiene dinero lo puede tener todo.

Nunca le has negado nada y eso es lo que pasa cuando se lo das todo. Yaiza era igual. Mi hija no le daba valor a nada porque siempre lo había tenido todo, pero Julieta pudo encarrilar. Sin embargo, tu mujer no le hace mucho caso. Siempre está en el *spa* o de compras, y no le enseña nada de la vida, y sé que tú se lo das todo con tal de tenerla feliz. Supongo que eso ha desencadenado esa actitud.

El padre de Giselle no quería creer que aquella de la que hablaba fuera su niña, aquella a la que había mimado demasiado. Por ello, se sintió culpable.

—Tienes razón, pero ya es mayor y no sé qué puedo hacer. Cada día me sorprende más esta actitud. Yo no la he educado así, te lo aseguro.

—Y te creo, pero a veces no les hemos prestado mucha atención a nuestros hijos. Yo, por suerte, puedo decir que Julieta les ha enseñado muy bien. Mira, eres mi amigo y es por eso que os acogí en mi despacho, porque creí que te vendría bien, pero no puedo tenerla a ella. Si quieres irte, lo entenderé, aunque preferiría que te quedaras, pero ella no puede quedarse. Su actitud con mi hijo puede causarnos problemas.

—Lo entiendo. Creo que es hora de que aprenda a cuidar de sí misma y de que yo deje de protegerla tanto. Tiene treinta años y ya no es una niña. Tiene que enfrentarse al mundo real y aprender a conseguir las cosas por ella misma. Gracias por ser así de considerado conmigo, porque otro en tu lugar también me habría despedido a mí.

—Tú eres un buen abogado y no creas problemas. Te llevas bien con la gente del despacho y no faltas el respeto a nadie. Además, eres mi amigo. ¿Por qué tendría que despedirte a ti? No tengo ningún motivo. Sin embargo, Giselle ha faltado al respeto a mucha gente, sobre todo estos días. Desde que se peleó con Emma, delante de todos, ya nada es lo mismo. Además, Evan es el socio mayoritario y nunca le habría dado trabajo. Así que creo que es mejor que ella trabaje en otro lugar.

Los dos amigos continuaron con su conversación durante un rato. Luego, se unieron a la juventud de la fiesta y se divirtieron.

El padre de Giselle pudo comprobar que Emma era una chica muy distinta a su hija, en todos los sentidos. Era divertida y muy inteligente. Sabía llevar los negocios con una pasión infinita y a la vez su vida en pareja. Entendía que Evan estuviera enamorado de ella y no de Giselle, ya que su hija, a diferencia de Emma, era muy superficial. Mientras Emma era humilde, Giselle jamás ayudaría a nadie si no era en beneficio propio. Emma ayudaba a cualquiera que lo necesitara. Era bondadosa, cariñosa, y su hija, sin embargo, no tenía ninguna de esas cualidades. En ese momento, se sintió muy triste, porque aquella niña rubia de rizados largos que le esperaba siempre impaciente por las noches con su camisón rosa de princesas para que le leyera un cuento antes de dormir, tan risueña y tan cariñosa, había

desaparecido. Se había convertido en una mujer fría y calculadora a la que no le importaba nada ni nadie y era capaz de traicionar a su familia por conseguir sus propósitos.

Pensó en su vida y en cómo habían llegado a esa situación, en cómo había cambiado tanto, y supo que la culpa era de su exmujer. Cuando Giselle era pequeña, vivía rodeada de amor y por eso era una niña feliz y cariñosa. Pero, con los años, su madre empezó a beber. Decía que la soledad de estar todo el día esperando a que su marido llegara del trabajo la deprimía. También muchas veces se iba de compras, porque decía que, cuanto más gastaba, mejor se sentía.

El padre de Giselle trabajaba mucho para que nunca les faltara de nada, pero su matrimonio se hundió. Ella le engañó y se separaron. Se casó con otro hombre con mucho más dinero para poder seguir teniendo lo mejor, porque, como ella siempre decía, y es lo que le enseñó a su hija: *El dinero es el poder. Con dinero siempre se puede conseguir cualquier cosa.* Y así, Giselle cambió. Cuando se fue a la universidad, hacía lo que quería. Salía, se divertía con unos y con otros y se gastaba grandes fortunas en ropa, en zapatos, en lo que se le antojara. Siempre sabía camelarse muy bien a su padre para que le diera dinero, y él, que siempre se había sentido culpable por separarse de su madre, se lo daba todo y nunca se dio cuenta de cómo su hija había cambiado, de cómo el vivir con su madre la había hecho parecerse tanto a ella.

Entendió a Evan muy bien. Él había pasado por una situación parecida con su exmujer y por eso comprendió perfectamente que Emma le hubiera robado el corazón. Sabía que era mucho mejor para Evan que su propia hija, así que decidió ser feliz por ellos, los llevara donde los llevara aquella relación.

CAPÍTULO 15

Después de aquella fiesta, la calma llegó a la vida de Evan. Giselle había recogido sus cosas y se había marchado del despacho.

El padre de Evan le explicó lo ocurrido en la fiesta y, por una vez en mucho tiempo, se sintió orgulloso de él.

Evan y Emma empezaron a mirar casas por Barcelona que cumplieran todas las expectativas deseadas, pero no encontraban nada. Así que Evan contactó con un asesor inmobiliario, amigo de un amigo, para ver si le podía ayudar.

—Buenos días, Evan. Soy Carlos, el amigo de Fabio —le dijo por teléfono el martes por la mañana.

—Buenos días, Carlos. ¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Tienes algo interesante para mí? Porque, después de lo que hablamos ayer por la noche, no sé si habrás podido encontrar algo. Tal vez te lo esté poniendo muy difícil...

—Tranquilo, no hay nada difícil para mí. Tengo algo que quizá te pueda interesar, aunque no es exactamente lo que me pediste.

—Cuéntame, ¿qué tienes?

—Pues verás, conozco a una familia que vive en una zona muy buena de Barcelona. Es un pueblecito de las afueras, Mataró. Tienen dos casas impresionantes y una de ellas está en venta. Lo curioso es que la casa de al lado, que no es muy grande, también la venden. He hablado con los dos propietarios, los he visto y creo que te pueden interesar. Aunque son casas independientes y, obviamente, la grande quizá no sea lo que buscas, al dueño le urge venderla y la deja a muy buen precio.

—¿Puedes enviarme algunas fotos?

—Sí, de hecho ya te las he mandado a tu correo mientras hablábamos —se anticipó Carlos.

—Espera, voy a mirarlo.

Evan cogió su portátil, abrió el correo y ahí las tenía.

—La primera casa es la más pequeña. Tiene ochenta metros cuadrados, con un jardín de unos cincuenta. La entrada, como ves, es independiente, y tiene un salón que está muy bien. La cocina es también independiente y está totalmente reformada. Solo tiene una planta, como tú querías, con tres habitaciones y dos baños. En la parte trasera tiene una pequeña terraza de veinticinco metros más y una barbacoa de obra. Por esta casa piden ciento cincuenta mil euros, pero el vendedor aceptaría ciento treinta mil.

—Es una casa muy bonita. La verdad es que me gusta y de precio no está nada mal. Y la otra, ¿qué tal? Espera, que estoy descargando las fotos.

—La otra es una casa de dos plantas con trastero, que son casi tres plantas. Mide trescientos metros cuadrados, con un jardín principal de cuatrocientos metros. La entrada es con verja electrónica y en el centro del jardín hay una fuente enorme. En la planta de abajo tienes un gran salón, un comedor, un baño, dos habitaciones y una cocina bastante grande, con salida a la terraza trasera, en la que también tienes barbacoa, y de la que baja una escalera que lleva al parking y a la piscina. En la planta de arriba hay cinco habitaciones, una de ellas en suite con un ropero impresionante, y el baño tiene un jacuzzi. También tiene una pequeña terraza. Esa es una habitación ideal. Las otras habitaciones son grandes, pero ninguna tiene nada especial. Tienes dos baños más en toda la planta, y luego está la buhardilla.

—Las fotos me encantan, pero debe valer mucho dinero y la verdad es que en esa casa, de momento, no vamos a vivir. Es para cuando vayamos de visita, aunque no me importaría trasladarme. Me encanta la casa.

—Pues no te lo creerás, pero la venden por tan solo trescientos mil euros. Todavía no ha venido nadie a verla. Me ha dicho el propietario que, si la quieres, no la enseña a nadie más, porque le urge mucho venderla. Por lo visto, tiene muchas deudas y solo quiere lo que debe por la casa.

—¿En serio? ¡Si debe valer como mínimo el doble!

—Y lo vale, pero hace tiempo que no la paga. No puede. Se ve que se quedó sin trabajo y no puede mantenerla. Dice que, para que el banco se la quite, prefiere venderla, casi regalada. Es una buena oportunidad.

—Sí que lo es. Escucha, mañana estoy en Barcelona y las vemos. Queda pronto, porque no quiero que Emma se entere. Así que iré, las veré y me volveré. Si las cosas salen bien, podremos darle la sorpresa a su madre este fin de semana.

—No habría problema. Ahora están deshabitadas. El dueño vive con su hija, cerca

de aquí.

—Perfecto, pues así quedamos. Mañana nos vemos. Muchas gracias, Carlos.

En ese momento, apareció Pedro por la puerta del despacho de Evan y se puso a su lado. Vio las fotos en el ordenador, mientras Evan terminaba de despedirse de Carlos.

—Vaya casa bonita, hijo. ¿Piensas comprarla? ¿Dónde está?

—Pues la verdad es que no pensaba comprar algo así, pero es una ganga. Está cerca de Barcelona, para tener una casa cuando vayamos.

—Hombre, no es la típica casa de fines de semana. Yo querría vivir siempre ahí. ¿Lo sabe Emma?

—No, ella quería comprar una casa, comprarla ella para su madre, y yo le dije que compráramos una los dos juntos en la que pudiera vivir ella también. Total, nosotros vivimos aquí, pero he encontrado dos casas, una al lado de la otra, y esta casa, papá, la quiero. Sé que ella se enfadará, porque no quiere que la pague yo, pero me da igual.

—Haces bien, hijo. Ella se merece lo mejor, y si encima se va a enfadar porque la compres, todavía más. Porque eso significa que te quiere a ti y no a tu dinero. Ya sé que me lo has dicho muchas veces, pero me gusta verlo más que oírlo.

—Voy a ir mañana a verlas, así que necesito que, si llama Emma, le digas que he tenido que ir a Madrid a entregar unos documentos. No quiero que sepa ni que voy a Barcelona.

—Está bien, yo te cubro. Pero porque la mentira es para sorprenderla, que si no...

Ambos rieron y Evan se sintió muy bien. El cambio que había dado su padre le encantaba. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan cerca de él ni compartían cosas.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, tal y como habían acordado, Carlos y Evan se encontraron en el aeropuerto de Barcelona. En cuarenta minutos en coche, llegaron a las casas. Evan no se sorprendió. Carlos las había descrito muy bien, aunque la realidad era mucho mejor que las fotos. No tuvo problema en comprarlas.

—Quiero que hagas una cosa. Tienes que hacer las escrituras a nombre de Emma. Mañana te mandaré copia de su DNI.

—Necesitaré documentación para las hipotecas. Podemos hacer una única hipoteca, porque por la casa grande te dan lo que valen las dos.

—No quiero pedir hipoteca. Las pagaré las dos, no te preocupes. Haré dos cheques para los propietarios y otro más para ti, de diez mil euros. ¿Te parece bien?

—¿Diez mil, has dicho? Hombre, yo cobro unos mil por cada venta...

—Creo que es lo justo. Me has conseguido dos buenas casas en un tiempo récord y te lo agradezco. Ahora tengo que pensar qué hacer, porque esta zona me ha gustado mucho. También está la playa cerca y, aunque vivir en Mallorca me gusta, Barcelona

tiene su encanto y creo que cuando Emma vea esta casa no se querrá ir.

—No lo dudo. Es que esta casa es espectacular, enamora nada más entrar.

—Mi casa es grande y bonita, pero no tanto como esta.

Evan se fue con una gran sonrisa. Llegó a casa muy cansado y encontró a Emma en el ordenador. Seguía mirando casas y más casas, pero no veía nada que le encajara. De repente, sonó el móvil de Evan. Era su padre.

—¿Qué tal, hijo? ¿Cómo ha ido?

—Muy bien, papá. El trato está cerrado.

Emma estaba delante y, aunque no le estaba prestando atención, él prefería hablar en clave para que no se enterara.

—Está Emma ahí, ¿no?

—Claro. Bueno, papá, mejor hablamos mañana.

—De acuerdo, hijo. Buenas noches.

Se puso con Emma a mirar casas y más casas, y a todas las que a Emma le podían encajar, él siempre le encontraba alguna pega, con lo que ella desistió.

—Si sigues poniéndole pegadas a todas, no compraremos ninguna. Y me habría gustado tenerla ya.

—No te preocupes, cariño. No tienes que tener prisa. Ya que compramos una casa, mejor una que nos guste.

—Bueno, eso es verdad.

—Oye, Emma, si surgiera la posibilidad de vivir en Barcelona, ¿querrías?

—¿Por qué me dices eso? ¿Ha pasado algo?

Emma se asustó, pensando en que quizá se hubiera peleado con su padre, ya que lo había notado un poco frío al teléfono.

—No, pero tú tienes a tu familia ahí, y me has dicho que eres muy familiar. Yo aquí solo tengo a mis padres. Mi hermano vive en Madrid y mi hermana en Granada. Aquí conmigo te veo bien, pero a veces te noto triste.

—Hombre, no te negaré que los echo mucho de menos, pero mi trabajo está aquí. Y el tuyo.

—Amor, pero ambos somos los dueños. Podemos trabajar a distancia y viajar de vez en cuando. Incluso podemos abrir alguna sucursal en Barcelona. No es para que lo decidas ahora. Solo quiero que sepas que, si algún día quieres vivir ahí, yo te apoyaré y te seguiré, porque te quiero.

—Gracias por darme la opción, pero de momento seguiremos buscando casas.

Evan siguió mirando con ella, a sabiendas de que ya tenía todo listo. No quería decirle nada, porque así, además de sorprender a su madre, ella también se llevaría

una sorpresa. Estaba feliz. Sabía que quizá a ella le molestara que las hubiera comprado él, pero era un tema que ya arreglaría con ella en su momento. No podía dejar de pensar en la ilusión que le hacía llevarla a la casa y decirle que era suya.

Sabía que ella siempre había soñado con una casa así. Era muy parecida a la de sus padres. Una gran casa con un gran jardín, donde podrían celebrar fiestas y en un futuro jugar con sus hijos. Pensar en crear una familia junto a Emma era lo que más le gustaba, y en ese preciso momento pensó que si podía cumplir su sueño de tener una gran casa por qué no iba a cumplir muchos otros. Quería cumplirlos todos.

De repente, la apartó del ordenador y empezó a masajearle la espalda.

—Sé que quieres seguir mirando casas, pero estás muy tensa y yo prefiero tenerte un ratito para mí.

—Eso suena muy bien, aunque, si sigues dándome masajitos, no sé si podré seguir mirando casas.

—Esa es mi malévola intención, señorita.

Sonrió como sabía que a ella le encantaba y así la desconcentró y logró toda su atención.

Él comenzó a besarle los hombros muy pausadamente y Emma reclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo de Evan. Él bajó suavemente su tirante, dejando su hombro al desnudo, y comenzó a besarle el cuello. Ella soltó un gemido y lo dejó hacer. A pesar de que tenía ganas de él, le gustaban sus juegos pausados, porque el final siempre resultaba sorprendente.

Evan comenzó a acariciar sus pechos y sus pezones se endurecieron rápidamente por el placer que sentía. Cuando Evan notó que Emma comenzaba a exigirle más, bajó su mano hasta el clítoris y comenzó a tocarlo suave y despacio, hasta notar que ella llegaba al clímax. Entonces, aumentó las caricias y los besos hasta que ella no pudo más. En ese momento, cuando ella se dejó ir por el placer, él la desnudó, se bajó los pantalones e introdujo su dura erección en ella. La apoyó en el sofá, él se colocó por detrás y siguió besándola por la espalda. De repente, le dio un azote en el trasero que la hizo gemir más fuerte. Fue un azote suave pero a la vez muy placentero, y ella le exigió más y más fuerza en sus movimientos. Así estuvieron un rato, hasta que los dos llegaron al clímax. Evan se dejó ir y ella con él. Era tal la pasión y la conexión entre ellos que las relaciones eran excepcionales.

Llegó el gran día, el día en que Evan conocería a la familia de Emma y el día en que podría enseñarles lo que había comprado. Parecía un niño con zapatos nuevos. Estaba muy emocionado, pues nunca había imaginado que conocer a la familia de su pareja le pudiera hacer tan feliz. En esta ocasión era diferente porque regalarles una

casa le hacía muy feliz, y que ellos vieran lo mucho que quería a Emma, tanto como para regalarle a ella otra casa, era importante.

Al llegar a Barcelona, fueron directamente a casa de la madre de Emma. Al entrar, Evan se sorprendió mucho del estado de la vivienda. El bloque era muy antiguo y dejado. No sabía cómo esa mujer había sobrevivido ahí tantos años. Las escaleras eran horribles, de caracol y muy mal construidas. Al llegar al rellano de la madre, vio que la puerta de la casa era muy simple, sin apenas seguridad. Podrían haberle entrado a robar cientos de veces. Al entrar, vio que todo era antiguo. La mujer había decorado la casa hacía muchos años y seguía igual. Había un aparador enorme, con un gran espejo, en un recibidor extremadamente pequeño. Al pasar al comedor, también muy pequeño, se encontró con un viejo sofá de piel verde caqui y un mueble bajo con una televisión antigua. ¿Cómo no podía tener una simple pantalla plana? Parecía la casa de *Cuéntame*. Evan no daba crédito a lo que veía. El resto del piso no era para menos. Todo era antiguo, incluso los electrodomésticos. Tenía muchas cosas que casi no funcionaban y otras estaban rotas.

Emma le explicó a Evan que su madre era muy conservadora, pero aun así se quedó muy sorprendida, porque ella le enviaba dinero todos los meses. No entendía cómo había llegado a esa situación. Entonces su madre le dijo que no quería cambiar nada hasta que se rompiera del todo, no quería gastar el dinero que ella le enviaba porque lo quería guardar por si algún día lo necesitaba para algo realmente importante.

Al conocer a la madre de Emma, Evan se sorprendió. Tenía sesenta años, pero aparentaba ser mucho mayor. No tenía nada que ver con su madre. Supuso que no tener todas las comodidades que ellos siempre habían tenido le había pasado factura. Le contó que había enviudado muy joven y que se había quedado sola con cuatro hijos. Emma era la mayor y desde bien pequeña tuvo que aprender a conseguir las cosas por sí misma, porque ella no podía darle lujos. Tuvo que cuidar de sus hermanos y ayudar a su madre, así que no tuvo una gran niñez. Pero, a pesar de eso, era la mejor hija que tenía, la más responsable. Le contó lo buena estudiante que había sido y que todos los estudios los consiguió por mérito propio, a través de becas y de sus propios ingresos, porque su madre no podía pagarle la universidad. Cuando no tenía que comprarle ropa a un hijo, tenía que comprar otras cosas y alimentarlos a todos. Tuvieron una vida muy difícil sin su marido, porque tenía una pensión muy pequeña y no podía estar trabajando todo el día teniendo hijos tan pequeños.

Evan, en ese momento, se alegró más que nunca de poderla ayudar, así que le dijo a Emma de ir a comer fuera, con la idea de llevarlas a ver las casas que había comprado. Emma le comentó que sus hermanos estaban fuera y que los podría conocer al día

siguiente. Miguel, que era un año más pequeño que ella, vivía con su novia en un pueblecito cercano a Barcelona, donde trabajaba de mecánico. Marga tenía cuatro años menos y vivía con una amiga, aunque pasaba la mayoría del tiempo en casa de su madre. Estaba estudiando para ser peluquera, tras haber dejado sus estudios hacía algunos años, y Jorge, que era el pequeño y con el que se llevaba siete años, estaba estudiando para ser profesor de Educación Física. Emma le pagaba los estudios, ya que se lo podía permitir y quería que fuera un hombre de provecho y se sacara la carrera. Era un chico muy deportista y ese día había ido a una competición de atletismo, así que no había problema por llevarse a la madre de Emma por ahí.

Emma se sorprendió de lo bien que Evan conocía Barcelona, aunque supuso que era por los clientes que debía tener por ahí. Al llegar a Mataró, vio que entraban en una zona residencial preciosa. Era una maravilla. Estaban cerca de la playa y era una urbanización bastante grande, con casas enormes. Emma no entendió muy bien qué hacían allí, porque no tenía pinta de haber ningún restaurante por esa zona.

—Cariño, ¿te has perdido? ¿Dónde vamos?

Emma pensó que quizá no sabía dónde se dirigía, aunque Evan lo sabía muy bien. De repente, paró el coche en la casita que había comprado para la madre de Emma.

—Verás, amor, tengo una sorpresa para las dos.

La madre de Emma se sorprendió, aunque sonrió muy gratamente. No sabía qué tenía ese chico, pero la había conquistado completamente y no solo por su porte de galán de película, sino por lo amable que había sido con ella y por cómo miraba a su hija.

—No entiendo nada. ¿Una sorpresa para las dos? —insistió Emma.

—Bueno, llevas una semana estresada, buscando y buscando una casa para tu madre. —Su madre se sorprendió aún más—. Pues aquí la tienes.

—¿En serio? No lo puedo creer... Pero, ¿cuándo...? ¿Cómo...? Es igual. ¿Por qué lo has hecho sin decirme nada? —le dijo algo molesta. Él no hizo caso, pero sí que pensó que, si se molestaba por eso, cuando viera la otra casa... No sabía qué podría pasar.

—Princesa, era una sorpresa y las sorpresas, si las cuentas, dejan de ser sorpresas.

—¡Muy bien dicho, hijo! ¿Es de verdad que estabais mirando una casa para mí? ¡Pero esto es muy grande!

—Discúlpeme, Rocío, pero después de ver su casa, créame que esto no es nada y cuando entre lo verá. Su hija me había dicho que vivía en una casa pequeña y que tenía problemas con las escaleras, pero no me imaginé que fuera tanto como he visto. Es por eso que no me importa en absoluto regalarle esta casa. Cuando tenga tiempo,

ya irá con su hija y comprarán todo lo que necesite.

—Pero yo no puedo permitirme pagar esto, hijo. Ya sé que es muy bonita, pero... es demasiado para mí.

—Rocío, no tiene que pagar nada. La casa, como le he dicho, es un regalo. Y de lo que necesite para la casa, ya nos encargaremos su hija y yo.

Eso, a Emma, ya le gustó más.

—Pero lo que no acabo de ver es dónde está la nuestra, porque tu idea era comprar una casa grande con una más pequeña y aquí solo hay una.

—Mira que eres impaciente. Aunque sé que esto me va a costar un disgusto contigo, la nuestra está ahí —dijo señalando la casa de al lado.

—¿Qué? ¡Pero si esa casa es una mansión! ¡Evan, no puede ser, eso vale una fortuna! ¡Ni locos vamos a comprar esa casa!

—Lo siento, amor, pero llegas tarde. Ya he comprado las dos.

—No sé si quererte o matarte.

—Quiérela, hija, que el amor siempre es mucho mejor.

Su madre no podía dejar de reír. No entendía de dinero, pero por el tamaño de esa casa, sabía que barata no era, aunque si el novio de su hija se había podido permitir comprar esas dos casas, sabía que a su hija no le faltaría de nada. Y se sintió muy feliz.

Pasaron el fin de semana bastante ocupados. Evan se encargó de que les ayudaran con la mudanza. Conoció a los hermanos de Emma, y todos estaban muy agradecidos de que comprara aquella casa para su madre, aunque eso significara vivir más lejos, pero era una zona mucho más tranquila y sabían que estaría bien. Hablaron de ponerle una persona que la ayudara con los quehaceres de la casa. Aunque vivía con Jorge, él estudiaba todo el día y estaba poco en casa. A todos les pareció buena idea y Miguel incluso se ofreció a pagar parte del sueldo de la persona que contrataran, pero Evan se negó.

Todos parecían estar encantados con la pareja, y Emma estaba muy feliz por estar con su familia.

La casa que había comprado Evan para su madre era fabulosa. Además, estaba todo en una planta y sabía que ella podría vivir muy a gusto ahí.

La que había comprado para ellos era una maravilla. No tenía nada que envidiar a la de los padres de Evan, aunque era demasiado grande para ellos.

—Evan, me encanta la casa, pero es muy grande. ¿Por qué has comprado esta casa tan grande?

—Porque quiero que sea nuestra casa en un futuro. Aquí pueden quedarse tus amigos cuando hagamos fiestas, o los míos cuando vengan de visita, y espero que

algún día podamos llenarla con nuestra familia. Además, sé que para ti era un sueño tener una casa así y aquí la tienes.

—Cariño, eres un amor, pero yo, por soñar, sueño con vivir en un país de cuento de hadas, y eso no pasará. A veces, hay que ser realista.

—¿No te parece real lo que tenemos? Tengo dinero, que no me sirve de nada en el banco. Si puedo gastarlo para comprar algo que te haga feliz, ¿por qué no hacerlo? Además, tu felicidad es la mía. ¿Cuándo lo vas a entender?

Evan no entendía cómo podía darle tanto valor al dinero, pero sabía que era porque no lo había tenido nunca tan fácil como él.

—Sí me lo parece, y sé que es real, pero me sobrepasa todo esto. Entiende que yo no estoy acostumbrada a las cosas caras. Que me compres vestidos, zapatos o bolsos caros es una cosa, aunque ya sabes que no me gusta... Pero una casa... Eso son palabras mayores. Además, vivimos muy lejos. No la vamos a disfrutar.

—Te dije en serio lo de trasladarnos. No tiene que ser ahora, pero en un año podríamos vivir aquí. Yo puedo abrir un despacho aquí y cederle a mi padre el que tenemos en Mallorca. Algunos abogados se vendrían conmigo. Solo necesito unas buenas oficinas y no creo que me cueste encontrarlas, y la revista se puede llevar a distancia perfectamente. Esta casa tiene unos buenos despachos. Puedes trabajar desde casa y viajar de vez en cuando. Además, así podríamos crear una familia, tener hijos... ¿No te gusta la idea?

—Hombre, así como lo pintas, no está nada mal. Pero no en un año, es muy pronto. Ya lo valoraremos, ¿vale?

—Está bien.

Cuando volvieron a Palma de Mallorca y les contaron a sus amigos lo que habían hecho el fin de semana, Pierre no se sorprendió. Supo que su amigo estaba loco por esa chica que le había cambiado la vida. Y no solo a él, sino a todos. En la revista era muy meticulosa. Le había ayudado con los empleados, los había formado y había hecho de ellos grandes redactores.

En la familia de Evan había mucha más unidad, y ahora su padre pasaba mucho más tiempo con su mujer y con sus hijos.

Por fin Evan había encontrado su lugar en el mundo, un lugar al lado de Emma.

CAPÍTULO 16

Habían pasado dos semanas desde su viaje a Barcelona y no habían parado de trabajar, pero aquel fin de semana era especial para Evan. Tenía una sorpresa preparada para Emma y no iba a dejar pasar esa oportunidad. Ambos tenían unas pequeñas vacaciones y él le había dicho que no las podrían hacer porque tenía que trabajar, que solo podrían disfrutar del fin de semana, aunque no era cierto.

Aquella mañana se despertó y, como si de la mañana de Navidad se tratara, despertó a Emma y la hizo vestirse rápido.

—Corre, tenemos que irnos rápido. He preparado un par de cosas que ya están en el coche. Venga, no seas remolona.

—Pero, ¿dónde vamos, Evan? No tengo ganas de moverme, estoy cansada. Además, quería irme de vacaciones y ya que no podemos prefiero estar tranquilita y descansar.

—Venga, por favor, no seas perezosa. Te he preparado un *tour* de esos que te gustan.

—¿En serio? ¿Dónde vamos a ir? Porque de aquí ya me lo conozco casi todo...

—Bueno, eso es una sorpresa. Vístete rápido y baja al coche. Te espero abajo.

Le dio un dulce beso en la punta de la nariz y un azote en el trasero.

Emma se vistió a regañadientes, pero con una gran curiosidad. No sabía dónde irían, pero le encantaba ir de excursión con Evan. Los fines de semana lo hacían muy a menudo. Preparaban una cesta y se iban al campo, o pasaban el día en la playa, o se iban a explorar zonas donde Emma no había estado. Así que no tardó en reunirse con Evan en el coche. Este le vendó los ojos y le dijo que no se quitara la venda hasta que él se lo pidiera.

Emma se emocionó. No sabía por qué, pero aquello le excitaba. Tenía pinta de que la sorpresa le iba a gustar, y mucho, aunque no le importó dónde ir siempre que fuera

con él.

Llegaron al aeropuerto y, una vez subidos al avión, le dejó quitarse la venda.

—Esto es totalmente nuevo. Me tienes en vilo... ¿Dónde me llevas?

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Solo te adelantaré que espero que sea muy especial, que espero satisfacer todos tus deseos y tus sueños a cambio de que tú solo satisfagas uno mío.

—¿Y cuál es?

Emma estaba nerviosa y a la vez emocionada.

—En su debido momento, lo sabrás. No seas ansiosa.

El viaje duró menos de lo que esperaba Evan, aunque a Emma le pareció una eternidad. En cuatro horas habían llegado a su destino. Cuando bajaron del avión, Evan volvió a vendar los ojos de Emma y la llevó así por todo el aeropuerto. La gente los miraba, pero eso a Evan le daba igual. Cogieron un taxi y se dirigieron al hotel. Cuando llegaron, Evan le quitó la venda de los ojos a Emma y esta se encontró delante de la torre Eiffel. De repente, Emma no sabía si reír o llorar. Desde bien pequeña había querido ir a París, la ciudad del amor, pasear por los Campos Elíseos, ir a Disneyland, visitar el Louvre. Todo lo que tuviera que ver con París la enamoraba, y Evan aún más.

Decidieron que dejarían las cosas en el hotel y que irían a visitar París.

—Me encanta todo esto, Evan, pero dos días es poco tiempo para todo lo que me gustaría ver. Qué pena que no podamos disfrutar de más.

Emma estaba muy feliz, pero también un poco apenada, pensando que lo que le habría gustado que fuera una semana de vacaciones, solo pudieran ser dos días, aunque intentaría aprovecharlos al máximo.

—Tranquila, cariño, tenemos tiempo de sobras. A decir verdad, tenemos alquilada la habitación del hotel para cuatro días.

—¿Cuatro días? ¿En serio? ¡Pero si me dijiste que no podrías, que tenías trabajo! ¡Qué mentiroso! Bueno, no es una semana, pero me vale.

—Quizá tengas alguna sorpresa más si te portas bien, quién sabe.

Evan había preparado algunas sorpresas más y estaba ansioso por ver la reacción de Emma cuando las viera, pero esperaría y tendría paciencia. No quería desvelarle nada todavía y romper la magia de aquella sorpresa que había preparado.

—Me vas a hacer sufrir. Bueno, aunque esta habitación de hotel me incita a muchas cosas, no quiero perderme nada de París. Así que vámonos y esta noche ya te compensaré por todo esto, que voy a cumplir alguna que otra fantasía.

—Si me dices eso, no nos vamos. Tú misma.

Ambos rieron y entre besos y abrazos se marcharon a conocer los rincones más románticos de París. Primero fueron al museo del Louvre, y Emma se quedó maravillada con lo que veía. *La Gioconda* o la *Venus de Milo* fueron de las obras de arte que más le gustaron, ya no solo por ser las más famosas del lugar, sino por la magnitud de su belleza. Más tarde, visitaron los Campos Elíseos y estuvieron paseando por sus lujosas tiendas, en las que aprovecharon para hacer algunas compras y comieron en uno de sus restaurantes.

Por la tarde, decidieron visitar la catedral de Notre Dame, desde donde fueron paseando y donde decidieron coger al atardecer un barco que les llevara atravesando el Sena hasta la torre Eiffel. Fue un bonito y romántico paseo, iluminados por la luz de las farolas parisinas. Pasaron por debajo de varios puentes como el de Las Almas o el de Alejandro III, ambos antiguos y preciosos. Emma pensó que jamás olvidaría esa noche. Era romántica y todo acompañaba; la música del barco, las luces tenues, el ondear del río y, sobre todo, la compañía. Para los dos estaba resultando una noche mágica.

—Gracias por esto. No tengo palabras para describir lo que siento en este momento.

Emma se sentía feliz y esperanzada. Por primera vez en mucho tiempo, estaba pensando en la idea de profundizar en sus sentimientos. Aunque llevara meses con Evan, estuviera muy feliz con él y vivieran juntos, ella todavía tenía miedo de que esa relación no fuera del todo real. Sabía que había estado con su familia, que se llevaba bien con todos, que a él le había aceptado la suya, pero lo veía todo tan perfecto que no terminaba de creérselo. Todavía tenía en su mente los fantasmas del engaño de Sergio.

—No sé por qué, pero te noto rara. Es como si hubiera algo que no me dices.

—Es que, desde que estamos juntos, mi vida es otra, y a veces no me creo que sea real. Contigo es como si no me tuviera que preocupar por nada. Tengo todo lo que quiero y eso me asusta un poco. El otro día, cuando fuimos a la casa, hablaste de familia y, no sé, me asuste. Y ahora me regalas un viaje inolvidable... Supongo que estoy un poco abrumada. No estoy acostumbrada a que todas las atenciones sean para mí.

—Entiendo un poco como te sientes. Verás, cuando yo salía con Giselle, intentaba darle todo, pero nunca era suficiente. Tú, sin embargo, te conformas con algo tan insignificante como un paseo en barco por el Sena. Eso es lo que más me gusta de ti, que te conformes con poco. Has ayudado a mi familia a estar más unida, sin pedir nada. Me sorprende la fuerza que tienes para todo, y me encanta tu forma de ser, tan

humilde, por eso no me importa regalarte lo que sea. Mis sentimientos son sinceros. ¿Por qué tienes tanto miedo?

—Porque quizá me equivoqué mucho en mi vida con Sergio y creo que contigo no soy ni la mitad de buena. Por él iba al fin del mundo y, sin embargo, contigo... Bueno, me refiero que eres tú siempre el que me sorprende, no yo a ti.

—Pero, cariño, tú a mí me sorprendes con cosas más importantes. ¿Quién iba a decirme que harías cambiar a mi padre? Eso no hay dinero que lo pague. Prefiero que no me regales cosas, o que no dejes de lado tu trabajo por mí. Prefiero que cuando estemos juntos tenga toda tu atención, que la tengo, y que me apoyes cuando lo necesito, y lo haces. Yo no siento que no me des todo lo que necesito. Disfruta del viaje y deja tus dudas. Yo no me voy a ir de tu lado.

Emma le creyó y decidió dejar sus dudas de momento a un lado. Aunque se había enamorado de él y en su momento había derrumbado la coraza que se había creado en su corazón, todavía no sabía si este estaba del todo sanado. Era como si aún tuviera un candado.

Por la noche, al llegar al hotel, estaban agotados, pero Emma le había prometido agradecerle la sorpresa, así que cogió la venda con la que Evan le había vendado los ojos durante el viaje y le devolvió el juego. Lo hizo sentarse en un butacón de la *suite*, se puso un conjunto de satén muy sugerente que había comprado en una de las tiendas donde habían estado, salió en su busca y lo encontró sentado, con sus ojos tapados. Le pidió que se desnudara, pero sin quitarse la venda, y él obedeció. El juego le empezaba a gustar. Ella cogió de una cajita una suave pluma y comenzó a pasarla por las piernas y los brazos de Evan, erizándole el vello. Él se dejó hacer. Después de estar un rato jugando con la pluma, cogió un aceite de esencias y le masajéó poco a poco todo el cuerpo. Lo cogió de la mano y lo llevó a la cama, donde estarían más a gusto, eso sí, sin destaparle los ojos. Le hizo ponerse de espaldas y comenzó a masajearle la espalda, haciendo círculos en su piel con las uñas. Evan no podía aguantar más las ganas de tenerla entre sus brazos y hacerle el amor, pero ella no le dejó.

—Si sigues así, tendré que atarte. Quiero agradecerte este regalo que me has hecho, y ya te he dicho que, de momento, no puedes tocarme, así que ahora ponte boca arriba y disfruta.

Evan se giró y ella continuó con sus caricias. Bajó por su pecho, dando un reguero de besos, hasta llegar a su centro del placer. Evan estaba como una moto y su erección no era para menos, así que ella comenzó a besar y a chupar su miembro, haciendo que él se volviera loco. Cuando notó que estaba a punto de alcanzar el

clímax, se subió sobre él y le quitó la venda. Él pudo verla en toda su belleza, con aquel conjunto de satén negro. El sujetador era una delicia. Le hacía un pecho increíble. El tanga era de hilo fino, con unos encajes en la parte central delantera, los mismos que llevaba el sujetador. Su cuerpo brillaba por el aceite y estaba resbaladiza, pero no le importó. La vio acariciarse el cuerpo solo para él. En ese momento, ella se introdujo el miembro de Evan en su interior y los dos jadearon de placer. Acompasaron sus movimientos, primero lentos y pausados, para luego terminar con unas certeras embestidas, fuertes y muy excitantes. Llegaron juntos al clímax y después se abrazaron y se besaron como si nunca lo hubieran hecho. Sin despegarse, suavemente, hicieron el amor de nuevo, esta vez mas pausados. Cuando llegaron de nuevo al clímax, se fueron a la ducha y descansaron, para afrontar el nuevo día que estaba por llegar.

Los otros tres días que estuvieron en París combinaron las visitas a lugares increíbles con románticos paseos al atardecer. Lo pasaron muy bien juntos y, de nuevo, Evan, llegado el momento, vendó los ojos de Emma y la llevó a un lugar mágico. Cuando llegaron a su destino y le quitó la venda de los ojos, Emma no podía creer lo que veía. Estaba delante del palacio de Bella Durmiente, el mítico castillo del parque de atracciones de sus sueños, al que siempre había querido ir. No se lo podía creer. Estaban en Disneyland París.

—Evan, ¿en serio estamos aquí? No me lo puedo creer. ¡Me encanta! Siempre he querido venir aquí.

—Ya lo sé, me lo ha dicho un pajarito. Pero aquí no termina todo. Ahora vamos a disfrutar de las atracciones y vamos a pasar un gran día, como el que pasamos en Madrid, el día que por fin conseguí hacerte mía. Y por la noche iremos a cenar a un sitio especial. ¿Te parece bien?

—Claro. ¿Sabes que te quiero? Me encanta la sorpresa. Pensé que hoy volvíamos a casa.

—Lo cierto es que quizá podamos quedarnos más. Depende de cómo vaya todo.

Estuvieron todo el día dando vueltas por el parque. Emma se hizo fotos con sus personajes Disney favoritos; Mickey, Minnie, el Capitán Garfio... Vieron a todas las princesas Disney y se montaron en un sinfín de atracciones. Entre besos y abrazos y de atracción en atracción, llegó la noche. Al llegar a la habitación, Emma se encontró en la cama un precioso vestido de raso azul turquesa. Era muy fino, de tirantes y escotado, con la espalda descubierta y con una falda de corte princesa.

Evan se puso un traje negro, con camisa blanca y una corbata de color burdeos. Cuando terminó de vestirse, le dijo que la esperaba abajo, que no tardara.

Cuando Emma se vistió y se miró al espejo, se sintió como una princesa de verdad. Se recogió el pelo en un moño alto, dejando escapar algún tirabuzón, y se calzó unos zapatos de tacón de aguja. Estaba impresionante.

Bajó al *hall* del hotel, que era justamente la entrada al castillo, y de repente vio la carroza de Cenicienta en la puerta. Se quedó boquiabierta al ver a Evan dentro. Un cochero la acompañó al interior y ella no podía creer que todo aquello fuera real. Estaba viviendo su cuento de hadas particular y era fantástico. No tenía palabras para expresarle a Evan lo que sentía.

—¿Quién decía que los cuentos no se hacen realidad? —le preguntó Evan.

—Bueno, la verdad es que no sé qué decir. Todo esto es fantástico. Nunca pensé poder vivir algo así.

—Todo te lo mereces, hasta el detalle más insignificante, aunque he de decirte que para todo he tenido ayuda; para elegir el vestido, los zapatos, y también para elegir esto.

De repente, de camino al restaurante, se arrodilló ante ella y le ofreció una cajita de terciopelo azul. Emma se emocionó tanto que sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Por favor, princesa, no llores. Sabes que no soporto verte llorar.

—Es de emoción.

Al abrir la caja, encontró una sortija preciosa, de oro blanco con un zafiro central, acompañado de dos diamantes a ambos lados. El zafiro era su piedra preciosa favorita. Se llevó las manos a la boca para ahogar un pequeño chillido.

—Emma, desde el día que entraste en mi despacho y me retaste con tu carácter, me enamoré de ti locamente. Al acceder a ser mi novia, mi vida cambió completamente. Me hiciste creer que se puede ser feliz, cuando ya no creía en que la felicidad existiera. Me devolviste la confianza en las personas y me enseñaste a valorar el mundo en el que vivimos. Has hecho magia en mi vida y en mi familia y es por ello que te amo y por lo que te he traído aquí. Me dijiste que cumplir los sueños es muy difícil. Yo creo que no lo es tanto, si es con la persona adecuada. Como te dije hace unos días, intentaría cumplir tus deseos y tus sueños a cambio de que tú cumplas el mío. Pues bien, mi único sueño es pasar el resto de mi vida a tu lado, que te conviertas en mi esposa y que seamos felices. ¿Me concederías ese honor? ¿Quieres casarte conmigo?

Emma estaba conmocionada por todo aquello. Estaba en París, la ciudad del amor, con el hombre al que amaba, el que la había sorprendido llevándola a uno de sus lugares favoritos, el que besaba el suelo por donde ella pisaba, un hombre atento, cariñoso, trabajador, que le había dado fuerzas cuando ella ya no las tenía, un hombre

que la había sacado de la oscuridad y había luchado por ella aun cuando ella ya no creía en el amor, un hombre que la habría seguido al mismísimo infierno con tal de tener una cita con ella, que la había enamorado con detalles, que la hacía feliz todos y cada uno de sus días... ¿Por qué no decirle que sí? ¿Por qué no cometer la locura de casarse? Por mil y una razones que no paró de pensar mientras él se le declaraba y porque solo ese hombre había conseguido tener la llave del candado de su corazón, solo pudo decirle:

—¡Sí, quiero!

CAPÍTULO 17

La vida para Emma y Evan era fantástica. Tenían todo lo que siempre habían deseado. Desde que llegó Emma a la isla, pisando fuerte para superar su tristeza por la separación que había sufrido, había dado un giro inesperado a su vida y a la de Evan, que sin proponérselo se enamoró de nuevo, consiguió reparar su herido corazón y, a la vez, también reparó el de ella. Ambos habían superado sus miedos al amor y habían cumplido juntos muchos sueños. Pero, sin embargo, había algo que no terminaba de ser perfecto.

Desde el día de la fiesta de cumpleaños del padre de Evan, algo cambió en sus vidas. Evan estaba mucho más unido a su padre. La noticia de la boda de Evan y Emma fue un bombazo alegre para ambas familias. La familia de Evan estaba muy feliz de que por fin se casara con alguien que lo mereciera de verdad. Con los hermanos de Evan, Emma se llevaba muy bien, y la familia de Emma se alegró aún más. Y sus amigos, también.

Decidieron casarse en abril. Aún faltaban dos meses, pero Evan no quería esperar más tiempo. Le propuso a Emma casarse en Barcelona, en su nueva casa, pero ella prefirió hacerlo en Palma de Mallorca. Era una buena oportunidad de que su familia visitara la isla y supieran de su trabajo. Además, ella, de momento, quería seguir viviendo ahí. Aunque su casa de Barcelona era impresionante, la isla era muy tranquila y quería permanecer allí un poco más de tiempo.

Así que, finalmente, los padres de Evan decidieron cederles su casa para la ceremonia y para la celebración posterior.

Estaban muy felices y muy ocupados con todas las cosas que tenían que hacer, y sus amigos les ayudaban.

La lista de invitados era muy larga. Vendrían desde Barcelona todos los amigos de

Emma, muchos amigos de Evan, compañeros de trabajo de ambos y las familias.

El mes antes de la boda, Giselle se enteró por algún amigo que tenían en común de que Evan se casaba y enfureció. Se volvió loca y se propuso arruinarles la boda. Algo tenía que hacer. Si no se casaba con ella, no se casaría con nadie, porque para ella ninguna chica era suficiente para él y mucho menos Emma, a la que consideraba la peor. Por su culpa, había perdido su trabajo y, aunque lo que pasaba por su mente no estaba nada bien, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

La primero que hizo fue enviarle una nota a Emma a la revista, un mes antes de la boda. Esta, al recibirla, la abrió pensando que era una carta de Evan, pero poco a poco se le borró la sonrisa de la cara.

Querida y linda princesita, sé que crees que tu cuento de hadas por fin tendrá un final feliz, pero no te lo creas tanto. Yo siempre consigo lo que quiero, y lo que quiero es lo que tú tienes. Vigila tu espalda, porque no me voy a quedar sin nada por tu culpa. Evan siempre ha sido mío y lo será para siempre, y ni tú ni nadie me lo impedirá.

Giselle, después de que Pedro la echara de la fiesta, se había ido como una furia y juró que Emma lo pagaría muy caro, pero se había mantenido al margen porque siempre pensó que aquella relación quizá sería un capricho de Evan, un tonto enamoramiento. Pero que se casaran había detonado en ella una bomba y ya no podía parar. Evan había sido suyo y no estaba dispuesta a perderlo, ni a él ni su dinero, y mucho menos a dejar que otra chica fuera su esposa.

Su padre se había dado cuenta de que algo tramaba, porque cuando la miraba notaba algo extraño que no había visto nunca en su hija. Era rencor en la mirada. Necesitaba hablar con ella para hacerla recapacitar.

—Giselle, hija, ¿qué te pasa? Sé que la noticia de la boda de Evan te ha entristecido, pero cuando se ama de verdad a alguien lo que más quieres en el mundo es que sea feliz. No importa que no lo sea contigo, aunque duela. Mírame a mí; dejé que tu madre me abandonara porque no era feliz y lo acepté, aunque no fuera fácil para mí.

Su padre estaba muy triste. Quería hacerle ver que el amor, a veces, no era como uno quería. No entendía cómo ella se podía comportar así.

—Papá, tú te diste por vencido y por eso estas solo. Yo no me daré por vencida. Esa chica no es para Evan. Yo, sí.

—Pero, ¿no puedes entender que el amor no se puede forzar? O está o no está, y en este caso Evan quiere estar con Emma. Mira, entiendo que te guste. Es un chico exitoso, guapetón, pero hay más chicos en el mundo. No te ciegues, por favor.

—Papá, ninguno me aportará lo que me puede aportar él. Además, él es un chico que cuando está contigo no mira a ninguna otra. La pena es que no lo hubiera visto antes, pero podemos volver a estar juntos.

—No, hija, no podéis. Él ya no te quiere y, con lo que has hecho, dudo que volváis. Acéptalo. Serás más feliz.

—No lo voy a aceptar. Por culpa de esa niña tonta he perdido al chico que quiero para mí y mi trabajo. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Giselle, es hora de que crezcas, ya no eres una niña. Siento decírtelo así, pero estoy muy decepcionado y sé que parte de la culpa es mía por permitirte tantas cosas, por no haberte enseñado a hacer las cosas por ti misma. Pero no es tarde. Eres joven. Puedes buscarte un trabajo y conseguir lo que quieras.

—¿Me estás dando la espalda? No me esperaba esto de ti. ¡Eres mi padre!

—Lo soy, pero eso no significa que te deba de apoyar en todo. Si la causa no lo merece, no la apoyaré, y esta no lo merece. Acepta la derrota, hija.

—No pienso hacerlo. ¿Yo te he decepcionado a ti? Pues tú también me has decepcionado a mí y espero que un día te arrepientas por no haberme apoyado.

Muy enfadada, se fue corriendo de la casa donde vivía con su padre, cogió el coche y condujo hasta la casa de su madre.

Su madre, al verla llegar, se extrañó. No solía ir por ahí. No se llevaba bien con el nuevo marido de su madre, porque siempre la había ignorado por completo, y su madre también, por eso decidió vivir con su padre. Así que imaginó que algo les había tenido que pasar para que acudiera a ella.

—Giselle, ¿qué haces aquí? —preguntó su madre, sorprendida y curiosa a la vez.

—Me he peleado con papá. ¿Puedo quedarme aquí?

—Claro, hija. Además, estoy sola. Jeremy está de viaje de negocios. Así podremos hablar. ¿Qué ha pasado?

—Papá no me quiere ayudar. Verás, Evan Manzano, ¿te acuerdas de él?

Giselle hizo una breve pausa, solo para ver si su madre le recordaba.

—Sí, claro. El hijo de Pedro y Juliett.

—Se ha echado una novia. Una chica del montón, mamá, y no quiere saber nada de mí. Fuimos novios en la universidad y me había propuesto volver con él, porque es un chico exitoso y sé que con él estaría muy bien, pero ahora he perdido mi trabajo por culpa de esa chica y no sé qué hacer. Se han prometido y se casan en un mes.

—Pues échala de la vida de ese chico. Reclama lo que es tuyo a toda costa. Si ese chico tiene que ser para ti, lo será.

—Tendré que pensar algo. De momento, le he enviado una nota diciéndole que no se crea que su vida va a ser perfecta, porque, si depende de mí, no lo será. Sé que si ella se va de la isla, Evan se quedará destrozado y necesitará consuelo. Por eso he pensado que, si se asusta, se irá.

—Pues tendrás que hacer algo al respecto. Mira, yo siempre he tenido lo que he querido, y si no ha sido por las buenas, ha sido por las malas.

Después de pensar en una venganza, no se le ocurrió nada más que amenazarla para que dejara a Evan. Pero, aun así, no le funcionaba. La seguía en ocasiones y empezó a acosarla, pero nada. Ella no parecía asustarse, aunque en el fondo sí que estaba preocupada. Sabía que no era nada normal que alguien hiciera lo que ella hacía. Siempre le dejaba notas en el trabajo y muchas veces, cuando salía de noche, se sentía observada en el *parking* de la revista. A la semana, ya no se sentía tan segura. No quería preocupar a Evan, pero sí necesitaba hablar con Pierre.

Tres semanas antes de la boda, al entrar a la redacción, Emma recibió otra nota de Giselle.

Muy bonita la casa que habéis comprado en Barcelona, pero no te creas ni por un segundo que Evan se va a ir contigo. No lo alejarás de mí.

Emma no entendía cómo podía ser que Giselle supiera lo de la casa y mucho menos cómo era. Pero algo debía saber, porque le había dicho que era bonita. Así que fue a ver a Pierre para contarle lo que pasaba.

—Hola, Emma, pasa. ¿Qué necesitas?

—No sé por dónde empezar... —Pierre la miró y vio su preocupación—. Bueno, llevo unos días recibiendo notas de Giselle. En ellas, me invita a dejar la isla. Me dice que deje a Evan, que, si no lo hago, se ocupara de que lo haga... No me asustaba, pero ahora me empieza a preocupar. Llevo días notando como si alguien me vigilara y ahora he recibido una nota en la que pone que no permitirá que Evan venga conmigo a esa casa tan bonita. ¿Cómo puede saber lo de la casa?

Pierre se quedó muy sorprendido. No esperaba que le contara algo así. Giselle se había vuelto loca.

—¿Lo sabe Evan? Porque creo que deberías decírselo y también denunciarlo. No

creo que Giselle esté muy bien de la cabeza si está haciendo esto.

—No quiero que Evan se preocupe. De momento, prefiero no decirle nada, pero podríamos mirar de contratar seguridad para el *parking*, solo por si acaso. Hay veces que me voy tarde y está muy oscuro.

—Claro, lo que quieras. Pero, en serio, creo que lo tendrías que denunciar. Tengo un amigo que es policía. Si quieres, podemos hablar con él.

—Bueno, ¿puedes quedar con él para comer hoy? Vamos los dos a comer con él y le explicaré lo que me pasa, pero tampoco quiero hacer una montaña de un grano de arena. Quizá solamente hace esto por desesperación, o por envidia, no sé. No quiere que nos casemos.

—No sé cómo puedes justificarla, Emma. Está loca. Solo una persona que no esté en su sano juicio o en sus plenas facultades mentales haría algo así. No tengas compasión por ella, porque te aseguro que ella no la tiene contigo.

—Bueno, Pierre, dejemos el tema. Me avisas si puede tu amigo quedar para comer y a ver si puede averiguar cómo sabe lo de la casa.

—Vale, ahora te digo algo.

Pierre quedó con Darío. Este, al saber lo que pasaba, no quiso esperar mucho tiempo. Se puso a investigar a Giselle para ver si podía decirle algo a Pierre cuando se vieran. Había sido amigo de Pierre y Evan mucho tiempo, pero al entrar en la academia de policía se habían distanciado un poco y, aunque con Pierre tenía una amistad muy buena, con Evan ya no tanto. Pero se preocupó mucho al saber que era su chica la que necesitaba ayuda y pensaba brindársela en todo lo que pudiera.

Dos horas más tarde, estaban los tres en la cafetería frente a la revista.

—Emma, te presento a Darío, un gran profesional y un gran amigo.

—Encantada, Darío.

—Lo mismo digo. Pierre me ha explicado lo que te está pasando, y creo que deberías denunciar a Giselle, aunque sea solo para que deje de acosarte.

—Ya, pero es que no creo que me vaya a hacer daño. Creo que solo quiere asustarme. Ya ha perdido muchas cosas y, en el fondo, me da pena.

—Bueno, mira, te explicaré lo que he averiguado con lo que Pierre me ha explicado. Al comentarme lo de que habéis comprado una casa y que ella lo sabe, he investigado un poco y he visto que han accedido al correo electrónico de Evan desde una dirección IP que no es suya. Evan tiene fotos de la casa y de ahí que lo sepa. Quizá incluso ella tenga las claves de acceso a su correo, porque, si trabajaban juntos, las pudo coger en cualquier momento. En cuanto a las notas que te envía, quizá tengas razón y solo te quiera asustar un poco, pero yo tendría cuidado. Te voy a dar mi

teléfono privado para que me llames cuando lo necesites. Si no quieres preocupar a Evan y no se lo quieres decir, no lo hagas, pero, si ves que la cosa va a más, hazlo. Es mi amigo y no quiero que sufra.

—De acuerdo, lo pensaré. Si la cosa va a más, se lo contaré, pero de momento lo dejaremos así. Gracias por todo.

—De nada. Tienes mi teléfono para lo que sea y me puedes llamar a cualquier hora.

—Gracias, Darío. Oye, un día de estos quedamos con Evan, que seguro que se alegrará de verte.

—Claro, Pierre, cuando queráis.

Darío, Pierre y Emma se despidieron. Ellos volvieron a la redacción y Darío se fue a comisaria. Quería investigar un poco a Giselle. Aunque no le había parecido muy grave lo que había hecho, no le gustaba.

Las notas que le dejaba a Emma eran como las de una adolescente enfadada. Estaba celosa de que Emma fuera la chica que ocupaba el corazón de su amigo, pero de ahí a hacerle daño...

Lo de entrar en el correo de Evan era un poco más rebuscado, pero quizá solo quería información para hacer el acoso más creíble. Lo que le inquietaba era que ella le había contado que se sentía observada, y quería saber si de verdad el acoso que padecía era tal como lo explicaba.

Un par de días más tarde, Darío pudo comprobar que Giselle a veces esperaba escondida cerca de la redacción, pero solo la miraba. No parecía peligrosa. Como la conocía de cuando salía con Evan, decidió hablar con ella, a ver si así dejaba de acosar a Emma.

—¿Giselle? ¿Eres tú? Cuánto tiempo... —dijo Darío con aire despreocupado.

—Perdona, ¿nos conocemos? —le dijo en tono bastante arrogante.

—Sí, tú salías con mi amigo Evan, hace unos 3 años o así, ¿no?

—Sí, salía con él. Perdona, pero no me acuerdo bien de ti, aunque me suenas.

—Soy Darío. Estudiaba para policía en aquella época. —Quiso refrescar su memoria.

—Ah, sí. Es cierto. Y, ¿qué tal te fueron los estudios?

—Bien. Muy bien. Me gradué y empecé a trabajar en una comisaria en Tenerife, pero hace un año volví. Había una vacante para comisario aquí, en Palma de Mallorca.

—Vaya. Comisario. Qué importante debes ser... —rio nerviosa. Si aquel chico descubría lo que estaba haciendo, se metería en un buen lío.

—Y bien, ¿qué haces aquí escondida? Porque detrás de estos árboles no creo que hagas otra cosa...

—La verdad es que espero a una amiga. Quiero darle una sorpresa. Se casa dentro de poco y, si te he de ser sincera, el chico con el que se casa no es bueno para ella. Así que quiero ver si puedo convencerla para que no se case.

Aunque le estaba mintiendo en algunas cosas, algo de aquella mentira era cierto y comenzó a entender muchas cosas.

—Pues no creo que estar escondida sea la manera. Yo dejaría las cosas correr, porque quizá tu amiga se enfade. Ya sabes cómo es el amor.

—Tranquilo, señor comisario. De momento, soy una buena chica.

Ese *de momento*, a Darío no le gustó nada. Pero no tenía pruebas contra ella, así que no podía hacerle nada.

—Bueno, Giselle. He de irme, pero no hagas nada de lo que te puedas arrepentir, porque la libertad es muy valiosa.

Giselle no sabía por qué le hablaba de libertad. ¿Acaso Darío conocía sus intenciones? Imposible. Pero aquella frase le dio que pensar y decidió irse.

Durante una semana, Giselle no se volvió a acercarse a Emma, y esta lo agradeció. Pensaba que ya había dejado de acosarla, pero la tarde que iba a recoger su vestido de novia, tres días antes de su boda, mientras se lo probaba, la vio a través del escaparate, mirándola con los ojos llenos de rabia y de ira.

—¿Has visto? ¿Esa era Giselle? —le preguntó Emma a su amiga Laura.

—No sé, yo no he visto a nadie. Quizá estás un poco nerviosa. Tranquila, que todo saldrá bien. Vas a tener una boda perfecta, la que te mereces. Y estás aún más impresionante con este vestido que con el de Rosa Clará con el que te ibas a casar con Sergio.

—¿Crees que hago bien casándome con Evan?

—¿No me digas que a tres días de tu boda te van a entrar dudas? ¡Venga ya, Emma! Evan es un hombre fantástico y maravilloso, de los pocos que quedan en todo el universo. Te hace feliz y te lo ha dado todo. Creo que lo que tienes es miedo por lo que te pasó con Sergio, pero quítatelo porque todo va a ir bien.

—No sé, pero tengo la sensación de que todo es tan perfecto que no puede ser real.

—Pues eso solo es una sensación. No seas tonta y disfruta del momento. Estás preciosa y en tres días lo estarás más; maquillada, peinada... Cuando Evan te vea, alucinará.

Ambas rieron y en toda la tarde no se preocuparon de nada más.

Al día siguiente, llegaba la familia de Emma a la isla. Emma les enseñó su casa y estuvieron juntos todo el día. Disfrutaron del amor que veían en los novios y contaban las horas para que llegara ese mágico día.

También el día de antes, llegaron los amigos de Emma, entre ellos Silvia y Eloy. Este había traído una nota para Emma. Ella, al ver que era de Sergio, dudó si leerla o no, pero su amigo le aconsejó que la leyera, que no era lo que ella creía y que seguro que le gustaba.

La noche antes de la boda, Evan se marchó a la casa de sus padres, donde se prepararía para esperarla y donde se celebraría el enlace, y ella se quedó en su casa con su familia. Cuando se fue a acostar, estaba nerviosa y pensando en Evan. Solo faltaban unas horas para casarse. Miró de repente el sobre de Sergio que descansaba en su mesilla y decidió leer la nota, porque nada de lo que pusiera podía hacerle cambiar de idea.

Querida Emma.

No sé si leerás esta carta. Sé que me porté muy mal contigo, pero también sé que me merecía que no quisieras volver conmigo, aunque me costó entenderlo.

Sé que mañana te casas y créeme que me habría gustado estar ahí para darte un beso y desearte la mayor felicidad del mundo, porque creo que te mereces todo lo que te ha pasado en este año que no hemos estado juntos. Aunque me habría gustado que todo hubiera sido distinto, entiendo que quieras a ese chico y, de corazón, deseo que te haga feliz, como yo no supe hacerlo.

Te quiero y es por eso que quiero que seas feliz. Me alegro de que por fin cumplas tus sueños. Espero verte pronto y poder ser amigos.

Sergio.

A Emma le cayó una lágrima de los ojos, pero no era de tristeza, sino de felicidad. Estaba orgullosa de Sergio, y decidió escribirle un mensaje a su móvil.

Hola, Sergio. He leído tu carta, aunque no te negaré que lo he pensado varias veces antes de hacerlo. Te agradezco el detalle y creo que en el tiempo que llevo con Evan he sido la mujer más feliz del planeta. Me alegra que aunque no estemos juntos quieras que sea feliz. Yo también quiero que tú lo seas y siempre seremos amigos. Te quise mucho y el amor no desaparece en un día de un corazón. Siempre tendrás un hueco en el mío. Te prometo que, cuando volvamos de luna de miel, te llamo. Gracias por todo. Voy a descansar. No quiero parecer la novia cadáver

mañana. Un beso.

Sergio, al recibir el mensaje, se alegró de no haberla perdido del todo, de que al menos el tiempo les hubiera devuelto la amistad, así que le mando un último mensaje para desearle buenas noches y él también se fue a dormir.

CAPÍTULO 18

Era nueve de abril, hacía un sol abrasador y un día espléndido. En casa de Emma, todos madrugaron. La peluquera arregló a la madre de Emma, a su hermana, a Laura, a Silvia y, por supuesto, a Emma.

Una vez que se vistió y llegó el fotógrafo, bajó al salón, donde habían dispuesto todo para hacerse las fotos, y su madre no pudo evitar llorar.

Emma estaba preciosa. Lucía unos pendientes de perlas de su abuela, algo antiguo. Una pulsera de diamantes que le había llegado esa misma mañana por mensajero, regalo de su suegro, con una nota que decía: *Algo nuevo, para que te traiga suerte en tu gran día.* Y en la parte central, llevaba un zafiro azul en forma de corazón.

Su peinado era un recogido con tirabuzones por todos lados. Y el vestido era impresionante, de estilo clásico, con una larga cola y el escote en palabra de honor. En el pecho sobresalía un bordado en forma de corazón, y en la espalda llevaba un detalle en forma de flores, que bajaba por toda la falda hasta llegar a la cola. El corte princesa le quedaba como un guante.

Poco después, llegó Pierre con un hermoso ramo de rosas en color rosado combinado con lirios blancos. Después de hacerse las fotos, la esperaba un coche adornado con las mismas flores de su ramo. En ese momento, Emma se puso nerviosa. Sabía que en poco rato podría ver a Evan y por fin cumpliría su sueño de casarse, así que, decidida, entró en el coche junto a Pierre. El resto de la gente esperaría en casa de Evan. Al lado del chófer iba Miguel, el hermano de Emma.

Evan estaba nervioso. Se había arreglado y se había hecho las fotos con sus familiares y amigos. Todos estaban esperando la llegada de Emma, mientras Evan iba saludando a todos los invitados. Fue con su madre a comprobar que todo estaba bien y cuando salió al jardín sonrió satisfecho, pensando en que aquello le encantaría a

Emma. Habían colocado una serie de bancos para los invitados y al final habían improvisado un pequeño altar. En el lugar donde ellos contraerían matrimonio, habían hecho un arco de flores y el camino por donde pasaría Emma, estaba lleno de pétalos de rosa roja. Los invitados tenían unos cestos con pétalos y arroz para que, al finalizar el enlace, se los pudieran tirar.

A ambos lados del jardín había tres carpas con el *catering* y, al fondo, un gran escenario donde estaban los músicos que habían contratado para el evento.

Había un gran espacio vacío destinado a zona de baile y todos los invitados estaban con sus mejores trajes. Ya había gente ocupando asiento en los bancos. En ese momento, decidió mandarle un mensaje a Emma.

Cuando llegues a casa de mis padres, no vas a reconocer el jardín. Todo está precioso, parece mágico, pero lo más precioso que habrá serás tú en cuanto llegues. No puedo esperar más tiempo para decir «sí quiero» y que seas mía para siempre. Te amo.

En el coche estaban todos riendo cuando sonó el móvil de Emma. Ella, cuidadosamente, lo sacó de un pequeño bolso de mano que llevaba y se apresuró a leerlo. Viendo que era de Evan, sonrió imaginando lo que se encontraría al llegar y pensando que no quería que aquel día terminara. Pero, de repente, un automóvil a toda velocidad impactó contra el coche que la llevaba a reunirse con Evan.

El coche dio un vuelco hacia el lateral de Emma. Pierre había recibido gran parte del golpe, pero por suerte llevaba el cinturón puesto. Emma, sin embargo, no lo llevaba, ya que el vestido le impedía abrocharlo y no quería estropearlo. Su cabeza golpeó fuertemente la ventanilla, que se rompió en mil pedazos cuando chocó contra el asfalto. Miguel intentó salir como pudo del vehículo, preocupado por todos, ya que el conductor también se había golpeado y no podía mover un brazo. Se quitó el cinturón y, a pesar de que le dolía todo el cuerpo, encontró la manera de salir del coche. Un tumulto de gente rodeó el accidente y en poco tiempo se escucharon unas sirenas. La policía y las ambulancias llegaban avisados por otros conductores que habían presenciado el accidente.

Miguel corrió a socorrer a Emma, pero se sintió impotente, ya que el coche había quedado de lado y no podía sacarla de ahí. Pierre intentaba desde dentro del coche salir y sacarla a ella también, pero no podía. Emma no le respondía. Había perdido el

conocimiento. Pierre se temía lo peor cuando vio su vestido manchado de sangre por un costado, en la zona de las costillas. Aunque desconocía la gravedad de las heridas de Emma, decidió no salir del coche y ayudarla. Así que se quitó la corbata y, haciendo una bola con ella, intentó taponar la herida, aunque no llegaba muy bien.

Miguel estaba desesperado. No podía ayudarlos y, de repente, vio el coche con el que habían chocado. Había una chica rubia al volante. Tenía un fuerte golpe en la cara y en el hombro, causados por el *airbag* y el cinturón. Pensó que había sido un accidente, hasta que se le acercó otro conductor.

—Chico, ¿estáis bien? —Quiso saber el hombre, preocupado.

—No, necesitamos sacar a mi hermana. Se casa hoy e íbamos camino a la ceremonia. No nos contesta. Con ella hay un amigo, ayudándola. El conductor también necesita ayuda. No sé si estará bien, no se mueve. ¿Qué ha pasado?

—Pues la verdad es que no sé qué tenía esa chica por la cabeza, pero parecía que quisiera provocar el accidente. Iba como loca conduciendo, hasta que ha chocado con vosotros.

De repente, llegó la policía y Darío bajó de su coche. Al acercarse a los vehículos accidentados, pudo distinguir a la conductora del vehículo que había causado el accidente. Se quedó petrificado.

Era Giselle.

De repente, echó a correr como un loco hacia el coche donde estaba Emma.

—Emma, Pierre, ¿estáis bien? Ahora mismo os sacamos.

Miguel no entendía nada y miraba sorprendido a Darío. ¿Cómo podía saber que eran ellos? ¿Quién era ese policía?

Darío habló con los bomberos. Había que actuar con rapidez.

—Darío, ¿eres tú? Estamos aquí. Emma está atrapada. Tiene una herida a la altura de las costillas y está inconsciente. Yo estoy bien, tengo un fuerte golpe en el costado y creo que tengo el hombro fracturado. El conductor, no sé, y el chico que está fuera es el hermano de Emma.

—Tranquilo, ya vamos.

Los bomberos se pusieron manos a la obra y lograron sacarlos a todos del vehículo. Los apartaron, porque tenían miedo de que el coche se pudiera incendiar en cualquier momento. Los médicos examinaron a Miguel, mientras los bomberos sacaban a los demás del coche. Tenía un esguince en el brazo y contusiones varias, pero estaba bien.

El chófer tenía un brazo roto y un buen golpe en la cabeza, pero parecía que ya volvía en sí. Pierre tenía tres costillas rotas y el hombro fracturado, como él ya había

predicho. Pero Emma se llevó la peor parte. Al volcar el coche y romperse la luna, un cristal se clavó en sus costillas, perforándole el costado izquierdo. Tenía un fuerte traumatismo craneoencefálico y estaba inconsciente. La llevaron rápidamente al hospital.

Sacaron a Giselle del coche y también la llevaron al hospital. A pesar de no estar consciente y de tener un golpe en la cabeza, lo único de gravedad que había sufrido era un pinzamiento cervical.

Pierre se fue con Emma y con Miguel al hospital y, como no tenían teléfonos porque se habían perdido en el accidente, pidió a Darío que le contara a Evan lo ocurrido.

Darío pidió a los policías que recuperaran las pertenencias del coche y se las llevaran a sus amigos al hospital, y él se fue a la casa de los padres de Evan.

Evan empezaba a estar nervioso porque Emma se estaba retrasando y no le había contestado al mensaje. Laura intentó tranquilizarlo.

—No te preocupes, no se va a dar a la fuga. —Laura rio.

—¿Seguro? Mira que no es normal en ella llegar tarde...

—Evan, las novias siempre llegan tarde. Es una norma básica de toda boda.

—Eso espero.

De repente, vio un coche aparcar en la entrada. Pensó que era ella y fue hacia el jardín para esperarla. No quería verla antes de la boda, porque traía mala suerte.

El padre de Evan abrió la puerta esperando ver a una inmaculada Emma cuando se encontró con Darío.

—Buenos días, señor Manzano. Necesito hablar con Evan en privado.

Pedro se asustó. Conocía a aquel joven de años atrás y sabía que era amigo de su hijo, pero no vendría a una boda de uniforme, así que, corriendo, fueron a buscarlo.

—Darío, ¡cuánto tiempo! ¿Qué pasa? Has asustado a mi padre. ¿Sabes que hoy es mi boda?

—Sí, bueno, no sé cómo decirte esto... Emma y Pierre han tenido un accidente.

—¿Qué? —Evan se puso muy nervioso—. ¿Qué ha pasado? ¿Están bien?

—Pierre, sí. Emma, no lo sé. Tenía heridas graves y está en el hospital. Verás, no sé cómo explicarte esto... Cuando he llegado al lugar del accidente, he visto que el coche que había chocado contra ellos era el de Giselle.

—¿Cómo? —dijeron a la vez Pedro y Evan.

Al escuchar el barullo en el interior, entraron Rocío y Julieta.

Darío les explicó con detalle todo lo acontecido. Después, Evan, con el corazón en un puño, se fue corriendo con Darío al hospital, mientras los padres de los novios

contaban a los invitados lo ocurrido y que aplazarían el evento para cuando Emma se recuperara.

Todos fueron al hospital para estar con ellos. Silvia y Laura estaban preocupadísimas.

Al llegar al hospital, se encontraron con Miguel y con Pierre en la sala de espera, caminando de arriba abajo, nerviosos. Al llegar Evan, se abrazaron.

—Lo siento, lo siento muchísimo —le dijo Pierre a Evan.

—No me asustes, Pierre. ¿Qué sientes? Emma... ¿Dónde está Emma?

Evan temía que Emma hubiera fallecido.

—Está en quirófano, la están operando. Tiene una perforación pulmonar y la han tenido que operar. Un cristal se le ha clavado en el costado y le ha roto varias costillas, que han provocado esa perforación. No sabremos nada hasta dentro de un rato.

—Entonces, ¿por qué lo sientes Pierre?

Pierre tragó saliva.

—Giselle lleva cosa de un mes acosando a Emma. Ella no te quería preocupar y parecía que la había dejado tranquila hará unas dos semanas. Pero ahora... Creo que te lo tendría que haber dicho. Le dije que te lo contara, pero ella decía que solo eran celos y que no le haría nada... Y mira hasta dónde ha llegado.

—Yo la mato. Te juro que la mato. ¿Dónde está Giselle?

—En el hospital. La han ingresado.

—Tranquilo, Evan. Está custodiada y la detendremos. No se saldrá con la suya.

—Pero, ¿qué ha hecho? ¡Está loca! Quiero ir a verla. Quiero hablar con ella.

Todos se quedaron en la sala de espera y Darío fue con Evan a ver a Giselle, aunque no lo dejaría solo. Temía que su amigo hiciera alguna tontería.

—Te dejo decirle lo que le tengas que decir, porque necesitas desahogarte, pero no te voy a dejar solo con ella. Lo sabes, ¿no?

—Tranquilo, no estoy loco. Recuerda que soy abogado, pero necesito decirle cuatro cosas.

Al entrar en la habitación, ella lo miró y puso esa cara de niña desconsolada. Quería que él le diera cariño y que le dijera que no pasaba nada.

—Evan, amor, ¿has venido a verme? Tranquilo, me ha dicho el médico que estoy bien, que estaré aquí un par de días. Luego, podremos ir a casa y estar como siempre.

—¿Qué me estás contando, Giselle? ¿Estás loca? Yo no me iría contigo ni a la vuelta de la esquina, y menos ahora. ¡Casi matas a mi mujer!

—¡Ella no es tu mujer! ¡Iba a serlo, pero ya no! Además, ¿quién dice que no esté ya

muerta? Porque, hasta donde yo sé, la están operando de gravedad. Me lo ha dicho un enfermero. Quizá no salga de esta y así podremos estar juntos.

—Giselle, estás loca. De aquí te irás a la cárcel y te quedarás ahí, porque yo llevaré el caso y lo ganaré. No quiero saber nada más de ti, jamás, y no te acerques a mi familia. Y que te quede claro que Emma ya es mi mujer, estemos casados o no.

En ese momento, Evan le dio la espalda y se marchó, porque para él era más importante esperar los resultados del médico que operaba a Emma que estar ahí discutiendo con Giselle.

—¿Han dicho algo?

Evan traía la cara descajada. Estaba enfadado, decepcionado y muy pero que muy preocupado.

—No, todavía no...

En ese momento, salió un médico. Al ver a Evan vestido de novio, imaginó que era el futuro marido de Emma y se dirigió a él.

—Hola, buenas tardes. Soy el Doctor Kane. Verá, Emma ha sufrido un fuerte golpe que ha causado varias fracturas, tanto en las costillas como en la cabeza. Tiene una perforación de pulmón que ya hemos conseguido operar con éxito, pero tiene un traumatismo craneoencefálico muy grave. Por el momento, está en coma. Lo siento mucho.

—Pero, ¿se pondrá bien?

Evan parecía hundido, y sus familiares, también.

—Tranquilo, está en buenas manos, pero de momento no podemos asegurarle nada. Los pacientes que padecen estos síntomas, en ocasiones, despiertan en unos días, aunque cabe la posibilidad de que pasen meses, o incluso años. No podríamos darle un periodo con exactitud.

—Pero, ¿despiertan?

—Sí, claro. Emma parece estar bien, a pesar de las lesiones que tiene, pero los golpes en la cabeza son muy delicados. Lo mejor es esperar. Ahora, si quiere, puede pasar a verla, pero le recomiendo que no esté mucho rato. Entiendo que está siendo un día muy duro para todos ustedes.

—El que tenía que haber sido el día más feliz de nuestras vidas está siendo una auténtica pesadilla.

—No se preocupe, aquí estará muy bien atendida.

—Gracias, doctor.

Acto seguido entró a verla.

La habitación era amplia y Emma estaba sola. Estaban en una clínica privada y las

instalaciones eran mejores que en otros hospitales. Había dos sillones bastante cómodos y en uno de ellos ya se había instalado Evan, que no quiso apartarse de Emma.

A los dos días, tenía una pinta espantosa. Cuando llegó Rocío a la habitación de su hija, no se sorprendió al ver a Evan dormido en el sillón, cogido de la mano de Emma. Por lo que notó en la cara de Evan, no llevaba mucho rato dormido, y tenía la cara roja, como si hubiera estado llorando durante mucho tiempo. No quiso hacer mucho ruido, pero finalmente Evan se despertó.

—Hola, hijo. ¿Por qué no te vas a casa y te duchas? Yo me quedo con Emma, no te preocupes.

—Se lo agradezco mucho, Rocío, pero no quiero separarme de ella. Si se despierta, quiero que sea yo la primera persona que vea.

—Ya te entiendo, hijo, pero no sabemos cuánto tiempo estará así. Además, necesitas una ducha. No querrás que cuando se despierte se vuelva a dormir por tu olor.

Rocío, aunque no estaba pasándolo bien con aquella situación, intentó hacer sonreír a su yerno.

—Tienes razón. Está bien, me voy, pero no tardo ni media hora.

Dicho y hecho, Evan llegó a casa e hizo una maleta, porque en la habitación de Emma había ducha y decidió que se quedaría ahí hasta que se despertara.

Pero el tiempo pasó y Emma no despertaba. Evan solicitó su traslado al mejor hospital de toda Palma de Mallorca. En él tenía todas las comodidades de un hotel. Decidió instalarse con ella en la habitación. No se apartaba de ella ni un segundo. Ambas familias comenzaron a preocuparse mucho por él, ya que los médicos le dijeron que podría ser un proceso muy largo. Ella, aparentemente, estaba recuperada de todos los daños físicos, pero no parecía despertar del coma en el que se encontraba sumida. Los médicos le habían dicho a Evan que en el mejor de los casos despertaría desorientada, pero que despertaría cualquier día. No había un tiempo determinado. Como bien le había dicho el doctor Kane, podía estar así meses, e incluso años. También le habían advertido que en el peor de los casos podría haberse dañado el lóbulo temporal del cerebro. Eso no lo sabrían hasta que se despertara y, en ese caso, podría ser que ella no recordara parte de su vida o que recordara algunas cosas y otras no. Así que no podían garantizarle a Evan que cuando despertara siguiera siendo ella misma.

Había pacientes que habían pasado por lo mismo y que, al despertarse, recordaban su vida, excepto los últimos años.

Así pasaron dos meses. De repente, un día, Sergio apareció por la puerta de la habitación de Emma. Por lo visto, Eloy le había contado lo del accidente y cómo estaba, y Sergio no se pensó dos veces el acudir a su lado. No era porque quisiera volver con ella, aquello ya lo había superado, pero la quería como no había querido a nadie en su vida y necesitaba saber que estaba bien. Evan, al verlo, se quedó parado. No entendía qué hacía Sergio allí y le entró el pánico en el cuerpo, ya que, como le habían dicho los médicos, si Emma despertaba y lo encontraba ahí había la posibilidad de que únicamente recordara su relación con Sergio y que no reconociera a Evan.

—Hola. Perdona, ¿puedo pasar? Soy Sergio, un amigo de Emma —dijo Sergio con cara de preocupación.

—Sé perfectamente quién eres, y no creo que seas amigo de Emma. Por lo que yo sé, eres el chico que la engañó con otra el día anterior a su boda. ¿Qué haces aquí?

—Perdona, supongo que debes ser Evan. Verás, siento mucho lo que le ha pasado a Emma y no vengo para arrebatártela. El día de antes de vuestra boda, podríamos decir que hicimos las paces y quedamos como amigos. Solo deseo que sea feliz, y si ha de serlo contigo, yo también lo seré. No te guardo rencor. Yo fui quien la cagó y por eso la perdí, pero quedó que hablaríamos cuando volvierais de luna de miel y nunca me llamó. La llamé muchas veces, pero su móvil siempre me daba apagado y llamé a mi amigo Eloy y me contó lo del accidente... Solo necesitaba verla. ¿Cómo está?

Evan suavizó un poco su carácter. Supuso que Emma no había tenido tiempo de contárselo y en el fondo lo entendió. Ojalá Giselle hubiera sido la mitad de comprensiva que Sergio, aunque eso no le quitó el miedo a Evan de cómo reaccionaría Emma si despertaba. Por otra parte, no creía que la presencia de Sergio cambiara nada, puesto que también podía ser que no lo conociera o que Sergio no estuviera, por lo que decidió que no le vendría mal la compañía y descansar un poco de trabajar.

—Físicamente está bien. Ya está recuperada. El problema es que se dio un fuerte golpe en la cabeza y desde el día del accidente está en coma. No sabemos qué pasará cuando despierte, si todo sigue igual o ha perdido memoria. Sinceramente, me ha puesto muy nervioso verte aquí, porque puede suceder que ella no me recuerde cuando despierte... Y en cambio puede que te recuerde a ti...

—No sufras por ello. Yo no me aprovecharía de esa situación. Ella era muy feliz contigo. Solo me mandó un mensaje, pero en él noté una felicidad que no había notado nunca, y esa felicidad solo se la has dado tú. No te preocupes, porque creo que, aunque no te recuerde cuando despierte, eso será cuestión de días. La verdad es

que no debe ser fácil verla así... Yo llevo aquí cinco minutos y me cuesta. No me imagino lo que estarás pasando tú, que llevas aquí dos meses.

—Pues no es fácil, aunque ya ves todo lo que tengo aquí. Me he montado mi propio despacho y trabajo desde aquí. No quiero separarme de ella, por si despierta.

Emma estaba sumida en un sueño muy profundo cuando escuchó sus voces. No las conocía muy bien, pero hubo una que sí recordaba. Se sentía muy extraña. No podía hablar ni abrir los ojos. No sabía dónde estaba exactamente. Todo su cuerpo le pesaba y no sabía qué le había pasado. De repente, sintió un dolor profundo. Era un dolor de cabeza horroroso, pero no tenía fuerzas para gritar. En ese momento, una de las máquinas que tenía conectada comenzó a emitir un leve sonido. Los dos se giraron a la vez y se acercaron a la cama. Antes de que entrara la enfermera, Emma abrió los ojos y los miró a ambos, varias veces, como si intentara saber quiénes eran.

—¿Ser... Ser... Sergio?

Evan la miró e intentó decirle algo, pero la enfermera los apartó. Ambos se miraron confundidos y ella cayó de nuevo en un profundo sueño.

CAPÍTULO 19

—Ha dicho tu nombre... ¿Qué ha pasado? No entiendo nada.

Evan estaba muy alterado y miraba entristecido a Sergio. Todas las esperanzas que tenía en que Emma despertara y volviera a ser la misma se habían perdido. No sabía qué hacer. No sabía que pasaba.

—Tranquilo, señor Manzano —dijo la enfermera—. Es común en pacientes que están en este estado que despierten y vuelvan a caer en coma. Eso significa que pronto podría despertar. Ahora está en un estado de semiinconsciencia. Ella puede oírle y percibir todo lo que pasa a su alrededor, mucho más que antes. No se desespere.

—Pero no me ha conocido. Solo ha dicho su nombre.

Volvió a mirar a Sergio, que no se había movido de su lado.

—No se preocupe, quizá sea porque lo ha visto. Todavía no se adelante a nada. No sabemos cómo reaccionará cuando despierte del todo, tenga paciencia. Además, ya le informamos que algo así podía ocurrir y que normalmente es temporal. Verá cómo poco a poco recordará todo.

—Eso espero...

Evan se quedó muy preocupado. Miraba a Sergio de reojo. No sabía qué hacer, ni que decir, pero Sergio rompió ese silencio tan incómodo que se había instalado entre ellos.

—Evan, quiero que sepas que no he venido aquí para recuperarla. Sé que ella te quiere y que su vida contigo es plena, pero sí quiero su amistad. Ella es importante para mí y quería que lo supiera. Si puedo hacer algo por ayudar, lo haré sin pensarlo. Por eso, entenderé que quieras que me marche.

Evan estaba muy triste. Aquellos momentos estaban siendo realmente duros. Hacía

apenas dos meses, se había levantado ilusionado para casarse con la mujer que amaba. Ese día tendría que haberlos colmado de felicidad, pero se vio enturbiado por culpa de Giselle, de sus celos, y cuando ella ocasionó el accidente de Emma, el mundo de Evan cambió. Se derrumbó totalmente, como un castillo de naipes, y tuvo que empezar a reconstruirlo poco a poco.

Habló con su padre para que, mientras Emma estuviera ingresada, se ocupara de todo lo referente al despacho. Él seguiría trabajando, pero desde el hospital, así que se instaló en la habitación que asignaron a Emma cuando solicitó el traslado y trabajaba desde allí. No iba a juicios, pero pasaba las notas de los alegatos a los abogados. También hablaba con sus clientes para que entendieran la situación y que no fuera él quien llevara los casos directamente ante el juez. Y así se había ido adaptando a esta nueva vida.

Ver a Emma dormida le causaba una impotencia tremenda, aunque por lo menos la tenía ahí. Podría haber sido peor.

Giselle fue detenida nada más le dieron el alta. Darío se encargó de todo, tal como había prometido a Evan.

En primer lugar, tuvieron una vista previa, ya que, después del accidente, Pierre la denunció por acoso y presentaron todas las notas que había dejado a Emma en la revista. También declararon Pierre y Laura en su contra, explicando que en ocasiones la seguía, y Darío también declaró que una tarde la encontró vigilándola, escondida delante de su trabajo.

El juez no tuvo dudas y, con todas las pruebas y los testimonios que obtuvo, la declaró culpable de tentativa de homicidio. El padre de Evan fue quien llevó el caso y salió victorioso. Giselle tendría que pasar una larga temporada en prisión, pero, con los contactos que tenía su familia, lucharía para que ese tiempo fuera más reducido y que en poco tiempo pudiera volver a casa. Su madre tenía muchas influencias.

Evan le hablaba a Emma cada día, aunque no obtenía respuestas. Le explicaba lo aburrido que estaba en el hospital, sin otra cosa más que hacer que mirarla a ver si despertaba. Le contaba cómo sus amigos insistían en que saliera de vez en cuando y cómo su madre se había instalado en su casa hasta que ella despertara, pero seguía sin obtener respuestas por su parte.

Emma, por otra parte, se encontraba en un mundo paralelo, como si estuviera dentro de un sueño. No tenía conciencia de nada, ni noción del tiempo, solo de que estaba dormida, soñando.

Por su mente iban pasando recuerdos. De repente, se vio en casa de su madre a los diecisiete años. Cuidaba de sus hermanos y ayudaba a su madre mientras estudiaba y

también trabajaba los fines de semana... Luego, aparecía en el *campus* de la universidad, en un bar, mirando a Sergio como una boba. Sintió su cercanía y cómo todas las chicas lo miraban. Se sentía afortunada de que él la mirara solo a ella. Esa noche, se dieron su primer beso y Emma quería quedarse en ese recuerdo, pero, de repente, escuchó una voz que no supo identificar.

Emma, princesa. Por favor, despierta y vuelve conmigo. Tenemos muchas cosas pendientes; viajar, reír, soñar juntos... No me hagas esto... No puedo vivir sin ti... Te quiero tanto que me voy a volver loco. No sé si puedes oírme, pero, por favor, no me olvides... Recuerda Milán, recuerda París... Por favor, recuérdame a mí y lo mucho que te quiero.

Emma se quedó pensando dentro de sus recuerdos. No sabía de dónde provenía esa voz, pero le gustaba. Lo que había oído, le había sorprendido. ¿Le hablaban a ella? Porque habían dicho su nombre... Pero, ¿cómo podía ser posible? Le había dicho que despertara... ¿Se trataría todo de un sueño? Pero ella recordaba muy bien aquel momento con Sergio.

Dos segundos más tarde, estaban buscando piso y encontraron un apartamento ideal, cerca de sus respectivos trabajos. No era muy grande, lo justo para ellos, y al rato se vio en un restaurante del Maresme, cenando. ¡Y Sergio le pedía matrimonio! Recordaba aquel momento con una intensidad tan grande que ni ella podía imaginarse volver a estar en ese momento. Sin pensarlo, dijo que sí, con una sonrisa tan grande que iluminaba todo el local.

Pero entonces recordó la desilusión que sintió cuando lo encontró con Jessica el día de antes de su boda. ¿Cómo había podido hacerle aquello? ¿Cómo había podido engañarla de esa forma? Y se vio llorando junto a Laura, se vio con sus amigas saliendo a intentar divertirse mientras su cabeza no pensaba en otra cosa que no fuera el daño que le había hecho Sergio y lo mucho que ella lo había querido... Y recordó huir, irse a un lugar lleno de playas y tranquilidad. Se vio en casa de Pierre, alucinando por lo que veía, por la compenetración que sentía con él, y notó los nervios por comenzar en un nuevo trabajo.

Cuando Sergio apareció esa mañana por la puerta de la habitación de Emma, Evan no sabía qué pensar. Al decir Emma su nombre, se había quedado de piedra.

Durante los dos meses que Emma llevaba en coma, Evan lo había pasado muy mal.

Sus amigos no lo dejaban solo muy a menudo, pero tampoco podían estar con él siempre. La familia de Emma se había marchado a Barcelona, menos su madre, que se había instalado en la casa de Evan. Los padres de Evan también iban a visitarlo bastante a menudo, pero, aun así, él necesitaba a Emma. Quería que despertara, aunque sentía un miedo muy profundo al pensar que no se acordaría de él. Y ahí estaba Sergio, el chico con el que estuvo a punto de casarse. Lo había reconocido. Había dicho su nombre.

Pero, por extraño que pareciera, Evan no quiso que se marchara. Algo de lo que él le decía parecía sincero. A diferencia de Giselle, él quería que estuvieran juntos. No había ido allí para recuperarla, o al menos eso era lo que le había dicho... Pero sí que parecía que se preocupaba por ella, quería saber que estaba bien, así que no tuvo que pensarlo mucho.

—Sergio, lo he pensado y en realidad prefiero que te quedes. Quizá, estando tú aquí, ella despierte antes. Aunque no te negaré que me duele que solo te recuerde a ti, confío en que la ayudarás a recordarme. Si dices que ella te perdonó, yo también puedo hacerlo.

—Gracias. La verdad es que me duele verte así. No te conozco mucho, pero pareces un buen tío. Sé que la quieres y con eso me vale. Ver que no te has separado de ella en todo este tiempo, me lo confirma.

—Gracias. Lo cierto es que me cuesta. Creo que en cualquier momento despertará y quiero que sea al primero que vea, aunque creo que te ha visto a ti antes.

—No te preocupes por eso. Tranquilo, que cuando se acuerde de lo mal que me porté con ella quizá no se acuerde de que me ha perdonado y me eche de aquí a patadas...

Sergio quiso quitar un poco de tensión entre ellos y ambos sonrieron.

Sergio se fijó en que Evan no se parecía en nada a él. Desde que Emma tuvo el accidente, no se separaba de ella para nada, mientras que él no habría estado en el hospital más de media hora. Se había instalado en la habitación y trabajaba desde ahí. No se iba con amigos ni salía a divertirse. Él, en cambio, quizá se habría ido de juerga, quizá habría estado con ella una semana o dos, pero cuando pasara el tiempo sin despertarse, ya no habría pensado en ella tanto. Incluso, seguramente, se habría acostado con otras chicas, si hubiera podido.

Eso le demostraba que aquel chico sentía puro amor por ella y que era lo mejor que a ella le había podido pasar, porque, en el tiempo que estuvieron juntos, ella lo había dado todo por él. Había sacrificado trabajos, amistades y él nunca se había dado cuenta de la suerte que había tenido junto a ella. Nunca se lo había agradecido.

Simplemente, intentaba estar muy bien cuando estaba con ella, fingiendo que ella era lo mejor de su vida, pero, en el fondo, estaba deseando divertirse con sus amigos sin comprometerse con nadie.

Le pidió matrimonio en su día porque creyó que era una manera de tenerla contenta y asegurarse de que siempre estaría con él, pero fue un acto muy egoísta, porque mientras ella quería casarse por amor y porque le hacía ilusión, él lo hacía por egoísmo, por tenerla en casa y tenerlo siempre todo hecho. Sin embargo, ver a Evan le había hecho cambiar esa manera de pensar. Quería ser mejor persona. Quería ser como Evan.

En aquel momento, entraron los padres de Evan, que venían a ver cómo estaba Emma.

—Hola, hijo. ¿Cómo está hoy nuestra luchadora?

El padre de Evan siempre llegaba con esperanzas. No quería que su hijo lo pasara peor de lo que ya lo pasaba.

—Bueno, ha habido un pequeño cambio, aunque no sé si bueno o malo.

Juliett lo miró, sorprendida.

—¿Qué ha pasado, cariño? ¿Cuál es ese cambio? Porque yo la noto igual... —No sabía qué cambio era, pero fue entonces cuando se fijó en Sergio, que estaba sentado en una esquina de la habitación—. ¿Quién es ese chico?

—Mamá, papá, ese chico es Sergio, un amigo de Emma de Barcelona.

No quiso darles más detalles, pero su madre se extrañó porque no estaba invitado a la boda.

—Pues no lo vimos en la boda, ¿verdad, Pedro? No había ninguna mesa con su nombre...

—Mama, es el exnovio de Emma. ¿Te vale la respuesta?

Evan bajó la voz, aunque Sergio estaba sumido en sus pensamientos y no parecía estar prestando atención a la conversación.

—Y, ¿qué hace aquí? —Quiso saber Pedro.

—Bueno, son amigos, está preocupado por ella y el cambio, en parte, quizá sea gracias a él... Bueno, a lo que iba. Emma despertó, pero volvió a dormirse... La enfermera dice que es bueno, que eso quiere decir que ya queda menos para que despierte del todo, pero, no sé. A mí no me ha conocido.

Evan volvió a entristecerse.

—No te preocupes, hijo. Verás cómo todo se soluciona y dentro de poco estáis celebrando vuestra boda.

—Papá, lo que menos me preocupa en este momento es la boda. Lo que necesito es

que se despierte y que me abrace. No lo estoy pasando bien. Me da miedo perderla.

—Hijo, no creo que la pierdas. Ella te quiere y, aunque esté dormida, seguro que sueña contigo. ¿Has probado a hablar con ella? Dile lo que sientes, hazle recordarte.

Su madre era positiva. Sabía que en el estado en el que estaba Emma era difícil comunicarse, pero no imposible.

Evan pensó en la posibilidad de hablar con ella. Últimamente no lo había hecho porque creyó que no le ayudaría en nada, así que la vigilaba, trabajaba, estaba con sus familiares y no pensaba en que ella lo escuchara. A pesar de que al principio le hablaba cada día, había dejado de hacerlo porque veía que no surtía efecto alguno y se desesperaba. Pero la enfermera le había dicho que debido a este pequeño cambio quizá ahora percibía más el entorno en el que se encontraba, con lo que podría hablarle y tal vez hacerle recordar, así que se propuso que el tiempo que estuviera con ella a solas intentaría hacer que le recordara como fuera, y que si se despertaba y no lo recordaba la volvería a enamorar, porque no estaba dispuesto a perderla.

Sergio se levantó. Estaba un poco cansado entre el viaje y los sentimientos que estaba teniendo. No pensaba que ver a Emma en ese estado causara nada en él, pero estaba realmente arrepentido. Entonces, se dio cuenta de que Evan estaba acompañado de sus padres.

—Perdón, soy Sergio, un amigo de Emma. —Se presentó.

—Hola, chico. Parece que hayas estado en otro planeta. Evan ya nos ha dicho quién eras. Estabas mirando por la ventana y no sabíamos si nos habías oído.

El padre de Evan no quiso molestarlo, pero era cierto que, ahora que se fijaba, parecía tan abatido como su hijo.

—Lo siento. Me puse a pensar en muchas cosas y supongo que me he perdido en mis pensamientos. Es un poco duro ver a Emma así, con lo viva que siempre ha sido.

Sergio bajó un poco la vista.

—Lo viva que es. No dudes de que lo sigue siendo. Únicamente está dormida, pero despertará y seguirá siendo la misma chica de siempre. —Julieta no perdía la fe.

—Seguro que sí. Voy a la cafetería. ¿Quiéren algo? Tú, Evan, ¿necesitas alguna cosa?

—No, gracias —dijeron todos a la vez.

Emma, sumida de nuevo en sus sueños, había escuchado la conversación desde lejos. Le parecía extraño estar viéndose en la playa tomando el sol, tranquila y relajada, y escuchar aquella conversación... No conocía a esas personas que hablaban y no entendía la preocupación que parecía oír en sus voces.

Sergio salió por la puerta y bajó a la cafetería, se pidió un café y salió a la calle para fumarse un cigarro. En ese momento, vio acercarse a Laura.

Lo abrazó muy fuerte. No le guardaba rencor alguno, porque sabía que su amiga lo había perdonado y si estaba allí era porque estaba preocupado, pero él no pudo aguantar más y estalló. Llevaba rato aguantando las lágrimas y no pudo más. No había llorado tanto desde que era pequeño, cuando murió su abuelo, y ahora no podía parar.

—Sergio, no llores, por favor, que no quiero llorar yo... y, en estos dos últimos meses, no paro. Bueno, mi vida ha cambiado mucho en estos dos meses... Pero, en fin, que no quiero llorar, ¡joder!

Laura nunca se había llevado bien con Sergio. Siempre había sabido que era un mujeriego y que engañaba a su amiga. Su hermano siempre le había tapado muchas cosas, pero que diera el paso de darle tiempo a Emma y haberle dejado seguir con su vida y que le deseara felicidad le había hecho ver a Sergio con otros ojos. Y si Emma quería tenerlo como amigo, ella apoyaría esa amistad. Además, pensó que era mejor tenerlo cerca, para que no pudiera meterse en la relación que volvieran a tener sus amigos.

—Perdona, no quería ponerme así, pero es que no lo puedo evitar. He conocido a Evan y parece un tío genial. Veo cómo la mira, cómo se preocupa por ella, y ahora es cuando me doy cuenta de lo capullo que he sido.

—Bueno, eso ya no lo puedes cambiar. —Laura lo miró y en ese momento le entraron dudas en cuanto a su visita. —No habrás venido a joderles nada, ¿no? Porque eso Emma no te lo perdonaría jamás, y yo, tampoco.

—No, qué va. He venido porque teníamos una conversación pendiente a la vuelta de su luna de miel... Y como no me llamó ni nada, le pregunté a tu hermano y me contó lo del accidente. No me lo he pensado dos veces y he venido, pero verla así es superior a mí. No me imagino cómo lo debe estar pasando Evan.

—Pues mucho peor, te lo aseguro. Intentamos no dejarlo solo mucho tiempo. Solo esperamos a que Emma se despierte o mejore algo, pero, conforme pasa el tiempo, todo se hace más pesado.

—Hoy se ha despertado, apenas cinco segundos. Me ha visto, ha dicho mi nombre y se ha vuelto a dormir...

Laura le cortó, sorprendida.

—¡No jodas! ¡Pobre Evan! Y, ¿no te ha echado de la habitación? Porque yo te saco a puñetazos...

Laura no lo dijo para incomodarlo, pero sabía que Evan, seguramente, se habría quedado destrozado.

—No, la verdad es que al principio no sabía en qué pensaba. Se ha quedado

parado, triste, pensando que quizá ella ya no se acuerde de él, pero luego yo le he dicho que si quería me iba y me ha dicho que no. Se nota que la quiere mucho.

—Mucho es poco. La ama de verdad. Solo te voy a pedir que, si te quedas, no les fastidies la historia y si ella no le recuerda, le ayudes a hacerlo, porque están hechos el uno para el otro. Él daría todo lo que tiene por ella, y lo digo de verdad.

—No lo dudo. He visto cómo la mira. Es como si la acariciara con la mirada. Yo nunca pude mirarla así, tan enamorado.

—Es que tú nunca has estado enamorado de ella. Te gustaba y lo pasabas bien con ella, pero ya está. Si no, no la habrías engañado nunca. Porque cuando alguien te importa tanto, no la dejas escapar. La diversión no es la misma si esa persona no está contigo. Es como vivir en otro mundo.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? Porque lo último que recuerdo de ti es que nunca has creído en el amor. Decías que el amor era pura basura.

Sergio quiso que le contara más, pero el *Momento Sinceridad* para Laura había acabado.

—Y lo era, en cierta manera. He visto sufrir a muchos amigos por amor. A Emma, la primera. Nunca he tenido motivos para pensar de otra manera, pero cuando veo juntos a Emma y a Evan, sé que sí que puede existir un amor de verdad. La persona perfecta llega sin buscarla.

En esos meses, Laura había cambiado. Pero, de momento, le preocupaba más su amiga.

Laura subió a ver a Emma y encontró a Evan solo, mirando a Emma. La había cogido de la mano y le estaba besando los dedos, uno a uno.

—Perdona. —Evan se sobresaltó—. Pensaba que estabas con tus padres.

—Se acaban de ir. Han estado un rato, pero tenían cosas que hacer. Hoy has tardado, ¿no?

Siempre solía llegar a las cuatro de la tarde los días que tenía fiesta.

—Sí, bueno, venía como siempre, pero me he encontrado a Sergio y he estado hablando con él. ¿Qué te parece que esté aquí?

—Bueno, es raro. Pero, aun así, me reconforta. Creo que ha aceptado que Emma esté con otra persona y se alegra de su felicidad, no como Giselle. —Su tono se endureció—. ¿Por qué ella no sería así? ¿Por qué no podía dejarme en paz, dejar a Emma, aceptar que no la quería...?

—Evan, ya lo hemos hablado muchas veces. Es una zorra y no hay que darle más vueltas. Ahora está en la cárcel y, por suerte, Emma está aquí. Quizá ahora no lo veas de la misma manera que yo, pero piensa que no siempre va a estar en esa cama.

—Ojalá tengas razón. Pero no sé cómo se siente y no sé si me entiende, si me escucha, si me conoce... Es duro.

—Ya me ha explicado Sergio el capítulo del día. Oye, no te agobies. Piensa que ya queda menos para que se despierte y, oye, si la tienes que conquistar de nuevo, pues lo vuelves a hacer. Total, tampoco te costó tanto...

—Bueno, me costó unos meses, que tu amiga no me lo puso fácil al principio.

Ambos rieron y, en ese momento, Evan se relajó.

CAPÍTULO 20

Nada. No puedo estar tranquila tomando el sol. No entiendo nada. Aunque me siento un poco pesada, la verdad es que estoy bastante relajada, como en un sueño. No sé, escucho voces, pero no las entiendo. No dejo de escuchar ruido alrededor. Hay una máquina pitando. Y voces, muchas voces...

Emma estaba sumida en un estado de inconsciencia. Llevaba dos meses en ese estado y lo que parecía un coma profundo, de repente, ya no lo era tanto. Podía oír a su alrededor, pero no podía despertar.

En su mente, se arremolinaban miles de recuerdos, mezclados unos con otros. Recordaba su llegada a Palma de Mallorca para trabajar y recordaba a Pierre, recordaba a Sergio y lo especial que fue su relación. En su cabeza se mezclaban momentos vividos con Evan y momentos vividos con Sergio. Estaba confundida. No sabía por qué se encontraba en aquella situación, ni quiénes eran las personas que escuchaba.

A algunas las reconocía, como a Laura, a Sergio, a Rocío, a Silvia y a Pierre. Pero había otras, como Pedro, Julieta y Evan, que le costaba reconocer. Quería despertar, pero de momento seguía sumida en sus sueños.

—Buenos días, mi niña —dijo Rocío al entrar en la habitación de Emma—. Ayer estuve hablando con Sergio y me pidió perdón. Me dijo que lo habías perdonado y que habíais quedado como amigos. Me alegro mucho, porque no es mal chico del todo.

¡Es mamá! Quiero saludarla, pero no puedo. No sé qué me pasa. ¿Cómo puede ser posible que escuche a mi madre hablarme? Estoy empezando a asustarme. Y... ¿qué dice de Sergio? ¿Que lo he perdonado? Ah, sí... No, no puede ser... No recuerdo volver con él, aunque sí recuerdo querer intentarlo y que me engañara de nuevo... Él y sus mentiras... Aunque ha dicho que somos amigos... Solo amigos... Me cuesta creer que sea su amiga... Aunque creo que hay algo que me estoy perdiendo.

—Por otra parte, veo a Evan un poco triste. Sé que te despertarás. Tienes que ser fuerte, despertarte y volver con él, a vuestra vida, cumplir vuestros sueños. No sé lo que pasará cuando te despiertes, pero confío en que todo siga igual, aunque tardes un tiempo.

Rocío acarició la cara de su hija. Estaba sola con ella, Evan había bajado a buscar un café. Rocío se volvió a sentar en la silla de al lado de su cama.

Suena triste. Debe estar sufriendo. ¿Será por mí? Pero yo estoy bien, estoy tranquila. Me ha dicho que sea fuerte. ¿Por qué no tendría que serlo? No entiendo nada. Dice que me despierte. ¿Puede ser posible que esté dormida? Y, ¿qué dice de Evan? No entiendo lo que dice y no recuerdo a Evan. Bueno, sí, creo que es mi jefe. Bueno, el ogro de mi jefe, más bien.

Evan volvió pronto de tomarse el café. No quería separarse de Emma más de lo estrictamente necesario.

—Ya estoy aquí, Rocío. Te he traído un café.

Evan alargó su mano para entregárselo.

—Gracias, hijo. Tienes mala cara. ¿Es que no has dormido esta noche?

Rocío se preocupó un poco. Estaba acostumbrada a verlo triste, pero no como ese día.

—No, la verdad es que no, no pude. Algo en mi interior me decía que quizá Emma volvería a despertarse... Y quería que me viera a mí primero.

—No te hagas mala sangre. Mira, hijo, te diré algo. Emma quizá despierte confundida. Tienes que entender que Sergio estuvo con ella cinco años de su vida y fue su primer novio. Tú, sin embargo, aunque le hayas dado mucho más y la hayas hecho mucho más feliz, solo llevas un año en su vida. Es normal que le cueste más

recordarte, pero no tienes que ver el lado malo, porque seguro que, cuando te vea, te recuerda. No importa si no te ve primero, solo que te vea.

—Gracias, Rocío. Es solo que quiero que nos abracemos, y me cuesta mucho verla así. Los días pasan y no se despierta, y yo... necesito que me mire, que me diga que me quiere, que sea ella, la chica que siempre me apoyaba... La necesito tanto...

Lo dijo con un tono tan sincero que a Rocío se le escapó una lágrima.

—Gracias a ti, por quererla tanto, por no abandonarla. Sé que es duro verla así. También lo es para mí, y para todos, pero creo que deberías salir más, distraerte. No es bueno que estés tan pendiente de ella. Hijo, sal con tus amigos. Seguro que, si hay algún cambio, serás el primero al que llamen. Llevas dos meses sin separarte de ella. Piénsalo, ¿vale?

—Lo pensaré.

Evan sabía que su suegra tenía razón. Nada cambiaría mientras se quedara mirándola todo el día, y él también necesitaba despejarse. Quizá así se sintiera algo mejor.

¿Puede ser eso posible? No, no creo. Yo nunca estaría con mi jefe... Pero era mi madre... Y él hablaba muy sincero... Y parece que me quiere... ¡Joder! ¡No me acuerdo de nada y no sé qué coño pasa! ¡Quiero despertarme de donde sea que esté!

Emma estaba muy confundida. Desde que estaba escuchando sin parar esas conversaciones que todos mantenían a su alrededor, había oído a todos apoyar al que ella recordaba como su jefe, *El Ogro*. Sin embargo, no parecía para nada un ogro. Parecía triste y cariñoso. Escuchaba a todos sus amigos dándole apoyo, incluso a Sergio, y parecía que se llevaban bien. No entendía nada y estaba muy cansada. Quería despertarse, pero no podía.

Había oído a sus amigos ir a verla y contarle cosas. Sus amigas parecían muy felices, aunque cuando se referían a ella parecían entristecerse de nuevo. ¿Qué le habría podido pasar para que todos estuvieran así con ella? Debía ser algo grave, pero no sabía el qué.

Evan, siguiendo el consejo de Rocío, se fue una noche con sus amigos a celebrar el cumpleaños de Pierre. Había venido Silvia, como cada semana desde el accidente de Emma. Pasaba todo el tiempo posible con Pierre. Parecía que habían resuelto sus problemas y por fin tenían una relación, aunque no se lo habían contado a nadie.

También podría ser que no la tuvieran, aunque se los veía muy felices.

Fueron a tomar unas copas a un local nuevo que habían abierto cerca del hospital.

—¡Qué bien verte fuera del hospital, Evan! —dijo Pierre.

—Aún no me lo creo... Me cuesta separarme de Emma.

—No hace falta que lo jures, todos te creemos —dijo Laura—. Pero no te preocupes. Estará bien atendida.

—Lo sé. Les pago muy bien para que lo hagan —dijo en un tono confiado.

—Bueno, Evan, y... ¿qué planes tienes después de que despierte? Porque quiero verte hacer planes con ella, no quedarte pensando en que la has perdido... —dijo Silvia, que desde hacía un tiempo no paraba de repetirle a su amigo que cuando despertara nada cambiaría entre ellos, pero él nunca la creía.

—¿Le has contado lo de Sergio? —preguntó Laura a Pierre, en una esquina, sin que el resto escuchara.

—No, la verdad es que no he tenido tiempo.

—Bueno, lo cierto es que no lo he pensado mucho —dijo Evan—. Pero te aseguro que si ella se despierta como si solo se hubiera ido a dormir, no pienso esperar más tiempo para casarme con ella. Nos casaremos y nos iremos de luna de miel. No me importa que no vengan tantos invitados, ni que la boda sea más modesta. Solo la necesito a ella.

—A mí me invitarás, ¿no? —dijo Darío. Desde el accidente de Emma, habían vuelto a ser tan amigos como años atrás.

—Claro, además te debo mucho, tío. Mucho.

—No me debes nada.

Darío todavía se culpaba un poco por el accidente. Siempre pensó que podría haber hecho más por evitarlo, aunque nunca imaginó hasta qué punto llegaría Giselle para hacer lo que hizo.

Todos estuvieron divirtiéndose un buen rato, mientras en el hospital, por una vez en mucho tiempo, Emma se quedó completamente sola en la habitación.

Aquella tarde había recibido la visita de todos sus amigos, que estuvieron convenciendo a Evan de que saliera con ellos, y se había notado algo inquieta. En su mente había una sensación extraña, como si estuviera teniendo una pesadilla. No dejaba de escuchar a las personas, diciendo que ella despertaría. No entendía nada. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? No sabía dónde se encontraba exactamente, pero estaba segura de que no era donde ella creía. Todos parecían preocupados y ella se sentía mal, porque en su interior estaba bien y no quería que se preocuparan más.

Al rato de quedarse sola, comenzó a sentirse en calma, y quiso probar a

concentrarse profundamente para ver si así despertaba. Ella quería estar despierta, con sus amigos, quería dejar de notarlos tristes, quería que su madre no llorara, que nadie llorara...

En ese momento, entró Sergio, que había ido a verla antes de irse al apartamento que había alquilado. Habían pasado cuatro días desde que había llegado a la isla y no había podido estar solo con ella en ningún momento. Le había impactado mucho verla así, tan dormida, tan tranquila, y cuando se despertó y dijo su nombre no supo que pensar. No había ido a verla con la idea de recuperarla, solo quería ser su amigo, como lo habían sido antes de salir juntos.

Quería contarle que en el año que llevaba sin ella había cambiado de verdad. Se había centrado en el trabajo y se había dado cuenta de todo lo que había perdido por mentirle. La echaba mucho de menos.

Entendía que ella fuera feliz y eso lo iba a respetar por encima de todo, porque la quería y quería su felicidad. En el momento en que se acercó a su camilla, vio cómo Emma, de repente, movió un dedo. Se quedó pasmado mirándola.

Emma estaba concentrada para despertarse cuando de repente escuchó la voz de Sergio.

—Emma, sé que puedes oírme, tienes que despertarte. Por favor, hazlo por todos los que te queremos. Es muy duro verte así. Quise hacer las cosas mejor y te dejé tranquila. Lo conseguí y tú cumpliste tus sueños; ser directora de una gran revista, enamorarte y ser feliz. Sé que esto no entraba en tus planes, pero es por eso por lo que tienes que luchar. Yo te quiero y ahora me doy cuenta de lo que perdí, por eso te pido que luches, que te despiertes y, si quieres, me eches de aquí, pero despierta, por favor.

En ese momento, Emma se concentró con todo su ser. Había oído perfectamente lo que Sergio le decía y no comprendía cómo había llegado a enamorarse y a ser feliz, pero ya lo averiguaría. Ahora quería despertarse. Y abrió los ojos. Se encontró en lo que parecía una habitación de hospital.

Había un sofá y una mesita. Sobre ella, documentos y un portátil. En el suelo, un maletín y otra maleta más grande. En la otra esquina había dos butacones más. En uno de ellos estaba sentado Sergio, mirando al suelo, triste. Ella no entendía nada.

—¿Por qué te tengo que echar? —preguntó de repente, sin entender nada.

Sergio la miró sorprendido. No daba crédito a lo que veía. Emma lo miraba con cara extrañada. Aparentemente se la veía bien. Entonces, se levantó y la abrazó. Llamó a la enfermera y mientras esta la examinaba telefoneó a Laura, ya que no tenía el móvil de Evan.

—¿Sergio? ¿Qué pasa? Estoy tomando unas copas con unos amigos. Es el cumpleaños del socio de Emma.

Laura no escuchaba muy bien. Había mucho ruido en el local donde estaba.

—¿Estás con Evan? Es Emma —le dijo algo agitado.

—¿Qué? ¿Sergio? Espera, que no te oigo. Voy afuera.

Evan al escuchar que era Sergio, se extrañó. Miró su teléfono y vio que no tenía ninguna llamada. Aun así, acompañó a Laura fuera.

—¡Que si estás con Evan! —le dijo Sergio gritando.

—Sí. Oye, no me chilles, que ya he salido del barullo del local donde estaba.

—¡Pues venid al hospital cagando leches! ¡Emma está despierta!

Evan escuchó los gritos de Sergio y le quitó el teléfono a Laura.

—No tardo ni dos minutos. —Dicho esto, colgó la llamada—. Avisa tú a los demás. Yo me voy corriendo. ¡Joder! Dos veces, y las dos veces con él.

No dejó que Laura le contestara. Se fue a toda mecha hacia el hospital. Por suerte, estaba a dos calles y llegó en menos de cinco minutos. Se encontró a Sergio en la puerta de la habitación. La enfermera lo había hecho salir mientras exploraban a Emma. Esta no dejaba de preguntar qué había pasado y por qué estaba ahí.

—¿Qué ha pasado? Joder, mira que nunca me separo de ella y para un día que me dejo convencer...

Estaba enfadado, muy enfadado.

—Cálmate, tío, que te va a dar algo. Tranquilízate, no es culpa tuya. Ella está bien.

—¡Cómo que está bien! ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha dicho?

—Bueno, yo estaba hablándole, lo necesitaba. Le pedía que se despertara, que lo hiciera por todos nosotros, que luchara y se pusiera bien, aunque solo fuera para echarme. Entonces me ha dicho que por qué lo iba a hacer y he ido a avisar a la enfermera cagando leches. Luego, he llamado a Laura. Te habría llamado a ti, pero no tenía tu teléfono... Y ya no sé más. La enfermera me ha echado de la habitación.

—¡Qué mala suerte tengo! Las dos veces que se despierta y no estoy a su lado...

Fue a preguntar al mostrador, echando humo por las orejas. Estaba enfadado consigo mismo. Le informaron de que le estaban haciendo unas pruebas y que en breve le dirían algo. Sergio se acercó a él con cautela.

—No te culpes ni te martirices. Esas cosas pasan. Además, ¿cuánto tiempo llevas aquí sin separarte de ella? No sabías cuándo se despertaría.

—Ya, pero... ¡Joder, siempre te ve a ti! Parece que el destino me la esté jugando.

Evan no sabía qué pensar. Estaba desquiciado, deseando poder entrar a verla, hablar con ella. Necesitaba saber si le recordaba. No dejaba de pensar en eso, cuando

llegaron los demás corriendo.

—Hola, ya estamos aquí. ¿Cómo está? He llamado a Rocío y ahora vendrá — comentó Laura.

—No sé, no he podido verla. Por lo visto, le están haciendo unas pruebas. Cuando he llegado, Sergio estaba fuera. Tampoco le han dejado entrar.

—Bueno, pues esperaremos un poco más. Evan, tienes que estar tranquilo. Llevas esperando dos meses. Por una hora más, no pasa nada.

—Sí, que pasa. Que yo no estaba aquí. Eso pasa... Mira, Pierre, sé que lo habéis hecho con buena intención, lo de querer sacarme de aquí para distraerme, pero no debería haber ido. Yo necesitaba que se despertara y que me viera...

Silvia le cortó.

—Evan, no seas injusto con nosotros. Llevamos dos meses a tu lado, sufriendo contigo. A nosotros también nos importa, y lo hemos hecho porque era el cumpleaños de Pierre. ¿Crees en serio que si hubiéramos sabido que iba a despertar nos habríamos ido? Chico, no tenemos una bola de cristal, ni predecimos el futuro, solo queríamos animarte. Bueno, animarnos todos. Parece que no te des cuenta de nada, pero todos estamos mal. Todos queremos que se despierte y ahora ha despertado, y no creo que tengamos que estar discutiendo. Sé que estás preocupado por cómo estará. Nosotros también lo estamos, pero eso solo lo sabremos cuando los médicos nos informen, así que, por favor, tranquilízate y no lo pagues con nosotros.

A Silvia le dolía que Evan se enfadara con Pierre. Él le importaba mucho y era su cumpleaños. Llevaban mucho tiempo mal, viendo a Evan destrozado y a Emma en la cama sin despertarse, pero cuando ellos dos estaban solos se olvidaban de todo y se centraban en lo que realmente les importaba; volver a recuperar ese tiempo perdido que había pendiente entre ellos.

Habían estado años enamorados el uno del otro sin decirse nada y querían estar juntos, pero lo que siempre habían dejado claro era que en esos momentos Emma era lo más importante.

Evan miró sorprendido a Silvia. Nunca le había hablado así. Estaba muy enfadada. Todos parecían estar enfadados. Quizá se culpaban por estar divirtiéndose mientras su amiga estaba en el hospital, pero lo cierto era que hacía mucho tiempo que no salían, y no pensaron que el estado de Emma fuera a mejorar precisamente aquella noche.

—Tienes razón, Silvia. Perdonadme. Es que no puedo soportar más el no saber. Tengo miedo a perderla.

—No creo que la pierdas. Emma te quiere mucho y está enamorada de ti. Le has

dado mucho en este año que habéis estado juntos, pero te voy a dar un consejo; pase lo que pase, tienes que ser paciente con ella, porque en el caso de que no sepa lo que ha pasado, tiene que notar tu cariño y tu apoyo. ¿Vale?

—Vale, lo intentaré. Mira, por ahí viene su médico.

El doctor se acercó con cautela al grupo de amigos, en concreto, a Evan. No sabía cómo comenzar. Emma había despertado y estaba bien de salud, que era lo más importante, pero había sufrido un fallo neuronal. Una de sus glándulas cerebrales estaba un poco dañada y esos daños le impedían tener recuerdos a corto plazo, lo que le impedía a Emma recordar el accidente. Le habían hecho unas pruebas para comprobar la magnitud de los daños, pero de momento eran incapaces de precisar la franja temporal que abarcaba. Estaban seguros de que, ahora que había despertado, mejoraría. Pero no sabían en cuanto tiempo.

—Señor Manzano, buenas noches —dijo el doctor Keneth.

—¿Qué tal está Emma, doctor?

Evan estaba muy preocupado.

—Verá, la señorita Fernández está bien. Ha despertado y está desorientada. Hemos hecho unas pruebas, porque lo último que recordaba era su llegada a Palma de Mallorca, lo que indica que ha perdido parte de su memoria, como era de esperar. Ya le comenté que a muchos pacientes les pasa.

—Pero, eso fue hace un año... ¿No recuerda nada?

—En realidad sí recuerda cosas. Matices de cosas, más bien. Emma tiene dañada una glándula del lóbulo temporal del cerebro. Esto lo que hace es evitar que tenga nitidez en sus recuerdos. No los ha borrado, porque solo está dañada, lo que quiere decir que en un tiempo sanará y volverá a recordar todo con nitidez. Pero, por ahora, no puede.

—No le entiendo muy bien. Entonces, ¿cómo se encuentra ahora exactamente?

—Verá, ahora recuerda momentos de su vida muy puntuales. Cuando he ido a examinarla, no recordaba nada del accidente. Me ha explicado que ha venido aquí por trabajo con una amiga, y que no entendía qué le había pasado. Lo último que recuerda es llegar a la isla para trabajar. Hemos realizado las pruebas que debíamos y no hemos visto daños importantes. Eso quiere decir que, con el tiempo, irá recordando las cosas por sí misma.

Evan no acababa de entenderlo. Laura, a su lado, lo entendió algo mejor.

—Doctor, ¿quiere decir que Emma no recuerda las cosas que le han sucedido durante el último año?

—Sí, el problema es que no hay ningún estudio que nos hable del tiempo que

tardará en recordarlo todo. En estos casos, hay que ser muy fuertes. Hay pacientes que en una semana ya lo recuerdan todo y otros pacientes que han tardado más de cinco años.

Evan se desplomó en una de las sillas. Su cabeza no paraba de pensar en que la había perdido. No sabía por qué, pero, si había entendido bien al médico, ella se había quedado estancada en la ruptura con Sergio y no sabía que después lo había conocido a él y habían pasado juntos un año maravilloso. Cada vez estaba más agobiado. Aquello era una pesadilla.

—Necesito verla, doctor. Necesito ver cómo reacciona.

—Claro, pero le voy a dar un consejo que espero que siga. Sé que en ocasiones resulta difícil vivir una situación así, pero dele tiempo. No debe agobiarla con los recuerdos. En ocasiones recuerdan las cosas por sí mismos antes que si alguien no para de decirles lo que han vivido juntos. Si tiene alguna duda, llámeme y lo hablamos. Mañana por la mañana pasaré a verla y le haremos alguna prueba más. Si todo está bien, podrá irse a casa.

—Gracias, doctor. Chicos, necesito estar a solas con ella un momento, por favor.

—Claro, ya esperamos aquí.

CAPÍTULO 21

Evan se dirigió a la habitación de Emma. Su cabeza no dejaba de dar vueltas y más vueltas. El doctor le había dicho que lo último que recordaba era llegar a la isla. Quizá ni siquiera lo recordaría. ¿Qué debía decirle? El doctor había sido muy claro. Nada de presiones, nada de agobios. Pero él solo quería estar con ella.

Al llegar a la puerta de su habitación, se paró dos segundos. Estaba mucho más nervioso que el día que fue al café de al lado de la redacción, cuando Sergio fue a pedirle perdón, así que respiró profundamente y abrió la puerta. Entró con paso decidido y allí estaba ella, sentada en la camilla con la mirada en otra parte. De repente, al escuchar la puerta, miró hacia ella y lo vio entrar. Puso cara de sorpresa. No sabía muy bien por qué él la miraba con aquellos ojos inundados de lágrimas. Ella pudo ver cuánto dolor sentía en su corazón y no quiso que se sintiera así.

—¿Evan? ¿Qué me ha pasado? Me han dicho que tuve un accidente de coche. No entiendo nada...

Evan se sorprendió. ¡Lo había llamado por su nombre! Una pequeña llama de esperanza se iluminó en su cara.

—¿Cómo me has llamado? Me han dicho los médicos que no recordabas nada...

—Bueno, me acuerdo de algunas cosas de antes de estar en esta cama de hospital... Y te he llamado por tu nombre. Evan. No sé quién es el que se ha dado el golpe en la cabeza...

Emma estaba extrañada. No entendía por qué le decía eso.

—¿Antes de estar aquí? Emma, cariño, llevas aquí dos meses. Según tú, ¿qué hiciste antes de estar aquí?

Ahora estaba todavía más confundido. Ella creía que había pasado muy poco tiempo desde el accidente...

—Pues me levanté y Laura y yo fuimos a trabajar. Nos conocimos y creo que nuestro encuentro no fue lo más agradable del mundo. Y luego me fui a trabajar a mi despacho. Sé que quizá no tuve el mejor día de mi vida, pero después de eso no recuerdo mucho más. Está todo bastante borroso. Espera un momento... ¿Dos meses, dices? ¿Qué... qué ha pasado?

—¿De verdad, no recuerdas nada más?

Emma lo miró de repente. Su jefe estaba llorando. Sus ojos estaban rojos y ella no pudo entender nada...

—Lo siento. No sé qué me ha pasado. ¿Me lo puedes explicar? Porque no entiendo nada... ¿Por qué estás tan triste? ¿Acaso tú provocaste el accidente, o algo de eso? Porque, si fue sin querer, te juro que no te guardaré rencor, siempre y cuando conserve mi trabajo, claro.

—Emma, hoy es 25 de junio. Tuviste el accidente el 9 de abril, de camino a tu boda.

Evan no podía hablar. Se sentía superado por la situación y Emma no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿En serio? No me lo creo... Parece que fue ayer cuando discutí contigo en tu despacho... ¿Dónde está Sergio?

Evan la miró y no pudo más. Se levantó y salió de la habitación entre triste y enfadado. Le había dado a entender que la boda era con Sergio. La había cagado y ya no lo podía arreglar... Estaba desesperanzado y únicamente quería estar solo para pensar.

Laura lo interceptó cuando salió de la habitación y, al verlo, supo que todo había ido mal. Muy mal.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—Que en cuanto vea a Sergio se querrá ir con él. Estoy seguro. Me conoce, pero solo sabe que soy su jefe... No recuerda nada... No sé qué hacer Laura. No quiero perderla...

—Por favor, Evan, no la vas a perder. Dale tiempo, ¿vale? Déjame hablar con ella.

Acto seguido, Laura entró en la habitación y se alegró mucho de ver a su amiga bien. En los dos meses que llevaba tumbada y dormida, no se había fijado, pero el pelo le había crecido mucho. Lo tenía muy largo y ondulado, le caía por los hombros y le llegaba a la cintura. Nunca había tenido el pelo tan largo y le hizo gracia.

Le habría gustado contarle todo lo que le había pasado durante esos dos meses en los que no había estado con ella, ya que, por una extraña razón, aquella chica que no creía en el amor en absoluto se había enamorado de la manera más loca. Y se moría por contárselo a su amiga, pero ya tendría tiempo de hacerlo. Ahora tenía que arreglar

las cosas para que su amiga volviera a ser feliz con Evan y viviera su cuento de hadas.

—Rapunzel, Rapunzel... ¡Vaya melena! Bueno, y ahora pongámonos serias. ¡Vaya susto nos has dado a todos!

—¡Laura! —dijo esta, sonriendo—. ¿Me puedes explicar qué ha pasado? Y, ¿por qué Evan estaba llorando? ¿Me ha atropellado él?

—Emma, cielo, ¿de qué habéis hablado?

—De nada. Solo me ha dicho que llevo aquí dos meses, que tuve un accidente cuando iba a mi boda... Pero lo curioso es que no me acuerdo de que me casara... Me acuerdo de que anulé mi boda con Sergio porque el cabrón me engañó con la zorra de Jessica, pero no me acuerdo de que hiciera las paces con él. Lo último que recuerdo es mandarlo a la mierda, venirme contigo aquí, intentar olvidar a Sergio... Aunque estaba muy pesado... Pero, claro, por otra parte, me ha dicho que me casaba el 9 de abril... Y a la isla llegamos en junio, me acuerdo perfectamente... Pero no me acuerdo de nada en todo este tiempo. Ha pasado casi un año. ¿Es posible?

—Emma, sé que esto te resultará un poco difícil de entender, pero te aseguro que volverás a recordarlo todo... No te ibas a casar con Sergio, sino con Evan. Por eso estaba tan afectado.

Emma se llevó las manos a la boca y ahogó un grito. No entendía nada. ¿Cómo podía haber estado a punto de casarse con su jefe? Aunque tenía que reconocer que era guapísimo y que era el chico perfecto, al entrar en la habitación y verlo sí que era cierto que algo en su interior había hecho que sintiera mariposas, pero lo que recordaba de él es que era un gruñón y ella jamás se fijaría en alguien así. Además, trataba fatal a la gente, aunque a ella nunca la había tratado mal y, en el fondo, tenía una sensación extraña cuando lo miraba.

—Sé que no me mentirías y menos en un hospital. ¿En serio me iba a casar con Evan? Bueno, quiero decir... ¿Soy su prometida?

—Sí, vivís juntos desde hace medio año, más o menos. Él ha cumplido todos y cada uno de tus sueños. ¿No te acuerdas de nada?

—No... Laura, te juro que lo último que recuerdo es tener un mal día porque Sergio no dejaba de mandarme mensajes. Y Evan, cuando lo conocí, quería despedir a Marcos, el fotógrafo, y eso me enfureció más. Luego, recuerdo que al final no hubo despido, y recuerdo también que Evan quiso comer conmigo, pero yo no estaba muy por la labor. Sergio me llamó y no recuerdo mucho más. Sé que en ese momento estaba con Evan en mi despacho y creo que me consoló. No sé en qué momento pude perdonar a Sergio, pero lo tuve que hacer porque está aquí. Así que supongo que en algún momento lo hice, ¿no?

—No le perdonaste hasta el día de antes de tu boda y solo sois amigos. No lo olvides, por favor. Mira, creo que tú sola recordarás las cosas y que el tiempo todo lo dirá. Solo te voy a pedir que no hagas sufrir mucho a Evan. No lo ha pasado nada bien. Lleva los dos meses recluido aquí contigo. Te ama de verdad... Sé que ahora te cuesta, pero no la fastidies. En serio, estáis hechos el uno para el otro.

—Laura, ¿si no lo conozco! Bueno, quiero decir que no lo recuerdo bien... Supongo que me tendré que poner al día... Está bien, hablaré con él... Ahora entiendo qué hace el portátil ese ahí... ¿En serio lleva aquí los dos meses?

—Sí. Hoy no estaba porque lo hemos arrancado de aquí para celebrar el cumpleaños de Pierre. Por eso se siente culpable también; porque despertaras y no estuviera contigo.

—Pobrecillo. ¿Puedes ir a buscarlo? Quiero pedirle disculpas.

Emma estaba arrepentida. No sabía nada de ese último año, pero sí que sabía que no se casaba con cualquiera, y algo en su corazón le decía que si había aceptado tendría que darle una oportunidad.

Evan se había ido al baño. No podía soportar la idea de haberla perdido y necesitaba desahogarse. Y no quería hacerlo delante de todos. Pierre había ido tras él. Se había imaginado que la cosa no había ido muy bien y que quizá su amigo necesitara un hombro en el que llorar.

—Evan, ¿estás bien? Ya sabías que esto podía pasar. Pero, por lo que ha explicado el doctor, puede recordar cosas de un momento a otro. No te cierres en banda, por favor. Ten esperanza. ¿La has tenido los dos meses que llevaba sin despertarse y la vas a perder ahora?

Pierre estaba preocupado y no sabía cómo animarlo. A decir verdad, la situación era complicada para todos.

—Sabía que podía pasar, pero no quería creerlo.

Evan parecía abatido.

—Mira, no puedo darte un buen consuelo porque la situación es difícil para todos, y para ti mucho más, pero sí que te voy a dar un consejo. Ella está ahí y está bien. Aunque no se acuerde de muchas cosas, las acabará recordando. No te diste por vencido cuando ella no creía en el amor y la enamoraste. ¿Por qué crees que ahora no puedes hacerla recordar?

—Porque está Sergio. Ella se acuerda de él. No sé qué recordará exactamente, pero, si no he entendido mal, cuando estaba con ella ha creído que con quien se casaba era con él. ¿Qué hago ahora? Pierre, si ella quiere volver con él... No sé qué haré si ella quiere eso.

—No lo pienses ni un segundo. Mira, creo que, aunque él haya sido un cabrón con ella cuando estaban juntos, ahora quiere ser su amigo y no creo que sea una mala persona. Pero, si te sientes mejor, hablaré con él para que no se meta entre vosotros.

—Pero no quiero eso, Pierre, aunque sea difícil de entender. Yo la quiero. Quiero que sea feliz conmigo, pero, ¿y si esto ha pasado por algo? No sé, quizá ella necesite algo que yo no le puedo dar... Mira, estoy hecho un lío... ¿Y si nunca más se acuerda de lo nuestro?

—Evan, no pienses más en eso. Dale tiempo y ya lo iras viendo. De momento, ella tiene que asimilar muchas cosas. Ponte en su lugar, aunque sea un momento. No la agobies y deja que recuerde las cosas por sí misma. Lo que tenga que ser, será.

En ese momento, alguien picó a la puerta. Era Laura, que le pedía a Evan que fuera a la habitación de Emma. En ese momento, Evan decidió ser fuerte y seguir el consejo de Pierre. No presionaría a Emma para que recordara, dejaría que ella misma reconstruyera su vida poco a poco. Y esperaba que, con el tiempo, pudieran retomar su relación, por muy duro que le pareciera.

Al llegar a la habitación, oyó cómo hablaba con Silvia y esperó detrás de la puerta, escuchando la conversación que ambas mantenían.

—No me creo que haya pasado tanto tiempo. Lo último que recuerdo es que viniste hace dos días a pasar el fin de semana con nosotras y que estuvimos hablando de Pierre y de Sergio. Yo tenía muchas dudas y tú me diste tus sabios consejos... Pero parece ser que ha pasado un año... No entiendo nada...

Silvia quiso suavizar la situación.

—No te preocupes, ya te acordarás. El doctor dice que es normal, pero para eso estamos tus amigos; para recordarte las cosas. Fíjate que yo casi no me acuerdo de aquel fin de semana, aunque sí recuerdo otro que vine y tú no estabas. Te habías ido con Evan a pasar el fin de semana a Madrid... Y debiste estar muy ocupada, porque no atendías las llamadas.

Silvia le sonrió y Emma le devolvió la sonrisa, aunque no recordara aquello.

—Pues la verdad es que no me acuerdo, pero, si lo dices, será verdad. No te negaré que cuando lo he visto he tenido una sensación extraña. Primero he pensado que quizá la había liado mucho en el trabajo para que mi jefe estuviera aquí, pero cuando he visto su mirada... No sé, algo extraño me ha recorrido todo el cuerpo. Me pone nerviosa.

—Normal. Es una pena que no te acuerdes de nada, porque estabais muy enamorados. Te juro que en mi vida te había visto tan feliz. Y a él, tampoco.

—¿De verdad? Lo último que recuerdo es no querer estar con nadie jamás. Todavía

me duele haber perdido a Sergio y todavía tengo esa sensación de no querer que nadie me haga daño... ¿Cómo puede ser que me enamorara? ¡Joder! ¡Quiero recordar!

Silvia la abrazó cariñosamente.

—Bueno, tranquila, date tiempo. Oye, voy a ir a buscar a Evan porque, o Laura se ha perdido por el camino, o no lo ha encontrado.

—No me extrañaría que se hubiera ido, después de cómo he reaccionado con él...

En ese momento, Emma, sin saber por qué, sintió un extraño sentimiento que le hacía palpar el corazón con más intensidad.

—Estoy segura de que Evan no se iría. No sin ti. Y por lo de los recuerdos, no te preocupes. Ya volverán. Voy a buscarlo y habláis. Sé que quizá ahora te sea difícil estar con él, pero estoy segura de que lo arreglaréis, porque nunca había visto a una pareja tan unida como vosotros. Y, en cuanto a Sergio, espero que seas sabia y los pocos recuerdos que tienes no te la jueguen.

Emma no sabía muy bien por qué se lo decía. Pero, si estaba ahí a pesar de que se fuera a casar con otro, sería por algo. Algo que tendría que averiguar.

—Tranquila, lo tendré en cuenta.

Silvia salió y chocó con Evan, que hizo como si acabara de llegar y fuera a entrar en la habitación. A pesar de haberlas escuchado hablar, su mente le estaba dando vueltas a las últimas palabras de ambas y se preocupó mucho, porque sabía que si Emma y Sergio hablaban quizá ella quisiera volver con él. Todavía podía recordar cómo ella siempre había tenido la esperanza de que cambiara y, en ese año que llevaban juntos, lo cierto era que él había cambiado y quizá ahora fuera más merecedor de estar con ella. Pero él no estaba dispuesto a perderla y lucharía contra Sergio si era necesario.

—¡Has vuelto! —dijo Emma, esbozando una pequeña sonrisa. Lo hizo para calmarlo un poco.

—Sí, he vuelto. Mira, sé que no he reaccionado bien, pero entiende que llevo dos meses sufriendo, esperando a que te despertaras. Y ahora... no te acuerdas de nada. Y yo...

Emma le cortó y alargó la mano hacia una esquina de la cama. Le pidió que se sentara y él lo hizo sin más, con naturalidad.

—Lo siento, de verdad que lo siento, pero es que me resulta extraño todo esto; estar en un hospital, no acordarme de nada y descubrir que hemos estado a punto de casarnos... Y me da rabia no recordar, porque... —En ese momento, lo miró a los ojos y por primera vez vio un brillo especial en ellos. Un brillo que hacía años que no veía en nadie, y le acarició la mejilla suavemente—. Yo no me caso con cualquiera, así que, si te dije que sí, es por algo. Pero me costará un poco descubrirlo y, por eso, te

pido paciencia.

—Paciencia tengo mucha, Emma, te lo aseguro. Solo te necesito a mi lado para no decaer. Para mí es muy duro pensar que hace dos meses íbamos a cumplir nuestro sueño. Recordar ese momento en el que Darío vino a casa y me dijo que habías tenido un accidente... Cuando llegué al hospital...

Una lágrima cayó por su mejilla y Emma la limpió con una suave caricia. No recordaba mucho, pero notaba que a él le importaba de verdad y que era sincero.

—No te preocupes, solo necesito tiempo. Podemos intentar empezar de cero y a ver qué pasa, ¿vale? Creo que fuera hay gente que quiere verme, pero estoy un poco saturada... No sé si es posible que les digas que vengan mañana. Y tú puedes irte a descansar también. Tienes cara de cansado.

Evan no quería irse, pero pensó que quizá sería buena idea.

—No quiero dejarte aquí, pero creo que podré aguantar una noche lejos de ti. De todas formas, creo que hay alguien a quien tienes que ver. Supongo que ya habrá llegado. Es tu madre.

Emma se sorprendió.

—¿Mi madre? ¿Qué hace aquí? Ella vive en Barcelona y no habrá tenido dinero para venir...

—Cariño, lleva aquí desde la boda. Se ha quedado en nuestra casa y yo me instalé aquí... No podía apartarme de ti.

En ese momento, Emma se preocupó, porque no sabía qué iba a hacer cuando saliera del hospital. Compartía casa con Evan y en esos momentos lo vio como un problema. ¿Cómo se iba a ir a vivir con él ahora, si apenas lo conocía?

—Bueno, en ese caso, que se quede mi madre. Gracias, Evan.

Evan salió a buscar a Rocío, que entró como un vendaval a la habitación de su hija. Al verla despierta, la abrazó muy fuerte y comenzó a llorar.

Evan se marchó con sus amigos. Les dijo que Emma quería estar sola y descansar y que al día siguiente estaría por todos, así que accedieron a marcharse.

Él se fue a casa de Pierre, pues no quería estar solo. Se sentía extraño. Emma había despertado y eso le alegraba, pero, por otra parte, le entristecía no poder estar con ella como él quería. Había decidido guardar un poco las distancias con ella, aunque en el momento en el que estuvieron hablando en el hospital y ella le acarició, a él se le paró el tiempo. Quiso estar así mucho más. Era lo más cerca que podía estar de abrazarla o de besarla.

Se moría de ganas por tener esos momentos, y no dejaba de pensar en todo el tiempo que podía pasar hasta que llegara la hora de poder volver a estar así, si es que

en algún momento volvían a estar así. En esos momentos tenía las esperanzas por los suelos, aunque recordó que ella le había dicho que podían empezar de cero. Eso significaba que ella estaba dispuesta a darle una oportunidad, pero él seguía dándole vueltas y más vueltas a su cabeza.

Cuando entraron en casa de Pierre, él se quedó un rato en la terraza que daba a la playa, mientras Pierre sacaba unas cervezas de la nevera.

—¿Cómo lo llevas? Supongo que no debe ser fácil separarte de ella sabiendo que está despierta, pero mira el lado positivo; quizá mañana cuando vuelvas se acuerde de algo. ¿De qué habéis hablado?

—Pues, la verdad, de muy poco. Dice que siente no recordar nuestra vida en común. Laura le ha dicho que estábamos juntos y Silvia también. Las escuché hablar antes de entrar en la habitación. Ella me ha dicho que podemos comenzar desde cero, así que he decidido no agobiarla. Prefiero que recuerde las cosas por sí misma. Es lo que ha dicho el médico y creo que es lo mejor. Me dolerá, porque no abrazarla ni besarla me cuesta, pero tengo que hacerlo. Además, cuando le hablo, me mira de forma extraña, como si no entendiera por qué soy así con ella... Pero soy incapaz de hablarle con otro tono. No sé si me entiendes.

Su amigo algo podía intuir.

—Hombre, no debe ser fácil para alguien que cree que eres su jefe y que, de repente, te hable y te diga *cariño* o *princesa*... Y tengo que reconocer que a veces eres un poco *pasteloso*... Sé que a Emma le encanta esa faceta tuya, pero, claro, sin recordarlo, igual es algo complicado.

—Ya, pero, ¿qué hago? Intento medir mis palabras, pero no puedo. No sé qué voy a hacer si ella no vuelve a ser la que era. Y además está Sergio... No sé qué pensar, y está claro que no puedo espiarla para ver de qué hablan y de qué no hablan... Pero no creo que lo pueda llevar muy bien. He visto cómo la mira y sé que se arrepiente de todo lo que le hizo, y que, si pudiera, haría lo que fuera por estar con ella.

—Eres un exagerado. Quizá se arrepienta de lo que le hizo, pero él sabe que ella es tu prometida, que no se te olvide. Igual ahora ves las cosas con otra perspectiva, pero ella irá recordando cosas y, cuando pregunte, ahí estaremos todos para ayudarla. ¿Sabes lo que creo que le vendría bien?

—¿Qué? —quiso saber Evan, seguro de que su amigo estaba planeando alguna de las suyas.

—Trabajar, que vuelva cuando quiera. Creo que estar en la revista le iría bien. Tal vez así recuerde cosas.

—Tío, pero, ¿cómo eres así? Tú quieres que vuelva porque solo no te puedes

apañar, pero creo que ella necesita descansar un tiempo.

—No digo eso. Creo que los dos podríais volver. Piénsalo. Ella no recuerda ser la directora general. No sabe que una parte de la empresa es suya. Necesitará tu ayuda con eso y creo que te iría bien pasar tiempo con ella.

—Me iría bien, pero no trabajando. Yo no la voy a forzar a nada. Que vuelva cuando quiera y que haga lo que ella quiera. Dale un poco de manga ancha. Quizá al principio esté desubicada y todo le sobrepase un poco, o mucho, porque tiene que acostumbrarse a que es la dueña de la revista. Ella sigue pensando que solo es la directora de redacción y no lo entenderá. Me preocupa más el resto de cosas. Vivimos juntos y dormimos juntos. Y ahora, ¿qué pasará? No sé si ella querrá vivir conmigo.

—¡No te agobies! Pareces un niño de cinco años. ¿Te lo ha dicho? No, no te ha dicho nada.

—Es que no sabe que vive conmigo. Bueno, sí, porque le he dicho que su madre estaba en nuestra casa, pero no me ha dicho nada.

—Pues ya te dirá ella lo que quiere y lo que no y, si has decidido que no la forzarás a recordar ni a nada, seguro que acatarás cualquier cosa que ella quiera, porque la quieres.

—Claro, eso no lo dudes, pero me costará. Si ella no quiere que vivamos juntos de momento, ¿puedo venirme aquí contigo? —preguntó algo cansado.

—Sí, claro que sí, el tiempo que Emma necesite, que ya te digo que no será eterno. Anda, vamos a descansar, que te hacen falta muchas horas de sueño.

—Sí, lo cierto es que llevo estos dos meses durmiendo fatal. Te lo agradezco.

Ambos se marcharon a dormir. Evan tenía la esperanza de que, si se dormía muy rápido, antes amanecería y podría ir a ver a Emma, aunque al día siguiente todos quisieran verla.

Cayó redondo en la cama. Llevaba tanto tiempo sin dormir en una cama en condiciones que no se dio ni cuenta de las cosas de mujer que había por la habitación. Solo quería que la noche pasara.

CAPÍTULO 22

Cuando Rocío se calmó un poco y pudo ver que su niña estaba bien, la volvió a abrazar y la besó en la frente. Aquel abrazo de su madre era lo que ella necesitaba, y en ese momento explotó y se puso a llorar como una niña de tres años. Estaba muy triste por todo, por no recordar, por ver a sus amigos tan preocupados, por no haber visto a muchos otros y, sobre todo, por Evan.

No entendía el tipo de relación que tenían, porque lo último que recordaba era la esperanza de volver con Sergio y a la vez el desamor que sentía por su separación. Para ella no había pasado el tiempo y todavía estaba en ese quinto mes después de su ruptura, en el que se planteaba la idea de volver con él. Todavía podía recordar esos mensajes en su móvil con las súplicas de este para que volviera a su lado. Pero, sin embargo, por lo que parecía, nunca habían vuelto. Y, por lo visto, tenía una relación con su jefe, con el que al parecer iba a casarse el día del accidente.

Su madre, que no podía verla así, cogió un pañuelo con el que le secó las lágrimas y la besó de nuevo.

—Mi niña, ¿estás bien? ¿Por qué lloras de esa manera? ¿Te duele algo?

Su madre se preocupó. No entendía qué le pasaba.

—No, mamá, estoy bien. Perdona, pero es que todo esto me supera. No entender nada me mata. ¿Puedes explicarme el último año que se me ha borrado? Necesito saber qué ha pasado. Hay muchas cosas que no entiendo y necesito entender...

Su madre vio desesperación en sus ojos.

—Bueno, no nos hemos visto mucho, pero te ayudaré en lo que pueda. ¿Qué quieres saber?

Su madre pensó que era mejor así; explicarle las cosas que ella necesitara saber para que se sintiera mejor, aunque lo cierto era que ella no sabía mucho, porque

habían estado bastante distanciadas.

—¿Tú sabes por qué no volví con Sergio? Lo último que recuerdo es que me mandaba mensajes, arrepentido...

—Lo siento, hija, pero creo que no soy la persona perfecta para eso. Creo que es mejor que te lo explique él. ¿Sabes que está aquí?

—Sí, lo he visto al despertarme... Aunque no entiendo por qué está aquí, si lo dejamos y me iba a casar con otro chico...

—Pues porque, como todos tus amigos, se preocupa por ti, supongo. Lo que sé es que lo perdonaste el día de antes de tu boda. Creo que querías conservar la amistad que teníais, después de todo.

—Mamá, tengo miedo. No sé cómo va a ser mi vida ahora. No sé si recordaré todo lo que me ha pasado. Bueno, es que no sé qué me ha pasado... Solo que tuve un accidente. ¿Tú sabes qué pasó?

—Bueno, yo sé que te dirigías a casa de los padres de Evan para casarte. Te ibas a casar en sus jardines y todo estaba precioso. Yo llegué antes que tú porque tú ibas en el coche con Miguel y con Pierre. Estabas tan bonita... —A su madre se le escapó una lágrima al recordarla vestida de novia—. Bueno, eso. Por lo visto, una chica chocó contra vosotros y el coche volcó hacia tu lado. Tú te diste un golpe muy fuerte y también te clavaste cristales en un costado. Estuviste muy mal y todos estábamos tan preocupados... pero Evan, el que más. Tenía tanto miedo de perderte.

Emma intentaba recordar, pero le era imposible. Solo recordaba verse vestida con su vestido de Rosa Clará para casarse con Sergio.

—Mamá. Y a la chica, ¿qué le pasó? —quiso interesarse por ella.

—Por lo que sé, está en la cárcel. Cariño, no sé si hago bien en contártelo, pero creo que esa chica no estaba muy bien de la cabeza. Era la exnovia de Evan y se volvió loca.

Emma, horrorizada, se llevó las manos a la cabeza y, de repente, un *flash* pasó por su cabeza y recordó cómo un coche negro se dirigía hacia ellos a toda prisa y se estrellaba contra ellos. Después de eso, nada más, pero el nombre de ella pareció brillar en su mente.

—¡Giselle! Mamá, ¡me acuerdo! Bueno, creo que me acuerdo... Solo me acuerdo del accidente, del choque en sí. No me acuerdo de quién iba conmigo en el coche, ni de cómo íbamos vestidos, ni de nada más. Solo recuerdo un coche negro chocar con el nuestro y el nombre de esa chica... Algo es algo, ¿no?

—Claro que sí, hija. Ya verás cómo te acuerdas de más cosas y te puedes casar.

—Mamá, sobre lo de la boda... Mira, no te enfades. Si en esta has pagado algo, te lo

devolveré, pero...

Su madre la miró y la cortó enseguida. No quería que dijera nada de lo que se pudiera arrepentir.

—Mira, hija, por suerte, ese chico que te quiere con locura es rico, muy rico. No he pagado nada de la boda ni por estar aquí. Ese chico nos ha cambiado la vida a las dos, así que no digas tonterías. Yo te he visto con él y he visto lo enamorada que estás. Ahora no lo recuerdas, pero lo harás, date tiempo. Nadie ha dicho que te tengas que casar mañana.

—Mamá, pero ¿qué voy a hacer? Vivimos juntos y yo no lo conozco. ¿Cómo voy a vivir con él en su casa...?

—Pues muy fácil. Tiene muchos dormitorios. Seguro que él entenderá que no duermas con él ni que hagáis una vida de pareja, al menos, hasta que tú lo quieras, pero podéis compartir casa y así quizá recuerdes las cosas antes.

Emma pensó en esa posibilidad y le pareció buena idea. Quería recordar. Algo en su corazón le decía que su madre no le estaba mintiendo y que, seguramente, Evan sería alguien muy especial para ella.

Aunque no sabía cuánto tiempo tardaría en estar bien, tampoco perdía nada por intentarlo.

Ambas se durmieron juntas y abrazadas en la camilla del hospital. Por la mañana, el doctor pasó a verla y le pidió a su madre que los dejara solos. Solo quería comprobar cuánta memoria había perdido y se alegró al saber que había recordado un poco el accidente. Eso era bueno. Era un pequeño avance de lo que iría recordando.

Le explicó que los recuerdos le llegarían al principio de esta manera, que serían flashes de cosas y que, con el tiempo, los recordaría por completo, que le llevaría un tiempo pero que si se esforzaba los recuerdos llegarían a ella.

Le dijo que a veces le llegarían con cosas tan simples como abrazos o caricias, y que aprovechara esos momentos para recordar más cosas. Visitar sitios donde había ido le ayudaría también, pero que no se agobiara por recordar.

Ese día le dio el alta y quedaron que, de momento, se visitaría una vez por semana para ver los avances en su recuperación.

Después de que el doctor se marchara, ya estaba Evan esperando en la puerta con Pierre. Ambos entraron juntos a verla.

—Hola, ¿cómo te encuentras hoy? Tu madre ha ido a desayunar aprovechando que hemos llegado.

Le costaba no llamarla de ninguna manera cariñosa, pero había decidido no

agobiarla y dejar que recordara las cosas a su manera.

—¡Emma! ¡Qué alegría verte despierta! Oye, no dirás que no, pero dormir tanto te ha sentado hasta bien. ¡Estás muy guapa! —le dijo Pierre, quitándole importancia al accidente.

—Pierre, pero qué mentiroso eres. ¿Has visto mis pintas? Estoy pálida. Aunque no os negaré que ayer, cuando fui al baño y me miré, no me reconocí. Tardé un poco en ubicarme. Tengo el pelo diferente y la palidez... No sé, supongo que en cuanto salga de este hospital se me quitará todo. —Parecía contenta.

—Hablando de eso, ¿cuándo te dan el alta? —se interesó Pierre, mirando a Evan de reojo.

—Pues me voy hoy. Me ha dicho el médico que después de comer me puedo ir, aunque va a ser raro... Oíd, chicos, ¿cuándo puedo volver al trabajo? Es que no quiero parecer una enferma desvalida mucho tiempo. Necesito ocupar mi cabeza con algo que no sea intentar forzar mi memoria. Quizá así me acuerde antes de las cosas. El médico me ha dicho que vuelva a mi vida normal, que los recuerdos aparecerán solos.

—Bueno, creo que tampoco te tienes que precipitar por trabajar... —dijo Evan, sorprendido.

—Al menos puedo estar en la redacción con vosotros... Verás, no quiero quedarme sola en una casa que no conozco, sin saber qué hacer... Mi madre tiene que volver a su casa, no se va a quedar aquí eternamente. Además, creo que me vendría bien.

—Bueno, pues que venga, así me ayudará, que está todo patas arriba... ¡Te he echado tanto de menos! Oye, ¡me alegro de que estés bien!

Pierre estaba muy contento de verla así de bien. Si no fuera porque sabía que no se acordaba de muchas cosas, no lo habría notado. Se la veía contenta, aunque un poco desorientada, pero parecía la Emma de siempre.

—Oye, Pierre, quería preguntarte una cosa. Ayer, cuando estaba aquí con mi madre, me explicó un poco lo que pasó. Bueno, hablamos de algunas cosas y tuve como un *flash* de algo, un recuerdo. —Evan, que estaba nervioso pensando en si querría volver con él a su casa, al escuchar aquello le prestó toda su atención—. Me acordé del coche que chocó contra nosotros. Bueno, recordé un coche negro venir hacia nosotros a toda velocidad. No recordé nada más, pero mi madre me dijo que tú y mi hermano ibais conmigo en el coche... y me gustaría que me explicaras qué pasó y qué os pasó a vosotros. Solo quiero saberlo. Mi madre no sabía qué decirme.

Pierre miró a Evan. No quería remover mucho ese momento porque Evan lo había pasado muy mal, pero ella necesitaba saberlo. Evan dio su aceptación con la cabeza, dándole pie a explicarle todo.

—Pues verás, como ya te habrá dicho tu madre, íbamos de camino a tu boda, riendo en el coche y gastando bromas. Hubo un momento en el que te sonó un mensaje en el móvil. Tú parecías feliz con lo que ponía, porque pusiste una cara de felicidad inmensa. Pero, de repente, el coche que recuerdas nos golpeó. Nuestro coche volcó hacia tu lado. No llevabas cinturón y saliste despedida hacia el lateral del coche, con la mala suerte de que te clavaste los cristales de la luna lateral, que reventó por el golpe. Yo me fracturé alguna costilla y el hombro. Tu hermano se llevó un buen golpe también, pero nada grave. Costó mucho sacarte del coche y, bueno, el resto ya lo sabes. Viniste al hospital y te operaron de urgencia, porque un cristal se te clavó y te perforó un pulmón. Después de operarte, ya no te despertaste, hasta ayer... Todos hemos estado aquí, preocupados por ti...

Emma, al escuchar esa historia, se puso a pensar, pero no había nada que llegara a su mente, ni un solo recuerdo. Pero, de repente, al pensar en lo que le había dicho Pierre de que, al leer ese mensaje, se puso tan contenta, este apareció en su cabeza como si lo estuviera leyendo en ese momento.

Cuando llegues a casa de mis padres, no vas a reconocer el jardín. Todo está precioso, parece mágico, pero lo más precioso que habrá serás tú en cuanto llegues. No puedo esperar más tiempo para decir sí quiero y que seas mía para siempre. Te amo.

Solo eran unas palabras, unas letras escritas en una pantalla, pero era algo. Sin embargo, no quiso decir nada, no quería dar esperanzas que no pudiera cumplir, pero le gustaban las palabras que recordaba, sobre todo eso de que no podía esperar más tiempo para ser su marido. Eso significaba que estaba enamorado de ella de verdad, y, aunque ella de momento no recordaba lo que sentía por él, estaba segura de que, aunque comenzara de cero, no le costaría quererlo, pese a que todavía tenía que aclarar muchas cosas.

—Evan, ¿quién es Giselle?

Aquella pregunta lo pilló por sorpresa. ¿Cómo no podía acordarse de su relación y acordarse de aquella bruja? Con ojos furiosos, la miró y le contestó.

—¿Cómo? —Pierre le pidió calma con la mirada—. ¿Cómo te acuerdas de ella?

—Bueno, no me acuerdo de ella, solo de su nombre. Sé que es la causante de esto y que está en prisión. Me lo ha contado mi madre... No te enfades con ella, por favor.

Lo ha hecho porque yo se lo pedí.

Evan suavizó un poco su tono.

—Mira, ella es pasado, y ahora más que nunca. Supongo que tu madre te ha dicho que salimos juntos. Me destrozó el corazón y no le bastó con eso que también ha querido separarte de mi lado desde el principio de nuestra relación... Lo siento, pero es un tema del que ahora prefiero no hablar, no quiero pagar contigo lo furioso que ella me pone.

—Perdona, yo no sabía... Bueno, supongo que ya me acordaré, es solo que no entiendo por qué una chica puede hacer algo así...

Pierre los interrumpió. No quería que nada pudiera ocasionar una discusión entre ellos.

—Emma, es una chica que está loca. No es justificable lo que ha hecho y por eso está donde merece. Gracias a eso, nunca más os molestará, así que no le des más vueltas. Se cegó por los celos y por no conseguir lo que quería.

—Bueno, chicos, he pensado que esta noche podríamos ir todos a cenar, para celebrar que estoy bien. ¿Qué os parece? —Miró a Evan—. Podemos hacer algo. Mi madre me ha dicho que mañana se irá porque mis hermanos llevan mucho tiempo sin verla y necesita volver ya. Dice que me deja en buenas manos, así que tendré que creerla... —Y sonrió mirando a Evan. Este no podía creer lo que había dicho.

—¿Eso quiere decir que te vienes a casa conmigo?

Evan lo dijo sorprendido y feliz, muy feliz. No esperaba que ella quisiera irse a vivir con él.

—Bueno... He hablado con mi madre y ella me ha dicho muchas cosas que me han hecho pensar. Podemos compartir casa, no me importa. Yo dormiré en la habitación que esté ocupando mi madre y, con el tiempo, ya iremos viendo lo que hacemos, si te parece bien.

No era la respuesta que le habría gustado escuchar, pero de momento le bastaba.

—Claro, pues venga, cuando quieras nos vamos.

En ese momento, apareció Sergio por la puerta. Entró en la habitación y Emma lo miró. No sabía muy bien qué hacía ahí, pero necesitaba saber.

En su mente, solo tenía los recuerdos de querer volver con él, así que, cuando lo vio, su mirada se iluminó de repente. Evan, que vio cómo se miraban, comenzó a sentir unos celos tremendos. Solo quería llevársela a casa, mimarla y enamorarla poco a poco, pero con Sergio ahí le iba a costar mucho.

—Chicos, perdonad, ¿podéis dejarnos un momento?

Pierre miró a Evan, que en ese momento tenía muy mala cara, y le dio unas

palmaditas en la espalda.

—Anda, colega, vamos fuera un momento.

Pero Evan no podía apartar la vista de ellos, aunque a regañadientes salió con Pierre a que le diera el aire.

—Os dejamos un rato, pero estamos aquí fuera.

Evan miró receloso a Sergio y este sintió unas punzadas de dolor en el corazón. Aunque Sergio entendía por qué Evan se ponía a la defensiva, ya le había dejado claro que su intención únicamente era recuperar la amistad de Emma. Solo quería ayudarla en todo lo que le fuera posible.

Sergio estaba muy contento de verla despierta y, sobre todo, de verla bien. A pesar de que estaba bastante pálida, se la veía hermosa y en ese momento sintió celos de Evan. Sabía que aquella chica era especial y que había sido tonto dejándola escapar. Le había mentido muchas veces y decidió que nunca más lo volvería a hacer. Prefería ser sincero y tenerla como amiga a no tenerla en su vida.

—¿Cómo estás? —le dijo con precaución—. Vine porque Eloy me dijo lo del accidente. Quedamos en que hablaríamos cuando volvieras de la luna de miel... Y, como no me llamaste, me preocupé.

Se sorprendió mucho cuando Emma, sin venir a cuento, comenzó a llorar.

—¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me hiciste eso? Sergio, yo te quería, estaba enamorada de ti, me iba a casar contigo, sacrifiqué mi carrera y mis amistades por ti. ¡No me lo merecía! —Ella comenzó a alzar el tono—. Y ahora estás aquí como si nada... ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué hay entre nosotros? Porque tú no te mueves por nada... Dime la verdad, ¿volvimos alguna vez? ¿Qué nos ha pasado?

Estaba desesperada por saber qué había pasado entre ellos, ya que sus últimos recuerdos eran mensajes de amor a todas horas, pidiéndole que volviera con él.

—Nena, lo siento. Siento todo lo que te hice, y lo digo de verdad. Nunca en mi vida he sido tan sincero como ahora, te lo juro. Todo lo hice mal, muy mal, pero ya no hay marcha atrás. No se puede volver al pasado y cambiar las cosas. Si no, lo habría hecho y habría sido el hombre que te mereces, pero no pude serlo. Siempre fui un *cabeza loca*, un fiestero, un egoísta y no me di cuenta de que te hacía daño...

—Pero, me acuerdo de que me pedías encarecidamente que volviéramos. ¿Qué pasó? No lo entiendo, porque no creo que me enamorara de Evan así como así.

—Pues lo cierto es que no sé cómo te enamoraste de Evan, pero sí sé cómo me echaste de tu vida, y fue mi culpa. Tú quisiste volver pero yo me comporté como un imbécil. Como no te decidías y te habías ido, pensé que no pasaba nada por divertirme hasta que te decidieras y, cuando volviste para hacer las paces o para

escuchar una explicación, yo estaba con otra chica, otra vez... Supongo que ahí decidiste olvidarme para siempre... y no te culpo. La culpa fue mía. No supe esperar y me diste una lección. Te fuiste y yo vine a disculparme, pero no quisiste perdonarme. Supiste ponerme en mi sitio. Me dijiste cosas muy duras que me hicieron pensar mucho...

Emma quiso recordar y, de repente, se encontró en su casa de Barcelona dejándole una carta y pidiéndole que no la molestara nunca más.

Forzó su mente y se vio en un bar con Laura y Eloy diciéndole que ella nunca le había importado, que no podía perdonarle. En ese momento, como si fuera una luz muy fugaz, notó el abrazo de Evan en el baño del bar. Un abrazo intenso, cariñoso.

Entonces sonrió sin saber por qué. Estaba recordando muchas cosas, aunque no fueran las que ella quería, pero, de momento, le valían para entender un poco lo que le había pasado con Sergio.

—¿Y en qué momento lo arreglamos? Comienzo a recordar algunas cosas. No son muchas, pero recuerdo dejarte, recuerdo discutir contigo en un bar. Pero, si tan enfadada y tan decepcionada estaba, ¿cuándo te perdoné?

—La noche antes de casarte. Le di una carta a Eloy en la que te pedía perdón de nuevo. Te deseaba la mayor felicidad del mundo, porque te la mereces de verdad y, aunque me duela reconocerlo, Evan parece un buen tío. Te cuida y te quiere. Eso se nota. Solo tiene ojos para ti, y eso a mí me faltó. Lo siento, de verdad. Tendría que haber sido mejor novio y haber cumplido tus sueños, y no supe. Pero ahora me he centrado en la vida, en todo este año me han pasado muchas cosas y creo que puedo ser mucho mejor en una relación, aunque, de momento, prefiero estar solo.

En ese momento, se fundieron en un abrazo, que se vio interrumpido por Rocío y por Evan, que entraron para decirle a Emma que ya se podían marchar. Rocío no supo qué hacer al entrar. Verla abrazando a Sergio no era algo que esperara, pero Evan los miró y se sintió triste. Por un momento, temió que ella quisiera estar con él. Ellos no se habían abrazado y estaba deseando hacerlo, pero tenía que contener sus celos, porque no quería molestar a Emma.

Evan recogió todas las cosas del hospital y le dio a Emma una bolsa con ropa para que pudiera vestirse para irse a casa. Sus amigos la esperaban fuera para verla.

Ella se alegró de que tuviera aquel detalle. La ropa era bastante casual; un tejano, que le quedaba un poco grande, una camiseta de tirantes y unas bambas.

Después de vestirse, se marcharon a casa de Evan. Se despidieron de Sergio con la promesa de que se verían pronto. A Evan no le sentó nada bien que Sergio hubiera decidido quedarse en la isla, pero sabía que no podía hacer nada, así que tuvo que

aceptar que de momento Sergio formaría parte de la vida de Emma.

Al llegar a la casa, Emma se sintió extraña. No recordaba nada de aquella casa. Miraba para todas partes, como quien va a un lugar que no conoce y no sabía qué hacer. Se sentía abrumada, cohibida. A pesar de saber que aquella era su casa y que llevaba viviendo ahí algo más de medio año, no sabía dónde ir... Era una sensación extraña. Su madre lo acompañó arriba. Se dirigió a la habitación que estaba ocupando para recoger sus cosas.

—Mira, hija, aquella es tu habitación y la de Evan. Es preciosa, ¿no quieres entrar? Todas tus cosas están ahí. Imagino que querrás darte una ducha...

Su madre intentaba que llevara una vida lo más normal posible.

—Mamá, ¿de verdad no puedes quedarte unas semanas más? Es que quedarme aquí sola con Evan me resultará difícil. Sé que me quiere y eso, pero yo ahora mismo no siento nada por él, únicamente gratitud, y vivir con él no sé si me costará... Pensé que podría intentarlo, pero al entrar en esta casa no he recordado nada... No sé, es como muy raro todo.

Emma estaba angustiada. No sabía cómo podría estar viviendo con Evan cuando él esperaba algo de ella que quizá no le podría dar.

—Mira, cariño, llevo aquí mucho tiempo y necesito estar en mi casa. Primero, porque tus hermanos también me necesitan, y segundo, porque no quiero aprovecharme más de Evan. Creo que no te pasará nada malo. Él te va a cuidar como una reina, siempre lo ha hecho. La pena es que no lo recuerdes. En cuanto a Sergio... ¿qué era ese abrazo? El pobre Evan ha puesto una cara...

—Mamá, no pienses lo que no es. Esto para mí es muy difícil. Sé que tendría que querer a Evan, pero no puedo y, sin embargo, sé que no tendría que querer a Sergio y le quiero, porque lo último que tengo en mi memoria eran unas dudas tremendas con respecto a nuestra ruptura y, aunque él me ha aclarado muchas cosas, y por eso lo abrazaba, me resulta todo muy extraño. —Emma quiso aclararse, explicándole a su madre lo que sentía en ese momento. —Y no, no quiero volver con él, pero tampoco quiero apartarlo de mi vida. Ha sido sincero conmigo y lo sé porque lo he visto en sus ojos. Él me quiere, pero no me mira como me mira Evan y, aunque ahora yo no sepa lo que siento con respecto a Evan, sé que con Sergio no quiero volver.

Su madre se sintió muy aliviada.

—Me alegra oírlo de tus labios, me dejas más tranquila. Con lo de Evan, tómate tu tiempo. Creo que él esperará todo el tiempo que tú necesites. Es muy buen chico, no le hagas daño, no se lo merece.

—Tranquila, mamá. Confío en lo que me dices y por eso he accedido a vivir aquí.

Ya veremos cómo va mi vida cotidiana. ¿Sabes que he recordado algo de él?

—¿Sí? ¿Qué has recordado? —quiso saber, esperanzada.

—He recordado un abrazo, y ese abrazo me transmitía calma y paz. Creo que me lo dio un día que yo no estaba muy bien, que había discutido con Sergio, o algo así... No me acuerdo muy bien, pero creo que fue el primero...

Intentó llegar a ese recuerdo de nuevo y entonces se vio en ese momento. Estaba en el baño de aquel bar, rabiosa, por haber perdido tiempo de su vida con Sergio. Quería llorar pero no podía, ya no tenía más lágrimas, y de repente, la puerta se cerró tras ella y un abrazo la estrechó fuertemente. Ella no sabía cómo Evan estaba ahí. Ya había hablado con él de sus problemas con Sergio y no era la primera vez que la ayudaba con sus palabras o con sus consejos, pero, en aquella ocasión, la abrazaba como si no existiera nada más en el mundo, como si ese abrazo le fuera a borrar todos los males de su corazón. Ella se sintió mejor, no quería que dejara de abrazarla, porque en lo poco que había visto de él ya estaba comprendiendo que ese chico le gustaba mucho. Él siempre estaba cuando lo necesitaba. No sabía cómo, pero ahí estaba y, poco a poco, el recuerdo se desvaneció.

—Mamá, él me quiere de verdad, me quiere desde el primer día. No sé cómo, pero lo hace, siempre me salva. Creo que incluso del accidente también me salvó él. No sé cómo, pero seguro que lo hizo.

—Cariño, no entiendo nada. ¿Puedes explicarte?

—Bueno, no sé muy bien cómo, pero me van viniendo cosas a la mente. No se lo digas porque no quiero que se ilusione, pero creo que cuando me peleé con Sergio él me ayudó y eso hizo que me fijara en él. No lo recuerdo mucho, pero creo que podré vivir aquí con él, aunque de momento guardemos las distancias.

—Creo que esta noche, en lugar de cenar con tus amigos, deberías hablar con Evan. Explícale los recuerdos que tienes y que él te explique más cosas, quizá eso te ayude. Cuando estés mejor, si quieres quedar con tus amigos, tú misma, pero piénsalo, ¿vale?

—Vale, mamá. Te quiero mucho. Gracias por estar a mi lado todo este tiempo. Prometo llamarte casi cada día.

—Tranquila, cariño. El fin de semana que viene volveré a estar aquí. Evan nos ha pagado a todos el viaje y nos instalaremos aquí. Tus hermanos están deseando verte.

Aquello la pilló por sorpresa.

—¿En serio?

No creía que Evan fuera capaz de hacer aquello por ella. Había muchas cosas que tendría que ir descubriendo.

—Claro, hija, ¿Qué no hará ese chico por ti? Bueno, a ver si cuando venga la

próxima semana estás mejor.

Rocío se fue con Evan al aeropuerto, mientras Emma se quedó en la casa. Acordaron que así podría ducharse e instalarse con comodidad.

Al entrar en la habitación que compartía con Evan, se sorprendió. La habitación era preciosa y todo estaba a su gusto. Había un amplio ropero lleno de ropa preciosa. Y zapatos, muchos zapatos. Porque ella era una adicta a los zapatos. Era el ropero soñado de cualquier chica, todo estaba perfectamente colocado. Cogió ropa interior y unas cuantas cosas que se llevó a la habitación donde había estado su madre, se instaló ahí y fue a ducharse a uno de los baños de esa planta de la casa.

Cuando terminó, bajó al salón y se fijó en ese hermoso piano que estaba en una esquina. Paseó sus dedos por las teclas y, al sonar, sonrió. Le gustaba el sonido de aquel piano. Seguro que Evan sabía tocarlo, porque ella no tenía ni idea.

Fue paseando la vista por todo el salón. Vio el equipo de música, la enorme pantalla de plasma y la chimenea. Salió al jardín y sintió una paz increíble. En ese momento pensó que en ese jardín tan grande faltaba un perro. A ella siempre le habían gustado los perros, pero nunca había tenido ninguno porque a Sergio no le gustaban. Quizá a Evan tampoco le gustaran... Dio una vuelta al jardín y se situó en el otro extremo de la casa, donde se encontraba la piscina. Subió por las escaleras que llevaban a la terraza y entró a la cocina. Decidió preparar algo de cenar. Por suerte, sus dotes culinarias no se habían olvidado.

Mientras cocinaba, llamó a Pierre y le dijo que la cena la dejaban para otro día. Haría caso a su madre. Prefería ponerse al día y había pensado en trabajar al día siguiente, por lo que no quería acostarse tarde.

En un momento en que Emma estaba inmersa en la cocina, estaba tan pendiente de la comida que no se dio cuenta de que Evan estaba plantado en la puerta, mirándola embobado. Ella, cuando lo vio, le sonrió.

—¿Cuánto rato llevas ahí mirándome con esa cara de tonto?

Evan sonrió. Aquella era la Emma que le gustaba, la que no se cortaba un pelo en decir lo que pensaba.

—Princesa, llevo un rato ya... Perdona... Emma. —Le costaba no llamarla como siempre.

—Tranquilo, no me molesta que me llames así. Al contrario, me gusta. He hecho algo para cenar juntos. ¿Te importa?

—No, para nada, me apetece mucho, pero pensaba que íbamos a ir con todos a cenar... —dijo extrañado por aquel cambio de decisión, pero a la vez contento porque en esos momentos no quería compartirla con nadie más.

—Sí, bueno. Íbamos, tú lo has dicho. Pero he creído mejor quedarme aquí y hablar contigo. Creo que lo necesito. No quiero irme a dormir tarde. Mañana quiero ir a la redacción y ponerme al día.

—Emma, sabes que no es necesario que empieces ya a trabajar. Puedes incorporarte en una semana...

Ya lo habían hablado, pero ella era terca como una mula.

—Yo prefiero estar ahí. ¡Creo que me necesitáis!

No imaginaba cuánto, sobre todo Pierre, pero lo descubriría pronto.

Evan fue colocando en la isla de la cocina los cubiertos y un par de latas de Coca-Cola y se sentó a la mesa. Emma se acercó con los platos. Había hecho espaguetis con una crema de champiñones. Tenían una pinta exquisita.

—¿Qué has hecho mientras estabas sola, aparte de ducharte y cocinar?

Evan quería saber si había recordado algo, pero no quería ser tan directo.

—Nada, he inspeccionado la casa. Me he instalado en la habitación donde estaba mi madre. —Evan puso cara de decepcionado—. Lo siento, pero no me sentiría cómoda durmiendo contigo. No es por nada, pero de momento prefiero hacerlo así.

—Entiendo que necesites tu tiempo, no te obligaré a nada. Sé esperar, ya lo hice cuando me enamoré de ti y ahora no va a ser menos.

Emma se lo agradeció con la mirada.

—Acerca de eso, ¿te enamoraste de mí el primer día que me conociste o fue más tarde? ¿Qué fue lo que te enamoró de mí? Porque creo recordar que cuando nos conocimos ninguno de los dos fue nada amable con el otro.

Emma se echó a reír. Aquella risa era magia para los oídos de Evan. Nunca habían hablado de ese momento.

—En realidad, me enamoró tu fuerza y a la vez tu fragilidad. Ya sé que pensarás que es una tontería, pero por dentro estabas rota, como lo había estado yo. Éramos iguales y sentí que quería protegerte de cualquier mal, no sé si me entiendes. Al desafiarme el día en que nos conocimos, me dejaste impresionado y quise saberlo todo de ti. Bueno, supongo que una cosa llevo a la otra. Yo no buscaba enamorarme, pero me enamoré como un tonto. Por eso, cuando tuviste el accidente, no quise apartarme de tu lado. Tenía mucho miedo de perderte, siempre lo he tenido.

—¿Por Giselle? ¿Qué es lo que te daba miedo? ¿Por qué esa chica hizo lo que hizo? No lo entiendo.

—Porque siempre ha querido lo que no podía tener. Supongo que le jodía ver lo felices que éramos juntos. No sé, ella siempre me ha engañado y no me quiso nunca. Yo solo era su caprichito. Le daba todo lo que quería y así era feliz, pero no me

quería y yo no quiero comprar el cariño de nadie. Contigo era todo diferente. Nunca me ha hecho falta darte caprichos para que me quieras. Eso siempre ha sido lo mejor de ti; que me querías por cómo soy, no por el dinero que tengo. Quizá el ver que si nos casábamos compartiría contigo todo la enloqueció. Yo prefiero no pensar en ella, no se lo merece. Que se quede dónde está, que es lo que se ha buscado.

Evan parecía muy enfadado, así que Emma prefirió cambiar de tema.

—Bueno, no importa, ahora estoy aquí contigo. Quería decirte una cosa. Cuando he hablado con Sergio, he recordado algo un poco extraño. Creo que he terminado de recordar ese momento hablándolo con mi madre. Me acuerdo del que creo que fue nuestro primer abrazo, por cierto, en un baño público... Y de que siempre has estado ahí en mis bajones con Sergio. ¿Eso es así? ¿Cómo te conté lo que me pasaba? Porque hablarlo con mi jefe no es algo muy normal en mí, a no ser que vaya pedo... Y no creo que tú y yo nos fuéramos juntos de fiesta. —Volvió a reírse.

—Lo cierto es que cuando nos conocimos no tenías el mejor de tus días, y cuando me plantaste cara me dejaste bastante impresionado, por lo que quise conocerte un poco más y comer contigo para saber cosas de ti, pero tú estabas muy ocupada. Entré en tu despacho, empezamos a hablar y tu teléfono sonó. Supongo que habrías preferido tener esa conversación telefónica en la intimidad, pero aun así no me echaste, por lo que me quedé mientras hablabas. No presté mucha atención, pero sí que te vi bastante hundida y me explicaste un poco por encima que habíais roto no hacía mucho. Fuimos a tomar un café y hablamos de nuestros desamores. En ese momento me di cuenta de que habíamos pasado por lo mismo, que a ambos nos habían roto el corazón. No me preguntes por qué, pero me pareciste una chica por la que valía la pena intentar ser feliz de nuevo. Quise conocerte más a fondo, pero no quería parecer el típico tío que va detrás de la chica todo el día, por lo que preferí guardar las distancias, pero no mucho.

Luego, tú decidiste ir a Barcelona a hablar con Sergio y no sé por qué, pero necesitaba estar contigo. Por lo que me contabas, él era muy parecido a Giselle, y no quería que estuvieras sola, por si las cosas no salían como tú querías, por lo que decidí inventarme una reunión para ir contigo, aunque se apuntó también Pierre y casi me pilla en la mentira. Luego, cuando bajaste de tu casa, te vi llorar y no podía dejarte allí sola, por lo que me hice el despistado para chocar contigo y fingir un encuentro casual. —Emma lo estaba escuchando atentamente y estaba algo desconcertada. No se creía que de verdad hubiera fingido tantas cosas solo para cuidar de ella—. El día del abrazo vi que te ibas con Laura a comer y decidí seguirlos. Sé que te dije que ya estaba ahí en el restaurante, pero no fue así. Cuando llegué, vi

que había un chico al que abrazabais, que era el hermano de Laura, pero os escuché hablar y supe que Sergio había venido y ya no me pude marchar. Necesitaba saber qué pasaba entre vosotros... De repente, te vi tan enfadada y tan furiosa, y a la vez tan triste y sola, que pensé que un abrazo te vendría bien y no me lo pensé dos veces. Entré en aquel baño y te abracé. No podía dejarte así. Creo que en ese momento me enamoré de ti, aunque no quisiera aceptarlo.

Evan dulcificó su cara y la miró a los ojos. Tenía la esperanza de que ella recordara más cosas.

—Todo eso que me cuentas, me gustaría recordarlo, pero no puedo. Lo siento, hay veces que tengo recuerdos, pero son cortos, fragmentos de recuerdos. Por eso te preguntaba. Espero no incomodarte, pero tengo mucho espacio vacío por rellenar en mi mente.

—Lo entiendo. Pregunta lo que quieras. Intentaré ser lo más sincero posible, aunque verte así, como estás ahora, me gusta. Me recuerdas a esa chica que decía lo primero que pensaba, tan natural. Es así como me gustas. Lo que me preocupa un poco...

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Me preocupa que no vuelvas a ser la de siempre. No me malinterpretes; lo eres, pero me refiero a nosotros. Me preocupa que no me vuelvas a querer... Me preocupa no tenerte. Te necesito... Quizá preferirías estar aquí sola. Eso me preocupa; que no quieras estar conmigo...

Evan hablaba en serio. Tenía mil cosas en la cabeza, pero su rechazo era lo que más le preocupaba.

—Tranquilo, sé que para ninguno de los dos es fácil el momento en el que estamos, pero este momento pasará. Mira, ha pasado un solo día y ya recuerdo algunas cosas. No te agobies, porque yo no lo hago. Simplemente, por ahora prefiero estar así. Me gusta el momento que estamos compartiendo. Quiero estar contigo, pero sin presiones. Las cosas, con el tiempo, ya se verán. No puedo forzar algo que por ahora no siento, y sé que lo estás pasando mal, y, si prefieres que vivamos separados, lo entenderé. Es solo que necesito ordenar mi mente para saber lo que quiero.

Emma no quería engañarlo. Su mente era como un huracán. Estaba tratando de recordar cosas y a la vez intentaba encajar de nuevo a Sergio en su vida... Tenía muchas cosas en las que pensar y decidió dar por concluida la conversación y marcharse a dormir.

CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, cuando Emma se despertó, se quedó mirando la ropa que ese día se pondría. Había decidido ir a trabajar. Necesitaba mezclarse con el mundo exterior y volver a su vida diaria.

Eligió un pantalón negro de pitillo y una camisa rosa. Se puso una americana y zapatos rojos y cogió un bolso que le sonaba de algo.

En ese momento, recordó el viaje a Milán, recordó la tienda Louis Vuitton y pasar un día fantástico con Evan, paseando por infinidad de lugares maravillosos.

Recordó cómo a la vuelta del viaje, al llegar al despacho, tenía en la mesa una enorme caja con el bolso dentro y una nota que decía:

Gracias por un día inolvidable. La próxima ruta la haremos en Roma.

Bajó por las escaleras con una sonrisa en la cara, decidida, y esperaba desayunar algo con Evan antes de ir a la redacción, pero se encontró una nota en la nevera.

Emma, lo siento, pero he tenido que salir urgentemente porque mi padre no podía ir al despacho y tengo que abrir yo. Pierre vendrá a buscarte para llevarte a la redacción. Luego te llamo.

No encontrar a Evan la decepcionó un poco. Quería decirle que recordaba algo más, pero pensó que mejor no decírselo de momento.

Le pareció leer un *te quiero* tachado, que en el fondo le gustó. Dejó la nota en la encimera de la cocina y se preparó un café. A los pocos minutos, alguien llamó a su puerta.

—Hola, Emma. ¡Guau, qué guapa! Me gusta verte sin esa horrible bata de hospital y despierta. Eso es lo más importante. —Pierre quiso hacerle un cumplido para ver su sonrisa—. ¿Cómo estás esta mañana, preciosa?

—Bien. Muy bien, he de decir. Un poco nerviosa, porque sé que la gente me espera

impaciente. —No sabía cuánto—. Pero bien. ¿Quieres un café o nos vamos ya?

—Vámonos, que tengo muchas cosas pendientes...

En realidad, le habían preparado entre Laura y él una fiesta de bienvenida. Evan y Laura habían ido a preparar las cosas y también asistiría la familia de Evan. Aunque ya estaban avisados de que probablemente no les recordara, tenían muchas ganas de verla.

Se encaminaron a la redacción en el coche de Pierre y, al llegar, Emma se quedó indecisa en la puerta. Tenía miedo de no poder hacer las cosas bien, de no estar a la altura... y también se sintió un poco agobiada. Entonces, Pierre le dio la mano y la empujó.

Al entrar, vio que no había nadie. Se extrañó un poco, pero pensó que quizá era pronto y que nadie había entrado. Subieron a la última planta y se fue decidida al que había sido su despacho al principio y al entrar lo vio vacío.

—¿Dónde vas, Emma? —se extrañó Pierre, aunque luego cayó en la cuenta de que probablemente no recordara que habían reestructurado los despachos cuando Evan le cedió su parte de la empresa.

—A mi despacho. ¿Por qué está vacío? ¿Dónde están mis cosas?

Emma se sintió extraña.

—Pues en tu despacho, que ya no es ese... Claro, no te acordarás. Te instalaste, hace como medio año, en el despacho de Evan.

—Ah...

No supo qué decir y se fue directa al despacho.

Al entrar, sintió una inmensa felicidad. Ahí estaban todas sus cosas. Las miró varias veces; su sofá, sus sillones, su perchero, esas increíbles vistas al mar, el ordenador era mucho mejor que el que tenía en el otro despacho, la mesa era más grande, tenía más archivadores y en la mesa tenía una foto de Evan con ella en París. ¿Cuándo había estado ella en París? Ya lo recordaría. De repente, reparó en que tenía un diario en la esquina de la mesa. Recordó que siempre le había gustado escribir acerca de su vida y pensó que no había una mejor forma de recordar que leer aquel diario, así que cada noche leería algo.

Una vez que dejó las cosas, fue al despacho de Pierre, pero no lo encontró, y recordó que le había dicho que iba a la sala de juntas porque tenía que preparar algo, y que cuando terminara de instalarse fuera para ahí.

Al entrar, se llevó una gran sorpresa. ¡Ahí estaban todos los empleados! Todos le dieron la bienvenida. Estaba Laura, riéndose de la cara que se le había tenido que quedar, porque no podía articular palabra.

Vio muchas caras conocidas, otras no tanto y otras nada... Era gente joven que habían contratado hacía poco. Al lado de Evan estaba su familia. Ella lo miró y le sonrió, pero de momento no se pudo acercar. Estaba recibiendo abrazos de todos sus compañeros. Todos se alegraban de que estuviera bien.

Cuando por fin logró despegarse de todos los compañeros, pudo llegar hasta donde estaba Evan. Al verla llegar, Pedro y Julieta no pudieron contenerse y la abrazaron fuertemente. En aquel abrazo Emma encontró una gran calidez y mucha familiaridad, por lo que imaginó que debían quererla mucho. Yaiza, la hermana de Evan, la abrazó también. Solo faltaba Alfred. Era arquitecto y tenía una conferencia importante a la que había tenido que asistir.

Emma los miró queriendo recordar cosas de ellos, pero lo hizo en vano. Aquella situación seguía abrumándola un poco, pero ya se estaba haciendo a la idea de comenzar esa nueva vida desde cero, y que pasara lo que tuviera que pasar.

Después de un rato muy ameno, todos volvieron a sus trabajos y ella no sabía qué hacer. Estaba muy desubicada, así que decidió pedir ayuda. Fue a buscar a Evan, pero no lo encontró. Entonces, fue directa al despacho de Pierre.

—Hola, Pierre, ¿puedo pasar? —preguntó Emma tímidamente.

—Claro, ¿qué te pasa? Espero que no te haya incomodado la bienvenida, solo queríamos hacer algo especial. Todos estaban deseando tenerte por aquí.

—No, bueno, un poco. Aún estoy un poco desubicada y ahora no sé qué hacer. ¿Dónde está Evan? Y, ¿Por qué estoy en su despacho?

Pierre la miró y no supo qué hacer, pero imaginó que lo más sencillo era explicarle las cosas como eran.

—Pues verás, Evan, hace un tiempo, empezó a tener mucho trabajo en su despacho, por lo que tuvo que derivarte sus tareas, por decirlo de alguna manera, y poco a poco adquiriste más responsabilidades, hasta que terminaste siendo mi socia.

Emma se sorprendió.

—¿Compré una parte de la revista? Pues sí que me fueron las cosas bien. Sé que soy ambiciosa, pero no sé cómo se me ocurrió comprar parte de la revista...

—Bueno, no es eso exactamente... Evan te cedió su parte. Él ya no es el dueño, sino que ahora lo eres tú. Ambos somos socios y tú eres la socia mayoritaria.

—Vaya... No sé qué decir... Y, ¿qué hacía normalmente?

—Pues normalmente revisabas los artículos de las nuevas incorporaciones, cubrías reportajes importantes, tenías tu propio espacio en la revista de asesoramiento de moda y también organizabas las coberturas de los eventos semanales. Entrevistabas a las nuevas incorporaciones y llevabas todo lo referente al personal. Por las tardes, a

veces, ibas al despacho de Evan y le ayudabas si lo necesitaba. Estuviste un tiempo con él, ayudándole a crear equipos de abogados y no se te daba mal. Hasta te ganaste la confianza de su padre.

—Me cuesta creer que su padre no confiara en mí, porque, por cómo me ha abrazado hoy, se nota que me quiere mucho y que ha estado muy preocupado. — Pierre se echó a reír y Emma lo miró extrañada—. ¿Por qué te ríes así? No te he contado ningún chiste —le dijo un poco ofendida.

—Sí, la verdad es que no recuerdas nada, porque si te acordaras de su padre seguro que recordarías que estuvo tratándote con indiferencia mucho tiempo e intentó fastidiaros la relación. Pero eso fue hasta que se concedió la oportunidad de conocerte, claro está, y, como con todos, te ganaste su corazón. No te negaré que ahora te quiera, pero no siempre lo hizo, aunque es admirable que nunca te rindieras con él.

—Bueno, supongo que yo soy así. Oye, ¿sabes si alguien ha tocado mis cosas del despacho? No es por nada, pero me he encontrado todo un poco desordenado.

—Sí, la verdad es que he sido yo... Sé que en un cajón tenías unas notas que te mandó Giselle, y no quería que las vieras... No sé si he hecho bien, pero creo que no necesitas recordar eso. Por cierto, hoy he quedado para comer con Darío. No sé si te acordarás de él.

—No, no lo recuerdo... Hoy me voy a quedar aquí. Quiero ponerme al día.

—Vale, nos vemos luego, entonces.

Emma se fue a su despacho y se puso a mirar por la ventana. Le encantaban esas vistas al mar, ver cómo las olas rompían en la orilla de la playa, cómo los bañistas se divertían, cómo había gente patinando por el paseo marítimo. Aquello la relajaba. En aquel momento, llamaron a la puerta. Era Laura.

—Hola, guapa, ¿cómo estás? ¿Te acuerdas de más cosas?

—Bueno, he recordado mi primer abrazo con Evan y la discusión con Sergio. Sabes, he estado pensando mucho en nosotros y creo que voy a darle otra oportunidad.

Laura no entendía nada.

—¿Qué? ¿Vas a volver con Sergio? Oye, oye, oye... Déjame decirte algo. —Laura parecía enfadada—. Quizá no recuerdes muchas cosas y tus sentimientos por Sergio los tengas ahí a flor de piel, pero te aseguro que con Evan eras la mujer más feliz del universo. No lo estropees. ¿De dónde sale lo de volver con Sergio? No puedes, te lo digo en serio. Matarás a Evan...

Emma la cortó. Laura lo estaba entendiendo todo al revés.

—Laura, no lo digo en ese sentido, mujer, no te pongas así. Pero, ¿es que no me conoces? ¿Por quién me has tomado?

—Pues te juro que no entiendo nada... Explícate.

—Me refería a que no quiero echarlo de mi vida, quiero darle la oportunidad de ser amigos, solo eso. ¿Sabes que apoya mi relación con Evan? Sea la que sea. Si se alegró de que me casará con otro, eso dice mucho de él. ¿No crees?

—Bueno, no te negaré que mejor persona que la perra de Giselle sí me ha demostrado que es, pero no creo que ahora sea fácil ser amigos, porque ambos sentís algo fuerte por el otro... No quiero que estropees la perfecta vida que tienes con Evan y caigas de nuevo en los brazos de Sergio.

—Tranquila, que lo que me hizo no lo he olvidado. Es solo que me he dado cuenta de que, a pesar de que lo dejé, él sigue queriendo formar parte de mi vida de la manera que sea. Y eso me gusta. Lo he querido mucho y no quiero perderlo otra vez. Y, cambiando de tema. Tú, ¿qué has hecho estos dos meses? ¿También has vivido pegada a mí como Evan? Porque no lo creo. ¿Cómo ha ido todo por aquí?

—Bueno, por aquí las cosas al principio fueron caóticas. Tú siempre organizabas todo y Pierre se acostumbró, por lo que el no tenerte le pasó un poco de factura. Luego, todo volvió medianamente a su sitio. Y, fuera de aquí, he conocido a alguien... No sé dónde me llevará esa historia, pero de momento me gusta.

—¿Tú has conocido a alguien? No te creo. ¡Pero si eres anti historias románticas!

—Bueno, no es una historia romántica ni nada de eso. Es alguien con quien salgo de vez en cuando y me gusta. Nada más.

—Bueno, eso se parece bastante a una historia romántica. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Sí, pero no lo recuerdas. Se llama Darío. Es amigo de Pierre y de Evan. Lo conociste un mes antes de la boda, por el problema que tuviste con Giselle y, bueno, cuando tuviste el accidente él fue quien lo organizó todo. Fue quien avisó a Evan y quien nos dio su apoyo. Supongo que una cosa llevó a otra.

—Pues me alegro por ti. Podríamos quedar para cenar el viernes, los cuatro. Sería como una cena de dos amigas que están conociendo a dos amigos. ¿No te parece un buen plan?

Laura rio. Le gustaba cómo enfocaba Emma su relación con Evan.

—Sí me lo parece. Creo que podremos organizarlo, aunque, si no recuerdo mal, este fin de semana viene tu familia...

Emma se había olvidado.

—¡Ostras, es verdad! Pero vienen el sábado. Podemos salir a cenar sin problema. Tengo que llamar a Evan para darle las gracias. ¿Tienes su teléfono? Porque, aunque

parezca mentira, estoy sin móvil. Me han dicho que se destrozó en el accidente...

—Sí, es verdad. Qué pena, con la de fotos que tenías... No sé si al final se pudo recuperar algo, pero te digo una cosa; mejor quedarte sin móvil que haberte perdido a ti. Para llamar a Evan solo tienes que marcar el uno en tu teléfono. Es la tecla de marcación rápida a su móvil. El dos es para llamar a su despacho.

—Gracias, Laura. Oye, luego hablamos, ¿vale?

—Eso está hecho.

En ese momento, Emma llamó a Evan. Él atendió al segundo tono.

—Emma, cielo, ¿pasa algo? Perdona, es la costumbre... —se disculpó de nuevo

—No pasa nada. Ya te he dicho que no me molesta, tranquilo. Quería darte las gracias por todo. Me dijo mi madre que habías invitado este fin de semana a mi familia a venir a casa y quería agradecértelo. También me ha contado Laura que está conociendo a alguien y he pensado que, si no te parece mal, podríamos cenar el viernes los cuatro.

Evan parecía contento de aquella proposición.

—Claro, me gusta la idea. Me lo apunto en la agenda entonces. Oye, ¿saldrás muy tarde de la revista? Si quieres, te puedo recoger. Yo hoy no saldré muy tarde.

—No, saldré pronto, porque quiero ir a comprarme unas cosas, como un móvil, por ejemplo, que no tengo... y lo necesito.

—Es verdad. ¡Qué tonto! Perdona, pero no me acordé de comprarte otro.

—No te preocupes, me lo puedo comprar yo. Creo que me lo puedo permitir, siendo la dueña de una revista... Por cierto, ¿cuándo pensabas decirme que la revista ahora es mía? No es que esté enfadada, pero he llegado y no sabía ni a dónde ir... Es muy frustrante...

Emma aflojó el tono. No quería que nadie la escuchara.

—Lo siento, pero no hemos tenido mucho tiempo de hablar y necesitaríamos hablar de tantas cosas... Supongo que te tengo que explicar muchas cosas. Pero es que explicártelas sin que lo recuerdes, me supera un poco. Cuando me preguntas algo, te lo digo, pero adelantarme a cosas que quizá sí que puedas recordar... No sé, quizá debería haberlo pensado. Sé que para ti tampoco es fácil. Perdona.

—Te perdono, pero no dejes que parezca tonta. Es que es la impresión que tengo... Como no me acuerdo de nada... No sé qué decir cuando alguien me habla de algo que se supone que tengo que saber...

—No creo que nadie crea que eres tonta. Todos saben lo que te ha pasado y lo entienden. Concédete tiempo, solo eso, y no te preocupes por nada. Bueno, pues si te parece bien, te paso a recoger en una hora y nos vamos de compras, ¿vale?

—Vale, pero pago yo.

Por lo visto, eso no se le había olvidado. Evan aceptó riendo. Esa faceta le gustaba mucho y no había cambiado nada.

Mientras estaba repasando unos artículos, recibió una llamada de su secretaria.

—Emma, tengo en la otra línea a Sergio, que pregunta por ti. ¿Quieres que le diga que estás reunida? —preguntó Marlene que todavía recordaba lo mal que lo había pasado.

—No, tranquila, pásamelo. —Marlene le pasó la llamada a su amiga—. ¿Sergio? ¿Cómo tienes el teléfono de aquí? Dime, ¿qué necesitas?

—Bueno, sale en la guía... Como aún no tienes móvil... Solo quería preguntarte si te apetecía quedar para tomar un café. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, me encuentro bien. Me parece buena idea. ¿Quedamos a las siete? Ahora, en un rato, me viene a buscar Evan y vamos a comprar unas cosas, entre ellas un móvil. Luego, podemos quedar. ¿Te parece bien?

—Estupendo. Pues luego me dices dónde.

—Perfecto, luego te llamo yo. Ya me he apuntado tu teléfono. Un abrazo.

—Otro para ti.

Sergio finalizó la llamada contento. Por fin hablarían. Esperaba que al menos pudiera tenerla como amiga. Quería contarle muchas cosas.

Cuando Evan llegó a la revista, Emma ya estaba preparada para ir de compras. Entraron en el coche de Evan y fueron directos al centro comercial. Emma fue al cajero a sacar dinero y, cuando sacó un extracto de su cuenta, alucinó. Nunca había visto tantos ceros juntos. Evan le explicó que, después del accidente, cobró una indemnización muy generosa y de ahí que tuviera tanto dinero, además de los beneficios que obtenía de la revista, que también eran bastante altos. Ella estaba feliz, a pesar de que no podía creerse la suerte que tenía. Por fin podría devolverle a su madre el dinero de la boda y darle una mejor vida.

Evan le explicó que la vida de su madre también había cambiado. Le contó lo de la casa que habían comprado hacía unos meses y todavía se puso más feliz. De momento, omitió lo de la casa que tenían ellos.

Mientras iban de tienda en tienda, fueron hablando de sus vidas, de lugares donde habían ido, y Emma quiso preguntarle por la foto de París.

Él le explicó que fue un viaje sorpresa y no quiso darle más detalles. Le dijo que prefería ver si recordaba ese viaje por ella misma.

Llegaron a la tienda de móviles y Emma se decantó por un teléfono bastante funcional, a pesar de haberse podido comprar el mejor móvil del mercado. No quiso

gastarse mucho dinero en un teléfono, así que optó por uno que estuviera bien y cumpliera con todos sus requisitos, sin ser nada del otro mundo. Luego, solicitaron un duplicado de su tarjeta, ya que así no tenía que cambiar de número.

Cuando salió de la tienda, descargó todos los datos de su cuenta y recuperó todo lo que tenía en su antiguo teléfono; fotos, mensajes, contactos... Estaba contentísima de no haber perdido nada. Le comentó a Evan que había quedado con Sergio para tomar un café y le preguntó si quería acompañarlos, pero Evan, a pesar de estar celoso, no quiso ir. Sentía que debía confiar en ella. Le comentó que se marcharía a casa, que, si quería, cuando terminara, la pasaría a buscar, pero ella le dijo que no se preocupara, que ya la llevaría Sergio.

Emma se quedó en el centro comercial mientras esperaba a Sergio y se sentó en una cafetería a mirar las fotos que tenía en el móvil. Encontró muchas fotos con Laura, con Marlene, con Silvia, con Pierre, con Evan y su familia...

Vio muchas en las que salía en fiestas e iba con vestidos que en su vida hubiera soñado tener. Vio fotos de viajes que habían hecho y sitios a los que había ido y no recordaba nada. De repente, vio las fotos de una casa, una enorme casa con un jardín inmenso, y lo recordó. Era la casa que había comprado Evan en Barcelona. Aquel día les había dado una enorme sorpresa a su madre y a ella con dos casas, pero la de ellos era perfecta, enorme, su casa soñada. Recordaba cada planta como si estuviera ahí en ese preciso momento. Recordó que, al ver el jardín, se quedó impresionada, con aquella fuente en el centro que tenía una escultura de Venus. Estaba algo descuidada, pero, aun así, no le importó. La entrada era muy grande. En la planta principal había un gran salón y una cocina, con dos habitaciones magníficas y un baño. En la segunda planta había cinco habitaciones para invitados y la suya, que era enorme, una *suite* perfecta. Tenía un ropero todavía más grande que el que tenían en la casa que compartían ahora y un baño con *jacuzzi*. También había una terraza desde donde se veía un atardecer precioso. Y el mar... Recordaba que Evan le había dicho que podría decorarla a su gusto. A pesar de que la casa tenía muebles, no le hacían justicia, pero no recordaba haber cambiado nada... En aquel momento, pensó que era imposible no querer a Evan y se sintió muy feliz. Poco a poco, fue saliendo de su propio sueño, cuando alguien la saludó. Era Sergio, que ya había llegado.

—¡Ya estoy aquí! Espero que no hayas esperado mucho rato. Evan, ¿se ha ido?

Él creyó que estaría ahí, porque, por lo poco que había visto, no se separaba de ella, y, teniendo en cuenta que se vería con él, pensó que preferiría quedarse.

—No, en realidad se me ha pasado volando. Estaba mirando fotos en mi móvil. ¡Es impresionante la tecnología! No he perdido nada de nada, y estaba aquí intentando

recordar cosas. Y sí, Evan se ha ido a casa. Supongo que prefería que habláramos tranquilos. No te preocupes, creo que confía en mí.

—No lo dudo, tú nunca engañarías a nadie. Tiene mucha suerte.

—Te recuerdo que tú también la tenías... —le dijo algo molesta.

—Ya, pero no supe valorarte y por eso ahora estás con él. Con que seamos amigos, me conformo. Además, por lo que he podido comprobar, él me da mil vueltas, por lo que sales ganando. —Sonrió.

—Me alegro, porque es lo que quiero yo también. Oye, ¿sabías que tenía una casa en Barcelona? ¡Lo acabo de recordar y es preciosa! Me la regaló Evan hace un tiempo.

—No veas con Evan, vaya regalos que te hace. Yo no podría igualarlos ni en mil años trabajando...

Bromeó, aunque en el fondo se alegraba por ella. No era envidia lo que sentía, sino gratitud hacia ese chico. Porque, a pesar de que quería mucho a Emma, sabía que nunca había sido tan feliz con él. Su vida había cambiado para mejor y, en el fondo, se alegraba por ella.

—Bueno, ¿quieres un café? Te invito yo. Al parecer, soy dueña de una revista y me lo puedo permitir...

Sergio la miró, incrédulo.

—¿De verdad? ¿Eres la dueña de *P&E Glam*? ¡Joder! No sé quién tiene más suerte entonces, si Evan o tú. —Bromeó de nuevo.

—Sí, la verdad es que tengo mucha suerte, es un chico estupendo. Lo que aún me tiene un poco descolocada es lo de su ex... ¿Qué le pude hacer yo a esa chica para que casi me matara?

Emma no paraba de pensar si habría sido mala persona con ella. No acostumbraba a ser mala persona con nadie. Sabía que probablemente pudiera haber dejado claro que Evan era su novio, pero de ahí a hacerle algo por lo que ella le hubiera podido dañar...

—Emma, no lo pienses más. Esa chica estaba loca. Seguramente estaba muerta de la envidia. El dinero es muy malo en personas que no saben lo que cuesta ganarlo. Quizá le dio rabia que te casaras con él, pero, de verdad, no vale la pena que lo pienses.

—Vale y, bueno, ¿qué ha sido de tu vida en este año que yo he estado aquí? ¿Sigues trabajando en aquella revista deportiva?

—No, la verdad es que dejé el trabajo hace un mes. Estaba estancado y ya no me sentía a gusto. Desde que volví a Barcelona todo cambió. Me sentía mal por haber hecho lo que hice, por ser tan egoísta y, bueno, me centré en el trabajo, dejé de salir

tanto y me esforcé mucho para que me dieran artículos mejores, pero nunca llegaban. Así que me cansé y hace un mes me fui de la revista. Me enteré de lo que te había pasado y me vine aquí. Ahora he alquilado un apartamento y no tengo prisa por volver. Entiendo que te quedaras aquí. Esto es precioso y la mar de tranquilo.

—Sí, eso es cierto. Y, ¿piensas quedarte aquí mucho tiempo? Te lo digo porque quizá puedas trabajar en la revista. Lo tendría que hablar con Pierre, pero es una buena oportunidad para ti. Hoy he estado poniéndome al día y he visto que la revista ha avanzado mucho. Ya no solo publicamos moda, sino que también se publican eventos. Hay una zona solidaria, y creo que esa te iría bien.

—¿De qué trata?

—Verás, Pierre y Evan son socios de unas cuantas asociaciones para personas desfavorecidas. Bueno, supongo que yo también debo serlo. Se destinan algunos de los beneficios que obtenemos a ellas. En ocasiones, se hacen reportajes para concienciar a las personas de que pueden ayudar, pero hoy he pensado cambiarlo un poco. Tengo que hablarlo con Pierre, pero podríamos hacer campañas para adopciones, o cosas así, y publicarlas. Sabes, he estado mirando todas las asociaciones con las que participan y hay de todo; desde mujeres y hombres maltratados a niños sin hogar... y me parte un poco el corazón. Así que he pensado proponerle hacer una revista solidaria, una revista en la que publiquemos cosas de estas asociaciones y de otras que quieran participar, con artículos de vivencias de las personas que están ahí, y que los beneficios sean íntegros para esas asociaciones.

Sergio la escuchaba muy interesado. La propuesta le parecía perfecta. Eso le ayudaría a ver la vida con otra perspectiva.

—Me parece muy buena idea. ¿Crees que yo podría publicar esos artículos?

—Sí. Tendría que pensar quién quiero que la dirija. Ahora mismo tengo un despacho libre y tendría que hablarlo con Pierre y con Evan, pero creo que podríamos hacerlo.

Sonrió contenta. Pensaba que esa idea era perfecta. Así ayudarían a aquellas personas que lo necesitaban.

La tarde pasó muy rápida y se pusieron algo al día de sus vidas. Emma le contó cosas que empezaba a recordar y comenzaron a hablar de ese proyecto que ella le había propuesto. Sergio tenía la esperanza de que se llevara a cabo, porque de verdad le había interesado mucho, no solo porque lo fuera a compartir con Emma, sino porque pensó que con un proyecto así podría sentirse bien, más humano y dejar de ser egoísta.

La llevó a casa de Evan. Cuando aparcó en la entrada, silbó. Era una casa preciosa y

pensó en lo bien que le debía de ir en la vida para poder permitirse tantas cosas... Sintió un poco de envidia, o más bien mucha. En esos instantes, le habría gustado ser él. Tenía mucha suerte.

Emma entró en casa, despidiéndose de Sergio con la promesa de que lo llamaría en cuanto viera si ese proyecto lo podrían llevar a cabo. Dejó su chaqueta y el bolso en la entrada y fue directa a la cocina. Se encontró a Evan cocinando y lo miró fijamente. Entonces, recordó una cena que habían tenido un día que él la había querido sorprender saliendo antes del trabajo y recordó cómo después hicieron el amor apasionadamente. Su vello se erizó y él la miró extrañado.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—No, tranquilo. Es solo que estaba mirándote y no sé qué me ha pasado...

—¿Te ha impresionado verme cocinar? Pues he de decirte que no es la primera vez que te cocino, ni será la última. Tendrás hambre, ¿no?

—Sí, mucha.

En ese momento, al verlo con el delantal, con un tejano ceñido y una camiseta que le marcaba todos los músculos, no pensó en ese tipo de hambre precisamente, pero se contuvo.

Cenaron tranquilamente y después fueron al salón a ver una película, cada uno sentado en un extremo del sofá. Evan no quería acercarse mucho a Emma, porque sabía que no podría contener las ganas de abrazarla, y Emma se sentía un poco extraña, aunque pensó que quizá debería dejar de sentirse así. Al fin y al cabo, él le había dado todo; una casa, una empresa, y ella... De momento, no le había dado nada... Así que se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro. Evan se sorprendió y, muy precavido, le preguntó si le importaba que la abrazara. Ella le dijo que no y le pasó el brazo por encima del hombro, pero Emma estaba tan cansada por el día que había tenido que en menos de diez minutos ya estaba dormida. Así que, cuando Evan se dio cuenta, la llevó a su habitación y la dejó dormir.

Le dio un dulce beso en la frente, la tapó como si fuera una niña pequeña y, con nostalgia, se marchó a su habitación. Pensó en dormir con ella, pero sabía que no debía sobrepasar los límites. Irían al ritmo que ella marcara.

Se marchó a su habitación sin dejar de pensar en ella; en su piel, en sus labios, en su sonrisa. Era cierto que se estaba mostrando muy cariñosa con él y pensó que quizá en poco tiempo podrían estar como antes. Se durmió con ese pensamiento. No la había perdido. Solo tenía que ser paciente y pronto ella volvería junto a él.

CAPÍTULO 24

A la mañana siguiente, Emma se despertó en su cama, sola, y se extrañó. Recordaba haber estado acurrucada junto a Evan en el sofá y que él la abrazó... Se imaginó que se había dormido. Miró el reloj y era pronto. Recordó entonces que había traído su diario y que lo había dejado en la mesita, así que abrió el cajón y lo sacó. Comenzó a leer:

Barcelona, 7 de Febrero de 2016.

¡Qué nerviosa estoy! ¡Faltan dos días para casarme! Estoy que me subo por las paredes. Sergio es un chico ideal, aunque a veces me siento un poco sola. Espero que cambie un poco cuando nos casemos. Ya le he dicho que esa actitud tan fiestera no la puede tener siempre... Pero, bueno, algún defecto tiene que tener... Ya lo tengo todo listo. Mi vestido de Rosa Clará es perfecto y los zapatos son de infarto. Laura dice que parezco una princesa y que baje de la nube de la boda.

Estoy dándole vueltas a algo. Hoy Sergio estaba muy raro. Lo he pillado hablando con alguien al teléfono y no sé con quién sería, pero ha colgado nada más verme... Decía algo de quedar mañana. Seguramente sería cualquier amigo. A veces es tan misterioso... Sobre todo, cuando sale a divertirse con sus amigotes... A mí me gustaría verlo por una cámara a ver qué hace, pero luego tiene esos detalles tan bonitos... Como mandarme flores... Claro que, al menos, podría poner alguna nota. Pero, bueno, me gustan igual.

Pensando bien en mi relación con Sergio, ahora que nos vamos a casar no sabría cómo describirla, sinceramente, porque nunca discutimos. Pero, claro, cuando me enfado por algo, se va, y cuando cree que se me ha pasado, vuelve y no lo

hablamos. Luego tiene detalles, pero solo cuando ha salido. Es como si lo hiciera para que no me enfade con él. Laura dice que me oculta cosas y no sé qué pensar. Prefiero pensar que no, pero ahí queda esa duda... Bueno, solo espero que la boda sea bonita y que nos queramos siempre.

Emma pensó que era una ingenua. Nunca se había dado cuenta de lo mucho que Sergio la engañaba, aunque siempre había tenido sus dudas, así que continuó leyendo.

Barcelona, 8 de Febrero de 2016.

¡Todo se ha ido a la mierda! ¡Será cabrón! ¡Pues no me la estaba pegando con Jessica! Y ahora, ¿qué hago yo? Ya no hay ni boda, ni nada... Estoy mal, muy mal. Mira que ya me lo decía Laura, que nada es tan bonito, que me manda flores porque se siente mal... ¡Qué razón tenía! ¡Pero qué cabrón! No puedo más... Me quiero morir. Veo mi vestido y pienso que ahora ya no lo podré usar... Y ya no tendré mi día especial... ¡Si es que todos son iguales! No hago nada más que llorar y llorar. Sé que no se lo merece, pero no puedo parar...

Barcelona, 20 de Mayo de 2016.

Llevo días sin escribir, pero es que no he estado muy bien. He adelgazado unos diez kilos, pero hoy estoy contenta. Mi vida está a punto de cambiar. Me voy con Laura a trabajar a Palma de Mallorca, a una revista de moda. Sergio ha empezado a escribirme. Ahora se arrepiente de lo que me hizo. Yo paso de él. ¡Que se joda! Que no me hubiera puesto los cuernos. Aunque me voy porque, en realidad, le quiero y necesito aclararme... Ni yo misma sé lo que quiero, pero lo importante es que vamos a cambiar de aires. Lo necesito. Ya escribiré algo más, porque ahora estoy muy ocupada. Nos vamos de vacaciones y luego, ¡a trabajar! A ver qué nos depara el futuro, pero seguro que algo mejor que lo de ahora.

Emma recordaba esos momentos y las ganas que tuvo de irse de vacaciones con Laura. Recordaba cómo habían tomado el sol, habían bailado y se habían divertido, cómo conoció a Pierre y muchas cosas más. Así que continuó leyendo, porque notó

que algo le ayudaba.

Palma de Mallorca, 7 de Julio de 2016.

¡Madre mía! ¡Qué olvidado te tenía, querido diario! Estaba deshaciendo las maletas en Milán y tú estabas ahí, en la maleta. Creo que he estado tan ocupada entre el viaje, las vacaciones, empezar a trabajar, Sergio y todo lo que me ha pasado que no he tenido tiempo de escribir. Bueno, te contaré lo que me ha ocurrido últimamente, porque la verdad es que hace mucho que no escribo y creo que no terminaría nunca. Sergio me volvió a traicionar y he decidido cerrar ese capítulo por siempre jamás. Decidí darle una oportunidad, después de que ha estado dos meses muy pesado con que vuelva con él, y otra vez estaba con otra chica. Nunca cambiará, por eso no quiero estar con él, porque yo se lo he dado todo y no he sentido nunca que me devolviera ni la mitad de lo que yo le daba. Ahora es cuando me he dado cuenta, cuando he visto que mi vida sin él continúa y para mejor.

Llegué a la isla hace unos dos meses. El primero estuvimos visitando sitios, lo que viene a ser de vacaciones. Descansando, tomando el sol, conociendo lugares increíbles y gente que vale la pena. Luego, empecé a trabajar. Con mis jefes he congeniado muy bien. Con Pierre desde el primer día. Con Evan me costó algo más, pero no sé qué tiene ese chico que no paro de pensar en él. Me cuida, siempre está ahí cuando estoy mal... No sé qué pensar. Creí que era una tontería mía, pero hoy, cuando hemos llegado al aeropuerto y he visto que no venía a Milán, algo me ha pinchado el corazón y he sentido una desilusión profunda. Yo que preparé cuidadosamente mi maleta para dejarlo impresionado... y no me va a ver. Aunque, por otra parte, no sé qué hago pensando en ese chico que, obviamente, está totalmente fuera de mi alcance y además es mi jefe. ¿Me he vuelto loca?

Aparte, yo ya no quiero líos con nadie. Tengo el corazón destrozado. Creo que no existe el tipo de chico que busco y, de momento, prefiero centrarme en mi trabajo. Muchas cosas están cambiando. Ahora, lo que menos necesito es volver a enamorarme como una tonta y que me vuelvan a hacer daño... Además, ese chico puede estar con la chica que quiera. ¿Por qué se iba a fijar en mí, si no soy nada del otro mundo?

Bueno, a lo que iba. Estamos en Milán y es impresionante. Ahora me voy a preparar para ir a una fiesta de un amigo de Pierre y, bueno, intentaré disfrutar y no pensar en nada.

Emma se quedó pensando en aquel día y, de repente, se vio delante del espejo, con aquel vestido plateado con la espalda descubierta. Se vio con su moño trenzado y aquellos tacones de infarto. Recordó haber ido a la fiesta con Pierre y con Laura, y se acordó de que Evan la sorprendió saliendo como de la nada para bailar con ella aquella hermosa balada de Ed Sheeran. Y recordó aquel beso, lento y pausado, en el que en su estómago empezaron a revolotear miles de mariposas. Recordó lo insegura que se sentía en aquel momento y cómo lo dejó solo en la fiesta. Recordó que se marchó de la fiesta a un lugar tranquilo. Quería aclarar sus ideas. No quería enamorarse, pero no podía dejar de pensar en él, en aquel beso. La sensación fue especial, como si no hubiera pasado el tiempo desde ese día. Sentía una atracción muy fuerte por Evan, que no terminaba de comprender muy bien, pero necesitaba saber más.

Así que decidió levantarse y caminó indecisa hasta la habitación que había compartido con Evan. Él aún dormía y la puerta estaba entreabierta, pero entonces se sintió asustada y se quedó en la puerta observándolo dormir. No quería empezar algo que no pudiera terminar. Sabía que él anhelaba que recordara todo y estar con ella, pero ella tenía miedo de que no lo pudiera corresponder. Se quedó ahí, mirándolo dormir, con la sensación de que no era la primera vez que lo hacía, pero no recordaba dónde había podido estar así con él... Hasta que le vino Madrid a la mente.

Evan se despertó sin saber que Emma había estado en la habitación observándolo. Se duchó y se vistió para ir al despacho. Cuando bajó, vio que Emma había preparado café para ambos y le sorprendió que estuviera completamente a su gusto. ¡Recordaba cómo le gustaba el café! Se alegró y la miró de arriba abajo. Ella llevaba una camisa blanca ceñida y una falda lápiz negra. Le sentaba de fábula. Lo había acompañado con unos zapatos de tacón de aguja negros. No quiso decirle nada acerca de por qué recordaba lo del café. Prefirió no romper el momento, pero ella se giró y, antes de que él pudiera decirle nada, ella preguntó:

—¿Qué hay en Madrid?

Lo dijo con toda la naturalidad del mundo, pero a Evan le cogió por sorpresa.

—¿En Madrid? Pues muchas cosas. No sé a qué te refieres exactamente. Hemos ido al Parque Warner, y también a un concierto... ¿Te refieres a eso?

Evan quiso saber si recordaba alguna de esas cosas, ya que aquellos momentos fueron los más importantes para él. Fue el fin de semana que empezaron a salir.

—¿En serio hemos ido al Parque Warner? Y el concierto, ¿de quién era? Porque no

recuerdo nada de eso... Pero algo me viene a la cabeza que tiene que ver con Madrid. Creo que te vi dormir... Bueno, no sé explicarlo.

Evan pensó que no era posible que ella lo hubiera visto aquella noche del concierto mirarla mientras dormía, como si no existiera nada más en el mundo... Pero quizá sí lo hacía y lo estaba interpretando mal. Así que se explicó.

—Bueno, en Madrid tengo un apartamento. No sé cómo lo puedes recordar, porque estabas dormida, o al menos eso habría jurado. Pero la noche que habíamos ido al concierto nos quedamos ahí a dormir, cada uno en una habitación. Yo me desvelé y me quedé en la puerta de tu habitación, mirando como dormías. Te juro que solo te miré. No sé qué me pasó, pero no podía dejar de mirarte... Lo siento.

Quiso justificarse. No quería que ella se pudiera molestar, pero ella se sorprendió. Sabía que eso no era lo que recordaba.

—No lo entiendo, porque lo que recuerdo es mirarte yo a ti. Bueno, no es un recuerdo exactamente, es como un sentimiento. No sé describirlo... pero estoy segura de que no es lo que tú me has contado, aunque me alegra saber que me espiabas mientras dormía...

Comenzó a reírse y él se tranquilizó un poco, ya que le preocupaba que se molestara.

—Lo siento, no lo pude evitar. Por cierto, ¿quieres que te lleve a la revista?

Emma cogió su bolso y, con una sonrisa que le salió del corazón, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—No, gracias. Me voy ya, que tengo que hablar de algunas cosas con Pierre, pero me gustaría que comiéramos juntos. Tengo que proponeros algo importante.

—Perfecto, a mediodía estoy ahí.

Se quedó como embobado tocándose la mejilla. No era el beso más deseado, pero era un comienzo. Cuando Emma se marchó, se quedó con una sonrisa tonta que le duró todo el día.

La mañana pasó tremendamente rápida para ambos y cuando llegó la hora de comer Evan estaba en la puerta de la redacción esperando a Emma, aunque el primero en bajar fue Pierre.

—¡Tío! No me creo que Emma solo lleve dos días aquí... ¡Joder, parece que no haya faltado nunca! Se ha puesto las pilas y no para... Oye, por cierto, ¿sabes qué quiere comentarnos? Quizá recuerda muchas cosas. Hoy la he visto diferente, más ella.

—En realidad, creo que recuerda cosas, pero no me las está contando. Quizá no quiera precipitarse por lo que yo pueda sentir, o no tiene claros sus sentimientos. Solo te diré que ayer estuvo con Sergio y vino muy contenta... Y, aunque me duele un

poco, esta mañana ha estado... ¿cariñosa? No sé, hasta me ha besado. Bueno, en la mejilla, pero algo es algo, ¿no?

—Claro, sin prisas. Yo también creo que poco a poco va a recordar muchas cosas. ¿Cuándo tiene visita con el médico?

—Pues, si te digo la verdad, creo que mañana o pasado, no lo sé. Dijo que la vería a lo largo de la semana y luego una vez por semana o cada dos, dependiendo de cómo estuviera ella.

Ambos cambiaron de tema en cuanto la vieron aparecer por la puerta.

—Hola, preciosa.

Evan se acercó a besarla, pero se lo pensó y se quedó parado. Entonces, ella se le adelantó y lo besó de nuevo en la mejilla.

—Hola, guapo, ¿qué tal el día en el despacho? Por cierto, se me olvidó decirte que esta tarde voy al médico. Tenía visita el viernes, pero la he adelantado.

—¿Ocurre algo? Para que la hayas adelantado, me refiero.

Emma no quería decirle nada a Evan todavía, así que le comentó que únicamente era por la cena que tenían el viernes.

—No, pero el viernes hemos quedado para cenar con Laura y Darío y no quería entretenerme. Solo es por eso. Hoy tenía un hueco y he aprovechado.

—Ah, ¿vamos a comer, entonces?

Los tres fueron al restaurante de al lado de la revista, donde tantas veces habían ido.

Al entrar, Emma recordó muchas cosas. Recordó comidas de negocios que habían tenido lugar en aquel restaurante, recordó la comida que había tenido con sus amigas la semana de antes de su boda, las veces que había ido con Evan mientras ella estaba trabajando y recordó la discusión que tuvieron al mes de estar saliendo por culpa de su padre. Al parecer, no aceptaba su relación y quería que él saliera con Giselle. Le había puesto tanto trabajo que tuvo que dejar la redacción. No entendía cómo un hombre que parecía alegrarse de que estuviera bien y en el que solo había notado cariño en su mirada pudiera haberle parecido mal su relación.

También recordó la conversación que había tenido con Darío acerca del acoso que sufría por Giselle el mes antes de la boda.

En aquel momento, se sintió abrumada. Estaba recuperando muchos recuerdos en su memoria a la vez y se mareó. Su cabeza era como una batidora, mezclando unas cosas con otras. Se disculpó de los chicos y se fue al baño. Estaba pálida.

Los chicos se extrañaron. Evan se preocupó y fue tras ella. Se aseguró de que no había nadie en el baño y entró.

—Cielo, ¿estás bien? Creo que hay cosas que no me cuentas. ¿Seguro que has adelantado el médico por lo de Laura? Porque ahora estás pálida como el papel, se nota que estás mareada. ¿Qué te ocurre? No me mientas. No podría soportar que te pasara algo y yo no lo supiera...

Emma rompió a llorar en un solo instante. No sabía qué le pasaba, pero no podía ocultarle a Evan lo que le ocurría, porque él no le había mentado en nada y se notaba que se preocupaba por ella. Evan, al verla así, la abrazó fuertemente, hundiendo la nariz en su pelo y aspirando ese olor que tanto echaba de menos.

—Perdóname, no es nada. Es solo que he empezado a recordar muchas cosas... No quiero precipitarme con todos esos recuerdos. Son momentos, no son recuerdos enteros, pero ahora, al entrar en este restaurante, ha sido como si muchos vinieran a mi mente. Me he mareado... No me encuentro muy bien.

—Si quieres, nos vamos ahora al médico. —Estaba muy preocupado—. Dejamos la comida para otro momento.

—No, ya se me está pasando. Además, quiero comentaros unas cosas que me gustaría llevar a cabo en la revista cuanto antes. —Cuando se sintió más recuperada, cogió la mano de Evan y salieron del baño—. Estoy bien, de verdad. No te preocupes, ¿vale, cariño?

¿Había escuchado bien? Le había dicho *cariño*. Sonrió y la miró, enamorado. No pudo negarle nada en ese instante.

—Claro, cielo.

Ambos se dirigieron a la mesa y, antes de que Pierre dijera nada, Emma le dijo que estaba bien y se sentaron todos.

Mientras esperaban la comida, Emma les expuso que quería crear una revista solidaria aparte de la que tenían. Les comentó que quería que los beneficios de esa revista fueran íntegramente a las asociaciones con las que participaran. Y también les dijo que quería contratar a Sergio.

Pierre miró a Evan, que parecía estar como en otro mundo, pero, para su sorpresa, le pareció buena idea. Más lo de la revista que lo de contratar a Sergio, pero pensó que no podría evitar que se vieran, y quizá en la revista Pierre lo pudiera controlar.

A pesar de que sabía que la revista era de ella y que no tenía por qué pedirle consejo, agradeció que lo hiciera y acordaron que ella sería propietaria única de aquella revista y que, aunque estaba muy bien que todos los beneficios los quisiera destinar íntegros a las asociaciones, era mejor que solo destinaran un ochenta por ciento, ya que habría unos gastos que se tendrían que asumir y que esos costes los tendrían que abonar con los beneficios de esa nueva revista, ya que serían

independientes.

A ella le pareció buena idea. También le pidió a Evan que llevara desde el despacho todos los aspectos legales de esta nueva revista.

Una vez que terminaron de comer y todos parecían estar de acuerdo en la proposición de Emma, acordaron ayudarla en lo que necesitara.

Pierre volvió a la redacción, mientras que Evan y Emma fueron al médico. Evan no quería que fuera sola, así que llamó a su padre para que se ocupara de todo lo relativo al despacho, cosa que Emma le agradeció, porque, a pesar de que les había dicho que se encontraba mejor, no era cierto del todo. Seguía estando mareada y le dolía muchísimo la cabeza.

De camino al médico, Emma quiso aclarar con Evan unas cuantas cosas acerca de todos esos recuerdos que habían aparecido de repente en su mente.

—Evan, ¿puedo preguntarte un par de cosas?

—Claro, princesa, lo que quieras. ¿Qué necesitas saber?

—¿En qué momento empecé a caerle bien a tu padre? Porque recuerdo una conversación que tuvimos en ese restaurante en la que me decías que no me aceptaría con facilidad. Me acuerdo de que te llenó la agenda de tanto trabajo que tuviste que dejar la redacción, pero no recuerdo nada más.

Emma estaba algo confundida. Le fastidiaba muchísimo que en su puzle mental faltaran tantas piezas, aunque, poco a poco, fuera encontrando y colocando alguna.

—Pues, en realidad, creo que fue cuando vio cómo te esforzabas para que nuestros trabajos fueran bien. Te propuse ayudarnos en el despacho a desarrollar unos equipos de expertos para maximizar nuestros beneficios, al igual que habías hecho en la revista meses antes. Creo que vio cómo trabajabas, que no eras una chica que estuviera quieta y dejara que los demás hicieran las cosas. Vio que tú misma luchabas por conseguir lo que te proponías, y así te lo ganaste. Mi padre siempre ha sido una persona a la que le han apasionado los negocios y creo que en ti vio algo similar. No sé exactamente qué hiciste con él, pero le cambiaste, y eso te lo agradece toda mi familia. Créeme, antes era un ogro que solo vivía para trabajar y desatendía a su familia constantemente. Sin embargo, ahora forma parte de la familia, hace cosas con mi madre, le dedica tiempo, nos hace caso y, lo más importante, nos ayuda y nos demuestra que nos quiere, cosa que nunca hizo antes.

—Y, ¿eso es gracias a mí? —Emma se extrañó. No creía que ella sola hubiera logrado tal cosa y tampoco creía que el padre de Evan fuera tan desagradable, aunque algo en su interior le decía que Evan era sincero—. Bueno, si tú me lo dices, te tendré que creer. Y con respecto a lo que me pasó con Giselle, ¿tú lo sabías? Me refiero al

acoso al que estaba siendo sometida... Recuerdo habérselo contado a Darío, pero no recuerdo que tú estuvieras presente.

—No, me enteré el día de nuestra boda. La verdad es que el que tenía que ser el día más feliz de nuestras vidas se convirtió en una auténtica pesadilla. No podía creerme nada, sobre todo, que no me lo hubieras dicho, y me enfadé muchísimo, pero con las semanas se me pasó. Para mí era más importante que despertaras y volvieras conmigo que estar enfadado porque no me lo dijeras. Supongo que no querías preocuparme, aunque deberías habérmelo dicho.

—Lo siento. No sé por qué no te lo conté. No lo recuerdo, pero mis motivos tendría. No soy una chica que suela ocultarle nada a su pareja.

—Lo sé, por eso nunca te he dicho nada, pero entiende que quizá habríamos evitado esto si lo hubiera sabido, y ahora estaríamos pensando en tener una familia o dónde ir en nuestras vacaciones, en lugar de ir a un médico e intentar colocar tus recuerdos en su sitio... Para mí sigue siendo difícil. Todo está cambiando y ahora tener a Sergio por aquí no me ayuda. No es que esté celoso... Bueno, quizá un poco sí, pero, entiéndeme, él fue alguien muy importante para ti.

Emma le cortó rápidamente. Sabía por dónde iba esa conversación y no quería seguir escuchando tonterías.

—Evan, cielo, sé perfectamente lo que sientes. Pero te diré algo y quiero que te quede muy claro; el amor no desaparece de la noche a la mañana cuando has querido a alguien de verdad. Supongo que eso lo sabes muy bien, pero cuando te han dañado el corazón tanto como nos lo dañaron a nosotros en su día, este se vuelve muy sabio y sabe que no puede volver a caer en ese hechizo de nuevo. Para mí Sergio es muy importante, pero solo como amigo. Es buena persona y me ha demostrado que me quiere. Sé que no interferiría en mi felicidad. Solo quiero que él también sea feliz. Por eso no quiero que te preocupes. No pienso volver con él, solo quiero que seamos amigos. Estate tranquilo.

En los ojos de Evan podía ver la angustia que sentía solo de pensar que pudiera volver con Sergio. Y quiso tranquilizarlo.

—Lo sé, pero es que os veo tan bien juntos... No sé, me cuesta. Recuerdo muy bien lo mal que lo pasaste por él, lo que me costó que pudieras confiar en mí, y ahora parece que todo ese sufrimiento se haya ido...

—Evan, recuerdo perfectamente ese sufrimiento. Recuerdo cada momento de lo que me pasó con Sergio. Él me ha ayudado a recordarlo, y créeme si te digo que no me ha mentado en nada. Él me ha hecho recordar cómo fue nuestro primer abrazo, lo feliz que estaba de estar contigo. No tengas dudas con respecto a él, por favor. Quiere

empezar una nueva vida y yo quiero darle la oportunidad de que lo haga, que conozca a alguien que lo enamore y sea tan feliz como lo llegaremos a ser nosotros.

En ese momento, Evan ya no supo qué decir. Su mente se quedó vagando en ese *nosotros*. Ella iba a luchar de verdad por su relación y aquello lo tranquilizó. Lo cierto era que estaban avanzando a pasos agigantados y no quiso dejar de pensar en la posibilidad de volver a estar como antes.

CAPÍTULO 25

Cuando Emma y Evan llegaron al hospital, ya la estaba esperando el doctor Keneth. Al verla llegar cogida de la mano de Evan, se alegró mucho y los hizo pasar enseguida.

—Bueno, Emma, veo que estas muy bien. ¿Recuerdas muchas cosas? Por lo que he podido apreciar entre vosotros, has recordado algunas.

En ese momento, los miró a ambos, que parecían haber vuelto a ser una pareja.

—Bueno, en realidad he recordado cosas, aunque no tantas como quisiera. Me siento un poco frustrada, porque lo que quiero no lo recuerdo.

Miró a Evan de refilón. Estaba algo incómoda con él ahí sentado. En ese momento, él la miró y vio que se sentía un poco rara, por lo que decidió dejarles solos.

—Te espero fuera, ¿vale? Si necesitas algo, estoy ahí.

Se agachó y le dio un suave beso en la frente.

Emma respiró un poco más aliviada. El doctor la miró extrañado. No entendía nada.

—¿Por qué querías verme hoy, Emma? ¿Qué te preocupa?

—Verá, doctor, desde que me marché de aquí, he recordado muchas cosas, pero no termino de recordar mi vida con Evan.

—Pues se os ve muy bien juntos. Habría jurado que erais una pareja de nuevo...

—Él me trata genial, es cariñoso y muy atento. A mí me gusta, y mucho. Pero... me falta algo... Sé que el sentimiento está ahí, pero no logro que salga... Y hoy me he empezado a sentir muy mal. Han venido a mi mente muchos recuerdos de golpe, me he mareado y me duele mucho la cabeza. Estoy preocupada y no quería preocupar a Evan...

—Por eso preferías que no estuviera presente, ¿no? —Emma asintió con la cabeza y el doctor sonrió—. No te preocupes, es normal que te sientas así. No esperaba que

pasara tan pronto, pero eso es muy bueno. El dolor de cabeza remitirá, no te preocupes. Puedes tomarte cualquier cosa para el dolor, porque no te hará daño. En cuanto a los sentimientos que tienes un poco enterrados, solo hay que desenterrarlos. ¿Puedo hacerte una pregunta algo íntima?

—Claro. Si me ayuda, sí.

Emma estaba deseando saber qué hacer, porque, por una parte, le gustaba estar con Evan, pero todavía se sentía insegura.

—¿Por qué no profundizas más en la relación con Evan? ¿Os habéis besado? ¿Habéis estado juntos?

—No, lo cierto es que él se contiene, lo noto. Creo que no quiere molestarme, o precipitarse. Y yo... Bueno, no sé, quizá es que no quiero apresurarme y desilusionarme...

—Pero, Emma, ¿por qué te vas a desilusionar? Antes del accidente estabais muy enamorados. Lo sé porque tu madre me lo contó. ¿Crees que ahora no sentirías lo mismo? Solo tienes que arriesgarte. Mira, si él te gusta y estás bien con él, yo te animaría a avanzar, porque estoy convencido de que en muy poco tiempo recuperarás todo lo que has perdido.

—¿No cree entonces que sean graves estos dolores? —dijo más tranquila.

—Son normales. Y también podrías comenzar a tener pesadillas, cosa que también es normal, porque cuando recuperes la memoria quizá revivas el accidente en sueños. A muchos pacientes les pasa, pero no tienes que preocuparte.

—Está bien, doctor. Muchas gracias por todo. ¿Le parece bien que nos veamos de nuevo en dos semanas? Si no me encuentro peor, creo que puedo estar todo ese tiempo sin que nos veamos.

—Sí, lo veo adecuado. Cuando vuelvas a venir, haremos unas pruebas para ver si todo está correcto. Es una prueba muy sencilla, únicamente para ver que la actividad cerebral sea normal, porque ahora está acelerada por la recuperación de recuerdos. Por eso te duele la cabeza.

—Muy bien. Gracias, doctor.

Emma salió y sonrió a Evan, que estaba deseando que saliera. Quiso hablar con el doctor para asegurarse de que todo iba bien, y se tranquilizó bastante cuando él le dijo que lo que estaba experimentando era lo normal, aunque más rápido de lo que él habría esperado. Le confesó que era muy buena señal.

Le dijo que no se preocupara, pero que si necesitaba cualquier cosa, lo llamaran.

Miró a Emma con una amplia sonrisa, feliz de que ella estuviera bien. Ella le devolvió la sonrisa y se abrazaron de nuevo. Ese abrazo duró mucho más que otros

que se hubieran dado en esos días. Él notó algo diferente, aunque no supo bien qué era. Pero ella no quería despegarse de él. Se sentía tan cómoda y tan protegida que no quería que ese abrazo terminara. De repente, lo miró a los ojos y, antes de que se arrepintiera de lo que iba a hacer, la soltó. Emma no sabía qué había pasado. ¿Por qué la había soltado? Pero entonces lo entendió. Sabía que él la hubiera besado. Ella lo deseaba, lo deseaba de verdad, pero sabía que él no lo haría porque no quería molestarla. Después de recordar aquel beso de Milán, supo que deseaba que volvieran a estar así, por lo que decidió que ella daría el paso cuando lo tuviera claro de verdad. También supo que, si Evan lo intentaba antes, ella se mostraría receptiva.

Estaba tan contenta de la visita al médico que le propuso salir a cenar con todos sus amigos. Él aceptó encantado, aunque entre ellos incluyera a Sergio.

Quedaron para cenar en un restaurante cerca del puerto. Todos llegaron casi al mismo tiempo. Laura llegó con Pierre, que venía de la revista. Sergio llegó por otro lado. A Emma le extrañó que Darío no viniera, pero no dijo nada. Pasaron al restaurante y se sentaron en una mesa al fondo. Mientras venía la camarera a atenderles, una chica pelirroja muy guapa, Emma les contó que estaba bien, que el doctor le había dicho que todo iba estupendamente y por eso había querido celebrarlo con ellos. También comentó a Laura lo de su nueva idea para crear una revista solidaria y que Sergio sería quien se encargaría de escribir los artículos. De momento, la dirigirían juntos, hasta que encontrara a alguien en quien confiara y la pudiera dirigir con ella. A ella le gustó la idea de la revista solidaria, pero no sabía por qué estaba haciendo aquello por Sergio. Se disculpó con los chicos y le pidió a Emma que la acompañara al baño.

—¿Qué pretendes con todo esto? —le dijo una vez que se aseguró de que no había nadie más en el baño—. ¿Te has vuelto loca? No te entiendo. Tienes a un hombre encantador a tu lado y quieres estar más cerca de Sergio... Dime que no es lo que estoy pensando, porque te juro que me enfadaría muchísimo.

—Laura, ¿por quién me tomas? Solo quiero hacer algo por él. La vida me ha ido muy bien sin él y creo que soy muy feliz. ¿Por qué no puedo darle la oportunidad de que también lo sea? Además, me ha demostrado que le importo. Solo quiero que sea mi amigo, como lo eres tú. Nada más. Recuerdo que, antes de ser pareja, en la universidad, éramos muy buenos amigos, hasta que yo me enamoré como una tonta... Quiero volver a ser esa amiga. Solo amiga, ¿vale? Además, últimamente con Evan estoy muy bien. No voy a estropearlo por alguien que me engañó. Eso no se me ha olvidado, ya te lo he dicho varias veces —intentó tranquilizar a su amiga.

—Eso espero. Por cierto, ¿cómo van tus recuerdos con Evan? Hoy te he visto más

cariñosa, habéis comido juntos y hasta he visto que le has dado un beso. No ha sido como él lo hubiera esperado, pero ha sido un beso, al fin y al cabo.

—Pues va mejorando por momentos. ¿Sabes qué me ha dicho el médico? Que me tire de cabeza a la piscina. En pocas palabras, que me arriesgue con él. Pero me da miedo hacerlo y no recordar... O recordar algo que no me guste... No sé.

—Mira, Emma, te puedo asegurar que es imposible recordar algo que no te guste de Evan. Y, aunque no vuelvan los recuerdos, puedes crear nuevos. Yo te recomiendo que lo intentes. A él se lo ve feliz de volver a estar contigo, de poder abrazarte o cogerte de la mano. Son detalles insignificantes, pero él estaba deseando hacerlo.

—Te creo. Veo cómo me mira y se me ponen los pelos de punta, cómo me cuida... Es un chico muy especial, pero él quiere que recuerde todo para casarnos, y eso no se lo puedo conceder. No puedo casarme sin tener una vida construida en mi mente.

Emma sabía lo que quería y claro que se quería casar, pero llevando un tiempo con su pareja y conociéndola bien. En esos instantes, era como si con Evan llevara una semana, aunque en realidad llevaran algo más de un año.

—Pues díselo, no creo que se enfade. Él te quiere y esperará lo que tú necesites, siempre lo ha hecho. Siempre te ha dado tu espacio. Ahora, salgamos del baño, porque seguro que los chicos se preguntarán qué hacemos tanto rato.

Ambas salieron riendo. Los chicos las miraron y Evan pensó que no tenían remedio.

Le encantaba ver a Emma tan natural, tan desinhibida. Tomaron asiento y la camarera trajo las bebidas que los chicos habían pedido, incluyendo una Coca-Cola para cada una. Emma se fijó en que la camarera le dio un papel a Sergio, y sintió curiosidad.

—¿La llamarás?

Todos la miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa? ¿Ahora tienes poderes premonitorios? ¡Joder, Emma, qué observadora! —dijo Sergio riendo. No había dejado de mirar a aquella camarera desde que habían entrado en el local.

—No hacen falta poderes para ver que no te ha quitado el ojo de encima desde que hemos entrado, ni tú a ella —Volvió a reír y le cogió la mano a Evan—. Podrías llamarla, es una chica muy guapa. Es solo un consejo.

Evan estaba sorprendido, pero a la vez le gustaba que le hubiera cogido la mano. Eso ayudó a que sus celos se calmaran un poco.

—No estoy preparado para quedar con nadie, Emma. La verdad es que ya te conté que había cambiado. Ya no soy ese chico mujeriego que era antes... Sé lo que se

pierde con esa actitud.

Evan le echó una mirada endurecida, pero vio que él agachaba la cabeza y se retractó.

—Sí, hombre —dijo Laura—. Venga, va. ¿Ahora te has vuelto monje de repente? Venga, Sergio, esa chica es un bombón y, aunque hayas cambiado, que está muy bien, ¿me dirás que vas a cerrar las puertas al amor?

—Todos merecemos tener a alguien especial —dijo Evan mirando a Emma—. Solo tienes que intentar no cometer los errores del pasado. Cuando estés preparado, tienes su teléfono.

—Sí, eso es verdad, ¡Hagamos un brindis por el ligón del grupo! —dijo Pierre entre risas.

Todos pasaron una velada estupenda. La cena estaba riquísima y todos estaban contentos. Sergio congenió muy bien con todos una vez que los conoció más a fondo y decidieron dejar atrás el pasado. Laura también cambió su actitud con él y decidió empezar una buena amistad.

Antes de marcharse del restaurante, animado por los demás chicos, fue en busca de la camarera, que ya se marchaba a casa.

—Perdona, Sara.

Ella se giró con una tímida sonrisa.

—Lo siento, quizá te he parecido muy atrevida al darte mi teléfono, pero es que no sabía si te volvería a ver. La verdad es que, cuando te he visto, no sé qué me ha pasado... Pero tenía que intentarlo. —Quiso excusarse por el atrevimiento—. Nunca he hecho esto antes. No quiero que pienses que soy una fresca.

—No, tranquila. Yo, sin embargo, lo he hecho mil veces... Pero ya no soy así. Por eso quería hablar contigo antes de irme con mis amigos. Lo siento, pero no creo que ahora sea el chico más adecuado para ti... Se te ve una buena chica y no quiero hacerte sufrir.

—Ah... bueno. Ya me he imaginado que no me llamarías. No sé por qué lo he hecho. Perdona si te he incomodado.

Sara sonaba bastante desilusionada. Lo cierto era que aquel chico era muy guapo y ella al verlo había sentido un flechazo, pero, por lo visto, él no, y decidió dejarlo estar.

—No me has incomodado. Pero por ahora no quiero estar con nadie. No estoy preparado. Gracias, igualmente. Me tengo que ir.

Sergio se dio la vuelta y se fue directo hacia sus amigos.

A los pocos pasos, frenó en seco. ¿Qué estaba haciendo? Su cabeza no paraba de repetirle la palabra *tonto*. Aquella chica era muy guapa, se la veía muy sincera y

también estaba avergonzada de haberle dado el teléfono. Quizá aquella chica era lo que él necesitaba. Su carácter era parecido al de Emma cuando la conoció. Pero cuando se giró para pedirle disculpas, ella ya se había marchado. Así que volvió a llamarse *tonto* y se fue.

El camino de vuelta a casa fue muy corto. Emma estaba cansada, pero no quería irse a dormir. Estaba en una nube. Durante la cena pudo ver que Evan no dejaba de mirarla, que sonreía cuando ella correspondía cualquier gesto cariñoso y que estaba más feliz que otros días. Se sorprendió al notar que, curiosamente, a ella le pasaba lo mismo, así que decidió probar. Al salir de su habitación, donde había ido a cambiarse, fue en busca de Evan. Estaba en la ducha. Emma pensó en volver más tarde, pero luego se dijo que quizá más tarde no tendría el valor para hacer lo que tenía pensado. Así que, fuera de la habitación, se quitó la ropa y fue directamente al baño. Entró sin hacer ruido. Evan estaba sumido en sus pensamientos y no se dio cuenta de que Emma estaba ahí. Ella lo miró y poco a poco su cuerpo comenzó a reaccionar y a recordar las veces que habían hecho el amor en infinidad de lugares distintos... De repente, le empezó a doler la cabeza de nuevo, pero apartó ese dolor de su mente y abrió la mampara de la ducha. Evan la miró, sorprendido. No daba crédito a lo que veía. Pensó que estaba soñando, pero entonces, ella le tocó y notó que era real.

—¿Qué... qué haces aquí, Emma? ¿Estás segura de esto? —preguntó Evan, deseoso de tenerla entre sus brazos.

—¿Tú qué crees?

En ese momento, Emma le acarició la cara con suavidad, lo miró a los ojos y lo besó con dulzura en los labios.

Él correspondió a ese beso, primero pausadamente, un beso dulce, lleno de amor, pero poco a poco fue convirtiéndose en un beso muy sensual y apasionado. Emma tenía toda la piel erizada. Le encantaba ese cuerpo, esos musculosos brazos, esas caricias, y necesitaba sentirlo más cerca. Continuaron besándose sin parar, hasta que él no pudo más y la sacó de la ducha, la cogió en brazos y la llevó a la cama, donde la hizo suya. Hicieron el amor lentamente. Él no paraba de mirarla, sin creer que aquello estuviera pasando de verdad, pero ella estaba tremendamente feliz. En ese momento, todos sus sentimientos volvieron a renacer en ella. Sabía que lo quería y que lo amaba de verdad. Sentía su desesperación a través de su mirada. Notaba cuánto le importaba a él y supo que a partir de ese momento no querría separarse ni un solo minuto de su lado.

Se quedaron abrazados, mirándose mutuamente. Ninguno quería romper el

silencio, pero al final Evan lo hizo.

—¿Significa esto que te vuelves a instalar aquí en nuestra habitación? —Quiso saber.

—Claro, no pienso apartarme nunca de ti. Te quiero —le dijo con una sonrisita de satisfacción.

—¿Qué has dicho? ¿Puedes repetirlo? —preguntó Evan, juguetón.

—Que te quiero. Sé que lo has pasado mal. No lo recuerdo todo, pero sí lo importante, y con eso me basta. Pero, Evan, en cuando a la boda...

No sabía cómo decirle que no quería precipitarse y se sorprendió con su respuesta.

—Tranquila, cariño. No espero que nos casemos ahora, sí que lo hagamos algún día, pero puedo esperar. Lo que más me importa es poder estar contigo así, y eso no me lo va a dar ningún papel ni ningún anillo.

La abrazó y la besó, y ella le correspondió nuevamente.

—Gracias por comprenderme. No quiero que pienses que no me quiero casar contigo. Es solo que quiero esperar, ¿vale?

—Lo que tú quieras, princesa. Lo haremos cuando estés preparada.

—Oye, mi vestido de novia... ¿qué pasó con él? No lo recuerdo mucho...

—Pues terminó roto y manchado de sangre. Creo que tu madre se lo llevó, pero no sé si lo arregló o no...

—¡Joder! Al final tuve razón con lo de la novia cadáver...

Recordó el comentario que le había hecho a Sergio el día antes de su boda y se echó a reír. Evan no entendía nada.

—¿Qué es eso de la novia cadáver?

—Pues recuerdo que la noche antes de la boda tenía una carta de Sergio que me trajo Eloy. En ella me pedía perdón y me deseaba lo mejor... Creo que la tengo que tener por aquí. —Abrió el cajón de su mesilla y ahí estaba la nota. Se la enseñó y Evan pudo comprobar que Sergio realmente quería lo mejor para ella—. Así que le contesté. Le dije que era muy feliz y me despedí para ir a dormir. Le dije que no quería parecer la novia cadáver, por eso me ha hecho gracia. No me imagino vestida de novia con un vestido ensangrentado.

Evan la miró, recordando aquellas imágenes impactantes, cuando la vio en el hospital.

—A mí no me hizo gracia en su momento, Emma. Aunque, bueno, ahora estás bien. Procuraremos que en la próxima boda no haya percances, ¿vale?

—¡Vale! ¡Trato hecho! —Y Emma se subió encima de Evan y volvió a besarlo.

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador, ninguno se quería levantar.

Estaban muy a gusto abrazados. Querían recuperar el tiempo perdido, pero sabían que ambos tenían sus obligaciones. Evan tenía un juicio y Emma tenía que ir a hablar con las asociaciones con las que participaba, para hablarles de su nuevo proyecto.

Emma entró en el ropero, seguida de Evan, y miró en el lugar donde estaban sus joyas.

—Evan, ¿dónde está mi anillo de compromiso?

Quería volver a verlo. Necesitaba recordar el momento en el que se prometieron y pensó que quizá con el anillo pudiera hacerlo.

—Lo guardé con las joyas que llevabas en la boda, espera.

De repente, bajó una caja de un estante, donde había fotos de la boda. Estaban también todos los complementos, excepto el vestido.

—¿Qué es todo eso?

—Son las fotos que nos hicimos antes de la boda y las del día de la boda. Son las que íbamos a poner en nuestro álbum, pero, claro... No sabía qué hacer con ellas...

—¡Quiero verlas!

Parecía ilusionada y, aunque sabía que llegaría tarde al despacho, no pudo decirle que no. Él las había visto mil veces, pero nunca con ella. Estaba tan bonita y tan radiante de felicidad que las tenía guardadas como oro en paño.

—Me harás llegar tarde, pero vale. Un vistazo rapidito y a la noche las vemos juntos.

—No, de eso nada, no puedes llegar tarde. Dame el anillo y las vemos juntos a la noche.

—Perfecto. ¡Eres genial, princesa! Te quiero.

Evan le dio el anillo. Ella lo miró a ver si recordaba algo, pero no. Se desilusionó un poco, pero no se le notó demasiado. Lo miró y lo repasó. Vio que era de oro blanco, con un zafiro central y diamantes a los laterales. Estaba muy trabajado y era muy fino. Le quedaba muy bien.

—Tienes muy buen gusto para los detalles, es precioso. Es una pena que no lo recordara.

—Sí, bueno... Tuve ayuda para elegirlo. No creas que fue fácil, pero logré encontrar uno que encajara con tus gustos y con los míos.

—¡Me encanta! Bueno, no te entretengo más. Que te vaya bien el día.

Le dio un fugaz beso y fue al baño a terminar de arreglarse.

—A ti también, princesa. Nos vemos a la noche.

Se marchó pensando en la velada tan maravillosa que habían pasado y en lo que podrían hacer a partir de ahora, pero no olvidó que esa noche iban a cenar fuera con

Laura y que al día siguiente vendría la familia de Emma.

Cuando Emma llegó a la revista, llamó a Sergio, pero él había llegado pronto y estaba viendo la redacción con Laura.

—No sabía que ya estabas aquí, haberme llamado.

Emma había subido rápidamente.

—Es que no quería llegar tarde. ¿Dónde me instalaré?

—Bueno, he pensado que, de momento, te pongas en una de estas mesas, con el resto de redactores. He quedado esta mañana con una de las asociaciones con las que colaboramos, para comentarles mi idea, y esta tarde, con otra. Iremos los dos, así te vas familiarizando con el ambiente. ¿Te parece bien?

—Claro, lo que tú me digas, para eso eres mi jefa. —Se rio y ella le correspondió.

—Emma, perdón por la interrupción —dijo Laura contenta de ver a su amiga tan feliz. No pudo evitar ver que llevaba su anillo de compromiso—. Recuerdas que esta noche cenamos juntas, ¿no? Ah, y creo que tenemos que hablar, ¿eh?

—Sí, me lo ha recordado Evan esta mañana. Tranquila, que terminaré pronto. Por cierto, ¿sabes que tengo una caja llena de fotos de la boda? —le dijo sin que nadie las escuchara—. Las voy a ver esta noche, cuando volvamos de la cena. Y sí, tengo que contarte cosas, pero aquí no. —Se hizo la interesante.

—Nos vemos en diez minutos en tu despacho. No me puedes hacer esperar. Termina con Sergio y hablamos.

Laura fue subiendo al despacho de Emma, mientras esta le decía a Sergio cuál sería su puesto y le dejaba instalarse.

Al subir a su despacho, Laura ya la esperaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya te has tirado a la piscina por fin? Veo que mi anillo favorito ha vuelto a su dedo, aunque ayer Evan me preocupó un poco, porque hubo ocasiones en las que lo noté un pelín incómodo. Creo que le cuesta adaptarse a que Sergio forme parte de tu vida, pero hubo momentos contigo en los que se lo veía feliz.

—La verdad es que estamos bien. Bueno, más que bien. ¡He de decirte que es un dios! Ayer, cuando volvimos a casa, dije: *Este es mi momento. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca*. Y sí, me lancé de cabeza a la piscina... Bueno, a la ducha, en realidad.

—Espera, espera... ¿Qué? ¡Quiero saberlo todo!

—Pues no sé qué me pasó, pero era como si no pudiera estar apartada de él. Lo cierto es que me encanta cómo es conmigo. Me gusta muchísimo, y creo que recordé muchas cosas. Entré a la habitación para hablar con él y probar a besarle, a ver si así recordaba más cosas, y se estaba duchando. Así que, decidida, me quité la ropa y me

metí en la ducha. Él, al principio, flipó mucho, pero lo besé y luego ya no pudimos parar... Sus besos y sus caricias... Uf, solo de pensar en ellas me pongo enferma. Estuvimos casi toda la noche besándonos. Nos acostamos juntos y lo hicimos unas cuantas veces. Y, mientras lo besaba, recordé muchos lugares donde hemos hecho el amor y de qué maneras... Tía, aún me pongo frenética. Es cuidadoso y cariñoso, pero muy apasionado, y creo que las ganas que tenía y esa contención que ha demostrado todo este tiempo lo han hecho más interesante. Estoy encantada de estar con él.

—¡Ya era hora! ¡Es fantástico! ¿Recuerdas casi todo, entonces?

—Bueno, no. Hay muchas cosas que no, pero no me importa, ya no me preocupa. Lo importante ya ha vuelto a mi mente y es lo que necesitaba.

—Me alegro mucho por los dos, en serio. Os merecéis ser felices... ¿Eso quiere decir que por fin os casáis?

Emma miró el anillo con cariño.

—Lo cierto es que no. Soy su prometida, eso está claro. Y nos casaremos, que no te quepa duda. Pero le he pedido tiempo, porque quiero tenerlo todo muy claro. Ya sé que le quiero y sé que estoy enamorada de él, pero ahora es como si fuera el principio de una relación, cuando más ilusionada estás y... No sé... De momento, no estoy preparada... Él me va a dar el tiempo que necesite. No le importan los papeles y me alegro. Quiero casarme, pero ahora prefiero centrarme en estos proyectos, volver a mi vida y, en unos meses, ya veremos qué pasa.

Emma tenía los sentimientos a flor de piel. El sueño de su vida siempre había sido casarse, pero no quería arriesgarse a hacerlo tan rápido. Primero necesitaba volver a estar con Evan un tiempo, recuperar sus recuerdos por completo o, al menos, ver si realmente él era el chico de sus sueños, aunque esa semana que habían estado juntos había sido la mejor de su vida.

Cuando terminó de hablar con Laura, se fue a buscar a Sergio. Fueron a una casa de acogida. Había niños muy pequeños que necesitaban familias que los acogieran hasta que sus padres pudieran hacerse cargo de ellos. Algunos estaban enfermos, ya que sus padres habían sido drogadictos. Otros no lo estaban, pero sus padres estaban en prisión.

Emma nunca había ido a aquellos lugares. Simplemente, hacían unas aportaciones económicas y nada más.

Al llegar a aquella casa, se sorprendió. Era como una masía enorme, llena de habitaciones. En ella había niños hasta de ocho años y en otra adyacente los había más mayores. Las instalaciones estaban muy bien. Había un parque infantil con mucho terreno para jugar. Tenían porterías de fútbol, una piscina pequeña y mucho

espacio para que los niños pudieran correr.

Al llegar, había unos niños jugando a pillarse y, de repente, una niña de unos tres años chocó con Emma y cayó al suelo. Se puso a llorar y Emma se agachó y le secó las lágrimas. Le dijo que no llorara, que no pasaba nada y le sonrió. La niña la miró y pensó que aquella señora era la más guapa que había visto jamás. Le dio un abrazo y dejó de llorar. Poco después, se acercó la directora de la casa y se presentó.

—Buenos días. Usted debe ser la señorita Fernández. Soy Pilar, la directora de la casa de acogida, y esta pequeñina es Rebeca, aunque le gusta más que la llamen Beca. Venga, Beca, vete a jugar.

La niña la miró con cara de pena. Quería quedarse con Emma porque había sido muy buena con ella, pero, aun así, se marchó. Emma la miró con cariño y le dijo adiós con la mano.

—Hola, Pilar, encantada. Por favor, llámame Emma. Él es Sergio, un redactor de la revista. —Les presentó—. Verás, quería reunirme contigo porque me consta que hace muchos años que Evan y Pierre ayudan económicamente a la casa de acogida y me gustaría hacer algo más. He pensado crear una revista benéfica. Creo que la gente no está concienciada de lo que se hace en estos lugares y de la ayuda que necesitan, y quizá podamos hacer mucho más. Una gran parte de los beneficios sería para vosotros. ¿Qué te parece?

Pilar se alegraba de oír aquello. Con la ayuda de Emma podrían cambiar muchas cosas.

—Lo cierto es que me alegra. Los niños que tenemos aquí están en una situación difícil. Hay niños que buscan una casa de acogida y otros que necesitan adopción. Sus padres tienen problemas. Algunos viven en la calle, otros son drogadictos, están presos o están enfermos... Y no siempre los niños pueden volver con sus padres. Normalmente, la familia no quiere hacerse cargo, por lo que no tienen ningún lugar donde ir. Muchos no están abandonados. Es solo que un juez ha decidido que sus padres, de momento, no están capacitados para cuidarlos. Y si las familias no se quieren hacer cargo, pasan a ser tutelados por nosotras. En ese caso, les buscamos alguna familia con la que puedan estar bien y, cuando sus padres ya pueden cuidarlos, se los devolvemos.

—Y, ¿qué pasa con los niños y esas familias? Porque imagino que no debe ser fácil. Se les coge cariño y luego se los quitan... Yo no sé si podría hacer eso.

Emma pensó que acoger a un niño debía ser difícil, porque le dabas amor y de repente aparecía su familia... Aunque también entendía que, si a ella le quitaran un hijo, querría recuperarlo.

—Bueno, cuando haces una acogida se hace como un contrato, todo legal, en el que ya se especifican unos plazos y ya se informa que el niño volverá con sus padres. La gente que hace esto está mentalizada, aunque también ha habido casos en los que los padres se han desentendido de los niños y luego se ha podido tramitar su adopción, pero es difícil... porque mucha gente que acoge a los niños lo hace porque quiere estar con un niño pequeño. Luego, cuando ven que este crece y que tiene problemas, ya no lo quieren... Y los niños no son animales. Sufren mucho.

Emma escuchaba todo lo que Pilar le contaba. Le dijo a Sergio que cogiera notas y que así podrían empezar. Le explicó cómo estaba montada la organización de las acogidas, cómo se llevaban a cabo y cómo, finalmente, en algún caso, también se llevaban a cabo las adopciones. Ambos prestaban atención a todo y lograron tener mucha información. Entrevistaron a personas que trabajaban en el recinto, y a familias que iban de visita, y todas accedieron a que escribieran acerca de lo que hacían y de las impresiones que tenían. Emma quedó muy satisfecha. Decidió que cada publicación sería de una sola asociación, para que así tuvieran más beneficios.

En el rato que estuvo con Pilar, mientras Sergio entrevistaba a diferentes personas, se interesó por la niña que le había mirado antes con tanta desesperación y tanto cariño.

—Pilar, ¿puedo hacerte una pregunta acerca de Rebeca? —preguntó con cautela.

—Claro, lo que quieras.

—He notado que me miraba de una manera muy tierna, como si tuviera la necesidad de cariño. Imagino que en niños tan pequeños es normal, pero es una niña cariñosa y muy guapa. ¿Por qué no la han acogido? ¿O es que lleva poco tiempo aquí?

—No, lleva mucho tiempo. Toda su vida, para ser exactos. Cuando ella nació, su madre vivía en la calle. Era drogadicta y la niña nació con muchos problemas. La acogieron varias familias, pero siempre la devolvían porque necesitaba muchos cuidados y la gente, cuando tiene un bebé, no quiere tantos problemas... La última vez que volvió al centro fue hace dos meses. Se tiene que medicar a menudo porque tiene problemas de salud y la gente eso no lo entiende. No quieren tener una carga. Ella solo busca amor.

—Sí, lo he visto en sus ojos. Me da mucha pena. ¿Y sus padres o su familia?

—Verás, los abuelos no quieren saber nada de ella y no tiene más familia. Sus padres murieron. Ellos la querían y venían a verla algunas veces, pero, hace medio año, su padre falleció de sobredosis, y la madre se suicidó hace un mes.

—Pobrecilla, ¿son muchos los cuidados que necesita?

Emma quiso interesarse. No sabía por qué, pero aquella niña le había enternecido

el corazón. No podía dejar de pensar en ella.

—Pues, de momento, se tiene que medicar cada doce horas. Sus defensas están muy bajas y si no lo hace podría sufrir un paro cardíaco y morir. No todo el mundo quiere tener una niña de la que tienes que estar pendiente constantemente. Supongo que hay avances médicos que permitirán que se pueda medicar en un futuro de manera distinta, pero, claro, para eso se necesita dinero. Ya me entiendes.

Sergio apareció de nuevo por ahí. Ya había terminado. Tenía muchas notas y supo que los artículos le quedarían muy bien. Escribiría mucho para concienciar a los lectores de que colaboraran de alguna manera. Había muchos niños que necesitaban un hogar.

Se despidieron de Pilar y, justo cuando se fueron, Rebeca fue corriendo y abrazó de nuevo a Emma. No hablaba mucho, pero Emma le gustaba.

Emma le dio un beso y le prometió que volvería a visitarla. Aquella niña tenía algo especial que había hecho que Emma se replanteara muchas cosas. Tenía dinero que no necesitaba y aquella niña precisaba de buenos médicos. ¿Por qué no ayudarla? Estaba decidida a hacer algo por ella, claro que tendría que hablarlo con Evan.

De camino a la revista, repasó todo lo que Sergio había anotado. Le gustó mucho, así que llamó a Laura para que fuera a hacer unas fotos y se pusieran manos a la obra para crear algo que llamara la atención a los posibles lectores.

Decidió que con el siguiente número de *P&E Glam* saldría un resumen de la nueva revista y se pusieron a prepararlo.

Sergio había estado todo el día muy callado y algo pensativo. Lo cierto era que no dejaba de pensar en Sara. Aquella chica tenía algo especial que le había calado hondo, pero no quería admitirlo. Veía a Emma tan feliz con Evan, recuperando poco a poco la memoria y haciendo planes de futuro, y él sin embargo no podía ver más allá. De repente, Emma lo sacó de su ensimismamiento.

—Quedaré genial la revista, ya lo verás. Me gusta mucho este reportaje —dijo señalando uno de ellos—. Aunque el resto no está nada mal, creo que podemos concienciar a muchas personas de que ayuden a esos niños. ¿No te parece?

—Sí, bueno... Claro, para eso es la revista, ¿no? —Lo dijo como si estuvieran hablando de dos cosas diferentes.

—¿Qué te pasa? Te conozco muy bien y sé que tienes la cabeza en otra parte... Y así no empezamos bien. Te necesito bien concentrado. ¿No será por lo de ayer? Quizá te cuesta verme con Evan así de bien, pero no puedo evitarlo. Tiene un magnetismo especial... Creí que no te importaría vernos juntos, pero, si te afecta, de momento no quedaremos contigo.

—No es eso, es solo...

Pensó si contárselo o no, pero decidió que era buena idea. Al fin y al cabo, eran amigos. La única amiga que tenía ahí.

—Es la chica de ayer, no dejes de pensar en ella. No sé si hice bien rechazándola.

—Bueno, yo no soy quién para decirte nada, pero se la veía buena chica. Creo que primero tienes que ver qué es lo que quieres, y luego, si resulta que ella es lo que quieres, tienes que intentarlo. Y no aceptes una negativa. A veces hay que conquistar a las chicas para que todo valga la pena, no todas te lo van a poner tan fácil como yo. Porque después de que le dijeras que no, no creo que caiga rendida a tus pies.

—Ya, eso lo sé, pero no sé cómo hacerlo... Tú ya eras mi amiga y una cosa llevó a la otra. A esa chica no la conozco de nada.

—Bueno, sabes dónde trabaja. Si quieres, podemos ir a comer juntos y la vuelves a ver.

A Sergio se le iluminó la cara.

—¡Vale!

Se encaminaron hacia el restaurante mientras Emma llamaba a Evan, pero este tenía mucho trabajo y le dijo que mejor fueran ellos solos.

Al entrar al restaurante, Sergio buscó a Sara con la mirada y la encontró en la otra punta. Cuando ella se giró y lo vio, su corazón dio un vuelco. Pero al recordar la negativa de la noche anterior y la vergüenza que había pasado, decidió no acercarse a él. Además, iba acompañado y no sabía muy bien qué relación tenía con Emma, pero parecían muy unidos. La noche anterior le pareció que había ido acompañada, pero hoy estaban solos... No quiso montarse ninguna película, pero pensó que mejor era alejarse. No quería que le hicieran daño. Ya estaba bastante escarmentada.

Ellos se sentaron en el turno de Sara y a ella le fastidió bastante. Pensó que había ido a restregarle en la cara que aquella chica le gustaba y no pudo pensar con claridad, así que pidió a su compañero que atendiera aquella mesa.

—Pues parece que esté enfadada. ¿Qué le dijiste ayer?

Emma la miró y notó cómo, en un momento, los fulminó con la mirada.

—Nada, solo que no era bueno para ella, que no quería salir con nadie.

—Pues no sé qué pensará, pero creo que está bastante molesta.

Sergio no se atrevió ni a mirarla. Comieron hablando de sus cosas y decidieron marcharse. Por lo visto, su negativa le había afectado bastante, así que decidió no decirle nada. En ese momento, era lo mejor que podía hacer.

CAPÍTULO 26

Al llegar a casa, Emma abrazó a Evan y se besaron cariñosamente. Le contó todo lo que habían hecho durante el día, pero, como habían quedado con Laura y Darío para la cena, se cambió rápidamente y se marcharon al restaurante.

Cuando llegaron, Emma se alegró de ver feliz a su amiga. A pesar de no ser una romántica empedernida, parecía un poco enamorada. Tendrían que hablar de aquello en algún momento, pero decidió dejarlo por aquella noche. Sabía que no podía agobiarla y que aquello que sentía Laura era totalmente nuevo para ella.

Aunque ya conocía a Darío, que era el policía al que había recurrido cuando sufría el acoso de Giselle, no recordaba mucho de él. Lo cierto era que habían tenido una relación bastante estrecha y sabía que la amistad con Evan también se había distanciado, pero cuando los vio abrazarse como dos buenos amigos se sintió mucho mejor.

Darío le explicó a Emma lo duro que fue para él no haber podido impedir el accidente y lo mucho que se culpó por ello, y que Laura le ayudó mucho y que fue así como se enamoró de ella. Emma le escuchaba encantada.

Laura le preguntó cómo le había ido el día en la casa de acogida y ella le habló de aquel lugar y de la gente que trabaja allí.

Le habló de la cantidad de niños que había y que necesitan familias, y que esperaba que con la iniciativa de la revista los ayudaran, porque les hacía falta.

—He visto una niña —dijo dirigiéndose a Evan—. Tendríais que haberla visto. Se llama Rebeca, y tiene una cara de muñequita... Es preciosa —dijo con los ojos llenos de ternura.

Lo cierto era que aquella niña le había dado mucha pena. Era muy pequeña y solo buscaba a alguien que la quisiera.

—Y, ¿por qué está ahí? ¿Y sus padres? —preguntó Laura, interesada.

—Pues por lo visto eran drogadictos, pero han fallecido y ella está enferma. Es una pena. Me ha dicho la directora que ha pasado por varias familias y ninguna se la quiere quedar porque tienen que estar muy pendientes de ella. Necesita medicarse y la gente no quiere sacrificarse. De verdad que no lo puedo entender. Esa niña es todo amor... ¿Cómo no la puede querer una familia y la devuelven como si fuera un perro? Además, ahora la pobre no tiene a nadie. Si vieras como me ha abrazado...

Evan la miraba enternecido por su gesto.

—Emma, cariño, es normal. Enamoras a cualquiera. Si quieres, una tarde, podemos ir juntos. Así yo también veo cómo se organizan. ¿Te gustaría?

—¡Sí! Le he prometido a la directora, Pilar, que iría a menudo. Además, si la revista va bien, en nada iré a entregarle los beneficios. Creo que les ayudará muchísimo. Tienes que verla. ¡Es tan dulce!

Evan la escuchaba maravillado. Sus ojos brillaban tanto como la vez que la llevó a París. Estaba encantado de ver ese brillo, así que decidió que irían al día siguiente, si ella podía, y que miraría qué más podía hacer por aquel lugar.

La cena transcurrió entre risas y confidencias de todo lo que había pasado entre Laura y Darío mientras Emma estaba en coma y esta se sorprendió mucho de que Darío pudiera entrar en el corazón de Laura. Claro que el chico estaba de muy buen ver, por lo que era lógico que su amiga pudiera sentirse atraída por aquel chico rubio de ojos azules, tan guapo, con ese pelo tan rizado y esa sonrisa que parecía de anuncio.

Al llegar a casa por la noche, Emma no se había olvidado de la caja que tenía en el ropero con las fotos de la boda y subió corriendo a buscarla. Evan fue tras ella. Lo tomó como un juego y, cuando la vio con la caja entre las manos, pensó que quizá necesitara algo de intimidad. Aquellas fotos le superaban. Siempre que las veía se entristecía, aunque en el fondo era por no poder tener a Emma a su lado, por tenerla en una cama de hospital. Ahora, sin embargo, la tenía ahí y debía mirarlo desde otra perspectiva.

Al abrir la caja, se encontró con varias cosas que llevaba puestas en la boda, como unos pendientes que le había dado su madre que habían pertenecido a su abuela, una pulsera de zafiros y una gargantilla de diamantes.

—Evan, recuerdo los pendientes porque sé que eran de mi abuela. Pero, estas joyas... ¿De dónde han salido? No sé... No son cosas que yo me suela comprar...

—Son regalos. La pulsera te la regaló mi padre, y la gargantilla, Pierre.

—Ah, oye, he estado pensando. Mañana viene mi familia y creo que se

sorprenderán de ver que ya estoy bastante recuperada, pero no hemos hecho nada con tu familia y creo que deberíamos invitarlos también. A la casa de acogida podemos ir el lunes cuando salgamos del trabajo, si te parece bien y no estás muy ocupado, claro.

—Me parece bien. La verdad es que mis padres se alegrarán mucho de verte. Siempre me preguntan por ti, pero es que he creído mejor darte tiempo.

—Gracias. Oye, ¡estas fotos de la playa son geniales! Salimos en todas haciendo el tonto... ¡Son divertidísimas! ¿De quién fue la idea de hacer estas fotos?

—De Silvia y de Laura. Siempre decían que las fotos pre-boda es mejor hacerlas divertidas, porque las de boda suelen ser más serias.

—Y tienen toda la razón. Por cierto, mañana recuérdame que llame a Silvia, que no la he llamado desde que se fue.

Continuaron mirando las fotos y cuando Emma llegó a las de la boda y se vio vestida de novia se quedó impresionada. No parecía ella, con aquel recogido, aquel vestido. En aquel momento se veía como una princesa, pero ahora le parecía demasiado soso. Después de ver esas fotos tan divertidas... Pensó que sus amigas tenían mucha razón y decidió que cuando se casara de verdad quizá haría otro tipo de fotos. Aquellas eran bonitas, pero sin gracia.

Cuando vio las fotos de Evan, se quedó mirándolas un buen rato. Estaba tan guapo, con un esmoquin negro, camisa blanca, zapatos negros... Se imaginó al típico novio de una tarta. El traje era de un color brillante y en él resplandecía. Y su cara era de pura felicidad. No podía negar que aquel hombre habría ido al mismísimo cielo a buscarle una estrella si así ella se lo hubiera pedido.

Después de repasar el contenido de la caja y de ver tranquilamente una película, entre besos y abrazos se fueron a descansar. El día había sido agotador para ambos.

Su familia llegó al día siguiente y todos se alegraron mucho de ver tan felices a Emma y a Evan. Sus hermanos la abrazaron como si no existiera un mañana. Habían sufrido mucho con su accidente, pero ninguno podía quedarse tanto tiempo en la isla. Todos tenían obligaciones que cumplir. Su madre estaba la mar de contenta de ver que había vuelto a su habitación.

—¿Ya recuerdas todo, hija? —Quiso interesarse.

—Bueno, todo no, pero con lo que recuerdo me basta —le dijo contenta.

—Me alegro mucho. Y, ¿qué tal todo? ¿Cómo ha ido el trabajo? ¿Cómo has vuelto con Evan? Bueno, me refiero a cómo ha pasado.

—Pues en el trabajo, bien. Lo cierto es que al principio estaba muy desconcertada porque no recordaba ser la propietaria de la revista junto con Pierre, y, claro, yo

llegué, fui a mi despacho y lo encontré vacío... Pensé, ¡joder! He estado en coma y ya han recogido todas mis cosas... ¿Me irán a *despedir*? Pero luego fui acordándome de cosas y más cosas. Y con Evan me he tenido que arriesgar un poco para que salieran esos sentimientos que tenía perdidos por mi mente... Han vuelto, aunque no todos todavía, pero no me importa.

—Se os ve muy bien juntos. ¿Te has pensado lo de la boda?

—Mamá, por ahora prefiero esperar, aunque te diré que si seguimos así quizá me decida. Oye, ¿tú sabes cómo me pidió Evan que nos casáramos? Es que no me acuerdo...

—No, lo siento, no me lo contaste, no tuviste tiempo.

—Vaya... Es una putada, y bien grande, porque eso sí lo quiero recordar...

El fin de semana pasó entre comidas familiares y la familia de Emma se volvió a Barcelona. Prometieron que pronto irían ellos a verlos, que ya iba tocando que fueran ellos los que viajaran. El lunes, a la salida del trabajo, tal y como habían planeado, fueron a la casa de acogida.

Emma hizo las presentaciones entre Evan y Pilar y, de repente, como si de un torbellino se tratara, Rebeca apareció corriendo y fue directa a abrazar a Emma. La niña se había encariñado con ella.

—¡Mema! ¿¡Has venido a *jugá!*? —le dijo con su media lengua de trapo.

—Sí, cariño, un ratito podemos jugar. Evan, ¿te importa si me quedo con Rebeca un rato?

La niña miró a Evan con cara de penita y él no se pudo negar.

Mientras hablaba con Pilar y ella le contaba las carencias que tenían y en lo que invertían el dinero con el que Evan ayudaba en algunas ocasiones, este miraba hacia donde estaba Emma con Rebeca. Se dio cuenta de que aquella niña sentía adoración por ella y que Emma parecía estar muy unida a aquella niña. Las observó jugar, reír y abrazarse.

Durante las siguientes semanas, la visitaron con asiduidad. Emma tenía la necesidad de ver que estaba bien. La revista tuvo muy buen arranque y los beneficios superaron lo esperado. Mucha gente quiso colaborar y en la casa de acogida estaban muy contentos. Recibían ayuda en forma de alimentos o ropa, y había mucha gente interesándose en acoger a algunos niños, pero Rebeca no tuvo tanta suerte. A la gente le echaba para atrás que estuviera enferma. Les daba miedo y no querían comprometerse a algo que no podrían cumplir.

Una de las tardes que Evan fue a recoger a Emma, se fueron directos a la casa de acogida. Rebeca había sufrido un ataque y Pilar estaba muy preocupada. Cuando

llegaron allí, la niña estaba estable, pero, aun así, todos estaban preocupados por la salud de la pequeña.

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber Emma.

—Estaba jugando, corría demasiado y, de repente, no podía respirar. Se ha desmayado y he llamado rápidamente al doctor. Me ha dicho que, como tiene las defensas tan bajas, le ha afectado a los pulmones y por eso se ahoga. Me ha pedido que intente que no haga tanto esfuerzo físico... pero no sé cómo lo voy a hacer. Ella es muy pequeña y no entiende que no pueda correr y jugar como los demás... Y yo no puedo estar por todos... Te he llamado porque la niña te llamaba. Quería verte... Lo siento, Emma. Imagino que estás ocupada, pero es que no sé qué le pasa contigo... Te ha cogido mucho cariño.

Evan escuchaba atentamente y miraba a Emma, que se enterneció.

—No te preocupes, Pilar. Yo también le tengo mucho cariño. Le expliqué que hace un tiempo tuve un accidente y que también habían cuidado de mí... Ella solo quiere a alguien que la cuide... Creo que por eso me quiere tanto, y he de decir que es un amor de niña.

Evan que no había parado de pensar en aquella niña y en todo lo que necesitaba, por un momento pensó en ir más allá.

—Perdona, Pilar. Rebeca no tiene familia, ¿no? Me refiero a que está en adopción, no en acogida, ¿verdad?

Emma lo miró sorprendida. ¿Qué se le estaba pasando por la cabeza?

—Sí, está en adopción. ¿Por qué lo dices, Evan?

—Bueno... —Miró a Emma esperando su aprobación y vio que sonreía sin decir nada—. Está claro que tendría que hablarlo con Emma primero. —La volvió a mirar—. Pero creo que este no es lugar para ella. Aquí no podéis vigilarla todo el tiempo y esa niña merece una familia. Creo que en el tiempo que llevamos viniendo he podido comprobar que Rebeca quiere a Emma como a una madre y, si no me equivoco, Emma también la quiere. Es una niña muy cariñosa y, si Emma quiere, podríamos adoptarla.

—¿Lo dices en serio? —Emma analizó su mirada y vio que lo decía muy en serio—. Perdona, Pilar, ¿nos disculpas un momento?

Entonces, Pilar los dejó solos. Se marchó con la esperanza de que por fin Rebeca hubiera encontrado a la familia perfecta. Ellos podían cuidarla y darle todo aquello que necesitara.

—¿Por qué has reaccionado así? Pensé que te haría ilusión. Te he visto con ella, y cuando no estas con ella hablas de ella mucho. ¿No quieres adoptarla?

—¡Sí quiero, sí! Me encantaría, es una princesita. Pero, si lo hacemos, tienes que tener claro que seremos una familia, y a las familias no se las abandona. No sé si me entiendes. Es que Rebeca necesita muchos cuidados y no quiero que le pase como le ha pasado en otras ocasiones.

—Emma, cariño, con nosotros estará bien atendida. Tenemos dinero para llevarla a los mejores médicos, y no, no me voy a cansar de ella. Créeme, yo también la quiero. Me encanta cómo te llama *Mema* y cómo te mira, y creo que ella será muy feliz. Poco a poco nos hemos recuperado el uno al otro y me gusta la vida que tenemos, y, cuando te veo con Rebeca, te veo más feliz todavía. Por eso creo que las dos os merecéis esto.

Hablaron con Pilar y arreglaron todo para que en poco tiempo la niña estuviera con ellos. Decidieron decírselo, porque la niña les había cogido mucho cariño a los dos y se alegró muchísimo de que fueran a ser sus papás. Estaba muy feliz, aunque le dio un poco de miedo, porque ya le había pasado más veces lo de ir con una familia y que no le funcionara. Pensó que con ellos sería diferente, porque ellos habían estado un tiempo viéndola en la casa de acogida y pensó que si no la quisieran de verdad podrían haber seguido viéndola allí.

Esa misma noche fueron a celebrarlo con sus amigos al restaurante del puerto donde trabajaba Sara. Al entrar, ella los vio a todos y al principio envidió a aquel grupo de amigos. Se los veía a todos tan felices... Se fijó en Emma y no entendía nada. Iba de la mano de Evan, pero en muchas ocasiones la veía con Sergio... ¿Es que esa chica los quería a todos para ella? Eso la enfurecía. Seguro que Sergio la había rechazado para estar con Emma...

Al ir a servir las copas de la mesa donde ellos se sentaban, no miró a Sergio ni una sola vez. Estaba enfadada. Pensaba que él iba con Emma a comer ahí muchas veces solo para restregarle aquella extraña relación que tenían. Los veía muy compenetrados y siempre se reían. Se notaba que tenían una conexión especial. Sin embargo, ahí estaba ella con ese chico tan guapo. Ella no tenía ni idea de que Emma y Sergio trabajaran juntos. Solo podía pensar en que mantenía una relación con los dos y aquello la quemaba por dentro. ¿Cómo podía aquella chica ser así y cenar con ambos en la misma mesa? Así que, ni corta ni perezosa, tiró una copa encima de Emma.

—¡Joder! —exclamó Emma ante lo que tomó como un tropiezo de la chica.

—Oh, ¡perdona! —dijo ella con indiferencia.

—No, tranquila, voy a limpiarme. Ahora vengo.

Todos la vieron dirigirse al baño. Entonces, Sara fue tras ella. No podía aguantar

más lo que pensaba.

—Oye, ¿a qué estás jugando? —le dijo bruscamente en la puerta del baño, al ver que no había nadie—. Te veo aquí cada día con Sergio, muy risueña siempre, y luego vienes con ese otro chico. No sé de qué vas, pero creo que esta historia a dos bandas no te saldrá bien. Y tampoco sé cómo Sergio aguanta eso.

Emma entendió entonces su actitud y se echó a reír.

—¿En serio crees que estoy con los dos? No sabía que Sergio te gustara tanto... Siento decirte que no estoy con él. Para tu alivio, solo soy su amiga y su jefa. Aparte de eso, no, no es mi novio.

Sara se sorprendió y comenzó a sentirse mal por el numerito que estaba montando.

—Oh, perdona, perdona... Yo pensé que...

No sabía cómo pedirle disculpas.

—No te preocupes, eso yo también lo he pasado. Sergio tiene ese poder sobre las mujeres, pero ahora es diferente. Antes era un mujeriego que se iba con cualquiera. No le importaba tener novia. Ahora, sin embargo, le asusta la idea de tener pareja. No quiere cagarla otra vez.

—Pues ya somos dos, entonces. De verdad que lo siento, pero es que me gusta mucho y él ni me mira... No sé qué hacer. Algo dentro de mí me dice que tengo que estar con él. Además, veo cómo estáis juntos y en el fondo me da envidia.

—¿Tú sientes envidia de nosotros? No deberías, seguro que tienes miles de amigos con los que salir. Además, eres una chica muy guapa.

—Gracias, pero lo cierto es que no. Vine aquí hace tres meses porque el chico con el que salía es de aquí, pero cuando llegué me di cuenta de que estaba embarazada y me dejó... Aquí no conozco a nadie, pero con mi madre no me llevo nada bien y decidí quedarme.

Emma la escuchó atentamente. En el fondo, le recordaba un poco a ella cuando llegó a la isla. Si hubiera venido ella sola, no le habría gustado nada.

—Vaya, lo siento. ¡Qué cabrón! Mira que dejarte estando embarazada... Pues, oye, no se te nota nada.

Emma la observó y nunca lo hubiera dicho, ya que estaba muy delgada.

—No, si ya no lo estoy. Tuve un aborto natural, supongo que del disgusto. No me cuidé lo que debía y el cuerpo es sabio. En el fondo, lo agradezco, porque, ¿qué haría yo sola y embarazada? Por eso os envidio. Sois un grupo muy guay. Se os ve siempre contentos y muy unidos.

—Sí, es que a veces las desgracias unen a las personas. Oye, ¿por qué no vienes con

nosotros cuando termines tu turno? Vamos a tomar unas copas y así conoces más a Sergio. Él no tiene que saber que vienes por él. Le diré que nos hemos hecho amigas. ¿Qué te parece?

—En serio, ¿puedo ir con vosotros? Te lo agradezco. Necesito empezar a tener amigos aquí o moriré de locura... Gracias. Terminó en dos horas. Ah, y perdona de nuevo por empaparte.

—No te preocupes, tonta. Te esperamos mientras cenamos.

Emma llegó con una mancha en el pantalón pero sonriendo. Evan la miró de reojo e imaginó que algo tramaba, pero ya lo averiguaría más tarde.

Contaron a sus amigos lo de Rebeca y todos se alegraron mucho, Laura en especial. Sabía que Emma estaba muy encariñada con aquella pequeña y, sobre todo, sabía que sería una gran madre. Darío también se alegró. En el tiempo que llevaba saliendo con ellos había recuperado la amistad de Evan y volvían a ser una piña.

Pierre, que últimamente estaba más disperso de lo normal, también se alegró, pero había una cosa que le rondaba últimamente la cabeza. Y era Silvia.

Después del accidente de Emma, pasaron juntos mucho tiempo y sus sentimientos hacia ella habían renacido en su interior. Habían compartido momentos muy especiales, pero desde que ella había vuelto a Barcelona notaba que algo había pasado y estaba preocupado, aunque no tenía el valor suficiente como para hablar con ella. Pensó en la posibilidad de decirle lo que sentía. No quería que si le pasaba un día algo similar a lo de Emma se pudiera arrepentir de desperdiciar todo ese tiempo que podrían haber estado juntos. Incluso pensó en la posibilidad de pedirle que dejaran de jugar y comenzaran a tener una relación en serio, pero no sabía si ella renunciaría a su trabajo en Barcelona, y ahora no podía dejar a Emma sola para irse con Silvia.

La cena pasó rápido y, cuando Sara terminó el turno, se unió al grupo.

—Espero que no os importe que Sara nos acompañe. La he invitado a venir con nosotros. —Evan y Sergio la miraron sorprendidos. Evan torció una sonrisa, ya veía por donde iban los tiros. Su chica quería hacer de casamentera—. Mira, Sara, te presentaré a todos mis amigos. Ella es Laura, mi amiga de toda la vida, a la que arrastré conmigo a esta isla. Él es Darío, su novio —dijo presentándole a la pareja—. Él es Pierre, que es mi socio y un gran amigo —dijo señalando a Pierre—. Él es Evan, mi novio. —A Evan le encantó escuchar aquello. Hacía mucho que no lo escuchaba de su boca—. Y, bueno, a Sergio ya lo conoces.

—Encantada de conocerlos, chicos.

—¿De dónde eres, Sara? —preguntó Pierre.

—Pues un poco de todas partes y de ninguna... Nací en Madrid, pero viví muchos años con mi abuela en Málaga, y luego me fui con mi madre a Valencia, hasta que me vine aquí.

—Joder, sí que has recorrido sitios. ¿Puedo preguntarte por todos esos cambios? Es que soy un pelín chafardera... De naturaleza cotilla —comentó Laura.

—Bueno, digamos que mis padres se separaron cuando yo tenía dos años. La familia de mi padre nunca quiso a mi madre y, claro, tampoco me quisieron a mí. Mi madre me culpaba de que mi padre la dejara, así que me mandó a vivir con mi abuela. Ella se dedicó a disfrutar la soltería pero, cuando yo tenía doce años, mi abuela murió y se tuvo que ocupar de mí, aunque en realidad lo hacía porque yo heredé todas las cosas de mi abuela. Conoció a un hombre que no es que se llevara muy bien conmigo... Entonces, conocí a mi exnovio. Estuvimos saliendo desde los diecisiete años, unos seis años. Él era de aquí, así que me vine hace tres meses, pero me dejó y, bueno, aquí estoy...

—Vaya, no pretendía ser tan indiscreta... Perdona —se disculpó Laura.

—Tranquila, no me importa explicarlo. Para hacer amigos, una tiene que desinhibirse un poco, ¿no? Y, ¿qué os trajo a todos vosotros aquí?

—Bueno, Evan y yo somos de aquí. Ambos éramos propietarios de la revista *P&E Glam* —explicó Pierre.

—Sí, hasta que esta bella dama me robó el corazón. —Evan miró a Emma, enamorado—. Lo cierto es que yo soy abogado. La revista la tenía más por Pierre que por mí y, cuando Emma vino a trabajar con nosotros, una cosa llevó a la otra, así que ahora ella es la socia mayoritaria.

—Yo también nací aquí. Soy el comisario de Palma de Mallorca, aunque estuve unos años en Tenerife. Los tres somos amigos desde pequeños —aclaró Darío.

—¿Y vosotras? —Quiso saber Sara.

—Bueno, nuestra historia es un poco distinta. Vinimos aquí por trabajo y para despejarnos un poco, ¿verdad, Emma? A mí me arrastró ella, en realidad. Necesitaba alejarse de todo. Ambas somos de Barcelona.

—Sí, bueno, podemos decir eso y que aquí conocí a gente maravillosa. Esta isla tiene algo mágico que hace que ya no quieras irte jamás.

—¿Y tú, Sergio? ¿Qué te trajo aquí?

Sergio pensó que nada mejor que ser sincero con aquella chica. Le gustaba mucho y, aunque no entendía qué había pasado cuando Emma se había ido al baño, supo que quería seguir su consejo de intentar ser feliz.

—Bueno, lo cierto es que lo que me trajo aquí fue Emma.

Sara lo miró, sorprendida. Creía haber entendido que no tenían nada...

—No lo entiendo. Bueno, sé que es tu amiga. Supongo que debéis ser muy buenos amigos para recorrer tantos kilómetros por ella.

Sara quería saber qué extraña relación los unía. Emma miró a Sergio, extrañada, y vio en sus ojos preocupación. Aun así, aceptó que le contara la verdad. No podía empezar con mentiras.

—Lo cierto es que vine porque Emma había tenido un accidente y ya no me pude marchar de aquí. Como dice Emma, esta isla te atrapa. Ahora tengo buenos amigos y he recuperado a la mejor que pude tener nunca.

—¿Tengo que ponerme celoso? —rio Evan.

—No, tío, tranquilo. Toda para ti.

Todos rieron.

Desde que Emma había recuperado casi todos sus recuerdos y había vuelto a ser la de siempre, Evan estaba más tranquilo en cuanto a la relación que tenía con Sergio.

Confiaba en ambos plenamente. Se había dado cuenta de que era un buen chico y de que a ella le importaba.

Después se marcharon a tomar unas copas y congeniaron muy bien con Sara. Aquella noche, Sergio mantuvo un poco las distancias con ella. No quería apresurarse a nada. Todo tendría que ir a su ritmo.

Sara pudo conocerlos a todos un poco mejor y, cuando terminó la noche, Sergio la acompañó a su casa. Quería hablar con ella y contarle la verdad.

—No tienes por qué acompañarme. No me importa irme sola, ya estoy acostumbrada.

—Es de noche y no quiero que te pase nada. Oye, quería disculparme por lo que te dije el día que me diste tu teléfono. No debí decirte aquello, es solo que no quería hacerte daño... Pero no sé qué me pasa contigo. Desde ese día no he dejado de pensar en ti.

Sara se puso roja como un tomate.

—¿En serio? Pensaba que no querías saber nada de mí. Te veía venir a comer con Emma y no sabía qué relación os unía. Parecía que estuvierais juntos, pero luego la veo con su novio y... me ha molestado.

Sergio entonces lo entendió todo.

—¿No me digas que la copa se la has tirado a cosa hecha?

—Sí... Bueno... Es que me parecía muy fuerte que estuviera con los dos... Y que tú fueras tan tonto de aguantarlo. Pero luego me ha explicado que solo sois amigos y me he disculpado... La verdad es que me avergüenzo un poco, pero, ¿que querías que

hiciera?

Sergio empezó a reír.

—Te juro que nunca me había pasado algo así. Bueno, estoy acostumbrado a ser yo el que juegue a dos bandas, no a que lo hagan conmigo, por eso te dije aquello. Verás, Emma era mi novia, por eso ves esa relación que tenemos. —Sara no se lo podía creer. Pensaba que era broma hasta que vio lo serio que se puso—. Yo la engañé muchas veces. Solo pensaba en divertirme y ella nunca se dio cuenta de nada, pero un día antes de casarnos, me pilló con otra chica.

—¿Qué? ¡Cómo fuiste tan cabrón! Lo peor de todo y lo que no comprendo es cómo os podéis llevar tan bien ahora... Porque a mí me haces eso, ¡y te juro que te la corto!

Se puso hecha una furia. Lo poco que había conocido a Emma le había bastado para saber que era una chica estupenda y una muy buena amiga. Todos la apreciaban muchísimo.

—Bueno, lo cierto es que en aquellos momentos pensaba más en divertirme que en otra cosa. No tenía nada claro lo de casarme y atarme a la misma chica para siempre. Estaba bien con ella, pero... Luego, todo cambió. Ella me dio la lección más grande que le pueden dar a alguien y decidí cambiar. Desde entonces, no he estado con nadie. Ella conoció a Evan, se enamoraron y se prometieron. Él nunca la ha engañado y es un buen tío. Le ha dado todo en la vida y casi la pierde... Y, ¿sabes qué es lo peor? Que tuve que perderla para darme cuenta de lo que de verdad importa en la vida.

—Vaya, me parece un poco fuerte todo, porque con ellos te llevas bien. Nadie diría que habéis tenido una relación así a simple vista. Ella te ha perdonado y él, por lo que se ve, se lleva bien contigo... Yo no sé si podría soportar que estéis juntos todo el día sabiendo que os ibais a casar...

—Pues tendrás que hacerlo, si quieres estar conmigo, claro. Es que estamos muy unidos. Ella me ha cambiado la vida. Ahora me ha dado trabajo y estoy mejor que nunca con ella. Es mi mejor amiga y no quiero cambiar eso. Por eso te cuento la verdad, porque, si decidimos salir juntos, quiero que lo sepas todo. No quiero mentirte.

Sara estaba impresionada. Nunca habían sido así de sinceros con ella.

—Lo cierto es que Emma es una chica estupenda y entiendo que os llevéis bien. Me gusta el grupo de amigos que tenéis y está claro que tú me gustas mucho, pero si salimos juntos necesito que siempre seas así de sincero, porque ya me han mentido mucho. Yo vine a Palma porque mi novio era de aquí. En mi casa no estaba bien y decidí que quería venirme con mi novio. En parte, me convenció él. Siempre me decía que estaría conmigo pasara lo que pasara, pero me quedé embarazada y me dejó. Lo

pase fatal y no quiero sentirme así nunca más. No sé si me entiendes.

—¿Tienes un hijo? No es que cambie nada, solo quiero saberlo. Y, tranquila, aprendí de mis errores. No se miente a quien te quiere.

—No, no lo tengo, perdí al bebé. Ahora solo necesito establecerme, tener personas con las que pueda encajar, y vosotros me gustáis todos. Tú, en concreto, me gustas mucho y no quiero precipitarme, pero hay algo dentro de mí que me dice que tú eres ese alguien especial que llevo esperando mucho tiempo.

Volvió a ponerse roja. En ese momento, Sergio la miró con ternura y la besó. Sara correspondió a ese beso lentamente. No quería que acabara. Aquello era como un sueño para ella. Llevaba días, incluso semanas pensando en él, y ahí estaban, besándose... En ese momento, agradeció a Emma la invitación y no le importó que hubiera sido su novia. Decidió que se convertiría en su mejor amiga.

CAPÍTULO 27

Las familias de Emma y Evan estaban contentas con la noticia de la adopción y decidieron preparar una fiesta de bienvenida para Rebeca, mientras arreglaban los papeles y preparaban la que sería su habitación.

La familia de Emma viajó para conocer a la niña, que les sería entregada por fin ese fin de semana. Cuando Rocío vio a su hija, se alegró de verla tan feliz. Aunque la vez anterior que se habían visto pudo comprobar que volvía a ser ella, ahora estaba mucho mejor y quiso saber cómo le iban las cosas con Evan.

—Hija, te veo genial, ¡estás guapa y feliz! ¿Ya han vuelto todos los recuerdos a tu cabecita?

—Bueno, no todos, los malos... no recuerdo ninguno. El doctor dice que es normal, porque mi mente los bloquea porque no me interesa recordarlos. Pero sí quiero recordar los viajes, y eso me cuesta, aunque poco a poco he construido recuerdos nuevos y he decidido no agobiarme. Ahora estoy muy bien con Evan. Estoy enamorada, mamá. Me lo da todo solo con una sonrisa. El primer beso que le di después del accidente vino cargado de recuerdos románticos y sé que está hecho para mí. Y lo de adoptar a Rebeca... Creo que no hay nada a lo que me diga que no, ¿sabes? A veces me asusta un poco.

—Hija, el amor verdadero es eso; dar y dar. Solo por ver a tu pareja feliz me alegro mucho de que estéis así. ¿Has pensado lo de la boda? Sé que me dijiste que de momento no lo tenías pensado, pero es que te veo diferente y me hace pensar que ahora que habéis adoptado a una niña quizá te lo hayas replanteado y hayas cambiado de opinión.

—Sí, y la verdad es que quiero esperar a que Rebeca esté instalada y tranquila, pero quiero sorprenderlo. Sé que me pidió que nos casáramos y que fue romántico,

aunque no recuerdo muy bien cómo, pero me gustaría sorprenderlo yo a él. Lo que tengo que encontrar es el momento perfecto. Estuve viendo fotos de la boda con Evan hace un tiempo y decidí que, cuando nos casemos, quiero que sea menos clásico y más divertido. Tengo que pensar algo.

—Me alegra escuchar eso, hija. Pensé que tardarías en decidirte... Y tu relación con Sergio, ¿cómo va? Y, sobre todo, ¿cómo lo lleva Evan?

—Pues va muy bien. Le ofrecí trabajar conmigo y me ha ayudado a recordar muchas cosas. A Evan al principio le costó un poco, pero creo que entendió que solo somos amigos. Ahora se llevan muy bien y creo que Sergio ha conocido a una chica. Es muy maja, me gusta para él. Solo espero que de verdad haya cambiado, porque me dolería mucho que le hiciera daño. Se llama Sara, no lo ha pasado muy bien en la vida y no se merece que le hagan daño. Nos hemos hecho muy amigas.

—Me alegro por él. No es mal chico, aunque estaba claro que no era para ti. El destino es muy caprichoso, hija, y creo que en el fondo todo tuvo su motivo.

—La verdad es que sé que con él nunca habría tenido lo que tengo ahora, y hay veces que no me puedo creer cómo tengo tanta suerte. Aunque me habrán pasado cosas malas que no recuerdo mucho, creo que las buenas lo compensan todo.

—No lo dudo, hija. Anda, vamos abajo, que nos están esperando.

Evan había ido a firmar los últimos documentos de la adopción y a buscar a Rebeca, mientras en su casa estaban todos sus amigos y familiares con Emma. Estaban deseando conocer a la niña. Sara también estaba allí.

Emma y ella se habían hecho muy amigas. Se iban de compras juntas y Emma la estaba ayudando mucho. Poco a poco estaba conociendo a Sergio y, aunque de momento estaban teniendo un comienzo bastante tranquilo, ella ya se sentía como en casa. Aquel grupo de amigos que la habían acogido tan bien era gente estupenda.

Cuando Evan terminó todo el papeleo fue a buscar a Rebeca, que estaba sentada, sola, en un banco del jardín. Al verlo, se puso nerviosa. Sabía que se iba a ir a vivir con Emma y con Evan pero tenía miedo de que en poco tiempo la devolvieran, como habían hecho otras parejas.

—¡Hola, Rebeca! ¿Estás preparada para venir a casa? ¿Te has despedido de tus amigos? Ya sabes que puedes venir a verlos las veces que quieras. —Evan notó que la niña estaba muy triste y no sabía qué decirle—. ¿Qué te pasa, princesita? ¿Por qué estás tan triste? ¿No quieres venir a casa con nosotros?

La niña lo miró sorprendida. ¿Cómo podía pensar eso Evan, si estaba loca por irse con ellos? Pero, claro, sí que era verdad que estaba triste.

—Sí que *quiedo*... ¿Dónde *ta Mema*? —preguntó la niña a su manera e intentó

sonreír, pero no le salió muy bien. No sabía fingir.

—Se ha quedado en casa. ¡Tenemos una sorpresa para ti! —le dijo ilusionado

—¿¡Pada mí!? ¿¡Una *zopreza*! —La niña comenzó a ilusionarse cada vez más y se levantó sin demora—. ¡Vamo, *vamo*!

Se dirigieron al coche y, al entrar, Evan la sentó en su sillita nueva. Era rosa, de Minnie. Ella la miró y le gustó mucho.

—Espero que te guste la sillita, la ha elegido Emma.

—¡E mu bonita! ¡E dosa! ¡Como a mí me *guta*!

La niña comenzaba a estar muy excitada. Estaba deseando ver a Emma y no podía imaginarse lo que le habían organizado. Nunca había tenido una fiesta como aquella.

Al llegar a la casa y ver la entrada, la niña alucinó. Era una casa muy grande y le encantó. Todo lo que veía era nuevo para ella. No estaba acostumbrada a los lujos.

Evan aparcó y la cogió en brazos. Ella se abrazó a su cuello y no pudo evitar ponerse a llorar... Todo le gustaba y no quería que la devolvieran. Tenía mucho miedo. Evan se extrañó.

—¿Por qué lloras, cielo? ¿Qué te pasa? No llores, por favor, que te pones muy fea y tú eres una niña muy guapa. No quiero que Emma vea que has llorado. Tranquila, puedes contarme cualquier cosa. Si voy a ser tu papá, tendremos que aprender los dos... Yo no sé nada acerca de ser papá, pero por ti puedo intentarlo. ¿Qué me dices? ¿Dejas de llorar?

La niña lo miró por un momento. Analizando la mirada, parecía muy sincero y tan confundido como ella, así que decidió dejar de llorar.

—¿De verdad *quiedes se* mi papá? ¿No me *devolvedás* otra *ves*?

Evan, en ese momento, lo entendió. La niña tenía miedo de que no la quisieran.

—No, claro que no. Emma te quiere mucho y está deseando ser tu mamá, y yo también te quiero mucho. Por eso no queremos que llores, ¿vale?

—Vale, ¿puedo *llamate* papi?

Se secó las lágrimas con la mano.

—Claro, ¡puedes llamarme como quieras!

Se alegró de escucharla. Lo cierto era que desde que había visto a aquella niña y había estado con ella le había robado también a él el corazón. Era muy tierna y lo único que buscaba era cariño.

Cuando entraron en la casa, una vez que Rebeca se calmó, le dieron una enorme sorpresa. La niña no sabía a quién mirar. Había mucha gente y no conocía a nadie.

Emma le dio la mano y le fue presentando a todos. Primero le presentó a su madre y le dijo que sería su abuelita, aunque vivía en Barcelona. Le presentó a Julieta, que se

ofreció encantada a tenerla mientras ellos trabajaran.

Todos se enamoraron de ella enseguida.

Luego, les presentó a sus hermanos, a sus cuñados y a sus amigos. Le enseñó la casa y, cuando llegaron a su habitación, la niña no podía creer lo que veía. ¡Todo estaba decorado con las cosas que más le gustaban! Princesas Disney, por un lado. Muñecas y juguetes, por otro. ¡Y la habitación era enorme y era para ella sola!

—¡Gasias, mami!

La miró con una amplia sonrisa y Emma, al escuchar que la había llamado mami, se enterneció y la abrazó, la besó y le dijo que siempre estarían juntas. Aquello la calmó muchísimo. No supo por qué, pero sabía que no le mentía.

En la fiesta se lo pasaron genial. Al caer la noche, los invitados se marcharon, excepto la familia de Emma, que se quedaba el fin de semana allí.

Cuando se fueron a dormir, Emma se fue con Rebeca a su habitación y le leyó un cuento, como había hecho su madre con ella. Cuando se durmió, la miró con dulzura. No podía apartar la vista de esa niña, la tenía hechizada. Por un momento pensó que jamás dejaría que nada malo le pasara. Pensó en la sensación tan buena que se sentía al ser madre y, aunque imaginó que cuando tuviera un hijo biológico sería diferente, supo que siempre estarían unidas.

Evan se asomó a la puerta y se quedó observando a Emma durante unos minutos. Sabía que sería una madre excepcional. Solo por cómo miraba a Rebeca, habría tenido mil hijos con ella. Lo que se avecinaba era nuevo para ellos, pero lo estaban haciendo muy bien. No quiso asustarla, así que esperó a que ella se diera cuenta de su presencia para decirle lo que le tenía que decir.

—¿Cuánto rato llevas ahí? —preguntó Emma cuando lo vio mirándolas.

—Pues no sé, unos cinco minutos o más —le dijo en voz baja para no despertar a Rebeca.

—¿Has hablado con el médico? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que la medicación que toma, de momento, se la sigamos dando cada doce horas. Es importante que se la demos cuando le toca, porque por lo visto si no la toma le podría provocar desmayos. Es para activar las defensas de su cuerpo, ya que, si baja su nivel de defensas y cogiera cualquier enfermedad, podría ser muy malo para ella. Aun así, me ha dicho que cuando la vea podríamos intentar probar otros tratamientos, que serán más costosos pero quizá le permitan no medicarse tanto.

—No entiendo cómo las personas que la han acogido la han podido devolver tantas veces. Mírala, si es preciosa. Es tan dulce y tan cariñosa... Tenemos que hacer todo lo posible por ella, por que sea una niña feliz. No quiero que sufra. Estaba aquí

leyéndole un cuento y, aunque parezca algo muy tonto, me he sentido como si fuera nuestra desde que nació. Cómo me abraza y cómo me llama mami... ¿Cómo puede quererme tanto en tan poco tiempo? Y, ¿Cómo puedo quererla yo...? Es como si el destino la hubiera puesto ahí para nosotros.

—O a nosotros para ella. Es una niña muy especial y, créeme, no dejaré que le pase nada malo. Me gusta que seamos una familia, me gusta que ella nos quiera, pero lo que más me gusta en este momento eres tú.

Emma se rio con una sonrisa pícaro. Le dieron un beso a Rebeca y se marcharon a su habitación. Emma le agradeció a Evan de unas cuantas formas que la hubiera hecho tan feliz.

Esa noche, mientras dormían, Emma comenzó a soñar con una vida llena de felicidad. Rebeca corría por un jardín junto a ella, cogían flores y jugaban a pillar con Evan. Habían ido de pícnic y estaban muy felices, pero, de repente, apareció una loca que quería hacerles daño a Rebeca y a ella. Aquella mujer... Emma la conocía de algo... Era rubia, alta, muy guapa, pero su mirada estaba llena de rabia y de odio... Entonces recordó aquel primer encuentro en la casa de los padres de Evan y todos los recuerdos la inundaron; la discusión que tuvieron en aquella fiesta, la pelea con Evan cuando se fue a Nueva York, la jugarreta que quiso hacerle creer, el enfrentamiento en el despacho de Evan, las notas, las amenazas, cómo la miró con rabia detrás de aquel escaparate mientras ella se probaba por última vez su vestido de novia... Y entonces un dolor tremendo inundó su cabeza y comenzó a gritar en sueños.

Evan se asustó y rápidamente la despertó y la abrazó.

Emma rompió a llorar. Evan no sabía qué hacer. Ella apoyó su cabeza en las rodillas, mientras no dejaba de llorar.

—Cielo, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? Me estas asustando... ¿Quieres que llame al doctor?

—No. No lo llames, se me pasará en un rato.

Abrió un cajón de su mesilla, se tomó una pastilla y esperó a que le hiciera efecto.

Mientras, Rocío, asustada, apareció por la puerta de la habitación.

—¿Pasa algo, hija? ¿Estás bien?

—Sí, mamá, tranquila. Duérmete de nuevo. Ha sido una pesadilla.

Rocío miró a Evan y, cuando vio que su hija estaba más calmada, añadió:

—Si necesitáis algo, me avisáis.

Evan asintió con la cabeza y Rocío se marchó de nuevo a su habitación.

—¿Quieres que te traiga algo de la cocina? No me importa bajar a buscarte lo que sea.

Evan estaba muy preocupado.

—No, ya está, se me está pasando. Perdona, es que he tenido una pesadilla horrible y de repente todos los recuerdos han venido a mí... Era Giselle... Quería hacernos daño, a Rebeca y a mí... Y entonces todo ha sido como eso, como una pesadilla; la fiesta en casa de tu padre, en tu despacho, nuestra pelea por culpa de ella... Lo he recordado todo.

—Vaya... No sé qué decir. Me alegro de que recuerdes más cosas, pero esas justamente... ¿Seguro que estás bien?

Evan volvió a preguntar. Estaba nervioso y necesitaba ver que ella estaba bien de verdad.

—Sí, Evan. ¿Por qué esa chica quiso hacerme tanto daño? ¿Qué tipo de desequilibrada mental es? Lo digo en serio. Nunca me he encontrado a nadie que porque su expareja rehaga su vida se ponga así. Me asusta, sinceramente, y siento no haberte contado nada antes del accidente. Creo que no pensé que fuera capaz de hacer algo así, pero la subestimé.

—Lo siento, cariño. Yo tampoco pensé que ella llegara tan lejos. Lo cierto es que nunca ha sido así, pero siempre ha sido muy cabezona y muy caprichosa. Supongo que ver que jamás volvería con ella es lo que le hizo hacer eso. No la justifico porque, sinceramente, yo tampoco la entiendo.

—Cuando estabais juntos, ¿cómo era vuestra relación? Nunca me has contado nada de eso. Bueno, en realidad creo que solo hablamos de nuestros desengaños amorosos y poco más... Sé que es tarde, pero ahora no me puedo dormir... ¿Te importa que bajemos y compartamos un helado? Así me cuentas un poco todo eso... Aunque, si tienes sueño...

Evan sabía que ella necesitaba ese momento, por lo que no le importó su cansancio.

—Princesa, por ti lo que sea. Vamos.

Bajaron a la cocina sin hacer ruido y decidieron comer un trozo de tarta que había sobrado de la fiesta y una tarrina de helado de vainilla.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Quiero saberlo todo; cómo la conociste, cómo era vuestra relación y, bueno, cómo terminó ya lo sé, pero quiero saber cómo era vuestra relación después de terminar... Si no te molesta contármelo.

—No, no me molesta. Bueno, la conocí hace unos ocho años, más o menos. Nuestros padres eran amigos, eso ya lo sabes. Siempre la había visto en fiestas familiares y demás, y siempre me había llamado la atención. Cuando me fui a la

facultad de Derecho, ella y yo estudiábamos juntos y a veces salíamos a divertirnos. Y de esas veces, algunas acabábamos juntos, pero nunca dábamos lugar a más. Solo nos divertíamos y ya está. Después del primer año de carrera, yo empecé a salir con mis amigos y ella con los suyos, pero en ocasiones ella se molestaba si me veía con alguna chica del *campus*, y un día que estaba enfadada le pregunté por qué se ponía así y me dijo que le gustaba y que no quería que estuviera con otras, que solo quería que estuviera con ella. A mí ella me gustaba mucho. Me lo pasaba muy bien con ella y empezamos a salir. Al principio estábamos muy bien. Ella era cariñosa, divertida y me gustaba estar con ella, pero luego se volvió muy envidiosa. Le fastidiaba que tuviera mejores notas que ella. Se enfadaba y decía que yo la distraía y por eso no estudiaba lo suficiente... Dejamos de vernos un tiempo, pero luego volvimos y ella había cambiado. Salía cuando quería. Siempre decía que se iba con amigas. Cuando estaba conmigo, siempre me lo compensaba con sexo y se hacía siempre la interesante. Yo estaba enamorado y, como todo enamorado, era ciego. Dejé de salir con muchos de mis amigos porque todos me decían que ella me utilizaba y yo no quería ver que era verdad.

—¿Fue en esa época cuando dejaste de hablarte con Darío?

Emma sabía que habían sido amigos y se habían distanciado.

—Sí, Darío y Pierre siempre habían sido mis amigos, pero en aquella época casi los pierdo a los dos. Darío se enfadó y me dijo que mientras no bajara de mi nube él iría a la suya, porque siempre habíamos salido juntos y yo los dejé tirados muchas veces por ella. Giselle no quería salir nunca con mis amigos, ¿sabes? Pero yo solo tenía ojos para ella... y no me importaba. Ahora creo que no quería salir con ellos por no compartirme con nadie... Yo siempre le daba todo lo que quería por contentarla, pero se aprovechaba de mí, sobre todo cuando me asocié con mi padre. Salíamos a pasear y siempre acabábamos en algún centro comercial, comprando todo lo que ella quisiera. Cuando me enteré de que me engañaba, al principio no me lo quise creer. Darío me dijo que la había visto con otro chico y nos peleamos. Luego se marchó a estudiar fuera y ahí se congeló nuestra amistad. Más tarde, cuando Pierre me enseñó fotos que habían hecho en una discoteca, no me lo pude creer... Y ahí empezó mi investigación. Cuando conseguí mis pruebas, tuve una fuerte discusión con ella, pero, como siempre, me decía que estaba insegura y que no me engañaría nunca más, pero lo volvía a hacer. Ella no sabía que la vigilaba... y decidí poner punto y final a esa relación... No era buena para mí.

—Pues, si te digo la verdad, no veo dónde están los momentos buenos, porque por lo que explicas ella siempre ha ido a la suya...

—Los momentos buenos para ella siempre han sido los que yo sacaba mi tarjeta y pagaba todo lo que ella compraba. En esos momentos, era la mujer más feliz del planeta. Había fines de semana que íbamos de compras, luego cenábamos en casa, nos bañábamos en la piscina y siempre terminábamos en la cama... Por eso aquel día que vino a casa se tomó esas libertades... Pero con ella nunca ha sido como contigo. Cuando hemos ido a algún sitio, nunca ha valorado la belleza de esos lugares, solo las tiendas que encontraba en ellos.

—Vaya... Qué pena, ser así de insustancial... ¿Qué viste en ella? No lo puedo entender, porque, por lo que me explicas, solo era una chica guapa que se aprovechaba de ti.

—Lo que veía era nuestro primer año de relación, y siempre pensé que ella podría volver a ser aquella chica risueña que soñaba con ser la mejor abogada y estar conmigo para siempre, pero aquella chica cambió. Creo que la separación de sus padres la hizo cambiar. Nunca me contó por qué era así, por qué había cambiado tanto. Yo no quise darle más oportunidades, me cansé. Y, después de dejarla, me encerré en mí mismo y ya no quise saber nada más de ella, porque siempre acababa convenciéndome para que la creyera y me volvía a mentir, así que le di de lado, como a mis amigos. Lo cierto es que el único que me aguantó fue Pierre. Él me convenció por aquel entonces para montar la revista, porque quería abrir su propio negocio y porque quería que estuviera distraído. En el despacho me iba bien, pero tenía mucho tiempo libre y me lo pasaba encerrado en mi casa... ¿Y tú? ¿Por qué no me cuentas tu historia? Veo que con Sergio te llevas muy bien y no te mentiré; he tenido celos y he pensado que podrías volver con él, sobre todo cuando despertaste del coma. Pero ahora me fío de él. Es buen tío.

—Bueno a mí me pasó un poco como a ti, a diferencia de que yo a Sergio lo conocí en la facultad. Creo que ya nos llamamos la atención nada más vernos, y una noche, en una fiesta, me invitó a salir. Hicimos muy buenas migas y hasta tres meses más tarde no nos dimos nuestro primer beso. Nos lo contábamos todo, éramos muy buenos amigos. Él era cariñoso y el prototipo de chico que yo siempre había querido para mí; atento, detallista... Los dos primeros años estuvimos estudiando mucho y salíamos siempre que podíamos. Estábamos muy bien juntos, por eso decidimos que al acabar la carrera nos iríamos a vivir juntos. Lo cierto es que él nunca ha cambiado. Yo siempre le di la libertad para salir con sus amigos y yo aprovechaba para salir con Laura. Nunca pensé que me pudiera engañar, porque yo era muy buena siempre con él. Luego, cuando salía con sus amigos, siempre tenía detalles conmigo; me mandaba flores al trabajo, o me invitaba a cenar al día siguiente... Para mí era normal. Suponía

que era porque me había añorado. Luego, con el tiempo, entendí que era porque me había engañado. Él siempre ha sido muy mujeriego. Lo de casarnos fue algo que salió solo. Una noche, me invitó a cenar y me pidió que me casara con él. Me sorprendió, porque nunca había sido muy romántico, y yo acepté como una tonta porque era lo que siempre había querido, pero nunca pensé en si hacía lo correcto, hasta el día de antes de la boda... El resto de la historia, ya la sabes...

—Lo cierto es que no sé toda. Sé que te engañó y que le dejaste, pero tardaste unos meses en venir aquí. ¿Qué pasó en esos meses?

—Bueno, pues me volví una loca... Salía con Laura. Si me entraba un chico que me gustaba, me acostaba con él y al día siguiente lo echaba de mi cama y de mi casa... Sergio se fue con un amigo a vivir y se mantuvo al margen. Algunas veces me mandaba mensajes. Yo lo ignoraba y ya está. Cuando le dije que podía volver a casa porque yo me iba del piso, fue cuando comenzó a pedirme perdón... Luego ya nos conocimos tú y yo, me peleé con él y ya está, pero decidí perdonarle cuando me dijo que mi felicidad era lo que más le importaba. Siempre fuimos buenos amigos y no quise perder eso. Los amigos son muy importantes en la vida y a veces hay que perdonarlos para conservarlos. Valoré mucho que fuera sincero conmigo en el hospital.

—Sí, eso es cierto. A mí nunca me ha mentado tampoco. En el fondo, envidio la relación que tenéis, porque si Giselle hubiera sido la mitad de comprensiva que fue Sergio no estaríamos en estas circunstancias. Habríamos disfrutado de nuestro día y de una luna de miel fabulosa.

—Evan, no pienses en eso, lo disfrutaremos algún día. Ahora estoy aquí, a tu lado, ella ya no puede molestarnos y se nos ha presentado la oportunidad de ser padres. Y eso ahora es más importante.

—Tienes razón. Anda, glotona, deja el helado y vámonos a la cama, que si no mañana estarás muy cansada.

CAPÍTULO 28

El tiempo fue pasando rápidamente. La vida de Evan y Emma había cambiado. Habían estado con Rebeca en el médico y le habían puesto a la niña un tratamiento mucho mejor. Era costoso, pero ellos podían permitírselo. La niña se había adaptado a su nueva vida sin problemas y era muy feliz. Por fin tenía una familia de verdad, que se preocupaba por ella, y eso la tranquilizaba bastante. Ya había vivido malas experiencias con otras familias, pero Emma y Evan eran diferentes.

Laura y Darío cada día se veían más, al igual que Sergio y Sara, que se estaban conociendo y estaban bastante ilusionados. Pero Pierre era otro cantar. Estaba enamorado de Silvia y no quería decírselo por miedo a perderla, pero Emma no podía verlo así y necesitaba hacer algo por ellos, ya que sabía que su amiga sentía lo mismo y ninguno de los dos se atrevía a dar el paso, o al menos eso era lo que recordaba.

Un fin de semana que viajaron a Barcelona para que Rebeca viera la casa que tenían ahí, decidió quedar con Silvia para hablar con ella, ya que en los últimos meses no se habían visto porque Silvia tenía mucho trabajo. Al llegar, Silvia ya la estaba esperando. Tenían mil cosas que contarse.

—Pero, madre mía, Emma, ¡qué guapa estás! ¡Te encuentro súper mejorada! ¿Qué ha pasado en este tiempo aparte de convertirte en una madraza? En serio, ¡estás genial! Ah, y perdona por no haber ido a verte después de que te dieran el alta, pero es que me ha sido imposible... Andamos cortos de personal en el trabajo y no paro.

Silvia miraba a Emma y se alegraba de verla tan bien. Lo cierto era que toda ella reflejaba felicidad.

—Pues estoy muy bien, la verdad. Con Evan estoy genial, me trata como una princesa, no hace nada sin nosotras y, aunque nos hemos convertido en unos padres muy responsables, no te negaré que decidimos tener la noche de los sábados para

nosotros. Así podemos hacer cosas los dos solos y nos va muy bien. Y tú, ¿qué tal? Siempre estás ocupada y casi nunca hablamos.

—Sí, no paro en el trabajo. No te lo conté, pero Jessica ya no está. No sabía hacer nada por sí misma y acabaron despidiéndola. Bueno, le dieron un puesto de secretaria en otra oficina de su padre, pero ya no está en nuestra revista. Su padre también se ha ido y en su puesto nos trajeron a un sargento... y por eso voy de culo. Se llama Ángel, aunque de ángel tiene bien poco, más bien es como un demonio. Le tengo una manía... No puedo con él.

—Vaya, no sabía nada. La verdad es que estoy tan centrada en mis cosas que no me había enterado... ¿No será Ángel de la Torre? Sabía que había ido a Barcelona a dirigir una revista, pero no sabía cuál. Me lo dijo mi suegro, por lo visto es cliente suyo... Pues lo siento por ti, es un tío bastante impresentable.

Emma lo comentó con un poco de pena. Aguantar a aquel hombre era muy pero que muy difícil. Era el típico jefe machista hasta los topes al que le gustaba todo el trabajo perfecto. Era muy minucioso y siempre estaba malhumorado.

—Sí, además es un baboso. Pero yo no quiero perder mi trabajo, por eso me esfuerzo tanto.

—Oye, si no estás bien con él, ¿por qué no te vienes con nosotros? Sabes que hace unos meses creé una revista solidaria, ¿no? Podrías dirigirla tú. Lo cierto es que todo lo está haciendo Sergio, pero no lo veo con capacidad para dirigir la revista y yo no puedo con las dos. No ahora con Rebeca, ya me entiendes... Y necesito llenar mi antiguo despacho. Sergio escribe muy bien, pero dirigir es otra cosa. Tú lo harías genial. Así yo podría estar más tiempo con Rebeca... Además, me gustaría retomar lo que dejé a medias con Evan cuando el accidente... Y eso requiere tiempo.

—¿Me estás diciendo que por fin te has decidido a casarte? ¡Le darás una alegría enorme a Evan! Y referente a la oferta que me haces, por una parte me gustaría; trabajar rodeada de mis amigos es lo mejor, pero ya sabes que estar cerca de Pierre... no quiero. Emma, tú vives en tu burbuja de amor, pero yo... Han pasado algunas cosas y ahora no es el mejor momento para estar con Pierre.

Emma la cortó de golpe, molesta. Estaba cansada de que ambos pusieran mil excusas para ser felices, cuando solo tenían que dar un pequeño paso y ser sinceros.

—¡Basta ya, Silvia! Deja de esconderte y deja de pensar que sufrirás. No lo harás, y te lo digo porque Pierre es como Evan. Es un amor de tío y no le estás dando la oportunidad de demostrártelo. Deja ya esos miedos tontos que tienes. ¿Por qué no habláis y sois sinceros el uno con el otro? ¡De verdad que no os entiendo! Él va como un alma perdida, y tú igual... Por favor, encontraos ya de una vez. Nos haréis un favor

a los demás. Si hasta Laura tiene novio... Venga, Silvia, ¿por qué te asusta tanto? ¿No crees que Pierre merece una oportunidad? Él te quiere, te quiere de verdad, lo has visto igual que yo cuando hemos estado juntos. ¿Por qué no quieres darte cuenta?

Su amiga se quedó bloqueada, Emma tenía razón. Siempre había notado que Pierre la trataba de una manera especial. Sabía que se querían porque les unían muchas cosas, pero querer a alguien no es lo mismo que amar, y ella había vivido muchos desengaños de amigas y no quería vivir uno en sus propias carnes, y más del chico del que siempre había estado enamorada. Además, después de lo que les había pasado mientras Emma había estado en coma, le resultaba difícil volver a estar con Pierre.

—No es que no me quiera dar cuenta. Sé muy bien lo que siente por mí, pero hay cosas que no entiendes... Para mí es muy duro verlo ahora... Emma, llevo castigándome a mí misma desde que lo dejé. Yo puse fin a la relación y él no hizo nada más que respetar mi deseo, por eso puse tierra de por medio, pero llevo años martirizándome por tomar aquella decisión. Pensé que habían cambiado las cosas y que por fin podría ser feliz, pero de nuevo el destino me juega una mala pasada y todo se va a la mierda... Es muy duro ser amigos y ver que él nunca sale con nadie... Es como si estuviera esperándome, pero no quiero sufrir más.

En aquel momento, Emma se dio cuenta de que necesitaban ayuda. Había algo que se había perdido, porque no la entendió. Ambos eran cabezones y ninguno se atrevería a dar el paso. Tenía que hacer algo.

—Mira, eres una de mis mejores amigas y quiero que seas al menos tan feliz como yo, por lo que creo sinceramente que lo mejor que puedes hacer es venirte a trabajar con nosotros. Creo que pasar juntos más tiempo os ayudará, pero, sobre todo, creo que tendrías que hablar con él de lo que sientes. Yo te puedo dar consejos que tú puedes seguir o no, pero, si no os sinceráis el uno con el otro, nunca vais a ser felices. ¿Qué me dices? ¿Te vienes conmigo?

Silvia lo pensó por un momento. Lo que Emma le ofrecía le cambiaría la vida por completo, seguramente para mejor, al menos laboralmente. No soportaba a sus jefes y cada vez eran más exigentes. No tenía tiempo para disfrutar de la vida y estaba empezando a estar deprimida, por lo que ese cambio le otorgaba tiempo para ella, para estar con sus amigos y quizá para sincerarse al menos con Pierre, porque le debía una explicación. Aunque le costara admitirlo, era una oportunidad de oro. No. No podía dejarla pasar.

—Emma, me voy contigo, tienes razón. La vida solo se vive una vez y yo quiero vivirla con la gente que quiero. Aquí no me ata nada, allí tengo lo único que necesito; a vosotros. —Comenzó a sonreír pensando en lo que cambiarían las cosas a partir de

ahora—. Por cierto, la boda, ¿para cuándo la tienes pensada?

—Pues aún no lo he decidido bien, pero en unos meses es el cumpleaños de Evan y lo quiero sorprender. He pensado en hacer una fiesta en casa de sus padres y contratar una avioneta de esas publicitarias en la que le pida que se case conmigo. ¿Qué te parece?

—¡Que alucinará! Bueno, es algo que seguro que no se va a esperar para nada y creo que le sorprenderás muchísimo. Lo que él te hizo es más típico de un chico y no es muy común que el matrimonio lo pida la chica. También podrías organizar una boda sorpresa en lugar de una fiesta de cumpleaños. Puede que, como regalo, sea más original.

—¿Te puedes creer que he recordado muchas cosas y no recuerdo ese momento? Ni siquiera cuando miro mi anillo. Él no me lo quiere explicar, dice que mejor que lo recuerde por mí misma, pero necesito saberlo. Y en cuanto a tu idea, no sé, quizá lo piense.

—Yo no te lo puedo decir si él no te lo ha querido contar, solo te puedo decir que fue como un cuento de hadas, de esos que nunca se olvidan a no ser que una loca choque contra tu coche el día de tu boda y que tengas un súper golpe en la cabeza que te deje en coma y borre todos tus recuerdos.

Ambas comenzaron a reír.

—¿Sabes que me acuerdo de todo lo de Giselle?

—Mira, no me hables de esa zorra. Porque no la pillé el día de tu boda, porque yo no habría sido tan buena como Evan... ¡Yo la mato directamente!

—¿Evan fue a verla? Nunca me lo ha dicho... Y, ¿qué pasó?

—Se hizo la tonta, como hacía siempre que había hecho algo malo. Decía que tú igual estabas muerta, que nunca te casarías con él. Evan le dijo que le daba igual un anillo, que eras su mujer y que eso ella no lo cambiaría nunca. Y la dejó ahí tirada. Le dijo que él se ocuparía de que pagara por lo que había hecho.

—No me extraña que no me lo contara. Supongo que no debió ser fácil para él saber que yo estaba en un quirófano sin saber nada y que ella le dijera todo eso. Bueno, me alegro de que le dijera cuatro cosas a esa guarra.

Silvia y Emma pasaron juntas el fin de semana y decidieron que, en quince días, Silvia viajaría a Palma de Mallorca. Quería dar esas dos semanas en el trabajo para quedar bien. Y así lo hizo.

Cuando el lunes llegó a trabajar, habló con sus jefes y les dijo que se marchaba, algo que los cogió de sorpresa. Le ofrecieron un aumento de sueldo, pero ella les dijo que no, que le habían ofrecido la posibilidad de dirigir una revista y no quería perder

la oportunidad. Además, estaría cerca de su familia, y sus jefes lo entendieron. Ellos no podrían ofrecerle aquello. Sabían que su familia vivía lejos, por lo que le desearon mucha suerte y le dijeron que, si quería volver algún día, las puertas siempre las tendría abiertas.

Las dos semanas se le pasaron volando. Mientras, en la revista de Emma, todos se enteraron de que Silvia iría a trabajar con ellos. Pierre se alegró muchísimo cuando se enteró.

—¿Cómo lo has conseguido? Yo se lo he dicho muchas veces y nunca ha querido... ¿Qué has hecho para convencerla?

—Bueno, he de decirte que ha habido un cúmulo de situaciones que se han dado para que ella se decida, pero yo quiero hablar contigo antes de que venga a trabajar aquí. ¿Piensas contárselo algún día?

Pierre la miró, sorprendido.

—No sé de qué me hablas... Contarle ¿qué?

—Pierre, no me tomes por tonta, porque no lo soy. ¿Cuándo vais a dejar de hacer el tonto? Tú la quieres y ella a ti. No entiendo por qué lo hacéis tan difícil. ¿Sabes que me haría inmensamente feliz veros juntos?

—Toma, y a mí, pero yo no quiero presionarla. No es tan fácil como crees y ahora va a venir aquí... No quiero que se marche de nuevo.

Pierre estaba muy confundido con Silvia y ya no sabía qué pensar.

—Yo creo que solo tendrías que sincerarte con ella. Bueno, sinceraros los dos... Porque ella te quiere y no creo que juntos os fuera mal. Haz lo que quieras, pero creo que tendríais que hablar.

—Tiempo al tiempo, ¿vale?

Emma no sabía por qué aquellos dos tontos se lo ponían tan difícil, pero decidió no interferir. Ella ya había hecho lo que había podido y al menos los había juntado. Ahora tendrían que ser ellos los que dieran el paso de volver a estar juntos.

Cuando Silvia llegó, se puso al día enseguida. Todo el ambiente que se respiraba en la revista le encantó. Todos se llevaban muy bien. No había malos rollos con nadie y pudo ver cómo Emma y Sergio eran los de antes, pero sin ser pareja. Se llevaban muy bien y habían sabido dejar de lado su historia romántica para ser unos buenos amigos. Conoció a Sara porque pasaba mucho tiempo en la revista. Emma le había ofrecido un curso de formación para trabajar allí porque sabía que en el restaurante trabajaba muchas horas y no cobraba muy bien, así que decidió que comenzara de becaria, ya que también le gustaba mucho la moda. Estaba encantada, aunque también seguía trabajando por las noches en el restaurante.

Silvia volvió a retomar sus amistades y le gustaba ver cómo sus amigas tenían unas buenas relaciones con sus amigos. Darío y ella se conocían desde hacía muchos años y le gustó ver que había vuelto la sintonía al grupo, como años atrás. Evan y Emma salían mucho con ellos y dejaban a Rebeca a cargo de Julieta, que se la quedaba encantada.

La vida le había cambiado mucho, aunque no le resultaba fácil estar tan cerca de Pierre. Ellos siempre se habían llevado estupendamente, pero en sus corazones había ciertos sentimientos que por parte de Pierre estaban bastante claros, pero el problema que tenía Silvia era diferente. Anhelaba el amor más que cualquier otra cosa en el mundo, pero había visto a muchas personas sufrir por ello y no quería formar parte de ese grupo. Por eso, aunque estaba enamorada de Pierre, tenía claro que no quería comenzar nada de lo que se pudiera arrepentir después, por lo que intentaba guardar las distancias con él. Aunque entre ellos habían pasado muchas cosas hacía poco tiempo, ella tenía miedo a su rechazo y tenía una pena demasiado grande como para acercarse a él de nuevo.

Emma los observaba y callaba, pero algo ardía en su interior al ver cómo Silvia siempre daba esquinazo a Pierre y cómo nunca le daba ninguna oportunidad.

Así estuvieron meses y meses. Todo iba bien en el trabajo para todos. La vida les sonreía, pero Silvia iba a lo suyo y no se acercaba a Pierre lo más mínimo. Eran amigos, pero no dejaba que él profundizara en aquella relación.

Pierre, por su parte, había hecho de todo para que ella saliera a cenar con él, para que le diera la más mínima oportunidad, pero no conseguía nada y no entendía el motivo. Quiso hablar con ella en numerosas ocasiones, pero ella no se lo permitió. Era como si él hubiera hecho algo que le hubiera roto el corazón, pero estaba convencido de que no era así. No sabía qué más hacer, por lo que decidió cesar en su empeño. Quizá ella no estuviera tan enamorada como él.

Una noche, Emma estaba con Pierre organizando la fiesta sorpresa del cumpleaños de Evan. Ella hacía días que lo veía triste y ya no soportaba más verlo así.

—Pierre, ¿qué te pasa? Llevas unos días que no eres tú y a mí no me engañas. No sé qué pasa por tu cabeza, pero sabes que me lo puedes contar.

Habló con un poco de preocupación en su tono.

—Emma, es muy difícil para mí, mírala —dijo señalando con la cabeza a Silvia, que estaba tomando una copa con Laura—. Soy como humo para ella, no me presta ni la más mínima atención. Somos amigos, como siempre, pero yo esperaba algo más, porque cuando la miro... No sé, esperaba que volviera la magia y creo que es imposible.

Pensó en cómo estaban cuando tuvo el accidente y Emma estaba en el hospital, y una punzada de dolor le atravesó el corazón.

—¿Por qué dices eso? ¿Habéis hablado? ¿Le has dicho lo que sientes? —preguntó Emma.

—Sí, hablé con ella hace un par de días. —Emma se sorprendió. Silvia no le había contado nada—. Y me dijo que no pierda el tiempo con ella, porque nuestra historia es imposible. ¿Qué coño significa eso? No la entiendo, en serio, estábamos mejor cuando ella estaba en Barcelona. No sé qué le pasa y yo ya estoy hasta las narices... ¿Qué más quiere que haga?

Emma no daba crédito a lo que escuchaba y además Pierre se había enfadado.

—Pierre, perdona, no quería incomodarte...

—No, perdona tú. No quería pagarlo contigo, es solo que no sé qué hacer. Tengo un montón de chicas esperando a que las llame y no es por fanfarronear, pero yo quiero estar con ella y ahora no sé qué hacer.

—Pues llama a alguna. Mira, si ya lo has hecho todo y ella no quiere darte una oportunidad, tú no puedes hacer más. Deja que sea ella la que se dé cuenta de lo que pierde. ¿No crees que quizá así ella te hará caso?

—¿Me estás diciendo que salga con otra chica solo para darle celos?

Pierre no quería hacer daño a ninguna chica. Le parecía una malísima idea, aunque en el fondo no le disgustaba del todo y quizá funcionara.

—No, te estoy diciendo que hagas tu vida y que si en ese caso ella se da cuenta de que quiere estar contigo y tú le quieres dar una oportunidad... pues adelante. No quiero que hagas daño a nadie. Quiero que seas feliz, y si con Silvia no puedes serlo... No vas a estar esperándola toda la vida...

Pierre pensó en las palabras de Emma. Tenía toda la razón del mundo. ¿De qué le servía estar solo si quizá no conseguiría estar con la chica que él quería?

—Tienes razón, es hora de pasar página.

Tres semanas más tarde, Silvia notó un cambio en Pierre que la sorprendió totalmente. Ya no le insistía para salir juntos. Era más, hablaba mucho por teléfono con otra chica y le contó cómo habían ido a cenar y que aquella chica le gustaba. Comenzó a sentir esos celos de los que Emma hablaba, pero no quería darse cuenta de que quizá tenía que decirle a Pierre la verdad.

—Emma, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó Silvia entrando en su despacho.

—Claro, siéntate, aunque no tengo mucho tiempo. Me voy con Sergio a una asociación de mujeres maltratadas.

—Tranquila, será rápido. ¿Conoces a esa chica que sale con Pierre? Bueno, con esa que quedó anoche. No sé, lo veo diferente. Y es solo que...

—¿Estás celosa? Porque te recuerdo que llevas meses pasando de él. Y sí, conozco a esa chica. Se llama Dafne, tiene veintiocho años y es modelo de una de las campañas que cubrimos hace un tiempo. Es una monada de chica —dijo un poco enfadada.

—Pareces molesta por la pregunta. No era mi intención enfadarte, aunque no entiendo por qué te pones así conmigo...

—Hombre, llevo mucho tiempo diciéndote que hables con Pierre y que le des una oportunidad. Y tú, como si nada. Pues ahora que intenta ser feliz, que ha aceptado que no tiene nada que hacer contigo, me sorprende tu reacción. No me enfado, es solo que no quiero que le jodas la relación si no lo tienes claro.

Silvia la miró y entendió lo que su amiga le decía.

—Emma, tú no sabes toda la historia. Bueno, es que es complicada...

—Si no me la explicas, claro que no la sabré, pero creo que quizá podría entenderte mejor si supiera toda la historia. Aunque, si es tan duro para ti, no me lo cuentes —dijo ofendida. Nunca se habían guardado secretos.

—¿Hacemos un café esta tarde cuando vuelvas? Creo que necesito contártelo. Al fin y al cabo, es algo que llevo mucho tiempo guardándome para mí y creo que ya es hora de compartirlo con alguien que me importe y que me pueda dar su opinión.

—¡Hecho!

Emma se marchó con Sergio y con Laura a hacer el reportaje, como habían quedado. Escucharon testimonios que les erizaron la piel. Conocieron a personas que nunca habrían imaginado que hubieran pasado por experiencias tan malas y vieron cómo ayudaban a muchas otras personas.

A Emma le gustó ver lo que hacían en aquella asociación. Le impactó ver cómo chicas tan jóvenes habían sufrido a manos de sus parejas y cómo aquellas personas les enseñaban a reponerse, cómo les daban fuerza y las hacían quererse más a ellas mismas.

No se fueron muy tarde porque Emma no podía quitarse de la cabeza la conversación que tenía pendiente con Silvia.

Cuando llegó a la oficina, se marcharon a la cafetería. Silvia llevaba esperándola un par de horas. Tenía que hablar con ella y no sabía cómo empezar. Llevaba días dándole vueltas a su historia con Pierre, y verlo ahora con otra chica la había hecho reaccionar. Eso era lo que quería Emma, pero a Pierre se le veía feliz con aquella chica y no sabía si lo mejor era interferir para que pudieran estar juntos, porque quizá su tiempo ya había pasado.

—¿Cómo han ido las entrevistas? —dijo nerviosa.

—La verdad es que han ido muy bien, aunque hemos alucinado. Hay gente que ha pasado verdaderos calvarios... Y me quejaba yo porque Sergio me puso los cuernos... Bueno, al menos nunca me trató mal, por suerte.

—Sí, solo te hubiera faltado eso... Bueno, teníamos una conversación pendiente y primero quiero disculparme contigo por no haberte contado nada nunca... Supongo que me avergonzaba... No sé.

—Silvia, ¿qué pasa? Llevas tiempo suspirando por Pierre, pero no quieres acercarte a él, y ahora que acepta su derrota e intenta hacer su vida, montas en cólera. No entiendo nada. ¿Qué te ha pasado para que estés así? Tú siempre has querido estar con él, no entiendo nada. Lo peor de todo es que te gusta mucho, pero desde que desperté del coma no has vuelto a ser la que eras con él. Mantienes las distancias y lo alejas de ti...

—Bueno, verás... Cuando tuvisteis el accidente, el día de tu boda, y pensé que le había pasado algo a él, me replanteé muchas cosas... Y cuando lo vi sano y salvo caí rendida a sus pies. Estuvimos juntos unas semanas. Luego, yo tuve que volver a Barcelona. Nadie lo sabe. Le hice prometer que lo contaríamos juntos cuando tú despertaras, pero cuando me fui ya no le volví a llamar...

—¿Qué cabrones sois! Bueno, entiendo que no lo contaras cuando desperté, pero luego... Y él... ¡Joder, ya os vale! ¿Por qué no le llamaste? ¿Tan mal estuviste esas semanas? Porque no lo entiendo. Algo tuvo que pasar.

Silvia abrió su monedero y sacó una foto. Se la enseñó a Emma y esta se quedó atónita, mirando a su amiga, sin dar crédito a lo que veía.

—¿Esto es lo que estoy pensando?

—Sí, cuando llegue a Barcelona, llevaba un par de días muy rara. Me puse a pensar y, en efecto, tenía un retraso. Me hice un test de embarazo y me dio positivo. No sabía cómo explicárselo. Me enfadé, me alegré... pero no le llamé. No quería hablar con él, no podía darle esperanzas a algo que ni yo misma sabía si querría tener... Y me fui a una clínica, me hice una ecografía y pensé en tener una vida en común, en casarnos, tener a ese bebé y ser felices, como siempre hemos querido. Pero, al salir de la clínica, un ciclista me golpeó. Yo iba buscando el teléfono para hablar con Pierre. Iba distraída y no lo vi. Me dio un golpe muy fuerte. Al principio pensé que no había sido nada, pero esa noche comencé a sangrar y cuando llegué al hospital me confirmaron que había perdido al bebé.

—Vaya, lo siento mucho, Silvia. Pero, ¿por qué no lo hablas con Pierre? ¿Por qué lo evitas? No lo entiendo. Es duro lo que te ha pasado, pero no creo que te culpe. Él te

quiere y seguro que le gustaría intentarlo. Además, ahora no entiende por qué estás así. Creo que se lo tendrías que explicar.

—Ya, tienes razón. Vine aquí porque creía que se lo podría contar y estar bien con él, pero cada vez que lo miro veo la imagen de mi bebé y me vengo abajo. Y ahora os veo a ti y a Evan con Rebeca y veo cómo él la quiere tanto... que creo que me culpará de todo... tanto o más de lo que yo misma me culpo.

—Silvia, mira, yo no soy quién para decirte lo que tienes que hacer. Él ahora está feliz, pero no sabe por qué tú lo alejas. Yo dejaría que él juzgara por sí mismo si, a pesar de lo que te pasó, que te recuerdo que fue un accidente, quiere estar contigo.

Silvia la miró y la vio esperanzada.

—¿Tú crees que me perdonará? Si apenas puedo perdonarme yo...

—Pues debes hacerlo. Míralo desde este punto de vista; era muy pequeño, las cosas pasan por algo, quizá aquel momento no era tu momento de ser madre.

—Bueno, puede ser. El médico me dijo que era muy normal en muchas mujeres, que no me martirizara. Desde ese momento, cuando tengo la regla, lloro y lloro. Es como si necesitara ser madre, y no puedo mirar a Pierre. Es como si todos mis sueños se hubieran desvanecido.

—Te lo digo otra vez; habla con él. —Emma levantó la vista y vio a Pierre entrar con Evan en la cafetería—. Mira, este es un buen momento, ahí está, y está solo con Evan. Habla con él, por favor.

Silvia miró hacia donde estaban ellos y se armó de valor. Se dirigió a él con paso decidido. Estaba dispuesta a arriesgarse y a contarle todo. Quería recuperarlo al precio que fuera y necesitaba saber si, después de todo, él la quería.

—Hola, chicos, ¿qué hacéis aquí? —preguntó para romper el hielo.

—Bueno, yo he venido a buscar a Emma y Pierre me ha acompañado. Tenemos visita en el médico con Rebeca, una visita rutinaria.

—Ah, Pierre... ¿Podemos hablar?

Él la miró extrañado. Su tono había cambiado, parecía más amable que otros días.

—Claro, aunque he quedado en media hora. Si es algo rápido...

Emma vio la cara de Silvia, que estaba a punto de decirle que no importaba y que ya hablarían, y se le adelantó.

—Claro, es rápido. ¿Por qué no vais a esa mesa de ahí? Nosotros tenemos aún un rato. Pedimos algo y estamos con vosotros en un momento.

Silvia la miró y entendió perfectamente a su amiga. Ya no había vuelta atrás.

Se dirigieron a la mesa en silencio, hasta que Pierre decidió hablar.

—Bueno, creo que tenemos una conversación pendiente desde hace mucho

tiempo... Me sorprende que ahora seas tú la que quieres hablar, pero te escucho, aunque primero quiero que me contestes algo y quiero que seas totalmente sincera. ¿Qué he hecho para que estés así conmigo? Porque lo último que recuerdo antes de que estuvieras así de *simpática*, por decirlo de alguna manera, es que estábamos planteándonos tener una relación. No entiendo nada y, sinceramente, no sé si quiero entenderlo.

—Pierre, lo siento, perdóname. Sé que he sido muy mala persona contigo y que no debería haberme puesto así, pero es difícil de explicar... No sé por dónde empezar.

—Pues es sencillo. ¿Por qué no me cogiste el teléfono cuando volviste a Barcelona? ¿Por qué has vuelto y has aceptado el trabajo que te ha ofrecido Emma? Yo acepté tenerte porque pensé que podríamos arreglar lo que fuera que nos hubiera pasado, pero no se puede arreglar algo que no sabes que has hecho. No sé si me entiendes.

—Sí, te entiendo. Perdona, no es culpa tuya. Nada es culpa tuya, solo es culpa mía. Mía y de nadie más.

De repente, rompió a llorar y Pierre no sabía qué hacer. Solo quería abrazarla y besarla, porque a pesar de que había estado enfadado por la actitud que ella tenía con él y de que había empezado a salir con otra persona, él seguía enamorado de ella y siempre la antepondría a cualquiera.

—¿Qué te pasa? Podemos arreglarlo, sea lo que sea. Cuéntamelo, por favor. Si no, no puedo ayudarte. Siempre nos lo hemos contado todo. Silvia, ¿qué pasa?

Silvia abrió su monedero y le extendió la pequeña foto de la ecografía que llevaba guardada como una reliquia. Él la cogió y la miró, extrañado. No entendía nada.

—¿Qué es esto, Silvia?

—Verás, te lo iba a contar, pero no podía. Me sentía tan culpable... Y al principio te culpé a ti tanto...

—No te entiendo.

Empezó a ponerse muy nervioso y la miró fijamente, intuyendo lo que iba a decir. Le pidió que se explicara.

—Verás, cuando volví a Barcelona después de estar contigo durante casi dos meses maravillosos, no me sentía nada bien. Caí en la cuenta de que tenía un retraso y me hice un test de embarazo. Me puse tan nerviosa que, en lugar de decírtelo, quise asegurarme primero y me fui al médico. Esta es la ecografía que me dieron. Al salir, comencé a buscar mi móvil para llamarte. Estaba contenta y también tenía miedo, pero sabía que a ti te haría ilusión. Entonces, un ciclista me arrolló y... perdí al bebé. Al principio te culpé a ti, porque si hubieras venido a Barcelona conmigo habríamos ido juntos al médico y no habría estado distraída con el móvil... Luego, me culpé

yo... porque yo decidí llamarte en ese momento... Podría haberme sentado en la clínica, o haber esperado a llegar a casa... Y estaba tan triste que no quería estar contigo, porque tú me recuerdas que dentro llevé un bebe tuyo... que nunca podremos tener en los brazos...

Pierre la miró, apenado y sorprendido a la vez. Al ver la ecografía había pensado que ella había abortado y se lo había escondido. Ahora sabía que había sido un accidente y estaba más calmado.

Sacó su móvil y mandó un mensaje a Dafne. *Lo siento, pero no puedo quedar. Ya hablaremos.* Luego, miró a Silvia, que tenía la cara descajada.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando llegaste? ¿Por qué me esquivaste? Podríamos haberlo hablado y haberlo arreglado. No fue tu culpa, Silvia. Sabes que yo siempre te habría apoyado. Me duele que no me lo contaras para que pudiera estar a tu lado.

—Es que tenía miedo de que me culparas, de que me odieras...

Ella lo miró con cara de agobio, aunque en el fondo era un alivio habérselo dicho.

—Yo nunca podría odiarte, porque te quiero más que a nada, y, si tú quieres, podemos recuperar el tiempo perdido. Siempre has sido mi primera opción. Siento mucho no haber estado a tu lado y quiero que sepas que quiero estar contigo pase lo que pase, que quiero que me cuentes siempre cualquier cosa. Todo podemos afrontarlo juntos, ¿vale?

Silvia se sorprendió y, de repente, dejó de estar triste. Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—No quiero chafarte la historia con esa chica. Se te ve feliz con ella.

—Ninguna chica me hará nunca tan feliz como me puedes hacer tú. Ella sabe que estoy enamorado de ti y, aunque no le importó, siempre le dejé claro que, si tenía una mínima oportunidad contigo, la aprovecharía. Ya hablaré con ella. Tranquila, es buena chica y lo entenderá.

—Bueno, mientras no sea como Giselle...

Ambos se rieron y Emma aprovechó para acercarse.

—¿Todo bien, chicos?

Silvia le sonrió y le dio las gracias con una amplia sonrisa.

—Gracias por hacerme hablar con él.

Pierre la miró, sorprendido.

—Sí, gracias por hacerla hablar conmigo... Aunque tú y yo tendremos que hablar muy seriamente.

—Oye, oye, que yo me he enterado hoy. Pero de nada. Nos vamos. Os dejamos solos para que recuperéis el tiempo perdido. Ya me contaréis. Ah, por cierto, antes de

que aparezca Evan, quería comentaros alguna idea para su cumpleaños. Tengo una muy especial. ¿Nos reunimos mañana a primera hora en mi despacho?

—¡Claro!

Evan y Emma fueron a la cita del médico con Rebeca y todo parecía ir muy bien. Emma estaba contenta. Intuía que Silvia y Pierre arreglarían todos sus problemas y por fin serían una pareja feliz. Entonces, recordó lo único que su mente tenía bloqueado.

Recordó París. Recordó cómo fueron a cenar a la avenida de los Campos Elíseos, cómo pasearon por sus fabulosas tiendas, cómo visitaron la Torre Eiffel, cómo fueron en barco por el río Sena.

Recordó Disneyland y, lo más importante, cómo un cuento de hadas se pudo hacer realidad en ese viaje. Su sonrisa se iluminó de repente.

—¿Qué te pasa, que estás tan sonriente? ¿Me he perdido algo?

Evan se sorprendió de verla tan feliz. Emma bajó de su nube particular.

—¿Eh? No, nada, estaba pensando en que ahora Pierre y Silvia seguramente arreglarán sus problemas. Y también en que me alegro de que las pruebas de Rebeca estén bien.

En parte era cierto que se alegrara por aquello, pero no era lo que le ponía esa sonrisa tan perfecta en su cara.

—Sí, es genial. Y en cuanto a Pierre y Silvia, a ver si es verdad. ¿Sabes que llegué a pensar que habían tenido una relación y se habían peleado? Porque cuando estabas en el hospital estaban juntos mucho tiempo...

—Bueno, eso ya te lo contarán ellos, si quieren. Yo no te lo voy a contar. Si Pierre no te ha dicho nada...

Evan la miró con cara de pocos amigos.

—¡Qué cabrones! ¡Vaya con la parejita feliz! ¿Así que estaban juntos? Ya se lo diré yo... ¡Joder, después de todos los años de amistad y de todos los secretos compartidos, no me esperaba que me ocultaran algo así!

—Evan, no te enfades, por favor. No es lo que crees. Ellos querían esperar a que yo despertara, no querían fastidiarte y restregarte su felicidad cuando tú estabas tan triste... Pero luego pasó algo que ocasionó todo este lío, que ya te contaran ellos, ¿vale? No puedo traicionar su confianza. Es algo muy íntimo y yo prefiero que sean ellos quienes te lo cuenten.

—Vale, está bien.

Evan lo aceptó de buen grado y abrazó a Emma y a Rebeca. Él también estaba contento porque todo hubiera salido bien.

Rebeca cada vez estaba mejor de salud y estaba contenta. En el tiempo que llevaba con Emma y con Evan se había dado cuenta de lo que era querer de verdad a alguien. Le encantaba jugar con ellos, que le leyeran cuentos y que la llevaran a lugares fantásticos. Algo tan simple como mojarse los pies junto a ellos en la orilla del mar era lo mejor en el mundo para ella, y ver que los que ya eran sus padres se querían la hacía ser la niña más feliz del mundo.

CAPÍTULO 29

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, estaban todos en el despacho de Emma. Los había hecho llamar para una reunión urgente y todos estaban bastante extrañados. Nadie sabía de qué iba la cosa, menos Pierre y Silvia.

—¡Buenos días!

Entró mucho más feliz que de costumbre y eso era raro, porque siempre estaba bastante contenta. Pero ese día su sonrisa era diferente.

—Hola, jefa. ¿Qué pasa, que nos tienes en vilo? —dijo Laura intentando sonsacarle información de buena mañana.

—Bueno, tengo que informaros de algo importante para mí y necesito opiniones y ayuda... A ver, por dónde empiezo... —Y comenzó a hacerse la interesante con una risita un pelín malvada.

—Joder, pues por el principio, coño. ¿Por dónde vas a empezar? —Laura ya estaba de los nervios.

—¡Jolines con la señorita! —dijo Sergio—. Qué mal hablada eres, ¿no?

—Joder, es que esta viene aquí con su sonrisa *Profident*, haciendo una *junta urgente* y ahora no dice nada más... Ya sabéis que yo soy de naturaleza cotilla y quiero saber ya qué va a decir.

Todos la miraron y comenzaron a reír.

—Es por el cumpleaños de Evan, que solo falta un mes... —dijo Pierre para que Laura se tranquilizara un poco.

—Es verdad... Tienes que hacer algo muy guay, porque él siempre se lo curra mucho con sus sorpresas. Así que no vas a ser menos... —dijo Silvia guiñándole un ojo, ya que recordaba perfectamente lo que habían hablado en Barcelona.

—Bueno, a eso vamos. Veréis, ayer recordé algo muy importante. ¡Recordé por fin

mi pedida de mano! —Sonrió como una tonta enamorada.

—Ah, amiga, ahora entiendo la sonrisa que llevas instalada en tu cara. —dijo Laura riendo.

—Bueno, lo cierto es que llevaba tiempo dándole vueltas a algunas cosas y quiero vuestra opinión.

—Cuenta con ella. Tú siempre nos ayudas a los demás, así que cuenta por esa boquita qué es lo que necesitas —dijo Pierre animado. Ya se oía lo que iba a decir.

—Bueno, veréis, hace ya algo más de medio año que desperté del coma y, aunque mi recuperación fue muy rápida, me costó un poco y he tenido algunos problemas debido a esos recuerdos. Creo que todo ha vuelto ya a su lugar y yo estoy bien. Ahora Evan y yo estamos muy unidos, como lo estábamos antes y, aunque no me lo diga, sé que sigue deseando que nos casemos... Yo ya quería hacerlo cuando conocí a Rebeca, pero que entrara en nuestras vidas supongo que ha retrasado mucho mi decisión, y ahora que todo está en orden, que Rebeca se ha adaptado y somos una familia feliz, me gustaría casarme.

Todos se alegraron mucho. Emma siempre había soñado con su día ideal, su vestido ideal, el marido ideal y que todo en definitiva fuera ideal. Y no se conformaba con menos.

Pero ahora, después de casi perder la vida y de darse cuenta de que la vida es muy corta, había reparado en que pasaban gran parte de sus vidas preocupados por el trabajo, trabajando mucho para sacar sus negocios adelante, aprovechando los pocos ratos que tenían con sus familias y les quedaba poco tiempo para divertirse. Desaprovechaban la vida esperando el momento perfecto para cualquier cosa que desearan, y ella había decidido no esperar más para nada.

—Veréis, llevo mucho tiempo pensando en la vida que llevamos. Es muy ajetreada y no tenemos tiempo casi de nada. Trabajamos demasiado y los fines de semana los exprimimos tanto que duran demasiado poco. Nos planteamos las cosas durante demasiado tiempo para disfrutarlas muy poco, y he decidido que quiero que eso cambie. —Ninguno acababa de entenderla. Sabían que llevaba tiempo planteándose muchas cosas, pero no sabían por dónde iban los tiros—. Me gustaría sorprender a Evan y últimamente le estoy dando vueltas a algo que quizá sea una locura, pero creo que le encantará.

—Oye, maja, ¿quieres decir ya lo que tengas que decir? No es por ser desagradable, pero creo que hablo en el nombre de todos. No estamos entendiendo nada... ¡Así que deja de hacerte la interesante y suéltalo ya! —Laura estaba descolocada y ansiosa a la vez.

—Sí, yo no estoy entendido nada tampoco. —Sergio también se puso un poco a la defensiva. La verdad era que ninguno la había entendido.

—Lo siento. Quería pedirlos ayuda porque quiero sorprenderlo con algo que no olvide jamás. Él me ha dado mucho, ha cumplido todos mis sueños y yo quiero hacer lo mismo por él. Por eso he decidido que mi regalo de cumpleaños sea por fin decirle: *sí, quiero*.

—Vaya, ¡te aseguro que cuando le digas en su cumpleaños que si se quiere casar contigo va a flipar! —Pierre se imaginaba el momento y sabía que su amigo sería muy feliz.

—No, no me has entendido, Pierre. Quiero que nos casemos ese día y quiero que sea una sorpresa para Evan. Por eso necesito vuestra ayuda, ¡así que os informo que el próximo día 26 de febrero vais de boda! —Todos comenzaron a aplaudir. Estaban contentos de que por fin se fueran a casar—. ¿Cómo lo veis?

—¡Que le darás la mejor sorpresa de todas y el mejor regalo de cumpleaños! Y, ¿cómo lo vas a hacer? —dijo Pierre riendo.

—Pues veréis, tengo que hablar con nuestras familias. En principio, organizaremos un *catering* en casa de los padres de Evan, como en la anterior boda, pero esto será mucho más divertido. Le diremos a Evan que este año no vamos a hacer una gran fiesta porque quiero hacer algo más íntimo con Rebeca y que solo haremos una comida familiar en casa de sus padres. Así que, si os pregunta, todos tenéis planes, ¿vale? —Todos asintieron—. Luego, cuando llegue, ya se encontrará con lo que hay.

—Pero, ¿cómo lo vas a hacer? Porque digo yo que te vestirás de novia y eso, ¿no? —dijo Laura, ahora ya emocionada.

—Sí, claro, pero en lugar de ser él quien me espere a mí en el altar, será al revés. Yo me iré antes con Rebeca. Ya buscaré alguna excusa. Lo he hablado con Julieta y puede prepararlo todo sin problema.

—¿Y tu familia? —preguntó Sergio.

—Mi familia estará en casa de los padres de Evan. Tienen sitio y me han dicho que sin problema se pueden quedar ahí. Pedro los irá a buscar al aeropuerto el día anterior y ya está.

—Espero que todo salga perfecto, os lo merecéis —dijo Silvia, emocionada.

—Bueno, no hace falta que os diga que todos estáis invitados. Pierre, ¿puedes darme el teléfono de todos los invitados de nuestra boda? De los de la parte de Evan, el resto ya los tengo, para llamarles y explicarles el plan.

—Claro, ¿necesitas algo más?

—De momento, no. Silvia, ¿puedes quedarte un momento?

—Claro.

Todos salieron del despacho, contentos por sus amigos y continuaron con sus trabajos, excepto Pierre que fue a buscar los teléfonos de los invitados. Para ello tuvo que llamar también a Juliett.

—Silvia, ¿qué tal con Pierre? ¿Habéis resuelto vuestros problemas? —La miró tiernamente.

—Anoche estuvimos juntos. Mientras hablábamos, escribió a Dafne y no quedó con ella. Me ha dicho que hoy hablará con ella, pero que no habrá ningún problema. Ella ya sabe nuestra historia y que yo siempre he estado en primer lugar para él. Aunque me halaga, en el fondo me preocupa. Por lo demás, todo bien.

—Y, ¿qué pasó? Anoche, digo.

—Después de estar en la cafetería, me invitó a cenar. Cenamos y hablamos de lo que había estado haciendo últimamente en Barcelona. Le dije lo mal que lo había pasado, tanto por lo del bebé como por mi trabajo, que habías hablado conmigo y que necesitaba ese cambio, que vine aquí... que lo ignoré, que me arrepentía, y él me dijo que nunca se habría imaginado que aquello nos pasara. Sí que es cierto que no tomábamos muchas precauciones, pero que no pensó que pudiera estar embarazada... y que le dolía de verdad que no hubiera contado con él, que le entristecía que ya no pudiéramos ser padres, pero que el futuro sigue ahí para nosotros y que no piensa dejarme nunca. Hasta me hizo prometerle que nunca más le ocultaría nada. —Sonrió.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad. Oye, Silvia, ¿puedo preguntarte una cosa y que quede solo entre nosotras?

—Claro, ¿qué pasa? —La miró preocupada.

—Bueno, es que, últimamente, con todo lo que nos ha pasado con lo de Rebeca y eso, no he estado muy pendiente de mí y creo que podría estar embarazada... Ayer, cuando hablamos, empecé a pensar cuándo tuve el último periodo y creo que hace dos meses... Pero como no me encuentro mal, ni nada... No sé, he pensado que igual era una tontería mía.

—¿En serio? Pues hazte un test de embarazo y sal de dudas... ¿No tomáis precauciones?

Emma pensó que sí, que era casi imposible que estuviera embarazada. Además, no tenía síntomas.

—Vale, ¿puedes comprar uno y vienes y lo hacemos? Yo no tengo mucha idea, pero no digas nada a nadie, ¿eh? Ni a Laura.

—No, tranquila, ahora vuelvo.

En menos de diez minutos ya estaba Silvia en el despacho con un test de embarazo en su bolso.

Emma fue al baño, hizo pipí en el palito, como le había dicho Silvia, y lo tapó. Se lo metió en el bolsillo y se fue a su despacho. Una vez pasados los minutos indicados, miraron la prueba y solo había una rayita roja... Leyeron las instrucciones y en ellas ponía que con una raya el resultado era negativo, y con dos, positivo.

Las dos las leyeron varias veces y miraron el test con cara de no entender nada.

—Pues, según esto, no estás embarazada. Ve al médico. A veces estos trastos fallan —dijo Silvia.

—No sé. Yo no noto cambios en mi cuerpo, ni síntoma alguno... pero iré al médico, porque estoy convencida de que no he tenido el periodo en dos meses. Ah, por cierto, mañana tengo hora en una casa de novias para mirar el vestido. Díselo a Laura y me acompañáis las dos, ¿vale?

—¡Claro! ¡Eso está hecho!

Emma se quedó algo preocupada. Hasta el momento, no había reparado en que no le había venido el periodo. Últimamente había estado más pendiente de los médicos de Rebeca y de volver a recuperar todo el tiempo perdido con Evan que en otra cosa... Y en la cama con Evan estaba muy pero que muy bien...

Llamó al médico y quedaron en que harían una revisión aquella misma tarde. No quiso decirle nada a Evan porque pensó que sería otra buena sorpresa si realmente estaba embarazada, aunque, si no lo estaba, quizá era el momento de pensarlo, ya que con Rebeca estaban muy bien, pero era una niña de tres años y la época de bebé no la habían disfrutado. Pensó que todavía los uniría más y los haría mucho más felices. Ella quería sentir lo que era estar embarazada y disfrutarlo con Evan, ya que su sueño, además de casarse con ella, era tener un bebé. Desde que despertó, no lo habían hablado, pero recordaba que antes se lo decía muchas veces, aunque ella siempre prefería esperar.

Cuando llegó a la consulta, el médico le hizo una revisión en profundidad y detectó algo que no le gustó mucho. Hizo una ecografía para descartar problemas mayores y, una vez que lo vio claro, le adelantó a Emma los resultados de su visita.

—Bueno, Emma, he de decirte que no estas embarazada. —Emma puso cara de decepción—. Lo siento. En la revisión he detectado que tienes unos pequeños quistes en un ovario. No es algo muy grave, pero sí que provoca que no tengas menstruación.

Emma lo miró preocupada.

—¿Qué tengo que hacer? Porque lo cierto es que no me encuentro mal ni nada de eso. Al contrario, me encuentro muy bien.

—No te preocupes, no es algo que provoque malestar ni es nada grave, le pasa a muchas mujeres, pero hay que tratarlo, porque se pueden agrandar y podrían provocar algo peor, como tumores. He tomado una muestra para ver que no sea nada grave. Si te esperas, la analizamos en un momento y así te vas tranquila.

—Claro, no me moveré de aquí.

De repente, su teléfono comenzó a sonar. Era Evan.

—Hola, cariño, ¿dónde estás? He llamado a la redacción y no estabas... ¿Va todo bien? —dijo preocupado.

—Sí, claro. Tenía que hacer unos recados, no te preocupes. ¿Qué necesitas?

—A ti, ¡claro está! No, en serio, he pensado que podríamos ir esta noche a cenar fuera, los dos solos. Quiero comentarte algo importante.

—En ese caso, vale. Ahora me vas a dejar intrigada... ¡Qué malo eres!

—Bueno, llamo a mi madre entonces y que se quede Rebeca a dormir. Nos vemos luego, princesa. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgó la llamada, aunque se quedó pensativa. No sabía qué podía querer decirle. ¿Querría pedirle matrimonio otra vez? Lo cierto era que desde que volvieron a estar juntos como antes y ella volvió a ser la misma de siempre no habían vuelto a hablar de boda. Ella le había pedido tiempo y él se lo había dado sin problema, pero ahora eran una familia y quizá él quisiera proponérselo de nuevo.

El médico entró en su consulta, donde había dejado a Emma hablando con Evan. Traía buena cara, por lo que Emma pensó que en el fondo no sería tan grave como ella había imaginado.

—Bueno, doctor, ¿cómo estoy? Me refiero a si los resultados de las pruebas son favorables para mí.

—Sí, no es nada importante. Son quistes muy pequeños que con estas píldoras —le dio una caja de pastillas— se disolverán por sí solos. Tómalas durante una semana y después verás cómo menstrúas. Ven a verme en un mes y lo revisamos de nuevo.

—¿Esto me impediría quedarme embarazada? Me gustaría tener un bebé y no sé si este problema es grave.

—No, no lo es. Si no tienes menstruación, no ovulas, y es ahí cuando no surgiría la magia de crear vida... Ya me entiendes.

—Claro. Me dice que, con las pastillas, en una sola semana estará arreglado, ¿no?

—Sí, no te preocupes por nada.

—Gracias, doctor. Que pase una buena tarde.

Emma salió de la consulta más tranquila y llamó a Silvia para darle la noticia de su

no embarazo. Aunque también se llevó una desilusión, animó a su amiga a que no cesara en el empeño de intentar conseguirlo, añadiendo que a la par de divertido también era muy placentero.

Por la noche, Evan la llevó a un restaurante bastante lujoso, donde nunca habían estado. Al llegar, preguntó por la reserva que ya había hecho y el recepcionista los acompañó a su mesa.

El teléfono de Evan comenzó a sonar, se excusó ante Emma y salió a hablar a la terraza del restaurante. Mientras, ella se quedó en la mesa observándolo todo. Aquel lugar era mágico y muy especial. Cuando entrabas en aquel restaurante, era como si cambiaras de época. Era de decoración marroquí, con unas mesas bajitas rodeadas de cojines. El lugar era íntimo y a la vez muy romántico. La mesa estaba decorada con mucho gusto, con rosas rojas en un centro de cristal y unas velas con aroma de vainilla. Parecía como sacado de un palacio y a Emma le gustó mucho. En ese momento, se puso a pensar en qué era aquello que Evan quería para que la llevara a ese lugar tan magnífico. No quería que nada arruinara los planes de sorprenderle en su cumpleaños, pero aquel lugar solo podía depararle una petición importante.

Emma salió de su ensoñación cuando Evan la abrazó por detrás y comenzó a besarle el cuello.

—¿Qué haces? ¡Que nos va a ver todo el mundo! ¿Estás loco o qué?

Evan se rio.

—Cariño, ¿no ves que estamos en un salón privado? No nos ve nadie. Y, ¿ves estas cortinas? —Señaló las cortinas que estaban alrededor de la salita donde se encontraban. Ella asintió con la cabeza—. ¿Para qué crees que son? Verás, un compañero del despacho me ha hablado de este sitio. Es un restaurante un tanto especial...

—Ya se ve, es precioso. Pero no entiendo la decoración; estos cojines tan grandes y estas mesas tan bajas... y las cortinas...

—Bueno, quizá era algo atrevido, pero es un sitio para cenar y tener intimidad con tu pareja, para que puedas hacer lo que quieras mientras cenas... No sé si me entiendes... Hace mucho que no hacemos nada loco y divertido y me apetecía hacer una locura contigo.

—¿Te refieres a que podemos hacer lo que sea?

Por la mente de Emma empezaron a pasar imágenes de alto voltaje y una risita se le escapó.

—¿Ves? ¿A que no te ha parecido mala idea? No me negarás que esto no es más divertido que estar en casa... Al menos es más... morboso. No hace falta que te diga

que el menú es todo comida afrodisiaca.

—No sé si con lo que me has dicho prefiero que mi menú seas tú... Aunque seré buena y cenaré primero... No se puede empezar por el postre, ¿no?

—Te podrías sorprender. Quiero que esta noche sea fantástica.

De repente, sonó un timbre y entró un camarero que les explicó el funcionamiento de todo. Por lo visto, aquel restaurante era interesante de verdad. El entrante era *sushi*. Lo dejó en la mesa y cerró las cortinas. Le comentó a Evan que estarían solos y que nadie entraría a no ser que les llamaran. En la pared había un timbre para ello. También dejó unas copas de cava y una sangría de cava dulce con varias frutas.

Ellos se quedaron sorprendidos, pues aunque el compañero de Evan le había dicho que era un sitio bastante especial, no esperaba que lo fuera tanto. Aquello les pareció emocionante.

—Qué bueno todo, ¿qué hay de menú? —preguntó Emma, intrigada por lo que le depararía la noche.

—Lo cierto es que no lo sé. Al hacer la reserva me dijeron que el menú es sorpresa y únicamente me preguntaron si teníamos alguna alergia alimenticia, pero intuyo que todo nos gustará... Aunque, ahora mismo, lo que más me gusta eres tú. No veo el momento del postre.

—Pues siento decirte que tendrás que esperar, vaquero. Quiero disfrutar de la cena, aunque... tengo una pregunta. Me tienes en vilo. ¿Qué es eso importante que quieres decirme? Porque eso sí que no lo voy a dejar para el postre.

—Bueno, ya hace mucho tiempo que despertaste y sé que estamos muy bien aquí y que estamos como antes, aunque con el añadido de Rebeca, pero me gustaría dar un paso más... Nuestros negocios van muy bien y tenemos dinero para hacer lo que queramos y, bueno, me gustaría que emprendiéramos nuestro propio proyecto.

Emma no entendía nada de nada.

—Evan, cariño, no entiendo nada. Si es por lo de la boda...

Emma quería que fuera claro para saber qué responder. Ella tenía sus planes hechos y no quería que se los chafara.

—No, no es por eso... Verás, he estado pensando mucho en muchas cosas. Cuando nos conocimos en el primer viaje a Milán, me dijiste que, aunque te gustaba mucho la publicidad y la moda, lo que más te gustaba era viajar, ver mundo, y creo que los dos hemos trabajado muchísimo para tener nuestros negocios en lo más alto y que nos merecemos un descanso.

—¿Qué quieres decir? Evan, claro que me gusta viajar, pero tenemos obligaciones con nuestros clientes.

—Cariño, ambos tenemos socios que saben defender el fuerte cuando no estamos, y sé que el despacho, en manos de mi padre, ahora está bien. La revista, con Pierre y con Silvia, estará bien también. Solo quiero disfrutar de nuestra pequeña familia, durante un año. Quiero que dediquemos un año entero a viajar, ir a todos los sitios que quieras, probar cosas nuevas contigo y con Rebeca, porque, aunque no te negaré que me encantaría mucho más que estuviéramos los dos solos para tenerte para mí en exclusiva, sé que la echaríamos muchísimo de menos.

—Estás loco, ¿no? ¿Lo has pensado bien?

Emma lo miró sorprendida, aunque aquella proposición era una bomba.

—Por ti, siempre. Y sí, lo he pensado muy bien.

Se besaron y, antes de que no pudieran parar, tocaron el timbre. Acto seguido, entró el camarero con una botella de vino y una parrillada de pescado y marisco que ambos comieron entre risas y juegos.

Después les sirvieron un plato de pasta a la *puttanesca* y cuando llegó el momento del postre les llevaron un plato de fresas con un buen bol de nata y unos cócteles.

Cuando terminaron de comer, se acomodaron en aquel reservado y Evan comenzó a besar a Emma por el cuello, susurrándole cuánto la amaba. Emma se sentía en el séptimo cielo, feliz. La propuesta de Evan era muy atractiva y pensó que podrían comenzar aquella época sabática después de volver de luna de miel, porque la luna de miel era para los dos solos.

Evan comenzó a acariciar los hombros de Emma y ella le correspondió introduciendo sus manos por debajo de su camisa, acariciando sus abdominales. Evan fue bajando sus besos por el hombro y con su nariz rozó el tirante del vestido de Emma, que cayó hacia un lado. Siguió con su reguero de besos por encima del pecho y comenzó a desabrochar uno a uno los botones de su vestido. Emma estaba excitada. Aquella situación era puro morbo. El hilo musical de la sala estaba alto, pero aun así podían distinguir los gemidos de otras parejas que estaban en otros reservados.

Una vez que Emma quedó expuesta en ropa interior, Evan la miró de manera arrebatadora. Parecía que él fuera el lobo feroz y ella la presa, aunque no se sintió nada incómoda. Al contrario, cada vez estaba más excitada. Lo miró con una sonrisita y, después de quitarle la camisa, se estiró sobre los cojines del suelo, ofreciéndose a él por completo.

Evan se dejó llevar por la pasión del momento y comenzó a bajar por su ombligo, pintándole el cuerpo con nata y lamiendo poco a poco todo su abdomen. Emma se arqueó y gimió de placer. Ella le dejó hacer. Quería cumplir cualquier locura que a Evan se le hubiera ocurrido.

Estuvieron un rato jugando con la nata, el uno en el cuerpo del otro, besándose y acariciándose. Cuando Evan ya no pudo más de la excitación, abrió las piernas de Emma y la penetró fuertemente, dejando a un lado el romanticismo en favor del gozo. Ella lo hizo rodar por el suelo, quedando sobre él y comenzó a subir y bajar encima de él, cada vez más rápido, hasta que ambos llegaron al clímax. Después, entre besos y abrazos, comenzaron a reír como locos. Nunca habrían imaginado una situación similar, pero tenían claro que les había gustado y que no sería la última vez que irían a aquel lugar.

Pasaron un par de días y Emma ya tenía todo más o menos preparado para la boda. Había hablado con los padres de Evan y les había explicado todo lo que quería. Ellos la ayudaron encantados y Evan no se enteró de nada.

Con respecto al año sabático que Evan le había pedido a Emma, esta le dijo que le parecía una buena idea, pero que esperarían un mes para así dejar todos los temas arreglados. Aunque no trabajaran en ese año, estarían disponibles al teléfono. Él accedió a regañadientes, pero pensó que tampoco les llamarían tanto.

Cuando Emma reunió a sus amigos para comentarles la proposición de Evan, Pierre no se sorprendió, ya que Evan ya le había comentado algo. Emma les dijo que había aceptado aquella proposición porque después de todo lo que había pasado se lo merecían y que así podrían estar juntos de verdad, sin el estrés laboral. Aunque también era una buena oportunidad pensando en Rebeca, para que disfrutara de una verdadera familia. Todos se alegraron y organizaron el trabajo de manera que en las dos últimas semanas que ella estuviera ahí ya fuera como si se hubiera ido.

Una tarde, cuando tan solo faltaban dos semanas para el cumpleaños de Evan, este recibió un paquete en su despacho. Era una caja que contenía una cinta negra y una nota que decía:

Amor, siempre has sido mi amor y eso nunca lo cambiaré nada ni nadie. Una gran sorpresa te aguarda a la salida. Por favor, cuando salgas hoy a las cinco del despacho, espera en la puerta. Alguien te recogerá en un coche. Al entrar en él, tápate los ojos y déjate llevar. La sorpresa llegará en el momento que menos esperes... Siempre mío.

Al leer la nota se imaginó a Emma de la manera más sexy que se la pudiera imaginar. No dejó de pensar en ella en todo el día. Últimamente estaba demasiado

cariñosa y le gustaba, porque había vuelto a ser aquella Emma de la que se enamoró, la que lo daba todo por su pareja. Después de aquella nota, ni se podía imaginar de qué trataba la sorpresa.

Por eso, esa tarde, cuando salió del despacho, aguardó en la puerta a que el coche lo recogiera.

Al rato, aparcó delante de él un Aston Martin Vanquish negro y de él bajó un hombre trajeado, que se dirigió a él.

—Buenas tardes, ¿es usted el señor Manzano?

—Sí, yo soy. Bonito coche... —dijo pensando qué sorpresa le podría haber preparado Emma.

—Sí, precioso. Por favor, acompáñeme y lea la nota del asiento. Me han pedido que, por favor, siga usted las instrucciones que en ella se detallan. Y ahora, si me disculpa, voy a continuar conduciendo para poder llevarle a su destino.

—Sí, claro... Gracias.

Evan estaba bastante alucinado. No sabía que Emma pudiera organizar una sorpresa de ese estilo. Cuadraba más con él, pero de momento le gustaba. Entró en el coche, se sentó y leyó la nota.

Muy bien, amor. Veo que te han entregado la nota y que has subido al coche. Ahora es el momento de estar a ciegas, así que, cuando termines de leer la nota, coge la cinta negra que has encontrado en la caja y tápate los ojos.

Hoy cometeremos una locura, pero no te preocupes porque será agradable. En este juego solo hay una norma. No te quites la cinta de los ojos hasta que te lo diga.

El coche hará dos paradas. Una de ellas será para recogerme, la otra será para dejarme en el lugar de la sorpresa. Una vez lleguemos, dejaré que te quites la cinta de los ojos, únicamente cuando haya bajado del coche, y tendrás que esperar a que te avise para venir a buscarme.

Cuando entre en el coche, yo seré la que ordene y mande y no hablaremos. Jugaremos a un buen juego, pero tú no me podrás tocar, solo me podrás besar y cuando yo lo quiera. Hoy disfrutaras tú. Así que ahora sé un niño bueno, ponte la cinta y dile al conductor que ya puede arrancar. Ah, y apaga el móvil, por favor. No quiero que nada ni nadie nos moleste.

Evan estaba muy excitado. La sorpresa le gustaba y mucho, así que apagó su móvil

y se tapó los ojos. Después, pidió al conductor que arrancase.

Cuando Emma plegó de la revista, decidió ir con sus amigos a tomar algo. Llamó a Evan y su móvil estaba apagado. Era raro, porque jamás lo desconectaba, pero no le dio importancia. Así que le mandó un mensaje para decirle que estaban tomando algo en el bar situado frente a la redacción.

Pasaron un par de horas, Evan no aparecía y todos se extrañaron. Emma habló con su padre y este le dijo que lo había visto irse a las cinco, muy feliz. Él pensó que se vería con ella, pero no fue así. Todos comenzaron a preocuparse. ¿Dónde estaba?

CAPÍTULO 30

Llegó el día en que Giselle salió de la cárcel. Su vista había ido muy bien y le concedieron libertad condicional. Entonces, llevó a cabo el plan que durante todo el tiempo que había pasado en la cárcel había ideado. Su madre había cumplido y ahí en la puerta la esperaba aquel espléndido Aston Martin con el chófer, las cajas que había pedido, las cartas y el vestido.

Ella le explicó al chófer lo que tenía que hacer. Le dijo que todo era una sorpresa para su novio y que no podría decir nada, que siguiera las instrucciones y que, cuando finalizara su trabajo, le pagarían una suma importante de dinero. Pero, eso sí, tenía que seguir las instrucciones al pie de la letra.

El chófer arrancó el coche y la llevó a una casa que había alquilado su madre. Al entrar, todo en la casa le gustó. La había hecho llevar todas sus pertenencias y buscó como una loca una caja en la que ponía *Universidad*. En ella tenía todos sus recuerdos y todas las fotos con Evan. Las sacó y guardó unas cuantas. También guardó regalos y cartas y las dejó en una pequeña caja que se llevaría con ella. Después, decoró la casa. Aún le quedaban unas horas hasta que Evan saliera del trabajo. Estaba convencida de que podría volver con él. Estaba obsesionada con él. Colocó en el salón alguna foto de ellos. Después, cogió la caja de recuerdos y el vestido otra vez y bajó a esperar a que llegaran a buscarla.

El chófer, siguiendo las instrucciones de Giselle, llegó a buscar a Evan a la hora acordada. Lo encontró en la puerta del despacho y se dirigió a él. Le dijo que tenía una nota en el coche con las instrucciones que debía seguir y que cuando él pudiera continuar le avisara.

Evan leyó la nota y, cuando terminó, se tapó los ojos y pidió al chofer que arrancara. Este inició su marcha y paró en la casa de Giselle. La recogió, ella sonrió al

subir al coche y ver a Evan con los ojos tapados. Le acarició la pierna y puso un dedo en sus labios, indicándole que no debía hablar. Acto seguido, se sentó a horcajadas sobre él, se acercó para aspirar su aroma y se impregnó de él por completo. Comenzó a besar su cuello y Evan reclinó su cabeza contra el respaldo del asiento, dejándose hacer. Pensó que era Emma la que estaba con él. Fue a abrazarla, pero Giselle le apartó las manos, se las cogió y las aguantó en los laterales del asiento.

Evan pensó que aquello era un juego bastante cruel, pero recordó que ya habían jugado más veces a algo parecido en su casa y dejó que ella lo controlara todo. De repente, los besos del cuello llegaron hacia sus labios. Evan notó una ligera diferencia. No sabía a los besos que siempre se daban. Estos parecían más desesperados, pero no le dio importancia. Pensó que formaba parte del juego y continuó besándola. Entonces, los besos cesaron y el coche paró. Él escuchó cómo la puerta se abría y cómo ella bajaba del coche. Al poco rato, el chófer le indicó que podía retirarse la venda de los ojos.

Evan observó su alrededor. Había estado en el coche cerca de treinta minutos. No entendía nada, pero se encontró en la puerta de una iglesia bastante antigua y muy bonita. Bajó del coche y se dirigió a las escaleras, pero el chófer le dijo que debía esperar diez minutos para entrar.

Pasado este tiempo, Evan entró en la iglesia. Todo estaba vacío y no entendía que hacían ahí, hasta que se fijó en el fondo del pasillo y vio a la que creyó que era Emma vestida de novia. El vestido era muy parecido al que llevaba en su boda, la que no pudieron celebrar por culpa de Giselle. Parecía una auténtica princesa. Llevaba un velo que la cubría y en ese momento corrió a su encuentro.

—No me puedo creer que hayas hecho esta locura. Sabes que te quiero, ¿no?

Evan no podía creer que Emma por fin hubiera accedido a casarse con él, aunque debía reconocer que aquella manera de hacerlo, los dos solos, le parecía algo extraña, sobre todo porque ella no habría querido casarse nunca sin rodearse de sus amigos y familia. Pero le resultaba tan agradable la sorpresa que no le importó, siempre podían celebrar otra boda en condiciones. Entonces, fue a retirar el velo para besarla y lo primero que vio fue una melena lisa y rubia. Su cara cambió de un estado de felicidad máxima al peor desprecio que pudiera imaginar.

—Disculpen, jóvenes, ¿comenzamos ya? —dijo el cura que iba a officiar la ceremonia.

—No, me temo que no. ¿Qué coño haces, Giselle? ¿Estás loca? ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Cuándo has salido de la cárcel?

—Evan, cariño... Yo solo quería sorprenderte, darte lo que siempre has querido.

Escúchame.

—¡No quiero escuchar nada! No quiero nada de ti, pero, ¿es que no te vas a dar cuenta nunca? ¡Yo ya no te quiero!

—Evan, escúchame, por favor —dijo con desesperación—. El amor no desaparece de un día para otro. Tú y yo estuvimos bien una vez y podemos estarlo de nuevo. Te prometo que seré esa chica risueña de la que te enamoraste. Mira. —Se dirigió a la caja y comenzó a sacar fotos—. ¿Te acuerdas de esta foto? Llevábamos saliendo un mes y hablamos de ir de viaje a Venecia. Nos fuimos sin pensarlo y estuvimos paseando en góndola. Me dijiste que yo era muy especial para ti, que nunca habías sentido tanto por nadie. En aquella época, mis padres empezaron a tener problemas y tú estabas siempre ahí para mí. Tuvimos una noche muy romántica, una cena con velas en un restaurante que estaba a primera línea del canal. Disfrutamos el uno del otro. ¡No me puedes decir que no lo recuerdas!

Las lágrimas empezaron a asomar por sus ojos.

—Giselle, sí me acuerdo, ¡pero la persona que eras en esa foto no se parece en nada a la que tengo delante! Nunca me habría arrastrado engañado a ningún sitio, habría confiado en mí y me habría contado cualquier cosa, me habría entendido y habría aceptado la derrota. Tú fuiste la que me engañó y me mintió, no yo, por eso yo no voy a mentir ni a engañar por ti. No mereces que lo haga.

—Evan, lo siento, no me daba cuenta del daño que te hacía. En aquella época, mi vida se desmoronaba. Mi familia se desmoronaba y tú comenzaste a estar ocupado con el despacho y no te quise agobiar. Conocí a unas personas que me hacían sentirme bien, divertirme, olvidarme de los problemas...

—Y olvidarte de mí y de mis sentimientos, Giselle. Las personas no pueden hacer las cosas sin pensar en las repercusiones que sus actos tendrán en los demás, y encima lo estuve aguantando durante años... Cuando pienso en tus engaños y en tus mentiras... ¡Me rompiste el corazón!

—Evan, por favor, ¡tú lo dijiste! Me dijiste que pasara lo que pasara siempre estaríamos juntos, que nos casaríamos, que tendríamos una familia y que lo del despacho era para que cumpliéramos nuestros sueños...

—Sí, pero esa época era en la que soñabas con eso. Luego dejaste de hacerlo, te centraste en ti, en estar guapa, en tener un cuerpo perfecto, en llevar la ropa a la última, en tener todo lo mejor. Nunca nada era suficiente para ti, tampoco lo era yo. ¿De qué te quejas ahora? Acéptalo, no puedes tener todo lo que quieres. ¡Ya no!

—No me niegues más tu amor, por favor, no lo podré soportar. ¡He estado casi un año en la cárcel por ti! Por intentar impedir que cometieras un error casándote con

esa chica, dándoselo todo a ella. ¿Qué es para ti? Ella no te ha dado nada y yo te lo puedo dar. Además, ¿ya no recuerdas esto? —Giselle sacó una pequeña caja de terciopelo roja. En ella había un solitario precioso de oro blanco, con un diamante central y un adorno de oro trenzado a su alrededor. Dentro había las iniciales de Evan, acompañadas de las palabras *Siempre Tuyo*.

Evan lo miró y con tristeza empezó a recordar toda su historia. Se habían conocido por la amistad que tenían sus padres, pero su romance empezó en la universidad. Él la miraba siempre que podía. Le encantaba observar sus rizos rubios, cómo caían en cascada por su cuello y la espalda. Tenía una larga melena. Y sus ojos verdes... En ellos se hubiera podido perder durante horas. Sus labios hacían una fina línea entre lo real y lo irreal. Estaba enamorado de ella y nunca pudo creer que ella también se enamorara de él. En sus inicios eran la pareja perfecta, confiaban el uno en el otro, todo lo hacían juntos y tuvieron una época mágica. Por eso Evan decidió pedirle que se casara con él y ella aceptó, pero decidieron terminar sus carreras y establecerse primero para poder tener la boda que ella se merecía. Luego, todo cambió. Los padres de Giselle se separaron. Ella comenzó a alejarse de Evan y a hacer lo que quería. Cambió completamente y Evan se cansó de sus mentiras.

—Giselle, no me hagas esto, por favor. Ese anillo te lo regalé cuando éramos felices y teníamos ilusiones por un futuro en común, pero de eso ha pasado mucho tiempo. Por favor, acepta que estoy enamorado de otra persona, que ahora tengo una familia y que mi vida la quiero compartir con ella. Sabes una cosa, jamás pensé que alguien a quien han hecho mucho daño pudiera perdonar así como así, y tampoco pensé que alguien que ha estado enamorado pudiera aceptar que el amor de su vida se case con otra persona, pero en este tiempo he aprendido que sí, que se puede, que cuando realmente amas a alguien quieres que esa persona sea feliz por encima de todo, aunque no lo sea contigo. Quizá tú deberías aprenderlo también.

—Pero, ¿qué hay de malo en que te cases conmigo? Mírame, estoy vestida de novia para ti, en una iglesia, ¡haciendo que tu sueño se cumpla! ¿Cuál es el error que he cometido?

Giselle no quería entender la realidad de las cosas. Estaba inmersa en el amor que sentía por Evan y no quería darse cuenta de que su historia había acabado.

—Giselle, lo siento, pero ya te lo he dicho; yo solo quiero casarme con Emma. Sé que me quieres, pero no puedes obligarme a que te quiera. Entiéndelo, han pasado muchas cosas, te comportaste muy mal conmigo y eso hizo que te dejara de querer antes de conocer a Emma. Ella solo me ha devuelto la vida. Yo, en ese instante, estaba muerto. No quería saber nada de nadie, solo quería limitarme a trabajar y nada más.

Me hiciste dejar de creer en el amor y en los cuentos con final feliz.

—Lo siento, de verdad. No pensé que te pudiera hacer tanto daño... Solo pensaba en mí... Supongo que fui muy egoísta...

Giselle comenzó a darse cuenta de muchas cosas y empezó a recordar muchas más.

Recordó cómo había dejado tirado a Evan en muchas ocasiones para salir a divertirse con sus nuevos amigos. Y él, a pesar de todo, la perdonaba. También recordó cómo le mentía diciendo que iba a casa de amigas y le engañaba con otros chicos, solo por el simple hecho de sentirse especial para ellos, no porque Evan no la hiciera sentir especial, sino porque precisamente eran otros chicos y no el suyo quien le decía cualquier cosa que a ella le gustara.

Recordó cómo no había sabido estar al lado de Evan cuando este tenía algún problema y cómo discutía siempre con sus amigos. También recordó cómo lo apartó de sus amigos cuando comenzaron a decirle las verdades de lo que hacía y cómo le mentía. Nunca lo había visto desde ese punto de vista, pero realmente se dio cuenta de lo mal que se había comportado con él y en ese momento se sintió la peor persona del mundo.

Recordó cómo le había visto mirar a Emma en la fiesta que dio su padre, en la que la conoció, y reconoció que aquella chica tenía algo especial. Recordó cómo la trató y que a pesar de todo ella se contuvo y fue educada en todo momento, y que en todos sus enfrentamientos siempre se había contenido a pesar de sus provocaciones. En el fondo, no era mala chica, y fue en ese momento cuando entendió que Evan ya no la quisiera.

Mientras Evan y Giselle discutían en la iglesia, Emma y los demás estaban bastante preocupados, porque, a pesar de estar llamando a Evan al despacho y al móvil, no atendía las llamadas. Emma fue directa al despacho y encontró el coche de Evan en el aparcamiento, pero no había ni rastro de él.

Subió a su despacho y encontró una caja con una nota. Al leerla, se quedó helada. Por un momento le faltó el aire y tuvo que sentarse.

—No puede ser. Esto no puede estar pasando. ¡Otra vez, no!

Arrancó a llorar y Laura, a pesar de no entender nada, la abrazó. Cogió la nota y, al leerla, llamó rápidamente a Darío.

—¡Hola, amor! ¿Qué haces? ¿Todavía estáis en el bar? Se me ha alargado la cosa... Pero supongo que saldré en un rato.

—No, no es eso. Ha pasado algo... ¡Tienes que venir!

Laura estaba un poco histérica y Darío se asustó bastante.

—¿Qué pasa, cariño? ¡Me estás asustando!

—Es Evan... No está, ha desaparecido. No está en el despacho y hemos encontrado una nota en una caja... Creemos que puede de ser Giselle, o de alguien que ella haya mandado. Lo ha engañado y le ha hecho creer que era Emma... No sabemos dónde está.

—Ahora mismo voy para ahí. ¡No os mováis!

En menos de diez minutos, Darío y cuatro agentes más estaban en el despacho de Evan, mirando la caja, la nota y todo lo que estaba por ahí. Bajaron a hablar con la recepcionista, que todavía estaba allí, y ella les dijo que Evan se había ido acompañado de un hombre, que se habían marchado en un coche y que podría darles la grabación del vídeo de seguridad de la cámara de la entrada. Con un poco de suerte, verían la matrícula del vehículo.

Hicieron un par de llamadas y pusieron el vehículo en alerta. Darío informó de que, en el momento en que supieran de su paradero, lo avisaran.

—Chicas, tranquilidad, ¿vale? Seguro que Evan está bien. Se ha marchado en un Aston Martin matrícula 9582 BRG, que ya estamos buscando. Iba con un chófer. El coche, por lo que nos han informado, es de una empresa de alquiler de vehículos de lujo. El alquiler está hecho a nombre de la madre de Giselle. Dos agentes van a su casa en estos momentos. Por ahora no sabemos nada más, pero estad tranquilas. No creo que le vayan a hacer nada malo.

—¿Cómo puedes decir eso, después de que casi mata a Emma? Esa tía esta zumbada, no le llega la sangre al cerebro. ¿Se dio un golpe en la cabeza al nacer, o qué?

—Laura, ¡cálmate! Mira, ella está desesperada. Por lo que me han dicho en la cárcel, se comportaba como si él fuera su novio. Creo que se ha vuelto loca... o está obsesionada con él. No quiere aceptar que él ya no la quiera. No sé, pero, sinceramente, no creo que le haga daño.

Emma escuchaba sin decir nada. No podía dejar de pensar en Evan, en que lo era todo para ella, en cómo se había podido sentir él cuando ella tuvo el accidente, en cómo se enamoraron y que de verdad deseaba que todo saliera bien, en que se casaran y que se fueran durante un año, que tuvieran ese año de descanso para recuperarse de todo lo que les estaba pasando... Y esperaba por el bien de Giselle que no le hiciera daño, ya que ella había sido ya bastante educada con aquella chica y su paciencia ya estaba más que agotada.

El rato pasaba y no sabían nada. Darío empezaba a impacientarse. Sabía que todo lo que había hecho Giselle era por desesperación y no creía que fuera capaz de hacer daño a Evan, pero, ¿qué pasaría si Evan le dejaba claro ya no la quería? Quizá ella no

se lo tomara muy bien y, si se había vuelto loca, tal vez fuera capaz de dañarle. Había visto muchas reacciones similares en su larga vida de policía y aquello no le gustaba nada.

Poco después, el móvil de Darío sonó:

—Sí, dime, ¿qué sabéis? —dijo nervioso.

—Darío, el coche ha sido localizado, aparcado delante de la iglesia mayor. Lleva ahí bastante rato. Hemos llamado a la parroquia y nos ha atendido el padre Antonio. Nos ha dicho que Evan está ahí. Por la descripción, tiene que ser él. Dice que Giselle le ha dado una suma importante de dinero para que oficiara su boda, pero que parece ser que están discutiendo. Me ha dicho que le han pedido que esperara y que eso está haciendo. Le hemos explicado la situación y le hemos pedido que no deje que se marchen, que vamos para allá.

—¡Salimos de inmediato!

Darío informó a las chicas de dónde estaban y Emma no daba crédito a lo que oía. Pero, ¿quién se creía aquella chica? Se había vuelto loca de remate. No entendía qué pretendía, pero lo que sí sabía era que no se saldría con la suya.

Mientras iban en el coche de Darío, Emma iba pensando en la situación y el miedo comenzó a apoderarse de ella. Por un momento pensó que quizá aquel montaje que había organizado Giselle tenía un propósito y que Evan tal vez se diera cuenta de que había cambiado, de que ahora él le importaba de verdad. Y es que alguien no hace una locura así si la otra persona no le importa. No era la mejor manera de demostrarlo, pero aquella chica había movido cielo y tierra, había cometido delitos y se la estaba jugando por amor.

No podía dejar de pensar que en algún momento de sus vidas ambos habían sido felices, que él había estado muy enamorado de ella hasta el punto de dejar toda su vida, cuando le rompió el corazón, de convertirse en alguien que solo mostraba interés por su trabajo y por nada más, de convertirse en una persona que no era, de ser un chico divertido a convertirse en un ogro y no valorar nada de nadie. Y si ahora ella le mostraba que había cambiado y que podía ofrecerle todo lo que en su día no le había dado y él había querido, quizá Evan decidiera perdonarla. Seguramente, aún la tuviera en un rincón de su corazón.

—Emma, no le des vueltas a la cabeza. Sabes que Evan no te cambiaría por nadie y mucho menos por ella. Después de lo que te hizo y de cómo sufrió él, no lo pienses ni un segundo. Es más, te lo exijo. Bórralo de tu mente ¡ya!

Laura quería que su amiga estuviera más tranquila, más calmada. Sabía que ella era todo lo que Evan podía necesitar y querer y no tenía dudas acerca de eso. Aquel chico

la quería con locura.

—Laura, no sé. ¿Y si Evan ve que ella ha cambiado? Recuerda que con ella estuvo antes que conmigo y que quizá aún la quiera.

—Mira, Emma, no seas tonta. No la querrá más que tú a Sergio. Recuerda que Sergio vino aquí por ti, no una, sino dos veces. En su momento, vino a pedirte perdón y podrías haber vuelto con él, y después vino a demostrarte que le importabas de verdad, y tú, aun así y aunque le quisieras, te quedaste con Evan. Y no fue por su dinero ni por todo lo que te había dado, sino por lo que sentía por ti. Incluso sin recordar el amor que sentíais el uno por el otro, te arriesgaste.

—Lo sé, pero no puedes evitar que tenga miedo. Piensa que esto es muy difícil para mí porque sé que ella es capaz de cualquier cosa con tal de recuperarlo. Me da miedo que le pueda hacer daño también si le rechaza. No sé qué pensar, tengo la cabeza hecha un lío.

—Chicas, ya estamos llegando. —Darío les cortó la conversación—. Emma, por tu seguridad y por la de Evan, es mejor que te quedes en el coche con Laura, al menos hasta que veamos si hay riesgo o no. No quiero que nadie sufra ningún daño.

—Lo entiendo, no te preocupes. Pero, por favor, haz que esto termine lo antes posible. No aguanto esta incertidumbre.

—Mira, haremos una cosa. —Darío buscó algo en la guantera—. Os dejo esto. Es un auricular que utilizamos para comunicarnos entre nosotros cuando estamos en algún operativo. De esta manera podremos hablar y podrás también escuchar lo que pasa, pero te pido que, oigas lo que oigas, te quedes en el coche. No me hagáis arrepentirme de dejaros esto.

—Vale, no te preocupes.

—Darío, ten cuidado con esa loca, por favor, porque Emma seguro que cumple su promesa de esperar aquí, pero yo soy capaz de arrancarle los pelos si te hace algo. No tengo tanta paciencia, así que, por favor, vuelve de una pieza.

—Tranquila, seguro que no está armada... Y deja de ver tantas películas y series policiacas, que no te sientan bien.

Dio un dulce beso a Laura y las dejó en el coche. Luego pidió a uno de sus agentes que se quedara vigilando fuera del vehículo, tanto para que ellas no salieran como para que Giselle no les hiciera daño cuando la sacaran.

Entró en la iglesia con tres hombres más y, al abrir la puerta, Darío se sorprendió. Ambos estaban sentados y hablando civilizadamente, pero Giselle, al levantar la vista y verlos, comenzó a alterarse y se puso a la defensiva. No sabía qué hacer. Había estado hablando con Evan durante bastante rato. Es más, nunca habían hablado tan

sinceramente el uno con el otro.

En ese tiempo que habían estado sincerándose, Giselle por fin entendió que la culpable de todo había sido ella; de alejarlo de su lado, de que la dejara, de que cambiara. No quería perderlo, pero ya era demasiado tarde y se había tenido que dar cuenta de la peor manera posible. Pero ahora estaba asustada. Sabía que lo había hecho todo mal y no tenía escapatoria. Miró a Evan, asustada, y este, a pesar de que estaba enfadado por cómo ella lo había engañado y todo lo que había hecho, sentía un poco de compasión y quiso ayudarla.

—Darío, por favor, bajad las armas. Te aseguro que no es una amenaza.

—Evan, ¿estás bien? ¿Qué coño pasa? ¿Que bajemos las armas? Vale, las bajamos, pero no me fío de ella. Te ha traído aquí engañado... —Entonces Darío se fijó en que llevaba puesto un vestido de novia—. No habrás cometido una tontería, ¿no?

—¡No! —Evan cayó en la cuenta de por qué lo decía—. Tranquilo, reconozco que al principio hemos tenido una discusión importante, pero hemos hablado y, de verdad, ya no supone una amenaza. ¿Dónde está Emma?

—Está fuera, es lo mejor. ¿Me puedes explicar qué coño pasa aquí?

—¡Lo siento! Lo siento tanto... Yo no quería que pasara esto. —Giselle rompió a llorar—. ¡De verdad que no!

—Y, ¿qué coño pretendías, Giselle? Has secuestrado a un chico, te lo has llevado de su trabajo sin que nadie sepa dónde está, lo has traído engañado aquí y a saber qué más... Pero, tranquila, luego nos acompañarás y volverás a prisión, aunque no estarás sola, porque te informo de que hemos detenido a tu madre también por cómplice. Hemos descubierto cosas muy interesantes de ella. Lo que no entiendo es por qué haces todo esto. ¿No te bastó con lo de Emma?

—Darío, lo siento. No estoy bien, ¿no lo ves? Evan me ha abierto los ojos. Necesito ayuda, ¡pero no la de una cárcel! Mi vida es una auténtica mierda. Lo único que me dio sentido alguna vez fue Evan, y fui tan tonta que lo estropeé. Ahora es cuando me doy cuenta. Yo solo quería casarme con él y ser feliz, pero ya he visto que no me quiere como yo esperaba, aunque tenía que intentarlo.

—Giselle, hay maneras y hay maneras. Secuestrando a una persona no se consigue nada. ¡Eso es delito!

—Darío, sé que no ha hecho bien, pero no presentaré cargos. Ella lo que necesita es un psicólogo, alguien que la ayude.

—Mi madre me metió cosas en la cabeza... Me hizo volverme mala de verdad. Lo siento, siento mucho todo de verdad. Lo de Emma... Todo es culpa de mi madre. Yo estaba tan enfadada y tan cegada con volver con él que ella me dijo todo lo que tenía

que hacer, que siempre me ayudaría y que si seguía sus consejos me iría bien y no me pasaría nada.

—¿Qué? No estoy entendiendo nada.

Darío no sabía de qué hablaba. Estaba claro que se había perdido muchas cosas.

Parecía ser que la madre de Giselle era la que lo había organizado todo, o al menos la que había metido en la cabeza de su hija las ideas tan retorcidas que había llevado a cabo.

—Es largo de contar, pero me iré con vosotros a donde me llevéis. Lo siento, Evan. No pretendía hacerte daño. Nunca lo pretendí. Simplemente, no lo pensé. Espero de verdad que seas feliz.

—Gracias, Giselle. Yo también espero que algún día encuentres a una persona que te haga tan feliz como Emma me lo hace a mí y que crees una familia.

Evan salió y dejó a Giselle mientras la detenían. Darío salió detrás de Evan.

—¿Me explicas ahora qué coño ha pasado? Si no lo veo, no lo creo. Parecía una gatita desvalida. ¿Qué coño has hecho?

—Lo cierto es que me he limitado a decirle la verdad. Al principio pensé que era cosa de Emma, que me había preparado una sorpresa, alguna clase de juego, bastante excitante, por cierto. —No se podía imaginar que Emma le escuchaba al otro lado del pinganillo que llevaba Darío, y a Darío se le había olvidado completamente—. Cuando recibí la caja en el despacho, solo había una nota. Al salir, me vino a buscar un chófer y en el coche había otra nota con lo que parecían instrucciones de un juego. Me pedía que me tapara los ojos y eso hice. La verdad es que me puso mucho pensar que Emma era capaz de preparar algo así. En la nota me decía que no podría tocarla y no me extrañó, porque alguna vez ya me ha hecho algún juegucito en el que no me ha dejado tocarla. Por eso, para mí ha sido algo normal. Luego, cuando se montó en el coche, me puso el dedo en los labios y me empezó a besar. Había algo en esos besos que me extrañó, porque eran muy desesperados, pero pensé que era parte del juego.

—Pero, ¡qué hija de la gran puta! —dijo Laura de repente—. Darío, ni se te ocurra quitarte el pinganillo, que sé que me estás escuchando. ¡Queremos oírlo todo! ¡Si no, estarás sin polvos mágicos una temporadita!

—¡Tía, qué cruel eres! Yo también quiero escucharlo. No te lo quites, quiero saber a qué atenerme. Y no contestes, que así Evan no sabrá que lo estamos oyendo.

Emma no sabía cómo sentirse, porque lo último que había dicho Giselle lo había dicho muy sincera.

—Al llegar a la iglesia, tuve que esperar y, cuando he entrado, he flipado. La he visto ahí, vestida de novia. Pensaba que era Emma, hasta que vi una melena rubia...

Entonces me puse a gritarle como un loco. Igual me pasé un poco, pero es que estaba hasta los cojones. No sabía cómo podía hacerme eso. Y entonces empezó a decirme que no podía haberla dejado de querer de la noche a la mañana. Bueno, nos hemos puesto a discutir y ella había preparado todo un repertorio de cosas nuestras, de cuando estábamos juntos, de cuando éramos felices y hacíamos planes de futuro, de cuando nos enamoramos... y por un momento me he sentido mal y le he echado en cara todo, todo lo que me hizo, lo mal que lo pasé y que no era yo, que me convertí en otra persona, al igual que ella, pero que Emma me devolvió mi vida cuando la conocí y que ella casi me la arrebató.

—Y, ¿qué ha hecho ella?

Darío estaba alucinado, pero conocía a su amigo y sabía que, como buen abogado, nadie le ganaba en argumentos.

—Primero me lo rebatía. Decía que Emma la había tratado mal. Yo le he dicho todo lo que nos ha estado haciendo y era como si no lo reconociera. Luego hemos empezado a hablar del momento en el que ella cambió, cuando sus padres se separaron... Y de ahí hemos estado hablando de muchas cosas más, pero más calmados. Creo que hacía años que no hablaba con ella así, y lo ha entendido. Me ha pedido perdón y me ha dicho que me disculpe con Emma también, que lo siente... Y, ¿sabes qué? La creo. Creo que por una vez en muchos años es sincera.

—¿Tú crees que su madre la puede haber coaccionado? Bueno, no sé. Es que lo que ha dicho antes...

—No creo que la haya obligado a nada, pero sí que le puede haber metido ideas en la cabeza. Su madre siempre fue una persona interesada. Si tú pensabas que Giselle era interesada, es porque no conociste a su madre. De hecho, se separó de su padre porque conoció al director de un casino y, claro, tenía mucho más dinero. Pero en sus planes no entraba cargar con una hija, así que los dejó. A su hija le dijo que no podría estar con ella hasta que no fuera alguien en la vida, porque la fama y el dinero lo eran todo. Fue en esos momentos cuando Giselle cambió. Se volvió una persona interesada y ya no me veía a mí, sino mi dinero y el de mi familia.

—Yo no la conocí nunca siendo desinteresada. Es más, siempre la vi como la típica pija. No entendí qué hacías con una chica así.

—Lo sé, por eso nunca te lo tuve en cuenta. Al principio era una buena chica; tímida, cariñosa, una buena amiga y una buena novia. Hacíamos planes juntos, muchos, incluso le llegué a pedir matrimonio. Pero todo eso se desvaneció. Su madre quería que fuera como ella; guapa, delgada, con todo lo mejor... y le enseñó que quien te quiere te lo dará todo, que está bien exigir porque cuando te dan lo que

pides es porque te quieren, que no hay que mezclar la diversión con la pareja, que hay que ponérselo difícil a tu pareja para que te aprecie más, porque, si piensan que te tienen, te engañan. Y así fue como ella cambió. Quizá no ayudó que hubiera una época en la que yo me centrara un poco más en el trabajo, pero ella comenzó a hacer su vida y creo que ahora la entiendo un poco, porque con lo de sus padres supongo que no le fue fácil. Yo no la apoyé lo suficiente y entonces todo se fue al garete.

—Darío, por favor, pregúntale si se arrepiente. Necesito saberlo.

Emma estaba con el corazón en un puño. Necesitaba saber lo que Evan sentía y sabía que quizá a ella no se lo contaría.

—¿Te arrepientes? Quiero decir, ¿le habrías dado otra oportunidad si no estuvieras con Emma? —preguntó Darío al fin.

—No, no me arrepiento, porque las cosas pasan por algo, y, aunque estuve enamorado de Giselle, eso fue en el pasado. Emma es mi vida, es mi futuro y lo que tengo con ella es mil veces mejor, porque Emma me lo puso difícil al principio, pero, ¿sabes eso que dicen de que no hay recompensa sin esfuerzo? Pues es muy cierto, y no me importa si tengo que esperar toda la eternidad a que se case conmigo. Con tenerla a mi lado cada día de mi vida, me basta y me sobra.

—Me alegro de que lo tengas tan claro. Anda, vamos fuera, que estará en el coche cagándose en todo.

Al salir de la iglesia y verla, ambos se fundieron en un abrazo. Evan podía notar la preocupación de Emma en sus ojos, pero la estrechó fuertemente contra su pecho y con tan solo una mirada le hizo entender que nada ni nadie los podría separar.

CAPÍTULO 31

Llegó el día del cumpleaños de Evan y Emma lo tenía todo organizado. Después de lo que había pasado con Giselle, decidieron no darle más vueltas y continuar con sus vidas.

Rebeca y Emma despertaron a Evan y le hicieron un juego que consistía en buscar regalos por la casa. Le dieron una especie de plano de la casa y marcaron con una equis dónde se encontraba su primer regalo. En cada regalo había una pista que le conduciría al siguiente, con un total de cinco. Luego, ellas se escondieron, se colocaron un lazo y cuando las encontró no pudo dejar de reír.

—¡Vaya, sin duda este es mi mejor regalo! —dijo entre risas.

—Papi, falta un regalo que es una *zopresa*, pero no está aquí.

—Bueno, cariño, para ese regalo papi tendrá que esperar a que estemos todos. Venga, vamos a prepararnos para ir a comer con tus padres, que es tarde.

—Vaya, qué mandona que te has levantado... ¡A sus órdenes, mi sargento!

—A ver si la sargento te va a encerrar en la habitación y te castiga con unos azotes —lo miró burlona.

—Bueno, a lo mejor quiero eso... Mejor que comer con mis padres...

—Créeme, ¡hoy comer con tus padres te encantará!

—No creo, pero si tú lo dices... Aunque eres un poco cruel, porque me vas a hacer esperar. Dame una pista, anda. —Puso cara de pena.

—No te va a funcionar. Tú no eres Rebeca. Además, si te doy una pista, ¿dónde está la gracia del regalo?

Evan sabía que ella tenía razón, por lo que no insistió.

Emma y Rebeca se arreglaron y se dirigieron a casa de los padres de Evan. Este se reuniría más tarde con ellas. Emma se inventó que Julieta la había llamado porque la

necesitaba urgentemente, y Evan, que no tenía ni idea de que en casa de su madre estaban todos esperándolo, la creyó sin dudarlo.

Cuando Emma llegó, se aseguró de que estaban todos los invitados de la boda. Los padres de Evan habían ayudado a Emma a organizarlo todo y, a pesar de que tuvo unos meses para preparar la sorpresa, Evan no podía ni imaginarse lo que ocurriría aquel día.

La familia de Emma estaba allí. Todos estaban tan guapos y tan felices que no podían creer que aquel día hubiera llegado.

Organizaron una fiesta en la entrada de la casa, con un cóctel que serviría de distracción mientras Emma se arreglaba y llegaba la sorpresa de Evan.

Cuando Evan llegó, se sorprendió de ver a tanta gente. Pierre estaba junto a Silvia. Iban muy guapos. Silvia llevaba un vestido precioso azul turquesa, y Pierre, un esmoquin. Sergio y Sara también iban muy bien arreglados. Él llevaba un traje chaqueta color gris, y Sara, un vestido azul marino. Laura estaba impresionante, con un vestido violeta de raso, de cuello alto y sin mangas. De su mano, un Darío ilusionado, con un traje chaqueta azul oscuro.

—¡Joder! ¡Qué recibimiento! Nadie diría que esto es un cumpleaños... ¡Vaya sorpresa! Yo creía que solo estaría mi familia. Este era el regalo de Emma, ¿no? Por cierto, ¿dónde está?

—Pues, no sé. Creo que está esperándote —dijo Pierre entre risas.

De repente, un ruido ensordecedor se escuchó por el cielo y al alzar la vista vio un helicóptero con un cartel en el que ponía:

Príncipe, no hagas esperar a tu princesa, que es el novio el que espera a la novia, aunque nuestro cuento no es del todo normal. Así pues, ¿qué te parece si no me haces esperar más?

Evan lo tuvo que leer dos veces para darse cuenta de que aquello era real. Al entrar en la casa su madre lo esperaba con una copa de cava en la mano, mientras todos los invitados tomaban asiento en el jardín, que estaba todavía más bonito que el día en el que no pudieron celebrar su boda.

Con una amplia sonrisa, Julieta sonrió a su hijo y lo cogió del brazo para comenzar a caminar en busca de Emma. Evan no daba crédito a lo que le iba a deparar aquel día de su cumpleaños, pero solo podía pensar en lo maravillosa que era Emma, en cómo

había podido organizar todo aquello ella sola sin haberle dicho nada y que después de todo lo que habían pasado no saliera huyendo.

—Estas muy guapo, hijo. Has acertado con la ropa. Miedo me daba que vinieras en tejanos. ¿Estás nervioso? —Juliett lo miró, emocionada.

—Bueno, Emma me ha dicho que tenía que venir muy arreglado, que formaba parte de la sorpresa. Ahora entiendo el porqué, pero creo que este traje no hace justicia a la ocasión, aunque no quiero esperar más. En cuanto a mis nervios, estoy hecho un flan, mamá. ¿Algún consejo para tener un matrimonio feliz?

—Hijo, creo que tú ya haces feliz a Emma cada día. Es una chica muy especial. Mi consejo es que nunca cambies, que cada día la enamores y que os comuniquéis siempre. Así que, si estás preparado, nos esperan en el jardín.

—¡Sí, lo estoy!

Con paso decidido, Evan arrancó la marcha.

Al entrar en el jardín, se sorprendió. Todo estaba decorado con *photocalls* muy divertidos. En una parte del jardín habían montado unas pequeñas cuerdas en forma de red para que los invitados fueran colgando fotos de recuerdo. Había montadas unas mesas con tarjetitas con los nombres de los invitados y sus regalos correspondientes. Una alfombra larga dividía a los invitados en dos sectores, y al final de la alfombra estaba Emma. Llevaba un vestido precioso, color blanco roto, cogido al cuello, con toda la espalda descubierta. La falda llevaba unos detalles en un color rosa muy suave que bajaban desde el arranque hasta el final de la cola. Debajo del pecho y por la cintura había un pequeño bordado rodeado de pedrería que hacía que el escote del vestido luciera todavía más impresionante. Al verla, Evan se quedó por un momento sin respiración. Por fin, en menos de lo que él hubiera creído, se convertiría en su esposa.

Al llegar donde ella se encontraba la miró sorprendido, enarcó una ceja y le sonrió de una manera tan pilla que si no hubieran estado todos los invitados le hubiera hecho el amor allí mismo.

La ceremonia fue muy romántica. Cuando llegó el momento del baile de los novios, ambos se acercaron a la pista y comenzaron a sonar los acordes de *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran.

—¿Recuerdas la primera vez que bailamos esta canción? He pensado que era la canción perfecta para nosotros. Significa mucho para mí. Creo que si no me hubieras besado nada habría sido lo mismo.

—Pues nadie lo hubiera dicho, con el desplante con el que me encontré después, pero coincido contigo, porque esta canción siempre me hará recordar nuestro primer

beso y, como dice la canción, quiero pasar contigo como mínimo hasta que tengamos setenta años, pero no me conformaré con eso. Quiero llegar junto a ti a los cien.

—¿Te ha gustado el regalo? Creí que era un buen día para decir *sí, quiero*. Hemos pasado por mucho, pero creo que ha merecido la pena. Te quiero y no quiero vivir sin ti.

El padre de Evan se acercó. Traía un paquete para él y se lo tendió.

—Hijo, ha llegado esto por mensajero. No sé de quién será, pero pone que es urgente.

—Gracias, papá.

Evan lo abrió enseguida. Era una carta de Giselle.

Querido Evan.

En primer lugar, quiero felicitarte. Hoy es tu cumpleaños, pero también es un día especial.

Hoy estás cumpliendo tus sueños y he de decirte que, a pesar de que me apena que no sea yo con quien los cumplas, lo entiendo y lo respeto. Llevo dos semanas acudiendo al psicólogo y creo que me está ayudando mucho. Él es quien me ha aconsejado que te escriba y así lo he hecho.

Os deseo felicidad, que no me cabe duda de que la tendréis, y también que os cuidéis mutuamente, que también sé que lo haréis.

He conocido a una persona que me ha hecho ver todos los errores que he cometido y me está haciendo enmendarlos, y también me ha brindado la oportunidad de ser mejor persona. Sé que en dos semanas no pueden ocurrir milagros, pero quién sabe si quizá tenías razón y había alguien esperando para amarme como tú amas a Emma. En fin, espero que en un tiempo podamos vernos y ponernos al día, que no me guardes rencor. Lo que hice, lo hice cegada por los celos y lo siento de verdad.

Te devuelvo algo que te pertenece. Me lo diste en un momento en que creías que estaríamos juntos toda la vida y no lo pude cumplir, así que no merezco tenerlo. Además, sé cuánto significa para ti, así que te devuelvo el anillo de compromiso y, de verdad, os deseo de todo corazón que seáis felices.

Giselle.

En aquel momento, Evan sintió una paz interior que no esperaba. Emma lo abrazó.

Sabía quién había escrito esa carta y, al igual que ella perdonó a Sergio en su momento, supo que no estaría mal perdonar a Giselle, aunque se hubiera portado mil veces peor.

Pero en su caso había sido porque el amor y los celos la habían cegado y, después de todo lo que Evan le había explicado en aquellas dos semanas, incluso sentía pena por Giselle.

No se podía imaginar un hogar donde no hubiera cariño, donde la carencia de amor después de la separación de unos padres fuera tan grande que se paliara con dinero, con regalos, con fiesta y con diversión.

Emma sabía que había personas fuertes y otras débiles, pero que estas últimas pueden ser fuertes si se sienten apoyadas. Quizá Giselle no se sintiera suficientemente apoyada por su familia, que era quien tenía que hacerlo, y esa situación la hizo cambiar y ser la persona en la que se había convertido; cruel y sin sentimientos.

Lo sabía porque ella también se había sentido perdida cuando falleció su padre, pero siempre se había sentido apoyada por su madre, que para ella había sido una heroína. Todavía recordaba aquel día en el entierro de su padre, donde todos sus hermanos, junto a ella, lloraban sin parar y su madre los abrazaba con cariño. Cuando llegaron a casa y la sintieron tan vacía como sus propias almas, en aquel instante, aquella mujer sacó fuerzas de donde no las tenía y animó a sus hijos, jugó con ellos y les hizo sacar una sonrisa en aquellos momentos tan difíciles. Y, lo más importante; los guio por buen camino y no les dejó desfallecer.

Quizá ella llorara en su soledad, pero nunca demostró esa tristeza que podía sentir delante de sus hijos, y lo hacía por ellos. Habría sido sencillo en aquellos momentos perderse con amistades complicadas, ser problemática y haberse vuelto como Giselle, pero Emma, a diferencia de ella, quería que su madre estuviera orgullosa y, sobre todo, quería ayudarla en todo lo posible.

Aunque la economía de ellas era muy distinta, Emma estaba convencida de que, aunque hubiera tenido una familia acaudalada, su carácter habría sido el mismo. Quizá se habría permitido algunos zapatos y vestidos de marca, pero nunca habría mirado a nadie por encima del hombro ni habría despreciado a nadie que no estuviera a su mismo nivel económico.

Evan abrazó a Emma, con una sonrisa tan sincera y tan perfecta que Emma se perdió en ella sin pensarlo dos veces.

—¿Está todo bien, señor Manzano, o hay algo más que pueda hacer por usted? — preguntó Emma con una pícaro sonrisa.

—Señora Manzano, creo que ha sabido usted hacerme el hombre más feliz de la faz

de la tierra. Hay una cosa que me gustaría hacer, aunque no delante de todos los invitados.

Evan se lo dijo con un tono todavía más pícaro.

—Tranquilo, tonto. Creo que ahora están todos contándose batallitas entre ellos. No están por nosotros, por lo que, si desaparecemos un ratito, no creo que se desesperen.

Emma lo cogió de la mano y se marcharon a la que había sido la habitación de Evan, quien cerró la puerta. Como si de un depredador se tratara y Emma fuera su presa, se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla apasionadamente. Emma estaba perdida en las sensaciones que todo le provocaba; cada beso, cada caricia... Todo era como el primer día en el que habían estado juntos.

Su vello se erizaba con el contacto de su piel. Era todo tan perfecto... Él, su mirada, su sonrisa, su pecho que en ese momento parecía esculpido solo para el deleite... No quería que aquel momento terminara nunca. Sus lenguas se entrelazaron y continuaron con ese beso, insaciables el uno del otro. Evan la acariciaba, con las yemas de sus dedos recorría su espalda y ella gemía de placer. Poco a poco fueron quitándose la ropa y, para sorpresa de Evan, el vestido de Emma no fue tan complicado de quitar como él pensaba.

Se tumbaron en la cama y entre besos y caricias ambos se iban preparando para hacer el amor de la forma más perfecta que hubieran imaginado jamás. Él comenzó a darle besos por todo el cuerpo, a acariciarle los pechos, a pasar su lengua por encima de sus pezones, una, dos, tres... tantas veces como su mente le pedía y Emma se retorció de placer. Estaba más que preparada para que él la penetrara. Lo deseaba.

—Evan, por favor, no sigas. Te quiero dentro de mí, por favor.

—A sus órdenes, mi señora. Soy y seré siempre todo tuyo, te obedeceré y te daré todo el placer que mi cuerpo me permita.

Acto seguido, se colocó entre sus piernas y de una sola embestida la penetró completamente. Ella arqueó su cuerpo mientras gemía de placer. Comenzaron a moverse acompasados. Evan iba penetrándola con movimientos certeros, porque Emma no podía dejar de gemir y de pedirle más.

—Si no paras, me correré, Emma.

—Pues córrete. Tenemos toda la vida para estar así. Mírame, quiero disfrutar de este momento.

Evan la miró y sus ojos se oscurecieron por el placer tan inmenso que sentía. Sus movimientos se fueron acelerando y en el momento en el que ambos llegaron al clímax Emma entrelazó sus piernas a las de él, apretando más su pelvis contra él para

darle más profundidad y más placer.

Después, se quedaron mirándose, felices, abrazados y besándose en la cama.

—Tendríamos que volver a la fiesta, porque creo que quizá nos echarán de menos, ¿no?

—Sí, es una pena, pero sí, tendríamos que volver, no vaya a ser que piensen que nos ha pasado algo, que teniendo la vida que hemos tenido no sería muy descabellado pensarlo.

Ambos se miraron y rieron.

EPÍLOGO

Había pasado un año y medio desde la boda. Evan y Emma habían recorrido el mundo y habían disfrutado de estar juntos, de ir a lugares maravillosos, y se habían divertido como enanos junto a Rebeca en parques de atracciones y en cualquier lugar al que hubieran ido con ella. Pero habían vuelto a la realidad. Después de viajar durante un año y de reencontrarse, ahora querían dirigir sus negocios y estar con sus familias.

Emma había vuelto a la revista. Todo había ido muy bien en su ausencia. Pierre y Silvia estaban muy felices juntos y lo llevaban todo a la perfección. Laura y Darío también seguían juntos, al igual que Sara y Sergio.

Evan, por su parte, había vuelto al despacho. Había vuelto a ser el abogado que era y estaba de trabajo hasta arriba. Con su padre, la relación era muy fluida. Los fantasmas del pasado desaparecieron en el momento en que Emma entró en sus vidas.

Una tarde, Evan fue a recoger a Emma a la redacción. Esta tenía algo que comentarle y le había pedido que fuera a comer con ella. Rebeca estaba en la escuela todo el día, por lo que en ocasiones se veían para comer juntos, ya que sus trabajos no les dejaban mucho tiempo libre, únicamente los fines de semana y las noches.

Como ella no había terminado el trabajo que tenía, le mandó un mensaje y le pidió que le esperara en la cafetería. Al llegar, pidió un café y esperó a que ella llegara. De repente, se abrió la puerta y apareció una chica rubia con un carrito de bebé y un chico. Él tenía pinta de buena persona. No supo por qué, pero siguió mirando a aquella pareja como si una conexión extraña lo obligara a mirarlos. Parecían muy felices disfrutando de su estrenada paternidad y Evan comenzó a pensar en qué se sentiría al enterarse de una futura paternidad.

Él disfrutaba mucho con Rebeca y la quería como si fuera su hija biológica, pero no lo era. Se había perdido los años más enternecedores y también el ver a Emma embarazada. No pudo evitar entristecerse un poco. Pensó que quizá era el momento de pedirle a Emma que se plantearan ser padres, tener otro hijo, uno que fuera de ellos.

En ese momento, vio cómo la pareja se acercaba a su mesa y se sorprendió de inmediato al descubrir quién era aquella chica con la que tanta conexión había sentido nada más entrar por la puerta.

—¡Evan! ¡Qué alegría verte aquí! ¿Cómo te va todo? —dijo ella, contenta de verlo. Parecía otra persona. Su expresión, su carácter, todo en ella era diferente.

—Giselle, ¡no esperaba encontrarte por aquí! Lo cierto es que espero a Emma. Hemos quedado para comer, así nos vemos un rato. Estamos de trabajo hasta arriba. Y tú, ¿qué tal estas? —Miró el carrito con detenimiento.

—Bien, ¡muy bien, la verdad! Mira, te presento a mi marido. Él es Carlos. Nos conocimos hace poco más de un año y medio y conectamos enseguida. Nos conocimos en una sesión a las que acudía después de... Bueno, ya sabes, después de acudir a un psicólogo... Y, bueno, lo cierto es que él estaba allí, ayudando a la gente, y algo en él me hizo sentir especial. Comenzamos a quedar y supongo que una cosa llevó a otra. Nos enamoramos y hemos creado una pequeña familia. Por cierto, la revista de Emma es genial. ¡Me he vuelto una adicta a esa revista!

—Te veo muy bien. Estás completamente distinta. Me recuerdas a esa chica que conocí una vez, tan risueña y tan simpática. Me alegro mucho por ti, Giselle, de verdad.

En ese momento, Emma entró por la puerta y vio a Evan hablando con una pareja. Lo saludó con la mano y fue hacia ellos.

—Hola, cariño, perdona el retraso, es que estaba terminando de corregir unos artículos que tenían que publicarse ya. Perdonad que os haya interrumpido... —De repente, se sorprendió al ver a aquel chico y aquel carrito de bebé. Miró al chico, porque le sonaba muchísimo—. Perdona, ¿nos conocemos? Es que me suenas mucho y no sé de qué.

—Tú eres Emma, ¿no? La directora de la revista *P&E Glam*. Sí, nos conocemos de cuando viniste a nuestra asociación a hacer un reportaje. Soy Carlos.

—Ah, sí, ya te recuerdo. Tú trabajabas con pacientes que tenían trastornos de personalidad y ayudabas a otros que se veían afectados por situaciones complicadas.

—Sí, es cierto. ¿Cómo va la revista? La leo a menudo y me gusta todo lo que escribís. Creo que hacéis una labor impresionante. Y, bueno, Giselle no se pierde ni

un número de la de moda. Lo cierto es que diriges dos revistas que tienen mucho éxito. Me alegro de que os vaya bien.

En ese momento, Emma se giró hacia Giselle. No se había dado cuenta de que era ella.

—Emma, yo quería disculparme. Ha sido una casualidad encontrarnos aquí... o quizá ha sido el destino, pero necesitaba disculparme contigo por todo lo que te he hecho. Una vez Evan me dijo que cuando encuentras a la persona perfecta para ti lo sabes nada más verla, que tu corazón late más fuerte y tu tiempo pasa más lento, que no hay nada en el mundo que te importe más que esa persona y que cambiarías todo lo que tienes por hacerla feliz. Y tiene razón. No lo había entendido hasta que conocí a Carlos, y entonces recordé cómo Evan siempre te ha mirado y supe que él siempre lo había sabido, que toda su vida te había estado esperando. Y decidí arriesgarme, dejar los miedos a un lado y ser la persona que debería haber sido hace mucho tiempo. Y lo conseguí. Carlos me ayudó mucho, nos enamoramos y, bueno, aquí estamos con nuestro hijo. Sé que tenéis a esa niña que adoptasteis, pero, ¿no os planteáis tener un hijo vuestro? Os lo recomiendo, porque es algo muy especial y el amor que sientes es completamente distinto a cualquier amor en el mundo.

—Giselle, hace tiempo que te perdoné. Si Evan lo hizo, yo no soy quién para no hacerlo. Ya me contó por todo lo que pasaste y lo de tu madre, por lo que decidí perdonarte el mismo día en el que nos casamos. Nuestra pequeña es una niña maravillosa, se llama Rebeca y, aunque no sea nuestra biológicamente, la queremos igual. Lo cierto es que no te negaré que tener un bebé debe ser maravilloso. Es algo que tendremos que experimentar, claro está...

Miró a Evan con un brillo especial.

—Bueno, todavía no lo hemos hablado. Estamos muy ocupados siempre con nuestros trabajos y con Rebeca. Por cierto, ¿queréis comer con nosotros?

—Claro, y nos ponemos al día.

Giselle aceptó de buen grado. Estaba contenta por haberlos encontrado allí. Llevaba mucho tiempo pensando en la posibilidad de disculparse con Emma, pero no sabía cómo y aquella oportunidad fue perfecta.

—Bueno, Giselle, y ahora, ¿a qué te dedicas? ¿En qué trabajas? Y tú, Carlos, ¿sigues en esa asociación?

Emma preguntó para entablar conversación. Estaba relajada. Notaba que Giselle había cambiado y se merecía la oportunidad de estar bien con ellos. Sabía lo que había significado para Evan y, al igual que ella valoraba mucho la amistad de Sergio, quiso que Evan decidiera por sí mismo si quería que entrara en sus vidas. Ella no se lo

impediría jamás.

—Pues lo cierto es que entré a trabajar en un despacho de abogados hace un año, más o menos. Trabajo como abogada de oficio. No tengo un sueldo maravilloso, pero ayudo a la gente. Volví a retomar la relación con mi padre y me disculpé con él. Con mi madre no me hablo... Y Eric, nuestro pequeño, vino al mundo por un descuido, pero no me arrepiento. Nos casamos al mes de nacer. Creímos que era lo mejor. Compramos una casita cerca de la playa y ahora mismo sigo de baja maternal.

—¿Qué tiempo tiene Eric? —preguntó Emma mirando a aquel bebé.

—Tiene casi tres meses. Hace poco que nos hemos casado y estamos muy contentos. ¿Sabéis? Creo que hacía muchos años que no era tan feliz. ¿Sabes qué nos pasó cuando fuimos a la iglesia para casarnos? Que el padre Antonio le preguntó a Carlos si estaba seguro, después de mirarme a mí dos veces. Supongo que en aquella iglesia todavía se acordaban de mi numerito.

—Lo importante, Giselle, es que seas feliz —dijo Evan.

—Sí, la verdad es que cada vez que me acuerdo de cómo os he tratado me doy asco. No sé en qué pensaba. Bueno, en las ideas que mi madre me metía en la cabeza. Si supiera que estoy casada con un trabajador social se estiraría de los pelos. Si supiera que cambié mis millones por felicidad... Fue Emma la que sin querer me enseñó que el dinero no lo es todo en esta vida. Y tenía razón.

—Yo te lo agradezco sinceramente, porque cuando la conocí pensé: ¿Cómo una chica tan guapa, aunque esté un poco loca, se fijará en mí? No tengo nada que ofrecerle. Después de verla vestir las últimas marcas y con todo lo mejor... Pero una tarde, en una sesión, le regalé una rosa, y después de eso vinieron más, una cena... que no fue gran cosa, pero nos divertimos mucho y poco a poco conquisté su corazón sin ser un ricachón —Carlos lo decía con una sonrisa sincera.

—Bueno, entonces me siento halagada. Me enseñaron de pequeña que, si quieres, puedes, y eso me ha marcado siempre. Laboralmente me lo he currado mucho para llegar lejos en cualquier trabajo y, aunque llegué aquí huyendo del amor y me resistiera al principio a los encantos de Evan, puedo decir que nunca nadie me regaló nada. Sí, ya sé que Evan me cedió la revista, pero fue por mi capacidad de mejorarla, por los números y las cifras, no porque fuera su novia.

Giselle afirmó con la cabeza y, en ese momento, el pequeño Eric se despertó y comenzó a llorar.

—Lo siento, a veces lo hace. Llorar sin parar, quiero decir.

Giselle lo cogió en brazos, pero no se callaba, seguía llorando.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó Emma.

—Claro, a ver si consigues que se calme.

Giselle lo depositó cuidadosamente en sus brazos, con mucho cariño. Observó cómo Emma lo mecía y Eric dejaba de llorar. Evan la miró con ternura, sabía que sería una buena madre. Ya lo era con Rebeca, pero un bebé era diferente... Emma miró a Evan y notó cómo la miraba. Aquella comida tenía un propósito, aunque se había visto truncado porque no estaban solos, pero pensó que aquella oportunidad era perfecta para lo que tenía que decirle.

—¿Quieres cogerlo? Ahora está calmadito. Mira, ¡se está durmiendo!

Evan le sonrió y alargó los brazos.

—Y si vuelve a llorar... ¿qué hago? —preguntó Evan cuidadosamente, mientras se lo colocaba cerca de su pecho.

—Pues si llora solo tienes que mecerlo un poco. Además, no te vendría mal practicar con Eric este ratito que estamos con él, porque en unos siete meses tendrás que hacerlo forzosamente.

En aquel momento, todos la miraron. Evan no entendía nada. Se quedó sin habla. ¿Era cierto lo que había oído?

—¡Enhorabuena, Emma! ¡Me alegro muchísimo por los dos!

—¿Es... estás... estás diciéndome... que...? —Evan estaba tan nervioso que no sabía qué decir.

—Sí, amor, estoy embarazada. Bueno, estamos embarazados. Vamos a tener un bebé y va a ser perfecto, como lo eres tú.

Lo dijo con una amplia sonrisa y Evan no pudo hacer otra cosa que devolver el bebé a su madre y abrazarla, emocionado, con lágrimas de felicidad en los ojos.

Por fin eran lo que siempre habían querido; una familia perfecta en su mundo perfecto, en el cual había problemas, como en todas las casas, pero ellos siempre los arreglarían, porque estaban enamorados y nunca dejarían que nadie les impidiera estar unidos.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a **Jordi Matamoros** por confiar en mí desde el primer día, y a todo el equipo de **Célebre Editorial**, porque sin ellos este libro no existiría.

Gracias por insistir, por estar ahí y, sobre todo, por hacer mi sueño realidad.

Gracias a mi **familia** y a mis **amigos**, por convencerme para perseguir mis sueños, porque lo que un día comenzó como un *hobby* terminó siendo una novela, y ellos son los que me han animado para publicarla.

Gracias a mi gran amiga **Esther Navarro Llopis**, la que se ha prestado encantada a ser Emma; una amiga excepcional, que siempre está ahí para mí, aunque no nos veamos lo que deberíamos.

Gracias a todas mis amigas y compañeras; **Elena, Laia, Loli, Dulce, Marina, Mery, Eli, Marival, Cristina, a mis cuñadas Rocío y Nuri y a alguien más que igual me dejo**, que se prestaron encantadas de conejillo de indias para leer mi historia. ¡Chicas, os quiero!

También quiero agradecerle a **Yanira García** sus consejos y que me instruyera en este mundo, aunque no haya seguido algunos de ellos. Para mí es una gran escritora y una persona estupenda, a la que espero algún día poder llamar amiga, y a **Paris Yolanda**, otra que entró en mi vida por casualidad y también ha sido una gran ayuda en este proyecto, la que me ha dado ánimos y la que me ha ayudado también muchísimo. Otra gran escritora y, al igual que Yanira, una estupenda persona y amiga.

Y, por último, doy las gracias por anticipado a los **lectores**, porque sin ellos no existiríamos los escritores y no habría sueños que cumplir. Con esta novela pretendo que quien la lea se sumerja en la historia, que la viva, que quiera saber más, que se enamore con los personajes... y sin lectores eso no se puede conseguir. Es por ello

que les doy las gracias y espero de corazón que les guste.

www.celebreeditorial.es

